
ANDREA LONGARELA
JULIETTE Y LAS CANCIONES PERDIDAS
CROSS BOOKS

Índice

Sinopsis

El amor suena bien en todas sus versiones.

Juliette vive en un agujero. Se sienta en él y ve la vida pasar. No le gusta su trabajo. No tiene inquietudes. No recuerda lo que significa soñar. Y hace tiempo que renunció al amor.

Pero, entonces, un hombre muere.

Y todo cambia.

De repente, se encuentra en un pequeño pueblo de casas de colores y su camino se cruza con el de otras personas que acabarán siendo imprescindibles para ella. Una anciana a la que le atormenta la tristeza de las flores, un niño sin voz que las roba, un hombre que ama los libros y las cosas brillantes con la misma intensidad, un pintor incapaz de acabar un cuadro…

Todos ellos, junto a un puñado de cartas olvidadas, ayudarán a Juliette a entender que el amor existe y que es maravilloso en todas sus versiones.

Juliette y las canciones perdidas

ANDREA LONGARELA



A Silvia,
por ser reflejo en los días grises y luz en el resto

El arte es para consolar a aquellos que están rotos por la vida.

Vincent van Gogh

Prólogo

Nunca sabes cuándo va a cambiarte la vida.

Un día cualquiera te levantas, desayunas, revisas las redes sociales, te vistes y sales corriendo para coger el metro. Sonríes a un chico que te deja libre su asiento y lees un par de capítulos de la última novela de moda. Compras un café para llevar y saludas a Benoît, el frutero de la esquina, que te lanza una manzana para comer a media mañana. Entras en la tienda de ropa en la que trabajas, te colocas detrás del mostrador y bromeas con tu compañera sobre su nueva sombra de ojos.

Todo parece igual, pero es mentira.

Porque ya ha sucedido, aunque tú no lo sepas.

Porque un hombre, a cuatrocientos kilómetros de donde estás, acaba de morir.

Lo desconoces, pero tu vida ya no volverá a ser la misma.

Todo es distinto.

Incluida tú.

Primera parte: El cielo negro de París

Carta número 11

Juliette:

Hoy me he asomado a la ventana, he visto a los niños saltar los charcos y he pensado en ti.

S.

1

¿Alguna vez has vivido en un agujero? Es un sitio cómodo. Tranquilo. Dentro de él, no hay espacio para el caos. No hay obstáculos ni sorpresas, solo un color grisáceo que lo cubre todo. La luz es tenue, pero tampoco necesitas más.

Un hámster en una rueda.

Un pez en una pecera.

Hay quien elige hacerlo y no tiene por qué ser una mala vida. El problema viene cuando quieres volver a la superficie y no sabes cómo salir. Entonces su espiral te atrapa y tus esfuerzos no importan, porque estás perdida. Por eso, quizá, optas por no hacer nada, por dejarte engullir.

Mi historia comienza conmigo dentro de uno.

Pequeño. Apacible. Seguro.

—Juliette, ¿me estás escuchando?

Pestañeé y me encontré con los ojos de Ivo al otro lado del cristal de mi acuario imaginario.

—¡Claro! Nos hablabas de la nueva obra que habéis contratado. —Ivo trabajaba desde hacía menos de un año como ingeniero para una empresa de energías renovables y aún compartía con entusiasmo cada novedad de su jornada—. Tu jefe debe de estar muy contento.

Nina se rio y sorbió de su batido. El sonido me crispó los nervios.

—Eso ha sido hace unos diez minutos —respondió él molesto.

Le pedí perdón y le hice un guiño al camarero para que trajera otra ronda. Era día de batidos y bollos en nuestra cafetería favorita. Nos reuníamos allí cada viernes y nos contábamos cómo nos había ido la semana mientras llenábamos los depósitos de azúcar por encima de nuestras posibilidades.

—Lo siento. Estaba pensando en peces.

Me encogí de hombros y mis amigos compartieron una mirada cómplice; estaban más que habituados a mis divagaciones.

—Ahora que ya has vuelto al planeta Tierra, ¿vas a contarnos qué tal fue tu cita del sábado?

Suspiré hondamente ante la curiosidad de Nina y fruncí los labios.

—No conectamos. —Cogí la nata que coronaba el batido con la cuchara y la lamí despacio—. Cada vez estoy más segura de que el amor es una ilusión pasajera. O un invento social para llenar otros vacíos. ¿Comprendéis por dónde voy?

Ivo se metió un bollo en la boca para no tener que responder y gimió; odiaba mis preguntas trascendentales tanto como adoraba la crema. Nina, en cambio, asintió, pese a que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Llevaba enamorada de Alexis, su novio, desde los quince años y aún lo miraba con ese anhelo con el que Ivo estudiaba los pasteles.

—Eso es porque te empeñas en conocer gente a través de estúpidas aplicaciones. ¡Allí nada es real, Juliette!, mucho menos los sentimientos. Deberías intentarlo a la vieja usanza. Choca con un chico en una librería e invítale a un café... Acepta una cita a ciegas con uno de los compañeros de trabajo de Alexis... ¡No lo sé! Pero no confíes en lo que pueda decidir que encaja contigo un algoritmo informático.

Sonreí con agradecimiento a una Nina que me observaba con lástima. Llevaba años enganchando una relación tras otra y todas habían acabado antes siquiera de empezar. No es que me importara demasiado, hacía tiempo que para mí el amor no era más que una quimera. Yo solo buscaba divertirme, desconectar un rato de la vida para conectar con algún ser humano que me aportase algo. Aunque, entre decepciones y orgasmos, sentía que únicamente el hastío me había dejado poso.

—Este fin de semana no trabajas, ¿por qué no sales con nosotros? Podríamos tomar unas copas, bailar, jugar a encontrar un pretendiente que te dure más de diez minutos... ¡Ivo me ha prometido no irse a la cama antes de las nueve! —Nina le dio un codazo amistoso y me reí—. ¿Te apuntas?

Mientras repasaba mi agenda de memoria, percibimos que el camarero había bajado el volumen del hilo musical y subido el del televisor. Los tres nos giramos hacia la pantalla. El silencio se hizo total cuando comprendimos la noticia de la que estaban informando.

—Sébastien Gautier, el famoso cantautor parisino, ha fallecido esta misma mañana de una parada cardiorrespiratoria. Cuando los servicios de asistencia llegaron al lugar de los hechos ya era demasiado tarde. El músico tenía cuarenta y nueve años y llevaba retirado quince; aun así, sus grandes éxitos siguen acompañándonos cada día. Hoy, 25 de agosto de 2023, Bastien ha dejado huérfana no solo a la música, sino también a muchos de nosotros.

Algunos clientes suspiraron conmocionados. Los susurros apenados dieron paso a conversaciones sobre el artista y taparon la voz de la reportera. Nina e Ivo comentaron lo joven que había fallecido y enumeraron sus temas favoritos. De fondo se empezó a escuchar la canción *Luz azul*, una de las más conocidas y la que lo había convertido en una estrella en toda Europa. Y, sin embargo, yo sentía que tenía algodones en los oídos. Todo era ruido. Un zumbido

insistente.

Porque Bastien había muerto.

Cerré los ojos y dejé que el vacío, por un momento, se llenase de música y pedazos rotos.

Cuando me despedí de mis amigos, regresé a mi agujero y me dejé abrazar por él hasta que me dormí.

En realidad, mi agujero solo es una metáfora un tanto poética del que era por entonces mi estado emocional y, como cualquier otro ser humano, vivía en un apartamento diminuto en Belleville. Me había criado en la otra orilla del Sena, en el distrito XIII, una zona más asequible y familiar, pero cuando mi madre murió decidí cambiar de aires. La vida ya me había enseñado que para crear nuevos recuerdos los antiguos debían dejar espacio, y eso fue lo que hice.

Nunca me planteé compartir piso. Me gustaba la soledad. Me sentía cómoda en los silencios que solo se llenaban con mi voz, incluso cuando me atosigaban los susurros de mis propios fantasmas. Ese era uno de los motivos de que mi apartamento tuviera el tamaño de una caja de galletas. Con el sueldo que ganaba como dependienta no había podido aspirar a mucho más, aunque me había adaptado con rapidez a su salón-cocina-dormitorio. El sofá se convertía en cama y debía entrar en la ducha de lado, pero tenía un balcón. Me encantaba sentarme a fumar en la ventana y observar a los gatos que se reunían en los tejados. A menudo me preguntaba cómo sería vivir una vida sencilla como la suya; saltar sobre las tejas; lamerse las patitas al sol; contemplar el mundo con dulce indiferencia.

Pese a que había logrado hacerme un hueco a mi medida en el universo, a ratos me sentía una extraña en mi piel. Me imaginaba a mí misma desde fuera: camiseta blanca, braguitas rojas, cigarrillo en los labios; pelo revuelto, mirada perdida, sueños estancados.

¿Tendría esa chica algo que ofrecer? ¿Acaso merecía ser observada desde un balcón paralelo? ¿Despertaría algo el reflejo de mi vida en alguien o sería esta solo una más sin nada destacable? ¿Acaso me aportaba algo a mí?

La noche en la que Sébastien Gautier murió, me costaba dormir. Abrí los ventanales y me senté en el balcón. El cielo estaba oscuro, aunque siempre me había gustado el cielo negro de París. Aquella madrugada sentí que se parecía un poquito a mí. Jugueteé con un cigarrillo entre los dientes y se me pegó a los labios. Dos gatos dormitaban bajo la luz de la luna y el mundo seguía girando.

Busqué en Google cuántas personas morían cada día y descubrí lo que ya sabía, que la muerte de Bastien no era más importante que la de las otras ciento cincuenta y cinco mil que también habían dejado de respirar. Tampoco lo era menos. Solo era otra muerte, una sobre la

que yo no sabía cómo sentirme.

A través de la ventana, las notas de un piano rompían la quietud. Sonreí al reconocer la letra que cantaba una voz dulce de mujer. Era *Ya no quedan flores*, uno de los éxitos más aclamados de Bastien. El homenaje que una desconocida le hacía a un muerto que jamás sabría lo que su ausencia había supuesto para tantos. El planeta lloraba la pérdida de un hombre que pocos conocían. Yo tampoco lo hacía, pero eso no importaba. Nunca lo había hecho. Lo que de verdad me inquietaba era aquella presión que se había instaurado en mi pecho en el instante en el que había descubierto que Bastien ya no era más que un recuerdo.

Me dormí tarde y con el maullido de los gatos arrullándome.

Cuando horas después me desperté, aún me preguntaba si aquello que sentía ante la noticia de su muerte sería rechazo, la amargura que siempre despierta la indiferencia o, sencillamente, dolor. Un dolor sin título, sin sentido, sin explicación. Un dolor del que ya jamás podría culparlo, porque él se había ido para siempre.

Aquel día la música francesa perdió a un hombre importante. Las redes sociales lloraron su muerte. Los noticiarios se llenaron con las imágenes de los homenajes de despedida. Muchos creyeron que se les había arrebatado algo. Otros que lo admiraban versionaron sus éxitos en las calles. Esa madrugada también se escribieron canciones; la humanidad siempre encuentra inspiración en el desconsuelo.

Fuera como fuese, muchos sintieron el peso del vacío que Bastien había dejado en sus vidas, igual que un padre velado por infinidad de hijos.

Aunque, en verdad, la única que se había quedado huérfana era yo.

2

—¿Juliette Simon?

Salía del metro cuando respondí la llamada de un número desconocido. Pese a ser lunes, el día era bonito y prometía un sol espléndido. También, otras cosas más amargas.

—Mi nombre es Édouard Martin. Le llamo del equipo de abogados FDS París en nombre del difunto Sébastien Gautier.

Me paré en mitad de la calle y un chico me empujó. La ciudad aún estaba despertando a mi alrededor. Tenía una armonía propia. El zumbido de los coches. El siseo de las bicicletas. Las risas de los adolescentes bajando del autobús. París cantaba y yo… yo no oía nada. Nada que no fuera ese nombre que parecía perseguirme desde el viernes.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría citarla para la lectura del testamento. Como hija de mi cliente, es la única heredera.

Apreté el teléfono con fuerza. Frente a mí, el semáforo se abrió para los peatones, pero era incapaz de dar un paso. Me sentía un cubito de hielo en medio de la calzada; duro y compacto como solo pueden serlo los que no sienten nada. El problema era que yo sentía, aunque aún no había sabido discernir qué exactamente.

—Lo siento, pero ese hombre no es mi padre. No más allá de lo que diga un papel.

Édouard Martin carraspeó incómodo.

—Lo entiendo, aunque la ley nos…

Cerré los ojos y le colgué el teléfono.

Bastien había muerto y la música seguía sonando.

Mi padre había muerto y mi mundo seguía girando.

Entré en la tienda con una sensación extraña. Me dirigí al almacén, donde los empleados teníamos un cuarto con taquillas para dejar nuestras pertenencias y cambiarnos.

—¿Te has enterado de lo de Bastien? ¡Pobre hombre! A mi madre le encantaba —me dijo Marie como saludo al verme entrar.

Le sonreí y me puse el uniforme mientras ella me hablaba de aquella vez que creyó cruzarse con él en un centro comercial.

—Me hizo un guiño. En la tele parece más bajito, ¿sabes?

Abrí los ojos de forma exagerada y ella pareció satisfecha por

haberme sorprendido.

Pantalón negro. Camiseta blanca. Deportivas doradas. Expresión jovial. Me miré al espejo antes de salir para empezar la jornada y suspiré.

Llevaba tres años trabajando en una de las tiendas de Anaïs B., una firma de ropa casual cuyos locales se habían multiplicado en la última década por toda Francia. Era un trabajo sencillo, el sueldo no estaba mal y descansaba un fin de semana completo al mes. No tenía estudios superiores ni experiencia laboral, y París no es precisamente una ciudad barata, así que debía sentirme afortunada.

No obstante, fingirlo me costaba cada día un poco más.

Reponer existencias. Doblar ropa. Atender a los clientes. Cobrar en las cajas. Tareas que había aprendido con rapidez y para las que servía, aunque tampoco me esforzaba por sacar de ellas alguna motivación extra. No todos los trabajos tienen que implicar una realización personal más allá de recibir por ellos un dinero, pero hacía un tiempo que me sentía una extraña en ese papel. Como si me hubiera tocado representar un personaje en una obra con el que no me sentía cómoda.

Aquella mañana, además, no dejaba de pensar en las palabras del abogado; en las que me había dicho y en las que no le había dejado pronunciar. Me sobrevolaban. Cada vez que sonreía a alguien y lo atendía amablemente, su rostro se iba transformando en el de Bastien. A la hora de comer, yo ya veía sus ojos azules en todos los clientes. Por ese motivo, cuando terminó mi jornada, estaba mentalmente exhausta.

—¿Vas a casa?

Asentí y Marie esperó a que me pusiera los zapatos. Cuando compartíamos turno cogíamos la misma línea de metro, aunque bajábamos en paradas distintas. Durante el trayecto le pregunté por sus estudios, por su perro, por el estado de salud de su abuelo; las típicas cuestiones que llenan una conversación amigable, pese a no ser muy cercana. Y, cuando me tocó a mí, ella lo intentó:

—¿Has conocido últimamente a alguien interesante?

—No.

—¿Crees que van a ofrecerte el puesto de encargada de zona?

—No.

—Mmmm... Me encanta la cafetería que hay en tu calle.

Asentí a una Marie que parecía rezar en silencio para que su parada llegase cuanto antes y observé nuestro reflejo en la ventana de enfrente. Nunca me había importado parecer una persona simple, pero en aquel momento me molestó.

Supongo que a nadie le gusta dejar constancia de lo vacía que está su vida.

—¿Y por qué no lo dejas?

Me reí. Antoine se encendió un cigarrillo y me lo pasó. Di una calada larga mientras me arrepentía de haber compartido mi desencanto con él.

—¿Para hacer qué?

—No lo sé. Algo que te llene, que te aporte algo más que un sueldo que no compensa tus frustraciones. ¿Qué has estudiado?

Negué con la cabeza.

—Soy especialista en no hacer nada.

—¿Tienes sueños?

Observé al hombre desnudo que fumaba a mi lado y suspiré. Se dedicaba a la enseñanza y vivía en Batignolles. Era insultantemente guapo, aunque también un burgués bohemio para el que resultaba imposible comprender lo que significaba estar en mi piel. Su vida y la mía eran tan distintas que solo podían haberse encontrado en una cama. Las aplicaciones de citas contribuyen más a la ruptura de clases sociales que los políticos.

—Todo el mundo tiene sueños, Juliette. ¿No consiste en eso vivir? En anhelar lo que no tienes —me dijo como el romántico que era.

—No, no es así exactamente. —Se revolvió bajo las sábanas y apagó el cigarrillo. Su desnudez no me incomodaba, sino que le daba a la conversación un aire artístico propio de una película de Bertolucci—. Pero explícate. El profesor eres tú, no yo.

—Lo bonito de un sueño no es la satisfacción de lograrlo, sino disfrutar de él cuando lo alcanzas.

Asentí, aunque no estaba del todo de acuerdo.

—Si es así, ¿por qué cuando lo conseguimos descubrimos otra cosa que anhelamos aún con más fuerza? Es un bucle sin fin.

—La avaricia es humana, Juliette, pero es bueno soñar. Sin sueños, ¿qué nos queda?

«Vivir de verdad», pensé, pero no se lo dije, porque no estaba segura de que me entendiera. La mayor parte del tiempo me sentía un galimatías sin sentido para cualquiera que no fuera yo.

—Soñar es como amar: cuando te sucede, no puedes dejar de recrearte en ello. De estirarlo en el tiempo y desear que dure para siempre.

Me deslicé, remolona, por encima de sus piernas y él sonrió. Sus dientes parecían pastillas de menta.

—Como yo lo veo, los sueños se parecen más a los orgasmos que al amor —susurré con la barbilla sobre su pecho.

—Ah, ¿sí?

Asentí y colé una mano entre ambos cuerpos; gimió bajito y la piel se me erizó.

—Buscarlo es estimulante y muy gratificante. Y, cuando lo alcanzas,

el brillo que tenía se diluye en un pestañeo.

Antoine se olvidó de mis cavilaciones entre caricias y le demostré con mi cuerpo que mi teoría tenía una gran parte de verdad.

Cuando nos despedimos en la puerta, sentí el vacío aplastante de quien ha comenzado a no sentirse segura en la soledad. Me senté en el balcón y observé a un gato pardo que había clavado sus ojos en mí. Tan bello como distante. Tan fascinante como inalcanzable. Así sentía la vida. ¿Qué vería él al mirarme? Me hice un ovillo y di gracias al universo por que aún no fuéramos capaces de comunicarnos a ese nivel con los animales.

Carta número 27

Juliette:

Todos tenemos una historia. Y no me refiero a una sucesión de hechos desde que naces hasta que mueres, sino a aquello que te acaba definiendo una vez que te vas para siempre. Por ejemplo, Marie Curie ganó dos premios Nobel y murió por la continua exposición a la radiación. Yo fui una estrella de la música antes de los treinta y tuve una hija a la que abandoné.

¿Y tú? ¿Cuál es tu historia, Juliette?

S.

3

No hubo un comienzo marcado. Si echo la vista atrás, es imposible discernir cuándo caí.

Siempre había sido feliz. Tenía una vida tranquila, buenos amigos, vivía en la ciudad más bonita del mundo y mi madre, aunque me había dejado joven, me había enseñado que los recuerdos mantenían a los demás vivos, así que siempre la llevaba conmigo.

Juliette Simon era una chica cualquiera. Generación Z, concienciada con el medio ambiente, con cuatro perfiles activos en las redes sociales, con dudas, miedos y cierta tendencia natural al desencanto que definía a la mayoría de la gente del nuevo milenio. Y, pese a que podría decirse que no era una fracasada, me sentía estancada de forma inevitable. Peor aún, en algún momento me había habituado a ese sentimiento y ya no sabía cómo desprenderme de él. Ni siquiera quería. Es extraño acostumbrarse a la tristeza tanto como para no desear despedirse de ella.

Quizá por ese motivo aquel día hice lo que hice. Tal vez fue la única manera que encontré de salir del hoyo en el que me escondía, aunque fuera porque las circunstancias me obligaran de un empujón. O tal vez no. Puede que todo fuese más sencillo que eso y, simplemente, tomé una mala decisión que acarreó unas consecuencias.

—A tu derecha. La señora del pelo morado. Acaba de meterse algo en el bolso.

Dirigí con disimulo la mirada al punto que me indicaba Marie y crucé los dedos para que no fuera cierto. De mi trabajo, aquellas eran las situaciones que más odiaba. Si las cosas se complicaban, avisábamos a seguridad, aunque siempre era preferible no armar alboroto si existía la posibilidad de solucionar el asunto de otra forma. Me acerqué despacio hacia donde estaba la mujer y la observé. Llevaba unos zuecos azules de plástico, un chándal viejo y un bolso hecho con retales vaqueros. El pelo color berenjena brillaba bajo los focos. Su aspecto era excéntrico y descuidado, del tipo que nos habían enseñado bien que solía dar problemas, fuera porque los demás clientes pudieran incomodarse o porque, habitualmente, su intención no era la de comprar. Me fijé bien en su rostro arrugado por los años y en sus labios fruncidos y cuarteados, con el carmín rojo pintado a tramos. Parecía nerviosa, un poco ida, como si estuviera haciendo algo que sabía que estaba mal, pero que no pudiese evitarlo. Deseé con

fuerza que Marie se hubiese equivocado, aunque sospechaba que no era así. Cuando la señora cruzó sus ojos azules con los míos, leí en ellos su dilema. Y sentí pena. Una pena tan honda que noté una punzada en el estómago y unas ganas de llorar que no tenían sentido, pero que allí estaban, flotando entre esa extraña y yo; entre su mirada humedecida y la mía. De algún modo incomprensible, me vi reflejada en aquella mujer ansiosa y desolada por lo que fuese que la vida le hubiera puesto en el camino. La anciana cleptómana y yo conocíamos bien la sensación de estar dentro de un agujero.

Aquel día aprendí que los que estamos perdidos nos reconocemos con facilidad, animales heridos que huelen la sangre del otro y la aceptan como propia.

Le tembló la mano y agarró el bolso con fuerza. Aún se atisbaba el borde de los calcetines que había ocultado en su interior. Un *pack* de seis pares con estampado de animales y tejido brillante. Menos de diez euros. Para muchos, una cantidad insignificante. Para ella, quizá, mucho más. Al verlos, mis ganas de llorar se intensificaron.

Me acerqué con calma y le sonreí. La mujer apartó la vista y comenzó a tiritar. Dos lágrimas densas surcaron sus mejillas.

—Tranquila.

—No, yo no...

Se sorbió la nariz y tomé una decisión. Quizá estúpida, incorrecta o inmoral. Pero di un paso, guiada por algo mucho más fuerte que mis sentidos de la responsabilidad y del deber. Le cogí la mano y la acompañé a la puerta.

—No se preocupe. Lléveselos, yo los pagaré. Pero debe marcharse y evitar volver. Lo entiende, ¿verdad?

Alzó la mirada y su expresión me conmovió. Le temblaban los labios y dibujó un «gracias» con ellos antes de obedecerme y desaparecer calle abajo con su preciado botín.

Cuando me giré, Marie me observaba con gesto serio. Por primera vez sentí que veía en mí algo más que una cáscara vacía.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé.

Antes de acabar la jornada, recibí una llamada de la central en la que me decían que estaba despedida.

Nina entró en mi apartamento con tres tarrinas de helado y una botella de champán.

—¿Pretendes brindar por mi despido?

—No, voy a brindar porque eres valiente, empática y tienes un corazón de oro. ¿No te parecen motivos suficientes?

Fruncí el ceño y me hice un ovillo en el sofá. Ella llenó las copas y acepté una a regañadientes. El sonido del cristal cuando chocaron me

puso inexplicablemente triste.

—También soy idiota.

—Para eso he traído el helado.

Me reí, se giró para colocarse a mi lado y me cegó el *flash* de una fotografía.

—¿Qué estás haciendo?

—Inmortalizar el comienzo de una nueva etapa en tu vida. Créeme, dentro de unos meses la miraremos y recordarás este momento con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco ante su eterno optimismo y me incorporé para coger la botella. Con una uña y gracias a la humedad que aportaba el frío, jugué a retirar la pegatina, una pequeña manía heredada de mi madre que templaba mis nervios. Observé cómo el dibujo de la marca se iba emborronando bajo mis dedos, un símbolo azul, verde y amarillo que se había convertido en un icono de aquella bebida. Una pequeña obra de arte que desaparecía sin más, en un abrir y cerrar de ojos bajo la inquietud de una chica perdida. Deseé que todo fuera tan simple como eso. Que pudiéramos hacer desaparecer las cosas que no nos gustan como el que convierte en virutas húmedas la etiqueta de una botella de champán.

—Si nadie sabe que lo tienes, ¿el talento sigue existiendo?

—Odio tus preguntas trascendentales.

Chasqueé la lengua y Nina se encendió un cigarrillo. Observé el humo escapándose por los ventanales abiertos. De repente, sentí un pesar tan intenso que se me escapó un sollozo.

—¡Es increíble! Soy la persona con menos suerte del mundo. Todo me sale mal, Nina, ¡todo! Si mañana cae un meteorito, seguro que lo hace sobre mi coche.

—No tienes coche.

Me ofreció la mitad de su cigarrillo y acepté con un gemido lastimero.

—¿Lo ves? Ni siquiera tengo coche. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿En qué momento esto se redirige hacia algún lugar confortable y seguro? ¡Me siento atrapada, Nina!, y lo peor es que todas las decisiones las he ido tomando yo. Yo me he traído hasta aquí. ¿En qué clase de persona me convierte eso? ¿En una autodestructiva, una fracasada o simplemente se debe a que soy imbécil?

—¿Te estás escuchando? ¿No crees que estás siendo demasiado dramática? ¡Solo es un trabajo! Y me consta que no te entusiasmaba. —Ella se rio y la fulminé con la mirada—. Además, aún podrías pedir otra oportunidad. Reúnete con tu jefe e invéntate algo que justifique lo que hiciste. Al final, es tu palabra contra la de Marie.

Tal vez Nina tuviera razón. Aún con eso, había algo incómodo que me hacía darle vueltas a todo lo sucedido. Una sensación pegajosa de

la que no me desprendía.

—Ni siquiera sé por qué lo hice. Era obvio que esa mujer estaba robando.

—Pero te dejaste llevar por tu intuición. Fuiste compasiva. Ser humana no es un pecado, Juliette.

Cerré los ojos. La anciana cleptómana apareció de nuevo ante mí. Sonreía y me susurraba lo que yo no dejaba de oír, aunque decirlo en alto suponía dar un paso que me alejaba de mi agujero y ¿acaso estaba preparada para hacerlo?

Apagué el cigarrillo y miré a mi mejor amiga. Tenía los labios cubiertos de helado de turrón.

—No quiero recuperar mi empleo, Nina. No quiero volver.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó con una sonrisa comprensiva.

—No tengo ni idea. Ese es el problema. Voy a la deriva.

Quería... No sabía lo que quería, pero necesitaba encontrar algo con lo que levantarme satisfecha por las mañanas y no con la constante sensación de estar subiendo una cuesta infinita. Ser feliz no podía ser tan difícil. La vida debía ser algo más que aquella inercia sin sentido.

Nina se bebió la copa de un trago y la rellenó de nuevo. Me observaba con la pena del que sabe que la magia no existe.

—Y, hasta que lo descubras, ¿cómo vas a pagar el alquiler? Tu espectáculo gatuno no es gratuito.

Ambas miramos el tejado y sonreímos. El sol comenzaba a meterse entre los edificios y la luz anaranjada le daba un ambiente místico. Los gatos lo observaban como si fuera un regalo de la naturaleza solo para ellos.

Suspiré y miré el cielo. E, inevitablemente, pensé en Bastien. En las señales. En ese dolor insistente que, aunque no me gustara, era lo único real que había sentido en los últimos meses. En que, quizá, sí que había algo esperándome en algún lugar. Solo había estado buscando en el sitio equivocado.

—Mi padre ha muerto.

Las palabras flotaron como el eco de una canción. Nina ahogó un gemido. Acababa de abrir una puerta que llevaba nada menos que veintisiete años cerrada bajo mil candados. Sentí su mano acariciando la mía, pero la sensación fue extrañamente fría.

—Lo siento, Juliette.

Saboreé el champán y mantuve las burbujas en la boca hasta que desaparecieron. A mi lado, mi mejor amiga me miraba conmocionada, porque la Juliette Simon que ella conocía no tenía padre. Nunca lo había tenido. Jamás hablaba de él. Solo era un hombre al que su madre amó y que después se marchó.

Todos guardamos verdades para que pesen menos.

—Se llamaba Sébastien. Aunque todos lo conocíais como Bastien.

Me giré y le sonreí con pena. Sus ojos incrédulos estaban cubiertos de lágrimas.

Nina apoyó la cabeza en mi hombro y contemplamos los gatos.

Siempre he creído que el mundo sería un lugar mejor si fuera de los felinos, pero son demasiado inteligentes como para desearlo.

A la mañana siguiente, le devolví la llamada a Édouard Martin.

Y así es como sucede.

Un día permites que un extraño se cruce en tu camino y, de repente, te cambia la vida.

4

Tenía once años. Regresaba del colegio y un hombre me sujetó la puerta del portal antes de marcharse. Le di las gracias y me sonrió con amabilidad.

Esa fue la primera y la última vez que vi a mi padre.

Carta número 21

Juliette:

¿Conoces la canción Sueños de papel*? Tenía trece años cuando la escribí. Sufrió muchas modificaciones hasta que llegó al público, pero una parte de mí siempre le tuvo un cariño especial. Estaba dedicada a una chica de paletas separadas que vivía al final de mi calle. Fue la primera que me hizo pensar en el amor.*

No recuerdo su nombre. No sé si alguna vez lo supe. Solo sé que una tarde me crucé con ella, me sonrió y esa imagen provocó que corriera a casa, me encerrase en mi cuarto y me sentase a escribir.

La inspiración siempre es inesperada y dulce.

Hoy he sabido que ha muerto.

Siempre que vuelvo a París me acerco a la casa de mis padres. Ya no están, hace tiempo que me quedé solo, pero me gusta pasear por la calle en la que me crie y recordar. Cuando he pasado por delante de la puerta donde vivía aquella chica, he sentido un impulso y he llamado. Por un momento se me ocurrió que sería bonito presentarme y confiarle que había inspirado uno de mis grandes éxitos. Una anécdota con la que devolverle todo lo que me dio sin saberlo. Pero, cuando he preguntado por ella, me han dicho que la habían perdido hacía tres años.

No debería importarme.

No debería sentirme como me siento.

Y, sin embargo, no dejo de pensar en ella. La tristeza me ahoga. Desde entonces tengo un nudo en la garganta que me impide tragar con normalidad. Creo que es porque, con la chica, la canción también ha muerto.

Te preguntarás por qué te estoy contando esto.

No estoy seguro.

Quizá, porque intuyo que jamás llegarás a leerlo.

O tal vez sea porque una parte de mí fantasea con la idea de que tú puedas entenderme.

Solo tú, Juliette.

Solo tú.

S.

5

Salí del despacho de abogados en una nube. Aún notaba el picor del ambientador en la nariz y la presión del pecho como un recordatorio de que alguien había pasado por ahí dentro, demostrándome que incluso las personas que no conoces tienen la capacidad de hacerte daño.

Yo no había conocido a mi padre. Podía buscar su nombre en Google y encontrar miles de entradas, fotografías de sus años mágicos, como él los había llamado en las entrevistas que había concedido, e información sobre su vida; su altura, su número de pie o las mujeres con las que se le había relacionado. Pero la triste realidad era que ninguno de esos datos me decía nada sobre el hombre que había aportado parte de sí mismo para crearme.

Mi padre únicamente había sido un pequeño espermatozoide con el que compartía el color de ojos.

Pero Bastien había muerto y me lo había dejado todo.

A mí. A Juliette Simon. A la hija que no existió para él.

A una chica que nunca se había sentido más perdida, a la que el mundo le venía grande y que creía que no tenía nada que ofrecer.

Suspiré y caminé con calma.

Aún daban vueltas en mi cabeza las palabras de Édouard Martin cuando entré en una cafetería y me senté a la mesa más apartada. Pedí un agua con gas y observé a la clientela. Un grupo de chicas reía, una pareja se miraba embelesada y dos hombres parecían discutir. La vida seguía. Con sus subidas y bajadas; con sus rarezas. Cogí del bolso el sobre que me habían entregado en el bufete. Mi nombre destacaba sobre el blanco impoluto. Saqué los papeles que contenía y los hojeé por enésima vez. Las palabras brillaban cuando las tocaba con los ojos.

Sébastien Gautier… Herencia… Hija… Juliette Simon… Todos sus bienes…

Tragué saliva y aparté las hojas. Aquello era demasiado. Sentía que mi vida se había cubierto con una gasa de un color extraño. Todo me parecía irreal. Los sonidos que me rodeaban se entremezclaban y hacían eco. El aroma a café me envolvía hasta agobiarme. La pareja enamorada lanzaba ráfagas de aire caliente con cada pestañeo.

Dejé unas monedas sobre la cuenta y me marché. Necesitaba salir de allí. Había acudido a la cita con el abogado con la intención de descubrir el alcance de las decisiones de Bastien, pero me había

encontrado con una parte de mí misma desconocida.

Desde el momento en el que Édouard Martin había comenzado a leer el testamento de Sébastien, algo en mi interior se había retorcido. Me sentía hecha de alambre, uno de esos muñecos a los que puedes girar las extremidades de mil formas hasta hartarte. O hasta que el alambre cede y el muñeco se rompe en pedazos.

Había salido del bufete desubicada, más confundida que antes y con la sensación de que todo era un error. Con el deseo de cerrar los ojos y, al abrirlos, comprobar que el hurto de la anciana jamás había ocurrido y que Bastien aún respiraba lejos de mí, en algún rincón de Alsacia.

Sin embargo, no sucedió y cuando llegó la noche el insomnio me encontró de nuevo frente a los ventanales abiertos. Los gatos dormitaban sin preocupaciones, pero yo me notaba inquieta, confusa y, sobre todo, enfadada. ¿Con quién? No lo tenía del todo claro.

Recordé mi infancia junto a mi madre. La insistencia de mis preguntas. Mi curiosidad, no siempre sana. Sus respuestas, nunca vagas, aunque sí escuetas.

«Se marchó, Juliette.»

«Se eligió a sí mismo por encima de nosotras, cariño.»

«Para algunas personas el éxito es más importante que el amor.»

Había aprendido desde muy pequeña el dolor de la verdad y lo había aceptado como una parte de mí. Y a mi padre nunca lo había necesitado. Mamá y yo siempre fuimos un gran equipo. Jamás recibimos nada de él, ni económica ni emocionalmente, ni lo echamos en falta. Aunque eso no impedía que yo tuviera una espinita clavada. Una que, pese a que había aprendido a ignorar, de repente me habían arrancado y sí sangraba. Tampoco evitaba que mi madre tuviera sus propias reservas con respecto a él y que no lo hubiera compartido todo conmigo.

Pensé en el artista conocido como Bastien. Un hombre taciturno, una voz preciosa, un poeta para muchos, un alma libre. Un egoísta. Un narcisista. Un extraño que me había cedido todos sus bienes, que se resumían en unos ahorros considerables que solucionaban mis problemas de un plumazo y una casa en un pequeño pueblo a cuatrocientos kilómetros de París.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Qué sentido tenía ignorar a una persona durante toda su vida para después regalarle la suya? ¿Y acaso yo la quería? ¿Cómo me sentía al respecto?

No era capaz de distinguir a qué se debían mis sentimientos, si al enfado por su eterna ausencia, si a la confusión por si aquello pudiera significar algo o al rechazo instintivo hacia cualquier cosa que viniese de una persona que no solo le había roto el corazón a mi madre, sino que jamás se había preocupado por el estado del mío.

¿Y por qué, por debajo de esa ira que sentía hacia Bastien, percibía una tristeza que me dejaba sin aire?

Me encendí un cigarrillo y fumé, imaginándome que con cada calada no solo expulsaba humo, sino también emociones enredadas.

A la mañana siguiente, con ojeras, más dudas que nunca y una sensación rara en el estómago, regresé al bufete de abogados y acepté la herencia. Fue fácil. Algunos datos personales y documentos que revisar. Una cita con un notario. Una firma. Dos. Tres.

Dejar mi piso también fue rápido. Apenas tenía pertenencias propias ni un gran vínculo emocional con ellas. En unas semanas la chica que salía al balcón ya no existía para los gatos del tejado y su presencia había sido sustituida por la de un chico que nunca abría las ventanas.

Parecía tan sencillo romper con una vida, desviarse de un camino para atravesar otro desconocido, que a ratos pensaba si aquello no sería una trampa. Un truco de un mago que me rozaba con sus dedos fantasmales desde el más allá.

Fuera lo que fuese, un mes después de la muerte de Bastien hacía las maletas y cogía un tren.

Así comenzó mi historia. No la que resumía los primeros veintisiete años de mi vida, sino la que me habría gustado que se contara si alguien quisiera escribirla. Y lo hizo muy lejos de todo lo que conocía, en una pequeña estación que olía a flores, en un pueblo de colores y con la sensación de que no dejaba nada atrás.

6

De pequeña adoraba jugar al escondite. Todos los niños desean ocultarse para después correr hasta salvarse sin que los pillen, pero yo no. Yo siempre quería quedármela. Cerrar los ojos contra la pared, contar hasta veinte y salir en busca de aquellos que no querían ser encontrados.

En realidad, todos nos parecemos un poco a la Juliette de seis años.

El ser humano nunca deja de buscar. Un sentido a la vida. El amor. La realización personal. Un hogar. Su espacio en el mundo.

Quizá por eso decidí marcharme.

Quizá por eso decidí buscar en un lugar nuevo, a ver si allí, de casualidad, me encontraba.

Segunda parte: El fulgor de las casas de colores

Carta número 23

Juliette:

Nunca me imaginé viviendo en una casa como esta. Siempre pensé que no estaba hecho para la calma de un pueblo que, si bien en ciertas épocas del año se llena de turistas, permite llevar una vida muy parecida a la idea que de joven tenía de morirme de aburrimiento.

Pero una noche, cuando el insomnio me acompañaba y bebía whisky *en una habitación de hotel, cogí el móvil y acabé en la página web de una inmobiliaria. Los destinos eran muchos. Los filtros hacían que pudieras decidir a tu medida qué buscar. Aunque yo no tenía medida. Yo no entendía ni quería dar sentido a la palabra «hogar». Solo había llegado allí por azar. Entonces, tal vez guiado por el alcohol, el desencanto o la culpa, me pregunté qué encajaría contigo. Y jugué a buscarlo.*

Dos meses después tenía una casa propia en un pequeño pueblo de Alsacia.

No sé por qué te estoy contando esto. Quizá porque, si algún día llegas hasta estas cartas, me gustaría que supieras que hubo alguien que nunca quiso un hogar, pero que creó uno por si alguna vez tú lo necesitabas.

Espero que te guste. Lo hice lo mejor que supe.

S.

7

El otoño teñía de tonos ocres las calles, ya de por sí coloridas. Eran las siete de la tarde y la brisa había comenzado a refrescar un tiempo por lo demás agradable.

Miré a mi alrededor y me mordí el labio. Apenas había gente y el ruido tan característico que siempre me acompañaba en París había sido sustituido por una calma extraña. Rodé la maleta hasta la entrada de la estación y suspiré al observar lo que me encontré al otro lado.

Solo había dos coches en el aparcamiento y el tráfico era inexistente. Una pareja de ancianos paseaba agarrada del brazo y un joven jugaba a lanzarle la pelota a un perro en el jardín colindante.

Nada más.

El cielo azul, el aire limpio, diminutas flores en cada rincón... El pueblo parecía encajado en medio de un campo silvestre. Al fondo, una avenida se abría y algunas casas la salpicaban con los tonos de sus fachadas. Eran las típicas de la zona, de entramado de madera y colores vibrantes. Azules. Morados. Verdes. Rojos. Brillaban como caramelos enfrascados en una confitería.

Todo era tranquilo, idílico, la escena de un cuento congelado en el tiempo.

Temblé y me pregunté qué pasaría si regresaba. ¿Supondría una decepción? ¿Acaso mi arrepentimiento influiría en el curso de las cosas como el aleteo de una mariposa en la otra punta del mundo? Ni siquiera comprendía del todo qué estaba haciendo allí. París era mi casa. La única que conocía. Yo estaba hecha para el ruido, el movimiento, la prisa, el ansia, las ganas. ¿Qué importaba que mi vida no fuera perfecta? Quizá me creía más especial de lo que era y debía olvidarme de los finales edulcorados de las películas.

Incluso con ese pensamiento dando tumbos en mi cabeza, caminé en dirección a la calle principal y busqué las indicaciones que había anotado en mi teléfono móvil. No tardé en encontrar mi destino. Solté la maleta y coloqué los brazos en jarras frente a mi reciente propiedad. Su fachada era de color calabaza. Tenía dos pisos y cuatro ventanas, más una circular en la buhardilla, todas ellas adornadas con flores. Habían pintado los postigos de verde claro. La puerta de madera contaba con un arco y una vidriera en la parte superior.

Si alguna vez había soñado con materializar el hogar de algún personaje de las historias que leía en la infancia, podría haber sido el

que tenía frente a mí. De lo que no estaba segura era de que la Juliette de veintisiete años aún deseara algo como aquello.

«Sébastien Gautier», leí en un buzón de hierro anclado al muro; su nombre estaba tallado a mano en una pequeña placa de madera. Aparté la vista incómoda y saqué la llave del bolso. Era antigua y sentí su peso como una señal de que lo que estaba haciendo era más importante de lo que en un principio había pensado. Porque me había marchado. Bastien había muerto. La pérdida me había hecho tocar fondo en una crisis existencial que ya duraba demasiado tiempo y, como si aquello hubiera empujado una ficha de dominó, todas las demás también habían caído una tras otra hasta perder el trabajo y mudarme a un rincón opuesto a lo que conocía sin billete de vuelta. Me había despedido de mis amigos sin ser capaz de explicarles del todo los motivos de mis decisiones.

Me marcho. Necesito pensar. Encontrarme. Situarme en esta vida en la que no termino de encajar.

Ivo me había ofrecido un regaliz y Nina había fruncido el ceño. Después me habían abrazado y yo había dado portazo a una vida sin conocer la que me esperaba al otro lado.

Cogí aire y atravesé la puerta. Pese a que las contraventanas estaban cerradas, no encendí la luz. Noté el corazón acelerado mientras me movía en penumbras. Un salón. Una cocina. Un pequeño aseo. Un despacho. Subí las escaleras e hice lo mismo en el piso de arriba. Dos dormitorios, un baño, un vestidor. Suspiré y ascendí el último tramo de escalones que me llevaba a la buhardilla. Allí el espacio era diáfano. En un lado había cajas y algunos muebles antiguos cubiertos con sábanas. Al otro, un piano. Un libreto de partituras en el atril esperaba paciente que alguien le diera vida.

Una de las canciones de Bastien vino a mí sin poder evitarlo y me lo imaginé allí sentado.

Ritmo suave, voz rasgada, notas de piano que abrazan.

Cerré los ojos para borrar la imagen y salí.

Por mucho que me incomodara estar allí, decidí comportarme como una persona adulta y abrí las ventanas. La vivienda llevaba un tiempo cerrada y se notaba en el aire. La luz entró y observé con calma mi nuevo hogar. Sus detalles. Sus rincones. Sus posibilidades.

Debía admitir que era una casa preciosa. Todos los muebles eran clásicos, aunque transmitían sencillez y calma. El sofá estaba cubierto por un telar *beige* con flecos y las sillas del comedor estaban desemparejadas, pero eso dotaba al lugar de cierta personalidad. Había trastos allá donde miraras —un reloj de cuco, una colección de vinilos, una torre de libros—, pero no daba sensación de desorden, sino de que todas las piezas encajaban. Pensé que la casa de Sébastien Gautier podría haber sido por sí misma una tienda de antigüedades.

La cocina era pequeña, en color blanco y madera, y con una mesa central tan robusta como el tronco de un árbol. Olía a especias y al regusto que deja el café, incluso con el paso del tiempo. El despacho, con las paredes cubiertas de libros, parecía una pequeña biblioteca y aún había un cenicero con colillas sobre el escritorio. En el aseo, un cepillo de dientes color verde me provocó una tirantez incómoda en el estómago.

Cogí mi equipaje y lo subí. No tuve que reflexionar sobre qué dormitorio elegir; en cuanto vi las pertenencias de Bastien en uno, cerré la puerta y entré en el otro.

Saqué mi ropa y la coloqué en el armario. Dentro había juegos de sábanas, toallas y un albornoz. Todo era blanco, como si aquello fuera un hotel y yo su huésped, y no una casa que se había quedado huérfana. Suspiré y llevé el albornoz al baño. Necesitaba mantenerme ocupada para no pensar en lo que estaba haciendo. Cuanto antes pareciera que había llegado allí para quedarme durante un tiempo, antes dejaría de dudar.

Abrí la cama y comprobé que las sábanas estaban limpias, aunque me incomodaba la idea de que él las hubiera colocado. Tiré de ellas y las dejé enredadas en el suelo; luego volví a hacerla con un juego nuevo.

Cuando terminé, aparté la cortina y me asomé a la ventana. Y entonces descubrí que no solo me habían regalado una casa, sino también un trocito de paraíso escondido en la parte trasera. Un patio al que se podía acceder tanto desde mi cocina como desde un pequeño callejón cuya puerta estaba rota. Me pregunté por qué Sébastien no la habría arreglado, ya que cualquiera podría colarse en su propiedad.

La respuesta fue la misma de siempre cuando se trataba de él: el más completo silencio.

Me puse una chaqueta y salí. El sol ya no tocaba el patio y se me erizó la piel. Recorrí con calma aquel precioso escondite y rocé las flores que cubrían las jardineras. Se trataba de un jardín cuadrado bordeado por macetas y bancos de piedra. Su salida a la calle tenía forma de arco, alrededor del cual crecía imparable una enredadera. Había un pilón en un lateral; me acerqué, giré el tirador y me mojé las manos. El agua estaba tan fría que me pregunté cómo sería tocarla en invierno.

¿Aún estaría allí para comprobarlo?

Me volví y entonces lo vi. Había algo apoyado al pie de uno de los bancos. Una pieza que no encajaba en la escena. Me recordaba a esos gazapos del cine; un reloj digital en una película de romanos o un extintor en un castillo medieval.

Me acerqué y comprobé que se trataba de un cuadro. Lo observé con

detenimiento. Sus colores eran intensos. Una explosión de tonos anaranjados que acababa difuminándose en una franja azul. Sentí un latigazo, una especie de golpe, una de esas emociones inexplicables que solo provoca el arte. Aquella pintura transmitía fuerza, cierta violencia. Aunque también la sensación de que le faltaba algo. Parecía que su dueño se hubiera olvidado de terminarlo.

Lo analicé a conciencia para intentar comprenderlo; más allá de lo que te haga sentir, el arte siempre tiene un mensaje y me tentaba jugar a buscarlo. Tal vez fuese un atardecer no muy feliz. Quizá, una lucha entre el agua y el fuego. No estaba segura, pero las ideas saltaban en mi interior como palomitas de maíz en una sartén.

Me lo llevé a casa.

No podía saberlo, pero acababa de coger una bomba que algún día me estallaría entre los dedos.

8

—¿Cómo estás?

Fui incapaz de contestar más que un gemido ahogado. Al otro lado del teléfono, Ivo y Nina se reían.

—Hemos hecho apuestas sobre cuánto tardarás en volver —confesó él.

—¿Y vosotros decís que sois mis amigos?

—Ivo dice que un mes.

—¿Y tú?

—¿De verdad quieres saberlo? —Gruñí y ella confesó entre risas—. Una semana. No me odies. ¡Eres una parisina de manual! Te picarán los mosquitos y te cansarás de conversar con ancianos jubilados.

—No hay mosquitos.

—Lo que sea.

Suspiré y dudé de mí misma. Llevaba allí tres días y apenas había salido de la casa más que para llenar la nevera. Había descubierto que solo había una tienda en el pueblo, un establecimiento en el que podías encontrar tanto leche fresca como utensilios de bricolaje, y el supermercado más cercano estaba a treinta kilómetros, para lo que necesitaba coche. El resto del tiempo me había dedicado a limpiar, cocinar y abstraerme en mis pensamientos tumbada en el sofá. A ratos me arrepentía de haberme marchado, aunque la posibilidad de imaginarme aún en mi piso de París tampoco me gustaba. Me sentía incompleta, ajena a cualquier lugar, una pieza desperdigada de un puzle del que se había extraviado la caja y, por lo tanto, desconocía el dibujo que debía formar. Me sentía más perdida que nunca.

Por las noches dormía regular. En un principio había creído que el silencio que en París no existía allí era real, pero estaba equivocada. La casa hablaba. Hacía ruidos de madrugada que me ponían los pelos de punta. La madera crujía, el tejado silbaba. Y siempre me habían dado miedo las películas de fantasmas. Mi cabeza no me daba tregua. Pensaba a menudo en mis decisiones y me culpaba, me sentía idiota y una caprichosa. Lamentaba haber dado un giro tan radical a una vida que, si bien no era perfecta, era cómoda y hasta entonces sin sobresaltos.

Y allí estaba, conversando con mis mejores amigos en pijama, mientras comía las nueces que me había recomendado Michel, el dueño de la tienda.

—¿No has hablado con nadie? —preguntó Ivo, al que le aterraba la soledad y temía por mi salud mental.

—Ayer conocí a una de las vecinas. Se llama Joséphine Bonnet. Tiene como doscientos años. Me trajo una caja de galletas y me preguntó si ya había visto las caléndulas tristes. No supe qué responderle. Me miró como si la loca fuera yo y se marchó. Supongo que ahora piensa que soy idiota.

—Mucha gente piensa que eres idiota, Juliette, eso es lo de menos.

Me reí.

—Pero suelo abrir la boca para demostrarlo, esta vez no ha hecho ni falta.

—Te echo de menos —dijo Ivo; sentí una ternura inesperada—. Pero entiendo que te hayas ido. Todos merecemos escapar de vez en cuando, Juliette. Solo una cosa.

—Dime.

—Escapar no significa perderse del todo.

El silencio nos envolvió. Ellos me conocían bien; sabían que aquel consejo me afectaba y que debía buscar el modo de responder que me hiciera menos daño, pero también que hacía tiempo que la Juliette de antes y la de ahora no se entendían, como una sombra enlazada al cuerpo equivocado.

—Solo necesito un paréntesis. Y no puedo tomármelo en París. Esto es… —dudé y, como las buenas personas que eran, ignoraron que no fuera capaz de terminar esa frase—. La casa es bonita. Y vale una fortuna. Debería venderla. Es lo más sensato, ¿no?

—Es posible —contestó Ivo con la boquita pequeña. Sus dudas me hicieron abrazarme a un cojín.

—Me ocuparé de las cosas de Bastien y la adecentaré. No quiero atraer a melómanos curiosos. Después volveré a París y me compraré un bolso escandalosamente caro en la Avenue Montaigne.

Mis amigos no respondieron y no me atreví a preguntarles si su silencio se debía a que les parecía una buena idea o, tal vez, todo lo contrario.

—Así que ahora eres rica.

Me reí ante el comentario frívolo de Nina.

—Ni siquiera me había parado a pensarlo.

—¿Te sientes diferente? —preguntó Ivo.

—No. No es como si hubiera cambiado algo. En realidad, nada lo ha hecho.

«Sigo sintiéndome vacía», quería decirles, pero en vez de eso prometí pagarles unas vacaciones. Comenzaron a parlotear emocionados sobre los posibles destinos mientras yo asimilaba lo que mis amigos habían expuesto. Mi situación, de repente, era privilegiada. Mi cuenta corriente, por primera vez, estaba más que

llena y además contaba con una propiedad que valía una cantidad desorbitada. Algunas de esas preocupaciones que siempre me habían acompañado se esfumaron, aunque me sentía rara. Al fin y al cabo, un hombre había tenido que morir para que yo pudiera sentir el alivio de no tener que elegir si comprarme o no un vestido para llegar a fin de mes. Ahora podía comprarme vestidos y dedicar todo el tiempo que antes ocupaba mi jornada laboral a reflexionar sobre qué le pedía a la vida. Y, sin embargo, lo único que había hecho hasta el momento era enredar aún más los nudos de mi mente.

Observé la casa y me embargó una sensación incómoda.

Alguien llamó al timbre, salvándome de aquellos pensamientos tan dañinos.

—¿Quién es? ¿Esperas visita? —preguntó Nina ansiosa.

Quienquiera que fuera volvió a pulsar el botón y comenzó a golpear la puerta. Me levanté inquieta.

—No. Ya hablamos en otro momento.

Ivo y Nina se quejaron por la falta de información, pero les colgué el teléfono y me acerqué a la entrada. Mi visita había dejado el dedo sobre el botón y, entre eso y los golpes, sentía que me estaba taladrando el cerebro. Abrí tan nerviosa como enfadada y me enfrenté al causante de aquel alboroto.

—Pero ¿¡a ti qué te pasa!?

Apoyado en la jamba, un chico me observaba con el ceño más fruncido del mundo.

—Me has robado —me acusó con voz áspera.

Alcé las cejas y parpadeé, confusa, porque no entendía nada. Al instante, noté sus ojos deslizándose por mi cuerpo. Desde mi pelo rebelde hasta mis pies desnudos. Llevaba puestas unas mallas y una sencilla camiseta negra, ambas con más años que la señora Bonnet. Me crucé de brazos en un gesto de protección y me encaré con aquel maleducado de ojos rabiosos.

—¿Quién eres?

—Devuélveme mi obra.

—¿Tu qué...? Oh.

Su mirada se desvió por encima de mi hombro y lo comprendí. Me giré y observé el cuadro que había colocado sobre el aparador del salón. Me había acostumbrado rápido a verlo allí. Me aportaba tranquilidad pensar que había algo de mí en aquella casa, algo que yo había elegido y que no le pertenecía a Bastien.

El pintor enfadado habló a un volumen bajo; sentí su voz más cerca y se me erizó el vello de los brazos.

—¿Y bien? ¿Prefieres que llame a la policía y que lo solucionen ellos?

Suspiré y me mordí el labio. Noté su mirada de nuevo en mis pies y

moví los deditos. Me había pintado las uñas de azul.

—Dame un segundo.

Esperó en el quicio de la puerta y me acerqué al cuadro. Lo cogí despacio, observándolo por última vez, y después me llamé tonta por sentir cierta conexión con un objeto que tres días atrás no existía en mi vida. ¿Cómo era posible que sintiera nostalgia por algo que no me pertenecía? ¿Por qué siempre tendía a agarrarme a algunas cosas para no enfrentarme a otras?

Regresé a la entrada y, cuando él fue a cogerlo, lo apreté con fuerza entre mis brazos.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Cómo sé que es tuyo? Está sin firmar —le repliqué con altivez. Su ceño se curvó, sorprendido por mi reacción, y me crecí.

—¿Lo dices en serio?

—¿Y si eres un ladrón intentando robarle a otro? ¿Y si es la obra de un artista famoso y estoy a punto de entregarte una fortuna?

Se humedeció los labios y deslizó su mirada por mi rostro, mi cuello, mi pecho, hasta llegar al lienzo. Me sentí expuesta de un modo ridículo. Me fijé en los restos de pintura que cubrían sus manos.

—¿Quién diablos eres y qué haces en casa de Bastien? —preguntó en un susurro.

Me tensé cuando pronunció su nombre con familiaridad. De repente, me sentía más ajena a la casa que ese desconocido de dedos de colores. Parecía una pregunta fácil, pero no lo era en absoluto.

—Soy... soy... soy Juliette.

Asintió, respetando aquella información insuficiente sobre mi presencia en la casa, y estiró la mano. Yo no me moví. Solo cuando sentí la aspereza de su piel en los dedos, solté el cuadro. Me pregunté si todo él sería áspero; su voz, su tacto, su comportamiento. Se marchó sin pronunciar palabra y lo observé caminar calle abajo hasta que frenó en la tercera casa, en la acera contraria a la mía. Su fachada era de color rojo fuego. Pensé que encajaba con él; que tenía sentido; que, en ocasiones, las señales del universo acertaban.

Al fin y al cabo, los artistas siempre acaban convirtiéndolo todo en cenizas.

Carta número 6

Juliette:

Conocí a tu madre una noche de primavera.

Por entonces yo probaba suerte por los locales de música en directo y ella lo hacía buscando captar la atención de todos los roqueros que pasaban por la ciudad.

Ojos miel. Pelo rizado. La sensualidad se le caía de los bolsillos al andar. Imagínate cuando bailaba. Imagínate cuando la desnudabas.

Las groupies *han tenido su encanto en todas las décadas que se recuerdan. Ella no se avergonzaba de serlo. Buscaba aventuras, el morbo de acostarse con alguien en un almacén, la satisfacción de ser la elegida por encima de muchas otras chicas, aunque solo fuera por una noche.*

Quizá no debería contarte esto.

En este momento tienes siete años y es muy posible que tu madre sea el centro de tu mundo. Pero, si alguna vez llegas a leer esta carta, serás adulta y querrás conocer la verdad. Y la verdad no nos hace mejores, sino que suele abrir grietas y bajarnos de pedestales. La verdad no es buena o mala, no se debe juzgar, solo es. Y nosotros..., joder, nosotros ÉRAMOS. En mayúsculas. Intensos como las luces de un escenario mientras abajo el público enloquece y te hace sentir inmortal.

Intuyo que Liane te habrá contado su versión. Tal vez la imagen que tienes de ella sea muy diferente. Puede que ni siquiera quieras escuchar a una persona que os dejó y que no merece ni tiempo ni perdón. Pero esto solo es un papel en blanco y yo un hombre con tendencia a guardarlo todo tan dentro que temo que un día desaparezca. Y no quiero que ella lo haga.

Liane Simon.

Un par de miradas. Una pajita entre los dientes. Una caída de pestañas. Cuando terminé el concierto, fui directo a su encuentro. Sonreímos. Nos miramos. Charlamos. No recuerdo de qué. Me sorprende darme cuenta de que, cuando camino entre los recuerdos, hay partes que desaparecieron hace tiempo, como si no importaran, pero otros detalles los tengo grabados a fuego.

Ya nos habíamos besado cuando tiró de mi mano y salimos a la calle. París siempre es bonito, pero deslumbra cuando la pasión lo envuelve.

—¿Vas a decirme tu nombre?

Le sonreí y ella se mordió el labio. Me moría por hacérselo yo.

—Sébastien.

Se rio y se me ocurrieron diez canciones de amor.

—Te llamaré Bastien —me dijo.

Bajamos las escaleras de la parada de Abesses y nos subimos al metro. Recorrimos París bajo tierra hasta acabar en mi piso, un cuchitril que compartía con otros tres jóvenes músicos que no llegarían a rozar el éxito.

Aquella noche fue aún más bonita de lo que recuerdo, y eso que la memoria siempre endulza lo que vivimos.

Así fue como nació Bastien, Juliette.

Nunca se lo había contado a nadie.

Me alegro de haberlo hecho.

S.

9

Joséphine Bonnet no tenía doscientos años, sino ochenta y tres. Siempre había vivido con su amiga Margarite, hasta que esta murió de una neumonía una década atrás.

—«Amiga» es un eufemismo estupendo, ¿no te parece? —me dijo mientras servía té. Las manos le temblaban tanto que pequeñas gotas mojaron el plato.

Sonreí y observé al gato blanco sentado frente a mí. Para él también había colocado sobre la mesa una galleta. Me recordaba a los que veía en el tejado de mi piso y eso me hizo sentir bien.

—¿Cómo se llama?

Joséphine chasqueó la lengua y lo miró con resquemor.

—No tiene nombre porque no me pertenece. Sería muy grosero por mi parte tomarme esa libertad, ¿no crees? —Sacudió la cabeza y la observé con interés—. Simplemente, apareció en la ventana días después de que Margarite muriese. Me gusta pensar que me lo envió ella para que no me sintiera sola, así que, aunque no nos llevemos muy bien, convivimos de forma pacífica.

El gato me contempló con superioridad y le ofrecí también mi galleta.

Había salido con la intención de tomar el aire. A ratos las paredes se me caían encima y debía contenerme para no hacer las maletas y regresar a París. Observaba lo que me rodeaba y me preguntaba en qué momento me había parecido buena idea mudarme a la casa de un desconocido. Debía centrarme en tomar decisiones sobre qué hacer con la propiedad, pero me resultaba complicado cuando él estaba en todas partes. Sus cosas llenaban el espacio. El olor, una semana después, seguía resultándome extraño; una mezcla de madera, tabaco y café que lo impregnaba todo. Había estancias en las que no entraba. Su dormitorio, el vestidor, la buhardilla, el despacho. Eran zonas demasiado íntimas y me asustaba lo que me pudieran decir de la persona que las había habitado. Así que me movía del salón a la cocina y de la cama al aseo. Pensaba, recordaba y me arrepentía de mis decisiones. Aunque tampoco hacía nada por darles un sentido.

«Haz las maletas y déjalo todo en manos de una inmobiliaria, Juliette. Que ellos se ocupen de sus pertenencias, ¡tú no le debes nada! Vuelve a París y disfruta cuando tu cuenta corriente explote», me había dicho Nina.

No era un mal consejo, pero me incomodaba que las cosas de Bastien llegaran a manos ajenas o que su privacidad pudiera ser expuesta, pese a que él no mereciera consideración alguna por mi parte. Sentía que, de algún modo, tenía cierta responsabilidad sobre lo que había dejado allí dentro. Por ese motivo, seguía vagando por la casa sin atreverme a dar un paso más.

Aquella tarde había escogido caminar hacia la pequeña plaza apenas a dos calles, pero antes de girar la primera esquina me había encontrado con Joséphine y no había podido negarme a su invitación de tomar un té.

Su hogar era tan pequeño como acogedor. Todos los muebles estaban cubiertos por manteles de ganchillo y el papel florido de las paredes le daba un aire campestre excesivo. Incluso con eso, entre fotografías de Margarite y pelos de gato, me sentía más cómoda que en el hogar de Sébastien Gautier.

—¿Cómo has acabado viviendo en la casa del músico? Ha debido de costarte una fortuna. ¿No serás una de esas *groupies* enloquecidas?

Me miró con el ceño fruncido, preparada para reprenderme de ser el caso.

—No exactamente.

—No lo pareces. Pero las apariencias engañan con facilidad, así que...

Se encogió de hombros y le respondí con el corazón acelerado.

—Soy su hija.

Asintió y me observó con calma. Se quedó fija en mis ojos y leí reconocimiento en los suyos. Me gustara o no, los había heredado de Bastien. El azul era el mismo. Y su forma almendrada. Cuando veía su imagen en algún medio de comunicación, me encontraba a mí misma sin poder evitarlo. Y no era solo por su mirada, sino que había algo en él que sentía muy mío, aunque lo odiara.

—El músico tenía secretos.

Joséphine sacudió la cabeza y su mirada se perdió en los posos de mi taza de té. Me pregunté si sabría leerlos o si solo estaría imaginándose mi vida; nuestra vida; la de su vecino retirado de la música y su hija desconocida.

—¿Has visto ya a Mathis?

El cambio de tema me sorprendió, aunque se lo agradecí. Reconocer en alto lo que me unía a Bastien ya era un paso importante que debía gestionar.

—¿El niño que me roba flores del patio?

La tarde anterior había visto desde la ventana a un crío entrando a hurtadillas y recogiendo pequeñas flores en un ramo. Había rebuscado algo en la jardinera antes de marcharse correteando. No tendría más de seis años y su expresión traviesa me había hecho sonreír.

—Oh, no, ¡ese es Hugo! Murió en 1937, pero se pasea por aquí de vez en cuando. —Sentí un escalofrío y abrí los ojos conmocionada hasta que ella rompió a reír—. ¡Te estaba tomando el pelo, Juliette! Estos jóvenes... ¡Me refiero al chico! ¡Al de los colores!

Arrugué el rostro y recordé mi encontronazo con el dueño del cuadro perdido.

«Mathis», lo había llamado Joséphine. Noté un cosquilleo incómodo en los dedos al recordar el tacto de los suyos.

—Ah, sí. Nos hemos cruzado.

Ella asintió.

—No conozco su historia. Pero es amarga. Se nota en sus pinturas. El arte no es más que un modo de consolar a los que están rotos.

—Eso es muy bonito. Aunque también triste.

Joséphine sonrió. Pensé que debía de haber sido preciosa en sus tiempos, porque la belleza aún brillaba entre sus arrugas.

—Lo dijo Van Gogh. Y sufrió bastante en la vida como para que los demás podamos creerlo. ¿Tu historia también es triste, Juliette?

Pensé en mi madre y en el dolor que me había dejado su ausencia, en mi padre y en su vacío, en mis relaciones fallidas, en mis fracasos, en la decepción continua de una vida que no sentía mía. Pensé en todo lo que no había hecho por miedo o por cualquier otra excusa sin sentido. Pensé en los sueños agazapados y en la inercia en la que me mecía, la misma que se había convertido en mi mejor amiga. Pensé en mi agujero y suspiré con desidia.

—Yo no tengo historia.

—Todo el mundo tiene una. Me lo enseñó un músico un tanto huraño que vivía al final de la calle.

Fruncí el ceño, incómoda por aquella imagen cercana de Joséphine y Bastien que me hacía sentir una usurpadora de su vida.

—Pues, entonces, la mía no me gusta. Prefiero pensar que aún no la he escrito.

Joséphine sonrió de nuevo y me palmeó la mano con cariño. Su mirada se perdió en las fotografías antiguas colgadas de las paredes y me pregunté si ella estaría orgullosa de la suya y si algún día me la contaría.

Cuando me marché de su casa anclada en el pasado, lo hice un poco más tranquila.

Aceptar en voz alta que tu vida no te gusta es el primer paso para intentar cambiarla.

10

Subí a la buhardilla una semana después de llegar. Cualquier adaptación lleva su tiempo, y yo había necesitado siete días para acostumbrarme a la vida del este. Sus sonidos, sus gentes, sus ritmos. Octubre lo había cubierto todo de hojas y la humedad de las tardes lluviosas se colaba por los muros hasta pegárseme a la piel. Había aprendido a encender la chimenea y me había habituado al murmullo de la casa cuando llegaba la noche.

Nina, que siempre iba un paso por delante de todos, se había puesto en contacto con su primo, agente inmobiliario, y él le había dicho que era una zona muy demandada por la escasez de inmuebles a la venta, por lo que sería un trámite relativamente sencillo. Me aconsejaba vaciar la casa de las pertenencias de Bastien para evitar que se me llenara de curiosos, aunque también opinaba que comentar a quién había pertenecido la vivienda podría ser un gran reclamo y ayudaría a inflar aún más el precio.

Sonaba bien, cómodo y sensato.

E incluso con eso, hasta esa tarde en la que decidí empezar por el desván, había sido incapaz de mover un dedo.

Me sentía paralizada.

En la buhardilla la luz era intensa a través de la ventana circular. Los haces permitían distinguir a la perfección las motas de polvo que dejaban dibujos sobre las vetas de madera. Entré y observé la estancia. El lado del piano aún me incomodaba, así que decidí adecentar el otro.

Dividí lo que iba encontrando en tres montones. En uno coloqué lo que podría mantenerse en la casa de cara a la venta, en otro lo que llevaría a la beneficencia y un tercero con cosas personales, como cajas con facturas, recuerdos de sus conciertos o fotografías, con las que no sabía qué hacer, pero que resultaban íntimas como para que salieran a la luz.

Con cada objeto que estudiaba la imagen que tenía de Bastien se moldeaba, aunque me resultaba imposible saber si esta sería o no la correcta; no eran más que suposiciones acerca de un extraño que había dejado los restos de su vida en mis manos.

Comenzaba a estar cansada de abrir cajas, cuando encontré un pequeño baúl. No tenía nada en especial. De madera, con un cierre de hierro y algunos golpes que habían levantado el barniz. Al cogerlo por

la parte superior, el cierre se soltó y se me cayó abierto al suelo. Y las vi. Estaban pulcramente dobladas y cada una de ellas cerrada con una cuerda de esparto. Al principio pensé que eran canciones; me resultaba lógico bajo el techo de Bastien. Pero enseguida me di cuenta de que se trataba de otra cosa. Leí una escueta despedida en el lateral de una de ellas y descubrí que eran cartas. No había sobres. Tampoco sellos ni direcciones. Solo las letras olvidadas que alguien un día había escrito y que Sébastien había guardado con meticulosidad.

Me senté de rodillas en el suelo y las observé como el que ha descubierto un tesoro bajo el mar. No sabía a quién pertenecían, si las había recibido Bastien, quizá, o por el contrario si las había escrito para nunca enviarlas.

Noté la respiración agitada y una sensación extraña. Me temblaron las manos cuando las rocé por primera vez. Pensé que debía guardarlas y apartar el baúl al montón de las cosas personales; respetar la intimidad de quien nunca me había invitado a mirar dentro de ese cofre. Pero Sébastien ya no estaba. Y me lo había dado todo, con lo que eso conllevaba.

Cogí una al azar y deshice el lazo.

La desdoblé y contemplé aquella letra por primera vez. Bonita, en tinta negra y de trazos alargados. Mis ojos se deslizaron de las palabras centrales hacia la parte superior. Hasta la primera línea. Hasta un nombre.

«Juliette.»

¿Cómo suena un corazón cuando una grieta se abre? Yo te lo digo. Es un suspiro. Lento. Tenue. Casi imperceptible. Un pequeño silbido de aire, nada más, pero capaz de dejarte asomándote a un foso dentro de ti. Y, cuando sucede, cierras los ojos y le pides al mundo que pare. Que se congele. Pero es imposible. Así que solo te queda seguir.

Carta número 4

Juliette:

Hoy he tenido un sueño. Estaba actuando sobre el escenario y los focos me cegaban. El público no era más que una masa oscura, deforme y lejana. Menos tú. Tú también estabas, Juliette. A ti podía verte, en el centro, bajo una luz especial y única. Dejé de cantar y bajé en tu busca. Alzaste tus manitas, te cogí en brazos y comenzamos a bailar.

Ya no había música y, aun así, danzamos por la sala sin dejar de sonreír.

Cuando he despertado, la boca me sabía amarga y el corazón a nostalgia.

No había podido despedirme. No había podido alargarlo más para disfrutar de ti.

Pero, lo peor de todo, lo que más me duele y convierte este sueño en una pesadilla, es que tuve que inventarme tu rostro.

Tienes cinco años y no te conozco.

Tampoco te merezco.

S.

11

Existen muchos tipos de dolor. Como cualquier emoción, puede pasar por fases y experimentarse en distintos grados de intensidad. Puede ser agudo y desaparecer al instante, dejar poso como una enfermedad crónica que nunca se va, oscilar en subidas y bajadas e, incluso, puede vivirse de un modo dulce.

Pero el dolor del abandono es diferente.

Imagínate un pequeño agujero en una bufanda. No se ve, no molesta, puedes usarla cada día y nadie tiene por qué percatarse de que existe, ni siquiera tú. Aunque, poco a poco, cede. El tejido se da de sí, el paso del tiempo lo engrandece y, un día, sale de él un hilo. No quieres tirar, pero está ahí y no puedes evitarlo. Se engancha con todo, te molesta, te incomoda. Cuando te das cuenta, lo has estirado tanto que el agujero es enorme y la bufanda ya no es más que trozo de lana inservible.

Tú también estabas, Juliette. A ti podía verte, en el centro, bajo una luz especial y única.

Aquel día, mi bufanda había desaparecido.

Después de leer aquella carta y descubrir que las demás también estaban destinadas a mí, las había guardado en el baúl y había huido. Había corrido al dormitorio y había sacado la maleta. Había lanzado las prendas dentro sin el más mínimo cuidado y sin importarme si me olvidaba de algo. Solo deseaba marcharme. Necesitaba salir de allí y que mi vida continuara siendo la misma, sin la sombra del hombre que nunca había estado en ella. Llamaría al primo de Nina y me olvidaría de todo lo que me recordase a mi padre.

No había podido despedirme. No había podido alargarlo más para disfrutar de ti.

Con las maletas en la puerta y los dedos temblorosos, cogí un cigarrillo y salí al jardín.

En cuanto el viento me rozó la cara respiré mejor. Me senté en uno de los bancos de piedra e inhalé el humo. El aroma del tabaco se mezcló con el de las flores que me rodeaban. Pensé en Joséphine, recordé la pregunta que me había hecho cuando me conoció y observé las caléndulas. Sus colores brillaban bajo los últimos rayos de sol; de

no ser por mi anciana vecina, jamás me habría fijado, pero era cierto que dos de ellas parecían más apagadas, como si de verdad sintieran algún tipo de dolor… Sacudí la cabeza y me centré en el mío propio. Ese que se expandía desde el pecho y que salía entre mis dedos en forma de temblor.

Tienes cinco años y no te conozco.
Tampoco te merezco.

Cerré los ojos y me esforcé por apartar esa sensación pegajosa y amarga. Siempre me había acompañado cuando pensaba en Bastien, pero, desde que había muerto y su vida se había entrelazado con la mía, se había intensificado y a ratos lo llenaba todo.

No me quitaba de la cabeza la imagen de las cartas. Decenas. Todas con mi nombre. No había tenido más que ojearlas por encima para comprobar que estaban numeradas por orden cronológico. Tantas palabras no dichas encerradas en un baúl y que, de repente, llegaban a mí.

¿Por qué? ¿Qué sentido tenía? ¿Acaso existía alguna explicación que no me hiciese daño?

Era tarde. Siempre había sido tarde y aquello no cambiaba nada.

Pensé en mamá y recordé algunas de nuestras conversaciones.

—¿Y si quisiera enviarle una carta?

—No mantengo contacto con él, Juliette, pero es un personaje público. Supongo que podríamos conseguir una dirección y hacérsela llegar de algún modo. ¿Estás segura de que deseas hacerlo?

No, no lo estaba. Solo necesitaba saber que tenía opciones. Confiaba en mamá, jamás me había ocultado quién era mi padre ni la historia que habían compartido, pero me daba miedo que ella hubiera tomado decisiones por las dos que condicionaran mi vida. Cada vez que yo renegaba, ella suspiraba con alivio y nuevas dudas se me asentaban.

¿Y si la verdad de Sébastien Gautier no era tal y como me la había contado mi madre? ¿Y si él había intentado en algún momento tener contacto conmigo y ella se lo había negado? ¿Y si en esas cartas obtenía las respuestas a tantas preguntas acumuladas desde mi infancia?

No pude evitar odiarlos a ambos por estar muertos.

No pude evitar odiarme a mí por ese sentimiento.

—Vaya, la ladrona.

Una voz me sorprendió a mi espalda y me tensé. Apagué el cigarrillo contra la piedra y lo guardé para tirarlo después. Pestañeé para apartar las emociones y me encontré con la persona con la que menos me apetecía hablar en aquel instante.

—Juliette, me llamo Juliette —lo corregí irritada.

—La ladrona Juliette… Qué sofisticado.

Mathis se acercó y bajé la mirada, cohibida. Aún me notaba acalorada y con el rostro desencajado por lo descubierto. Siempre me había costado ocultar mis sentimientos; Nina decía que mi cara era como un libro abierto en el que poder leer con facilidad lo que me inquietaba.

—¿Qué te pasa?

Suspiré y mis ojos se perdieron en las caléndulas tristes de la señora Bonnet. No me agradaba compartir mi vulnerabilidad con un extraño con el que, por otra parte, había tenido un primer encuentro de lo más violento. Pero allí no contaba con nadie y Mathis y su ceño fruncido eran todo lo que tenía. Además, me había sorprendido que fuera tan directo. Un «¿estás bien?» habría expresado simple educación, pero «¿qué te pasa?» implicaba interés real.

Estaba cansada de sentirme sola.

—¿Crees que es justo recibir algo de quien nunca te quiso cuando esa persona ya no está?

—No te sigo.

Que no pareciera incómodo por mi pregunta me animó a continuar. Sabía que él no podía darme respuestas, pero necesitaba un muro contra el que lanzar esas cuestiones para que no se me enquistasen en la lengua.

—Bastien y yo no... Nunca hubo un *nosotros*. Nunca nos conocimos. Y ahora estoy aquí. Y él, aunque haya muerto, sigue por todas partes. No sé si puedo hacerlo. No estoy segura de poder enfrentarme al recuerdo del hombre que me esforcé tanto por no necesitar en mi vida.

Mathis tragó saliva. Aún no le había expuesto de forma directa qué relación tenía con Bastien, pero parecía listo y las señales estaban a su alcance. Me miraba como el que ve algo conocido, que le resulta familiar o que le recuerda a alguien. Me miraba como Joséphine cuando le había confesado que era la hija del famoso músico.

Siempre había odiado parecerme físicamente a él, pero nunca había tenido que enfrentarme a personas que lo conocieran personalmente, a excepción de mi madre. Aquello cambiaba las cosas. Aquello me incomodaba demasiado en mi propia piel. Me apetecía arrancármela y desaparecer.

Mientras Mathis reflexionaba en silencio, aproveché para fijarme en él. Vestía una camiseta negra y un pantalón mostaza que le caía por las caderas con cierta languidez. Llevaba zapatos de cordones sin calcetines y las manos con restos de pintura. Se pasó una por el pelo, demasiado largo como para que le quedara de punta, y se cruzó de brazos.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones. Puedes echarlo, ahora la casa es tuya, ¿no? —Asentí y se humedeció los labios antes de

continuar—. Pues ¡que le den!, bórralo de ella y conviértela en un refugio para ti.

Eso podía hacerlo, aunque me incomodaba destrozar un hogar por puro despecho.

—¿Y la otra opción?

—También puedes convivir con él y demostrarle que se equivocó al no quererte en su vida.

—No es fácil.

Mathis se encogió de hombros como si mis sentimientos no le provocaran ninguna lástima. Pese a ello, me gustó poder hablar con él de un fantasma y que se lo tomara en serio. Habitualmente, mis cuestiones trascendentales solían ser ignoradas.

—Nada lo es. Estamos hechos para lo complicado. Para ser infelices la mayor parte del tiempo. Es el único modo de reconocer la felicidad de vez en cuando.

Observé su determinación y la oscuridad que sobrevoló sus ojos.

—¿Tú también vives en un agujero? —murmuré sin ocultar la curiosidad repentina que aquello me despertó. Sin embargo, Mathis no respondió, solo sonrió como el que entiende lo que es estar dentro de uno.

Suspiré pesadamente. Joséphine llevaba razón. La historia del chico áspero era triste. Había algo en él que se percibía rápido. Algo oscuro, amargo, que invitaba a marcharse. Quizá por eso no me moví del banco. Tal vez, ese fuera el motivo de que enredara mi bufanda deshecha a la suya.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Él me señaló algún punto por encima de su hombro y me levanté. Por eso no lo había visto cuando había salido. Bajo el arco que daba a la salida trasera, había colocado un caballete con un cuadro a medio pintar. Mi mirada se desvió de nuevo a sus manos manchadas; azules, verdes, amarillos. ¿Cuál sería su color favorito?

—Este patio tiene la mejor luz del pueblo —me explicó.

—¿Él te dejaba trabajar aquí?

Mathis me regaló una sonrisa agridulce.

—Cuando Bastien llegó, esta casa llevaba tiempo deshabitada. La habían heredado dos hermanos que habían tardado años en ponerse de acuerdo sobre qué hacer con ella, así que cuando él la compró… Digamos que el patio se había convertido en uno de uso común.

—Por eso no arregló la puerta —susurré para mí misma.

Él asintió. Me sentí incómoda por haber compartido con Mathis mis dudas y mi rechazo hacia Bastien, cuando era obvio que, al igual que Joséphine, lo echaba de menos. Me pregunté qué relación habrían mantenido y cómo se sentiría ante mi llegada.

—Decía que era de todos. ¿Te molesta que lo use?

Dudé unos segundos, y no porque no tuviera clara la respuesta, sino porque me di cuenta de que la decisión solo me pertenecía a mí. Bastien me había dejado mucho más que una casa con un patio precioso. Lo miré y negué con suavidad.

—No, supongo que no.

—Gracias, Juliette.

Con el sol de cara, sus ojos parecían muy verdes. Pensé en limas. Ácidas. Refrescantes. Noté un escalofrío y me abracé.

—Siento haberte robado el cuadro.

Su expresión entonces fue de lo más arrogante.

—Quiero creer que, si te lo llevaste y lo colocaste en tu salón, es porque te gustó.

—El artista y su ego… —murmuré, atrapando el labio entre los dientes para ocultarle una sonrisa.

—¿Te gustó? —insistió de una forma mucho más directa.

Recordé la pintura. Sus tonos, su intensidad, su violencia. Cada vez que la veía sobre el aparador se me formaba un nudo en la tripa.

—Sí.

Aparté la mirada y él dio un paso hacia mí.

—¿Pero?

Suspiré y fui sincera, aunque pudiera herir su orgullo. El cuadro me encantaba, pero siempre me dejaba con la sensación de que aquello no era todo, de que había más que su dueño mantenía guardado.

Lo miré fijamente y las palabras salieron con la facilidad de quien no tiene que gestionarlas.

—Bueno, estaba sin acabar. Es complicado estar segura de algo que aún no ha terminado.

Compartimos una mirada fugaz. Mathis juntó las manos y se rozó con los dedos un pegote de pintura azul para retirarlo.

—Pues piensa en ello —me dijo, y regresó sin más al trabajo.

Yo lo hice. Aquel pensamiento me hizo meditar sobre lo que sentía en casa de Bastien y llegué a la conclusión de que era cierto: mi padre había muerto, pero lo que me unía a él aún no había acabado. Solo había estado veintisiete años silenciado.

Cuando regresé a la casa, cogí las maletas y coloqué de nuevo mis pertenencias en el armario.

12

Llevaba diez días allí cuando comprendí que conocer a una persona no siempre pasa por tenerla cerca o porque te hablen de ella. En ocasiones, la información está ahí, esperándote, salpicando los detalles, los rincones que un día pisó o en la huella que dejó en los demás antes de marcharse.

Y Bastien comenzaba a tener una forma, un sonido, un color.

Era un aficionado al cine; coleccionaba clásicos de todos los géneros, aunque su favorito era la ciencia ficción. Le gustaba el café molido, las especias en las comidas y su colada olía a cítricos. Fumaba mucho, pero solo en el despacho, y usaba un perfume suave que me transportaba al mar. Era metódico dentro de su caos; colocaba los discos por orden alfabético y los libros por colores, en cambio, parecía haber dejado los adornos desperdigados por la casa en el primer sitio que hubiera encontrado.

Era generoso. No solo lo había descubierto por el detalle del jardín abierto a sus vecinos, sino también porque lo cuidaba él mismo; pese a que odiara las plantas, había empezado a hacerlo cuando la artrosis de Joséphine había avanzado.

—Cuando llegó, me dijo que se había planteado arrancar todas las flores y convertir el patio en un anexo de la casa. Quería hacer un cuarto insonorizado o no sé qué milongas, ¿te lo puedes creer? Le grité que por encima de mi cadáver. Y entonces se compró un mono de jardinería y unos guantes.

Joséphine sacudía la cabeza, pero sonreía. Siempre que pensaba en él sonreía. Y yo sentía que unas manos invisibles le quitaban a Bastien otra capa de encima sin la cual se me mostraba un poquito más de él. Algo que no encajaba con mis ideas preconcebidas. Algo que me descolocaba y convertía mis dudas en océanos inmensos en los que me perdía.

Me aficioné a mirar por la ventana que daba al patio al caer la tarde. Allí no tenía a mis gatos, pero contaba con un pintor en busca de inspiración, una anciana que comprobaba que las flores estuvieran contentas y un niño que se colaba para robar unas cuantas de vez en cuando. Ellos tenían sus rutinas y yo había comenzado a acostumbrarme a las mías.

A veces, veía a Mathis. Salía a pasear y me lo cruzaba, siempre con colores en las manos o con sus pinturas a cuestas.

—Juliette.

Me saludaba de forma escueta y yo sonreía. Al principio muy levemente, con cierta incomodidad que no comprendía, pero con el paso de los días las sonrisas eran más reales, hasta que me habitué a esperarlo con el corazón desbocado al girar la esquina. Me gustaba la forma en la que pronunciaba mi nombre y que no lo acompañase con nada más. También, que no esperase una respuesta por mi parte. Solo un gesto. Solo unos labios curvados y un «hasta mañana» que se intuía en el silencio que precedía a la noche.

En ocasiones, subía a la buhardilla e intentaba terminar el trabajo que había empezado días atrás. Cogía aire, atravesaba la puerta e ignoraba la zona de la derecha, donde el piano dormía. Entre la música y yo había un muro alzado desde hacía años que parecía inquebrantable. Me sentaba frente a las cajas y las revisaba con calma, pero enseguida sentía una presencia a mi lado en forma de baúl. Notaba un latido constante llamándome y comprendía la angustia del personaje de Edgar Allan Poe y su corazón delator. Cuando eso sucedía, lo dejaba todo tal y como estaba y salía corriendo.

Algunos días tomaba el té con Joséphine. Conversábamos, aunque respetaba mis tiempos y yo iba dándole pinceladas sobre mi vida mientras ella dejaba las suyas sobre Bastien.

—Toma, llévate esto. —Me ofreció un libro de recetas de repostería —. Era suyo.

—¿Y para qué lo quiero?

—¿Y para qué lo quiero yo? Con estas manos decrépitas es imposible hacer nada sin manchar media cocina.

Asentí y lo cogí. La portada tenía el dibujo de un pastel de guindas. Lo abrí y contuve el aliento al ver que algunas estaban marcadas con una cruz; también había comentarios en sus laterales escritos a mano. Era la misma letra que la de las cartas.

Triturar las fresas aparte para que la masa quede más homogénea.

Lo cerré y lo dejé sobre la mesa, a una distancia prudencial. ¿Había sido Sébastien Gautier un amante de la repostería? Sentía que, dato a dato, iba completando la imagen de una persona desconocida. Una que distaba mucho de la que un día había cogido sus cosas y se había largado del lado de mi madre.

—¡No es una bomba, Juliette! Solo son instrucciones para hacer postres.

Joséphine se rio y aparté la vista. Me sentía tonta y muy vulnerable.

Aquella tarde, ya en mi casa, ojeé el libro y leí con calma todos los consejos añadidos por Bastien. Su receta favorita era la de la tarta de café. Y la que más le había costado, la de la charlota de fresas. No le gustaba el queso, aunque había probado a hacer un pastel con este

ingrediente principal y el resultado había sido aceptable.

Suspiré y lo cerré con fuerza.

Allí estaban de nuevo los detalles. Por todas partes. Me rodeaban. Me incordiaban. Sébastien estaba en cada rincón y nunca se iría, cuanto antes lo aceptara antes podría acostumbrarme a ello. Recordé el consejo de Mathis y asimilé que era imposible borrarlo de su hogar, pero que sí podía aprender a convivir con su ausencia hasta que me marchara.

Con la luna ya en el cielo, hice algo que me tenía prohibido. Quizá por respeto a mi madre o como venganza por que él nunca me hubiera querido a su lado. O, tal vez, por miedo a que me doliese, a descubrir algo que me gustara o a encontrarme de alguna manera en él. Aquella noche me coloqué el portátil en las rodillas y busqué su nombre.

La información es poderosa.

La información puede transformarlo todo.

O no cambiar nada.

Porque los hechos seguían ahí, doliendo y condicionando mi vida. Aunque ahora supiera que Bastien había donado parte de las ganancias de uno de sus discos a una asociación oncológica infantil. Aunque hubiera leído una entrevista en la que confesaba que se había portado mal con todas las mujeres que había querido, para encontrarme a continuación otra en la que algunas de ellas recordaban sus romances y lo hacían con cariño. Aunque me hubiese sorprendido saber que todos los compañeros de profesión hablaban maravillas de él. Aunque me hubiera reído con alguno de sus comentarios en un documental sobre música francesa de los noventa.

Incluso con todas esas cosas, y aunque me lo mostraran como un hombre amigable, honesto, generoso y con sentido del humor, la versión de Bastien enredada con mi vida era otra. Otra más oscura. Otra que dolía, pese a que hubiera fingido durante veintisiete años que no me afectaba.

Sin embargo, mi dolor no evitaba que hubiesen existido otras muchas versiones de él.

Todos tenemos mil caras. Yo sabía que no siempre había sido la misma Juliette. Con mi madre, con mis amigos, con mis amantes, con Joséphine o con Mathis. Era la misma, pero los matices cambiaban la perspectiva. Como una de esas imágenes que se modifican según el ángulo desde el que las mires. Igual que él había sido uno muy diferente con cada persona de su vida.

¿Y si me estaba aferrando a una idea de Bastien que no era fiel a la realidad? ¿Y si estaba siendo injusta valorando solo lo que sabía por mi madre y su ausencia, y había mucho más por descubrir apenas un piso más arriba? ¿Y si, para avanzar, debía conocer todas sus facetas?

Con ese pensamiento en la cabeza, subí al desván, abrí el baúl y escogí una carta.

¿A qué Bastien me encontraría entre sus letras?

Carta número 10

Juliette:

Hoy no he tenido un buen día.

Acabo de lanzar un nuevo disco y estoy en medio de la promoción, la parte que menos me gusta de esto. Me han hecho una entrevista. Una más de tantas que olvido en cuanto acaba. Pero presiento que esta no será fácil de borrar de mi mente.

Ha empezado normal. Preguntas sobre el proyecto, las canciones, la estética de la portada, la gira. Aunque, en un momento determinado, el periodista ha comenzado a escarbar. No sé cómo lo ha hecho. No me he dado ni cuenta. Pero he acabado sintiendo. Siempre me coloco una máscara de indiferencia y actúo hasta que mi agente me hace un guiño y nos largamos. Hoy no. Hoy se me ha caído el antifaz y me han dado de pleno en una zona escondida que algunos llaman «corazón».

—Se te conocen muchas relaciones, aunque todas fugaces, ¿nunca has pensado en sentar la cabeza? ¿Desea Bastien enamorarse, ser padre y formar una familia?

Mi cabeza gritaba «no». Rotundo. Sin dudas. Sin fisuras. Lo tenía aprendido, lo llevaba conmigo como una losa que aceptaba por el peso de mis decisiones. Y, sin embargo, la palabra se perdió en algún punto entre mi cerebro y mi boca. Se difuminó y se convirtió en algo nuevo. En un anhelo desconocido e intenso, como el recuerdo de un primer beso.

—Quizá.

Una respuesta vaga, una que no aportaba más que una posibilidad entre tantas otras. Una granada sin anilla aterrizando en el centro de mi vida.

Hoy he pensado en ti y me he arrepentido de perderte.

Hoy me he odiado por quererte.

S.

13

Me puse un abrigo de lana y salí al patio. Pasaban de las doce y el silencio era absoluto. Los primeros días me había resultado extraño, incluso molesto, pero ya me había habituado a él y apenas echaba de menos el murmullo constante del París que nunca duerme.

No tardé en verlo. Estaba sentado en un banco y fruncía el ceño con el rostro ladeado. Frente a él, una nueva pintura esperaba el tacto de su pincel.

—¿Insomnio?

Mathis se giró y me sonrió levemente. Parecía cansado y no muy amigo del peine.

—No duermo mucho. —Le tendí la cajetilla de tabaco—. Tampoco fumo.

Me encendí yo uno y jugué a hacer formas con las volutas de humo.

—Pues deberías. Eres francés. Y artista. ¡Por Dios! Es inconcebible que no fumes.

Mathis se rio. El cielo estaba oscuro y apenas se veía la luna entre dos nubes. Pensé en dejar de fumar por centésima vez para a continuación suplicarme a mí misma jamás intentarlo. Estaba harta de fracasos y sabía que ese sería inevitable.

—¿Y tú? ¿Qué haces despierta a estas horas?

Suspiré y recordé la carta. Las palabras. Los sentimientos para siempre encarcelados en un papel. Las emociones tintinearon dentro de mí como cascabeles.

—Estoy inquieta. Creo que llevo así desde que entré en esta casa.

—¿Fantasmas? —preguntó con un deje burlón.

—De algún modo, sí.

—¿Ya le has demostrado a Bastien que se equivocó contigo?

La voz de mi padre me llegó como un eco lejano.

Hoy he pensado en ti y me he arrepentido de perderte.
Hoy me he odiado por quererte.

Noté una punzada bajo las costillas. Me gustaba que Mathis no se anduviese con rodeos, pero eso no evitaba que el golpe me sacudiera con fuerza.

—Creo que es él mismo quien ha empezado a demostrármelo a mí.

—Espero que no en forma de aparición espectral en los espejos.

Me reí. Me sorprendía que me resultara tan fácil estando tan triste.

—Cartas. Sébastien me escribió un montón de cartas. Si no hubiera venido, jamás las habría descubierto. Pero ahora estoy aquí y oigo el frufrú del papel incluso cuando duermo.

—¿Las has leído?

—Solo dos.

Asintió y me observó con cautela. Yo miraba al cielo.

—Hay que dosificar los sentimientos. Es el único modo de que no te arrollen.

—Hablas como un poeta. O como un tío intenso colocado de alguna mierda muy buena.

Nos reímos. La risa de Mathis era tan áspera como todo lo demás de él que iba descubriendo, pero había algo en ella que calmaba. Me abracé bajo la lana y contuve el aliento cuando comprendí la importancia de sus palabras.

—No estoy preparada.

—Pues no las leas. No tienes por qué hacerlo. Si él no las envió, no le debes nada.

Tragué saliva y apreté los dientes. De repente, estaba enfadada. Sentía que volaba de un extremo a otro de una balanza emocional con demasiada brusquedad.

—Pero me angustia sentirlas cerca. También me angustia leerlas y sentir que, de algún modo, él gana. No se lo merece. No se merece nada.

Mathis me miró de reojo y después clavó la vista en su pintura. A su lado, había un maletín con botes de colores al óleo. Cogió uno malva y lo extendió en una pequeña paleta antes de aclararlo con blanco.

—¿Y por qué no te deshaces de ellas? —me aconsejó—. Eso acabaría con tus problemas.

Me tensé al instante. Eso podía hacerlo. Eso suponía una salida, un punto final entre mi padre y yo. Pese a ello, sentí una congoja tan grande que me quedé sin aire. Noté el peso de las emociones pidiendo paso y cerré los ojos para calmarme.

Cuando los abrí, Mathis pintaba en silencio. No me miraba. Se comportaba como si yo no estuviera. O como si fuera algo habitual para él trabajar mientras una desconocida luchaba contra sí misma en medio de una crisis existencial.

—Ahora no hay luz —le dije; una forma como otra cualquiera de preguntarle qué hacía allí trabajando a esas horas.

Su sonrisa brilló bajo la leve iluminación que nos daba una farola tras el arco.

—De noche puedes descubrir otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Como si es difícil o no encontrar la inspiración junto a chicas curiosas.

Me mordí el labio de forma inevitable y me senté a su lado. Dejé que las horas pasasen, mientras un chico insomne dotaba de color una madrugada intranquila que cada vez pesaba un poco menos.

A la mañana siguiente, en cuanto abrí los ojos me asomé a la ventana. Era imposible que Mathis continuara allí, pero había sentido un impulso tonto de comprobarlo. Me había despedido de él a las cuatro, después de verlo trabajar durante horas.

Ni él me invitó a quedarme ni yo le pregunté, solo sucedió. Y me di cuenta de que había algo reconfortante en los movimientos de sus manos dando color al lienzo en blanco. Era meticuloso, elegante, tozudo. Se centraba en un punto, por muy diminuto que fuera, y lo perfeccionaba todas las veces necesarias hasta conseguir el resultado deseado. No le importaba mancharse, pero apenas había restos de pintura en su ropa. A veces, se pasaba las manos por el pelo; entonces dejaba la sombra de los colores en algunos mechones y yo sonreía. Desconocía qué quería plasmar, aunque observar el proceso de una idea desde sus inicios hasta que iba tomando forma era parte de su encanto.

Advertí que mirarlo me evadía de mis pensamientos. Entre trazos de colores, mi mente divagaba hacia zonas más seguras. Entre las creaciones de otros, no meditaba sobre si yo sería capaz o no de crear alguna vez algo; de sentirme útil.

Sin embargo, en el amanecer no había rastro de Mathis, aunque sí que vi una pequeña figura asomándose al jardín. Cuando comprobó que estaba solo, entró, escogió las flores más bonitas —nunca las caléndulas de la señora Bonnet— y rebuscó dentro de la jardinera. Su rostro se crispó decepcionado antes de marcharse tan sigiloso como había aparecido.

Me pregunté qué historia escondería Hugo y si Bastien tendría algún lugar en ella.

14

—¿Crees que de verdad su fantasma rondará por la casa? Es posible que te bese la frente cuando estés dormida, ya sabes, en plan caricia paternal del más allá.

Nina fingió un escalofrío y puse los ojos en blanco. Habíamos mantenido nuestros viernes de pasteles, aunque yo los acompañara a cuatrocientos kilómetros y con un trozo del primer bizcocho que me había atrevido a hacer en mi vida. Si Bastien había sido un buen repostero, yo había dejado constancia con solo una receta de que era imposible que hubiera heredado esa destreza de él.

—Vas a meterle miedo, Nina —le advirtió Ivo.

—Quiero saber si ha sentido algo sobrenatural. La energía es poderosa.

—Esto es para que vuelva a casa y que yo pierda la apuesta, ¿verdad? Eres una tramposa —le recriminó él—. Por cierto, ¿cuándo vuelves? Te echamos de menos.

—Es mi mejor amiga. ¡Solo velo por su seguridad!

—Serás mentirosa... Aún no me creo que tu padre sea Bastien.

—¿Y si oye sus canciones como un eco espectral? —continuó Nina con sus teorías ridículas.

Los escuché divagar mientras me llevaba migas quemadas a la boca, hasta que Nina sugirió contratar a una espiritista y suspiré con desidia.

—¿Hola? ¿Podéis dejar de hablar y escucharme?

Ambos guardaron silencio y me arrepentí de haber compartido con ellos mis preocupaciones. Adoraba a mis amigos, pero eso no significaba que nos entendiéramos en todo. Ivo era un cobarde emocional que siempre evitaba implicarse, Nina la que usaba el humor como un escudo para todo y yo la de las preguntas trascendentales que rara vez sabían contestar. Los tres teníamos nuestras debilidades y las respetábamos. Pero, aquel día, fui consciente de que necesitaba algo más que el apoyo de Ivo y las chorradas de Nina. Quería que alguien me ayudara a poner voz a lo que estaba sintiendo, aunque ni yo lo comprendiera. Por ese motivo, quizá, pensé en Mathis y en las conversaciones tan naturales como extrañas que habíamos mantenido.

—No vivo con espectros, los vasos no se caen a mi paso ni hay interferencias en el televisor. No se trata de eso. Solo... El duelo tiene cuerpo. Es una sensación. ¿Habéis oído hablar del miembro fantasma?

Pues es algo parecido. Siento a Bastien. Es imposible sacarlo de aquí, aunque no pueda verlo.

Sentí el temblor de Ivo al otro lado del teléfono.

—¿Crees que él te ve? —preguntó Nina en un susurro magnético.

—Acaba de colocarse una servilleta como si fuera una médium con turbante —confesó mi amigo.

Me dejé caer en el sofá y cerré los ojos.

—Es imposible hablar con vosotros.

—Pero nos quieres.

Sonreí.

—Pero os quiero.

—No has contestado —murmuró Ivo, refiriéndose a su duda de cuándo iba a volver.

El silencio nos envolvió. Pensé en responderles que pronto, pero, en realidad, hacía días que no sentía ningún deseo de hacerlo.

—Llama a mi primo, Juliette. Solo hazlo, ¿vale?

Asentí a una Nina que dejaba entrever su preocupación por mí cada vez más a menudo y corté la llamada. Durante los siguientes quince minutos miré las vigas de madera del techo. Las había observado ya tantas veces que me sabía sus defectos de memoria, sus vetas, los tonos oscurecidos en algunas partes. Pese a ello, yo no miraba los listones, sino algo más allá que intuía y que no dejaba de sentir, incluso con un piso entre medias.

Porque Bastien no era solo sus pertenencias, lo que contaban de él sus vecinos o ese olor tan característico que desprendía todo lo que me rodeaba. Bastien, sobre todo, era un baúl lleno de letras desconocidas.

Chasqueé la lengua y corrí escaleras arriba.

Como siempre, al entrar al desván miré de reojo al piano e ignoré la incomodidad que me provocaba. Cada vez que lo veía me sentía igual que si hubiera interrumpido un momento íntimo entre dos amantes. Uno había muerto, pero el otro seguía esperándolo. Era triste. Era el recordatorio constante de una batalla perdida entre la música y yo.

Suspiré y me senté frente al baúl. Las cartas continuaban igual que las había dejado. Las dos que ya había leído las había colocado juntas en una esquina.

Mis manos volaron por encima y las rocé. Escogí una. La número veintitrés. Comencé a leer con el pulso acelerado. Hablaba de esa casa y de cómo había llegado hasta ella. Hablaba de un hogar construido pensando en mí. Hablaba de todas esas cosas que en el fondo de mi ser siempre había deseado, pero que habían llegado cuando ya no podía encajarlas en mi vida.

Al terminar, la arrugué entre los dedos.

Y lo odié.

Odié a Bastien por obligarme a acostumbrarme a su ausencia para

después arrebatármela.

Recordé el consejo de Mathis. Levanté el baúl y lo bajé al salón. Me senté frente a la chimenea encendida. El fuego crepitaba. Mi corazón también.

Cogí una carta cualquiera y estiré el brazo. El papel brillaba sobre las llamas. La tinta parecía más oscura. Me pregunté cuántos segundos exactos tardaría en convertirse en cenizas. Si lo averiguaba, podría calcular cuánto tiempo necesitaría para que lo que me unía a Bastien desapareciera para siempre.

Acerqué la carta al calor. Lo noté en la piel y vi que el borde comenzaba a ennegrecerse. Era la número diecisiete. Maldije entre dientes y la aparté con rapidez antes de que las llamas la prendieran. La abrí, inquieta, y la leí sin pestañear mientras me odiaba por ser débil, volátil, tan vulnerable como un trozo de papel cerca del fuego.

Y Bastien quemaba. Sus palabras eran chispas incendiarias dentro de mí.

Carta número 17

Juliette:

No sé si te has enamorado. No te conozco, aunque me gusta pensar que sí lo has hecho. Acabas de cumplir diecisiete años, es un buen momento para descubrir el lado dulce de ese sentimiento.

Te imagino como una versión más joven de tu madre, pero con los ojos azules. Sé que eso lo heredaste de mí. Crees que nunca nos hemos visto y, tal vez, para ti sea así. Pero una vez nos cruzamos en tu portal. Fue natural. Fue inesperadamente especial. Fue uno de esos momentos que en las novelas anuncian un reencuentro o un final feliz. Yo no lo sabía, pero después me di cuenta de que así había sido de algún modo, porque mi sonrisa fue de verdad.

Siempre he sonreído poco, Juliette. Ojalá en eso no te parezcas a mí.

Pero, de un tiempo a esta parte, he aprendido que, cuando pienso en ti, lo hago.

Y es bonito.

Supongo que el amor puede manifestarse de muchas formas.

Supongo que, aunque creas que algunas de ellas no van contigo, estas acaban encontrándote.

Y, si te imagino, se me escapa una sonrisa como nadie más fue capaz de despertar en un cuerpo vacío como el mío.

S.

15

Conocí a Hugo el tercer domingo desde mi llegada a Alsacia. Era menudo, de cabello y ojos oscuros. Que llevara pantalones cortos con calzas y tirantes sobre la camisa había ayudado a Joséphine a hacerme dudar sobre si pertenecía o no a este siglo. Pero no, Hugo no era un fantasma como la sombra de Sébastien siempre asociada a su casa, sino un niño de carne y hueso que despertaba mi curiosidad con una sonrisa. Yo estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el muro y la cabeza alzada al sol. Por eso, cuando se coló para arrancar algunas flores, no se dio cuenta de que en esa ocasión su delito tenía un testigo.

—Hola, soy Juliette.

Dio un respingo y se giró asustado. Había escogido unas pequeñas de color blanco que crecían alrededor de las caléndulas.

—¿Cómo te llamas?

No respondió. Únicamente me miró con los ojos muy abiertos y salió corriendo con su ramo de flores. Antes de desaparecer, me percaté de que observaba nuevamente con anhelo una de las jardineras.

Me levanté y me acerqué a ella. Dentro no había nada que no tuvieran las demás. Tierra, hojas y pétalos caídos, alguna piedra. Se me ocurrió mover la más grande de todas, pero fue en vano. No había nada debajo.

El pequeño Hugo continuaba siendo un misterio para mí.

Los días pasaban. La vida no frenaba, aunque yo sintiera que mi avance era lento como el de una tortuga centenaria. Así me sentía, dando pasos pequeñitos que me costaban un mundo en mi propia cruzada. Todavía con las manos llenas de tierra por escarbar en busca del tesoro oculto de Hugo, recibí una llamada de un número desconocido.

—¿Juliette Simon?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, soy Annette Loiseau, periodista para *Vie Actuelle* y escritora ocasional. ¿Tiene un minuto?

Carraspeé incómoda y me limpié la tierrilla de las uñas. Joséphine ya me había alertado de la posibilidad de que recibiera visitas inesperadas. Pese a que Bastien había llevado una vida discreta en el pueblo, su muerte había despertado su popularidad y sus canciones

volvían a ocupar los primeros puestos de grandes éxitos. Las ventas de sus discos se habían disparado y algunos curiosos habían visitado la zona y hecho fotografías a la fachada de la casa. Al fin y al cabo, su nombre seguía en el buzón y el timbre había sonado en alguna ocasión sin recibir respuesta por mi parte. No obstante, no me había planteado que alguien descubriera mi identidad y mi relación con el músico.

—Lo siento, pero no soy la persona que busca.

—Yo creo que sí. Usted es la hija de Bastien, ¿verdad? Quiero proponerle un…

Colgué el teléfono y me dejé caer en un banco. Me había pasado veintisiete años intentando ignorar que Sébastien Gautier era mi padre cada vez que salía en la televisión, cuando su música sonaba en los altavoces de cualquier bar o si alguien lo nombraba para alabar su talento; no estaba preparada para aceptar una casa, una pequeña fortuna y que todo el mundo descubriera que era su hija en unas semanas.

Al otro lado del patio, vi entrar a Mathis cargando sus trastos. Estudió el terreno unos segundos antes de dirigirse hacia mí. Aún me notaba inquieta cuando preparó a mi lado su estudio improvisado.

—¿Meditando al sol? Sin duda, has elegido el mejor sitio.

Aquello explicaba que, buscando la luz perfecta, se hubiera acercado a mí.

—¿Trabajando el día del Señor? —le repliqué con sarcasmo.

Sonrió y abrió el maletín. Rebuscó en su interior hasta que encontró el color que buscaba, un rojo intenso que me recordó a la sangre. Por asociación, pensé en heridas, tristeza y muerte. Cerré los ojos y alcé la mirada al cielo.

—No pensaba salir, pero de pronto he tenido una idea y…

Se revolvió el pelo en un gesto un tanto infantil y curvé los labios.

—… y has decidido empezar algo nuevo.

Mathis asintió y observé el lienzo en blanco. Tan pulcro como vacío, y que él llenaría en unos instantes con sus explosiones de color. Había aprendido rápido que solía hacer eso, enlazar un proyecto con otro sin haber terminado el anterior. Era como si le pudieran las ganas o la inspiración se pisase a sí misma con nuevas ideas que materializar antes de que las olvidara. Me preguntaba a menudo qué hacía con todos aquellos trabajos que dejaba a medias, si los retomaba en algún momento o acababan guardando polvo en un rincón. Sin poder evitarlo, me imaginé un montón de obras abandonadas en un trastero, tan huérfanas como me sentía yo.

Untó el pincel y después rompió la quietud del cuadro en blanco con una gran franja rojiza. No era más que una línea, pero destilaba fuerza, violencia, un ardor vivo que salía de sus dedos y teñía el tejido.

—¿Cómo va lo tuyo? —me preguntó sin apartar la vista del rastro húmedo bermellón.

Lo mío. Sonreí por su modo de indagar sobre mis avances emocionales.

—Abandoné definitivamente la buhardilla, me era imposible concentrarme allí arriba, pero he logrado revisar el salón.

—Bien hecho —respondió con un guiño.

Si era raro hablar tan abruptamente con él de algo tan personal, nunca me lo pareció. Tal vez, porque siempre pensé que Mathis también me mostraba una parte muy íntima de sí mismo cuando lo observaba crear. Ambos éramos dos extraños que se habían cruzado en ese patio perdido en el que, durante un rato, se sentían a salvo.

—He estado pensando en donar los libros de Bastien al ayuntamiento. Joséphine me ha dicho que hace tiempo que los vecinos piden una biblioteca.

—Es una gran idea. ¿Y los discos?

Sentí que aquella pregunta tenía más importancia para Mathis de lo que parecía. Sus dedos trazaron una espiral púrpura sobre la línea roja. Pequeñas gotas de pintura salpicaron la tela.

—No lo sé. Tal vez también debería donarlos. O venderlos en alguna tienda de segunda mano. O puede que le pregunte qué hacer con ellos a la periodista que me ha llamado.

—Vaya. ¿Te están acosando?

—No, pero intuyo que no se va a dar por vencida. ¿Qué pueden querer de mí? Yo no soy nadie.

Sacudió la cabeza y rompió la intensidad del dibujo con pequeñas manchas color celeste. También con un discurso que decía tanto de Sébastien que me tensé según lo iba asimilando.

—Eso no es técnicamente cierto. Bastien era un artista consagrado, pero hacía años que su vida ya no tenía interés mediático. Se había convertido en un ermitaño que hacía postres a sus vecinos, cuidaba del jardín y componía solo para sí mismo. Entonces murió. La muerte siempre santifica a las personas. Nos hace olvidarnos de sus defectos y engrandece sus virtudes. Quizá para que el recuerdo no sea una losa y que el regusto que deje sea dulce. —Mathis me miró de reojo y apreté los dientes; no me gustaba pensar que llevaba razón, supongo que porque eso me hacía ver a Bastien desde una perspectiva nueva—. Había que rendirle homenaje al hombre que creó las bandas sonoras de las historias de amor de nuestros padres. Y, mientras los periodistas del país trabajaban para que así fuera, tú entras en escena. Una chica que se muda a casa del músico. Joven, bonita y de la que no se conoce vínculo alguno con la estrella. Tarde o temprano iban a llegar a ti, Juliette. No los defiendo, pero comprendo que quieran escarbar. Todas las historias merecen la oportunidad de ser contadas.

Su «bonita» hizo eco en mi mente antes de desaparecer bajo el peso de lo demás.

Tragué con fuerza y negué con efusividad.

—No estoy de acuerdo. Algunas historias es mejor dejarlas estar. Además, solo sus protagonistas deberían hacerlo.

—En eso sí te doy la razón.

Me miró fijamente, quizá esperando que compartiera con él algún retazo de la mía, pero aún era pronto. Llevaba tanto tiempo silenciándola que no me sentía preparada para abrir compuertas que no sabía cómo me afectarían.

Mathis continuó pintando. El movimiento de sus brazos me recordaba a una danza silenciosa. El dibujo comenzaba a tomar forma. Una lluvia de colores vivos, un caos con sentido que transmitía emociones diversas. En aquel momento, provocó que me abrazara a mí misma, como si me sintiera obligada por unas manos invisibles a mirar lo que aún no quería ver.

Dejó el pincel en el aire y suspiró. Se apartó el pelo de la cara y me miró suplicante con un mohín.

—No te deshagas de los discos.

Pese a lo turbada que estaba, me reí.

Me pregunté una vez más cuál sería el vínculo del pintor con el músico. Me los imaginé a ambos tomando café en la sala de estar que ahora ocupaba yo, escuchando viejos vinilos y hablando sobre canciones y acordes. Observé el ceño fruncido de Mathis. Tenía las cejas pobladas, de un color miel más oscuro que el pelo. Solía aprovechar para mirarlo cuando estaba trabajando, porque parecía ajeno a todo. A veces arrugaba la nariz, aguileña y un poco torcida. Sus ojos verdes centelleaban cuando estaba concentrado en sus obras. También se humedecía a cada poco los labios. Era atractivo como esos chicos de la escuela de arte despistados y un poco bohemios que no saben que lo son. La diferencia era que Mathis sí que lo sabía. Había un aura de arrogancia en él que no dejaba lugar a dudas.

—También podrías quedarte alguno —le susurré, con la vista clavada en su garganta cuando tragó saliva.

—¿Hablas en serio?

Su sonrisa emocionada fue todo lo que necesité para abrirle una puerta que jamás imaginé que abarcaría tanto en mi vida.

16

Entré en casa con Mathis pisándome los talones. Parecía nervioso. También contento. Un niño que ha recibido la noticia de una bicicleta nueva y no puede esperar para probarla.

—Siento el desorden. Me paso el día moviendo las cosas de aquí para allá, haciendo cajas e intentando organizarlo todo de una forma coherente.

—Así que es verdad que has decidido venderla —afirmó con un desdén que no ocultó.

—Es lo más sensato.

Se encogió de hombros y se sentó de rodillas sobre la alfombra. Evité decirle que aún no había llamado a la inmobiliaria. Cada vez que iba a hacerlo, me repetía que no era el momento, que aún tenía mucho que hacer allí dentro como para precipitarme o cualquier otra excusa que me obligaba a posponer decisiones. Me sentía una experta en no avanzar.

Mathis cogió uno de los vinilos con delicadeza y me lo mostró. Era de un cantante que no conocía.

—Este le encantaba. Lo escuchaba cuando estaba triste.

Aparté la mirada, aturdida por lo que sus palabras me afectaban, y me senté en el sofá a una distancia prudencial. Él me pidió permiso con un gesto para ponerlo en la pletina. Segundos después comenzó a sonar una canción que hablaba de un río denso y de una mujer que se bañaba desnuda en él.

—No me parece una canción triste. Es sensual.

Mathis sonrió con un paternalismo que no me gustó.

—El arte, del tipo que sea, funciona así. Tiene tantas capas como personas se enfrenten a él. Lo que para ti puede ser una canción alegre para otro puede significar una pena insondable.

—¿Y qué te transmite a ti? —le pregunté curiosa.

Se lamió los labios y me miró con el rostro ladeado. El flequillo, demasiado largo, le tapaba levemente el rostro. Me pregunté qué se sentiría al tocarlo con los dedos y apartárselo. Entrecerró los ojos mientras la melodía avanzaba hasta un estribillo de ritmo furioso.

—Fiereza. Y lascivia. —Los abrió y su mirada me traspasó—. Supongo que debo darte la razón. Sería una canción perfecta para hacer el amor.

Me sonrojé inevitablemente. Me levanté, cogí un cigarrillo y abrí la

ventana. Sabía que Mathis sonreía, aunque no lo estuviera mirando. Lo oí trastear con los discos y poner uno nuevo.

—Este me encanta. Es una primera edición del 78, nada menos.

Silbó con admiración y entonces sí lo mire. Había cerrado los ojos y se movía al ritmo de la música. Los primeros acordes de una guitarra rompieron el silencio y después lo llenó una preciosa voz de mujer. Mathis golpeaba su rodilla con los dedos al compás de la canción. Parecía abstraído, como si hubiera salido de la habitación y se encontrara muy lejos. Siempre había admirado a los que sentían tanto como para que el mundo dejara de existir y no se protegían de ello. Desde hacía un tiempo, para mí la música solo era entretenimiento, un baile entre risas con mis amigos a medianoche, un complemento para adornar las películas. Llevaba un escudo puesto y era mejor así.

—Bastien decía que ella era la mejor voz que había tenido Francia. Le habría encantado hacer una colaboración.

—Nunca hacía colaboraciones —respondí confusa.

Mathis sonrió. Me sentí incómoda al dejar constancia de que, pese a que siempre lo había mantenido fuera de mi vida, era inevitable que supiera cosas de él y de su carrera profesional.

—Porque era muy suyo. Decía... decía algo que al principio no entendí, pero que acabé comprendiendo con el tiempo. Bastien decía que las expectativas eran las peores enemigas de las cosas buenas de la vida. Siempre restaban valor a la realidad y la cubrían de decepción. Por eso prefería no arriesgarse.

—Así que elegía no hacer nada. ¡Menuda tontería!

—¿Tú crees?

Su condescendencia me cabreó. Tal vez porque me era imposible no llevármelo todo a mi terreno. ¿Por eso me abandonaste, Bastien? ¿Tanto miedo tenías a que te decepcionara o a hacerlo tú que escogiste alejarte de mí? ¿O el retintín de Mathis se debía a mi propio estancamiento?

Me fumé el cigarrillo con ansias mientras él seguía ojeando los discos con esa devoción que solo unos pocos entienden. Los giraba como si fueran de cristal. Me contuve para no arrebatárselos y lanzarlos contra la pared.

—Puedes llevártelos todos.

Alzó el rostro y sentí una presión extraña en el estómago. Aún acariciaba con las yemas uno de los vinilos.

—Me encantaría, pero no puedo aceptarlos. Algunos valen una fortuna, Juliette. Tengo mis cosillas, pero yo no soy un ladrón.

Me guiñó un ojo cómplice, pero ni el recuerdo de nuestro primer encuentro enmascaraba lo que estaba sintiendo. Sacudí la cabeza y me sentí profundamente cansada.

—Te los estoy regalando. No necesito más dinero y me vendría bien

quitármelos de encima. Considéralo un favor.

Mathis se mantuvo unos segundos en silencio antes de asentir y guardarlos en la caja. Cuando terminó, la cargó y se acercó a la puerta. Yo seguía sentada en la poyata de la ventana. La brisa que se colaba entre las cortinas aliviaba un poco la desazón que me abrumaba.

Antes de atravesar el umbral, me habló por encima del hombro. Su voz fue un susurro lento y suave que me erizó el vello.

—¿Sabes? Creo que le habrías caído bien.

Me tensé y le di la espalda. El nudo de mi garganta me impidió responderle. Solo cuando oí que la puerta se cerraba, dejé que una lágrima resbalara por mi mejilla. Minutos después estaba sentada en el suelo del desván.

En la mano derecha, una carta.

En la izquierda, el corazón.

Carta número 26

Juliette:

No sé si esta carta servirá de algo, pero no me quedo tranquilo si no la escribo.

Ojalá algún día la necesites. Significará que has conocido mi hogar y, de algún modo, también a mí.

Hay un juego de llaves escondido en uno de los bancos del jardín. El segundo de la derecha tiene una piedra que se mueve en la parte inferior.

El calentador falla de vez en cuando. Si sucede, debes reiniciarlo y esperar a que se active de nuevo.

Puedes hacer con mis pertenencias lo que quieras. Venderlas, regalarlas, quemarlas. Solo te pido que guardes el cuaderno de canciones, siempre lo dejo en la mesilla de noche. Es lo único que de verdad dice algo de mí y me asusta que alguien más que tú pueda llegar a conocerme.

Es posible que algún periodista llame a tu puerta. Ignóralos, háblales mal de mí, véndeles mi ropa interior. Nada me importa. Pero si de verdad deseas trabajar con uno decente, llama a Annette Loiseau. Tienes su número personal en la agenda del recibidor.

La señora Bonnet se siente sola. Si no te importa, acércate de vez en cuando a su casa para comprobar que esté bien. Le encanta el pastel de limón. Y dile que las caléndulas son felices; lo contrario jamás me lo perdonaría.

S.

17

Joséphine partió dos trozos de pastel de limón y los colocó en los platos. Arrugué el rostro al ver que, pese a que en apariencia me había quedado perfecto, el centro estaba seco.

—Lo siento.

—¿Por entretener a esta vieja? —Sonrió y le escondí una mirada tímida. Ella se llevó la cuchara a la boca y se relamió—. Incluso así, sigue siendo mi favorito.

Mis labios se curvaron y comí aliviada por haberle ofrecido algo a Joséphine que compensara su amabilidad desde que había llegado.

Llevaba un mes allí y lo único de lo que me sentía orgullosa era de alegrarle un poco las tardes a mi vecina. No había necesitado leer la carta de Bastien para saber que estaba muy sola. Charlaba de vez en cuando con otros vecinos, incluso Mathis la ayudaba con la compra cada semana, pero su soledad era una más interna, más cruda. Yo sabía que podías estar rodeada de gente y sentirte la única persona sobre la faz de la Tierra.

—Hoy he ido a la peluquería.

—Estás muy guapa.

Se toqueteó las puntas cardadas con coquetería y escondí la sonrisa tras mi taza de café.

—Lo sé, pero no era eso a lo que me refería.

Dejó caer sobre la mesa dos revistas de cotilleos. En ambas había una imagen de Sébastien en la portada que unían a una mía. Era una foto antigua en la que se me veía al lado de un árbol de Navidad. Recordaba que me la había hecho Nina antes de emborracharnos con vino tinto en una fiesta de Fin de Año. Se me agrió la expresión y me tensé al momento.

Las cosas se habían descontrolado un poco. Días atrás, poco después de la llamada de Annette Loiseau, había comenzado a recibir mensajes de alarma de todos mis amigos. La noticia de que Sébastien Gautier tenía una hija había llegado a todos los medios de comunicación y me había visto obligada a privatizar mis perfiles de las redes sociales. Nina e Ivo cada vez estaban más preocupados por mí y me prohibían buscar mi nombre en internet. Recibí llamadas de números desconocidos que no contesté y visitas inesperadas que cerré de un portazo. Un día, mientras paseaba por el pueblo, un flashazo me cegó desde un coche, lo que me llevó a enclaustrarme aún más en la casa.

Joséphine me comentó que salía muy poco favorecida en esa imagen. No encendía el televisor. En el móvil no respondía más que a la gente de confianza. Bloqueé las redes para evitar la tentación de envenenarme con lo que decían de mí. Me encerré en mí misma hasta el punto de que solo hablaba con Mathis y mi vecina.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó más seria de lo que la había visto nunca. Yo me encogí de hombros.

—¿Qué puedo hacer? No me importa lo que digan —mentí; a todo el mundo le importa—. No me conocen y no llevo una vida interesante. Acabarán cansándose y se olvidarán del tema en busca de una noticia más jugosa. ¿No es eso lo que siempre ocurre?

—Lee la página 36.

Obedecí y mi rostro se fue crispando según avanzaba. Era un artículo frívolo y dañino. En él hablaban no solo del secreto de Bastien, sino también especulaban sobre mi madre y la historia que ellos habían compartido. De algún modo, justificaban que el cantante no se hubiera ocupado de mí con la absurda teoría de que mi madre no era una buena mujer y se lo había prohibido. La estrella convertida en víctima y la verdadera víctima en verdugo.

Suspiré y aparté el plato. Se me había cerrado el estómago.

—Te importe o no lo que esa gente diga, no puedes seguir así. Tienes veintisiete años. Lo sé porque lo pone en la página 57 de este ejemplar —me señaló la otra revista y fruncí el ceño—. Tu deber es salir ahí fuera, comerte el mundo, escupir lo que no te sirva de él y enamorarte al menos una vez de alguien que no lo merezca. ¡La vida es un regalo, Juliette! No permitas que te la arrebate nadie. Ni siquiera tú misma.

Tragué saliva y aparté la vista. Me gustara o no, ella llevaba razón. Ya tenía bastante con el peso de mis propios problemas emocionales como para dejarme hundir por lo que dijeran los demás.

—¿Por qué debo enamorarme de alguien que no lo merezca?

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. Parecía estar pensando en el pasado, en algún romance tan intenso como dañino. Le sonreí con complicidad y me llevé un trozo de pastel a la boca. Estaba asqueroso.

—Es la única forma de valorar lo bueno cuando te llegue —suspiró con nostalgia; sus palabras, inevitablemente, me recordaron a la reflexión de Mathis sobre la felicidad.

Joséphine me miró con esa sabiduría que solo aportan los años y sus ojos se perdieron en las fotografías de Margarite que nos rodeaban. Después se sirvió otro trozo de pastel. Yo no sería una gran repostera, pero ella no solo era golosa, sino también una persona maravillosa que hacía lo que hiciera falta para que te sintieras bien.

Era una tarde gris y las primeras gotas de lluvia habían mojado el asfalto. Las calles estaban desiertas y eso me animó a perderme en ellas, sin el riesgo de cruzarme con curiosos que me observaran como si llevase un foco sobre la cabeza.

Caminé despacio, recreándome en las casas típicas de la zona, que salpicaban el paisaje de colores alegres. La de Michel, el tendero, era morada. La del señor Moris, el alcalde, verde botella. La de Loana, la peluquera a la que Joséphine le había robado las revistas, azul celeste. Su fulgor resplandecía incluso bajo la lluvia. Incluso bajo la niebla de la tristeza.

Me abracé y anduve sin prisas, pese a que comenzaba a notar la humedad calarme la piel bajo las prendas. Pero necesitaba pensar. Respirar aire que no estuviera viciado por todo lo que escondían las paredes del hogar de Sébastien. Reflexionar sobre los consejos de Joséphine y tomar las riendas de mi vida de una vez por todas.

Es curioso, pero cuando más perdida te encuentras, más meditas sobre ello y te esfuerzas por recuperar el control, aunque esa intensidad solo sirva para demostrarte que el agujero es más grande de lo que creías.

Un hombre salió del único bar que había en el pueblo y corrió calle abajo con un niño de la mano. Pararon en la puerta de una fachada amarilla y se resguardaron en su sotechado. Se trataba del pequeño Hugo. Lo saludé con una sonrisa y él movió su manita. Ambos observaron a la chica que vagaba bajo la lluvia y después desaparecieron dentro de la casa.

Me pregunté cómo se me vería entre aquellas calles de colores, si alguien en aquel precioso y perdido rincón me habría mirado y sentido que yo era algo más que el recuerdo de la muerte de uno de sus vecinos.

Me senté en un bordillo de piedra y entonces pensé en mi madre.

En sus ojos castaños, en su risa vibrante, en su aroma a lavanda y paz.

En sus enseñanzas, en su forma de cuidarme siempre, en la crudeza de su mirada al hablar del amor.

En todo lo que me había contado de su historia con Bastien. En lo que intuía que habría guardado solo para ella. En que nunca había vuelto a enamorarse, que yo supiera. En que para ella ese sentimiento se reducía a lo vivido con un músico que no le hizo sentir suficiente. En que no había dejado espacio para experimentar la cara dulce de esa emoción.

Suspiré con el rostro alzado al cielo. Las gotas me mojaron, aunque no cerré los ojos.

Me pregunté si hacerse mayor era aceptar la inevitabilidad de los finales tristes.

Una hora más tarde, Mathis me encontró en ese mismo lugar. Estaba empapada, pero no sentía nada. Aún observaba con calma los colores vivos de aquel pueblo que me había acogido. Se mezclaban frente a mí como uno de sus cuadros inacabados.

Lo miré con una sonrisa sutil y estiró su mano hacia mí.

Cuando la entrelacé con la mía, sentí que pequeñas gotas de pintura invisible salpicaban la acera.

18

—Pasa, estás helada.

Mathis encendió la luz y cerró la puerta con rapidez para que la lluvia no entrara. Había comenzado a caer con más fuerza como para correr el último tramo que nos acercaba a su casa. Las calles empedradas se habían convertido en un suelo resbaladizo que nos había hecho tropezar en un par de ocasiones.

—Mi casa está aquí al lado. Debería irme —le dije a la vez que me quitaba los zapatos y los dejaba a un lado para no mojarle el suelo.

—No voy a arriesgarme a que te mates. Tampoco a que te quedes toda la noche en mitad de la calzada como un fantasma y cojas una pulmonía.

Puse los ojos en blanco y chasqueé la lengua.

—No he perdido el juicio. Solo necesitaba pensar.

—Aquí también puedes hacerlo.

Me mordí el labio hasta hacerme daño y comencé a temblar cuando fui consciente de que no sentía los dedos por el frío; los tenía blanquecinos y me costaba doblarlos. Mathis se movía con premura por el espacio; cogió una toalla y, mientras se secaba el pelo, encendía la chimenea y apartaba unas mantas del sofá para dejarme espacio. Lo vi subir al piso de arriba para descender al momento con un par de camisas de lino en la mano. La que llevaba puesta estaba tan mojada que se le pegaba a la piel, dejándome intuir sus formas.

—Toma. Ponte esto.

Me ofreció una y me señaló con los ojos el cuarto de baño.

Me quité el jersey y la camiseta, y los dejé sobre el radiador templado. Con el pantalón dudé unos instantes, antes de desprenderme de él y comprobar que la camisa de Mathis me llegaba hasta la mitad del muslo. Me estiré los calcetines y me miré al espejo antes de salir.

Rostro lavado. Ojos cansados. Pelo rizado aplastado.

Una chica vacía que no tenía mucho que ofrecer. ¿O quizá sí? Ya ni siquiera me reconocía.

Suspiré y me encontré con Mathis terminándose de abotonar la camisa. Aún podía atisbar su pecho bajo sus dedos. Piel lisa, pálida y con poco vello. Me miró con los ojos entrecerrados y me fijé en que también se había descalzado.

Me acerqué al sofá y me escondí bajo una de las mantas. El fuego

caldeaba la casa y olía a café. Observé la estancia e intenté sacar conclusiones de la persona que vivía allí, como hacemos todos sin cesar con la intención de comprender el mundo. El orden primaba, la meticulosidad. Los muebles eran sencillos, de color negro, y había detalles en blanco que aportaban claridad. Los discos que le había regalado estaban colocados en una repisa junto a su propia colección, y los libros llenaban los estantes de una librería dispuestos de un modo muy peculiar, con los lomos hacia dentro, lo que no te dejaba ver de qué títulos se trataban.

—¿Por qué están al revés?

Mathis sonrió y se marchó a la cocina, dejándome con la mirada fija en la blancura de su biblioteca. Fue cuando me di cuenta de la ausencia de color en la casa. No había rastro de sus pinturas ni nada que destacase por encima del blanco y negro que lo ocupaba todo.

Mathis, el chico de los dedos de colores, vivía sin ellos.

—Es tarde, pero yo lo bebo a todas horas —me dijo cuando regresó con una taza de café.

Lo observé con cautela, esforzándome por ver en él alguna respuesta a lo que acababa de descubrir, pero no vi más que a un joven de ojos cansados.

—¿No te has parado a pensar que quizá ese sea el motivo de que apenas duermas?

Sonrió con complicidad y negué a su ofrecimiento; lo que menos necesitaba era pasarme la madrugada en vilo.

Me abracé bajo la lana y miré el fuego. Lo único que quería era desaparecer en la sensación tan confortable de sentirse cobijado. Mathis se sentó a mi lado con las piernas estiradas y apoyó los pies sobre la mesa. Poco a poco fui entrando en calor y, con el sonido de sus sorbos y nuestras respiraciones, noté que me encontraba mejor.

Recordé lo que me había llevado hasta allí y hablé sin pensar que, al hacerlo, compartía mucho más con él que una simple noticia de una publicación sensacionalista.

—Ellos se querían. Mi padre y mi madre se amaban. Tal vez por eso todo es más complicado. Incluso cuando él ya no estaba, ella siempre hablaba como si lo que hubiera sentido por Sébastien aún no hubiese desaparecido. Cuando la sorprendía una canción de él en la radio, por ejemplo, sonreía y, un instante después, la apagaba y ella se mantenía ausente el resto del día.

—El amor funciona así, ¿no? Va por libre. No castiga los errores que comete el otro, somos nosotros los que lo hacemos.

Me giré y me encontré con su expresión siempre serena, como si Mathis tuviera la vida tan clara que no comprendiera cómo los demás podíamos perder el hilo con tanta facilidad. Aquello debería haberme incomodado, pero, en cambio, me hizo sentir segura. A su lado el

equilibrio me parecía posible.

—Nunca me he enamorado, así que no puedo saberlo —le confesé —. Lo que sí sé es que, cuando ella se quedó embarazada, él se marchó. Se escogió a sí mismo y ella me escogió a mí. ¿Qué derecho tienen ahora de ensuciar el nombre de mi madre cuando ya no puede defenderse? No es justo. Siento que nada que esté relacionado con Sébastien y conmigo lo es.

Noté que me desinflaba y me sentí pequeña. Una niña diminuta atrapada en un remolino de lana.

—Tú sí que puedes hacerlo. Puedes defenderla, o vender la historia y recorrerte los platós de televisión, o mandarlos a la mierda y dejar que piensen lo que quieran. Lo que tienes que entender es que puedes hacer lo que desees, Juliette. Tu historia es solo tuya.

Fruncí los labios en un mohín y apoyé la barbilla en las rodillas. Me sentía avergonzada por cada una de mis decisiones. Principalmente, por aquellas que no era capaz de tomar. Mathis intentaba que interiorizase que mi vida estaba en mis manos, no en las de otros. Y, pese a que todo el mundo no dejaba de repetírmelo, me costaba avanzar. Me sentía entumecida.

—Y he elegido no hacer nada.

—Bueno, estás aquí. Eso ya es un comienzo.

Dibujé un «gracias» con los labios y él me guiñó un ojo. Bajo el fulgor de las llamas le brillaban con intensidad. No sabía si Mathis me animaba porque era lo que tocaba o porque de verdad entendía lo que era estar en mi situación. Fuera por lo que fuese, me valía. Con él tenía la sensación de que no había nada de malo en ser yo ni en actuar como lo hacía. Sentía que respetaba mis tiempos, mi espacio, mi necesidad de parar y buscar lo que fuese que estuviera buscando para haber acabado allí, en Alsacia, en su casa.

Poco después se levantó y regresó con dos bocadillos calientes de huevo y queso. Comimos en silencio y fue agradable. Era como cuando cenaba sola en casa de Bastien, pero diferente. Me di cuenta de cómo cambiaban las cosas solo con tener a alguien a tu lado, aunque no hablara, únicamente con sentir su compañía. Su respiración pausada. El aroma desconocido de otra piel. La camisa prestada olía a pintura y jabón; su suavidad me abrazaba.

—Así que no te has enamorado.

Rompió el silencio y sentí un pellizco en el estómago.

—No. ¿Cómo es?

—¿Por qué das por hecho que yo sí?

—Tu mirada. Antes se ha ensombrecido. Hay culpa.

Mathis se pasó los dedos por el pelo, desordenado y húmedo por la lluvia, y su vista se perdió en el techo. Quizá incluso en los recuerdos. Pese a su reacción, no me arrepentí de haber sido tan directa.

—Se parece a una exposición de Dalí.

Me reí, pero él hablaba en serio. Aquella noche aprendería que para Mathis el arte no era solo una forma de vida, sino un lenguaje propio con el que comunicarse. Era aire, consuelo y voz.

Recordé algunos de los cuadros del famoso pintor y fruncí el ceño.

—Dalí siempre me ha parecido demasiado excéntrico.

Él sonrió.

—Bueno, es que el amor lo es. Esa parte inexplicable del sentimiento, esa sensación de irrealidad con tu propio cuerpo y con lo que eres. La elasticidad del tiempo, dependiendo de si estás o no con la otra persona, como sus relojes blandos. La percepción de las cosas cambia cuando estás enamorado. Todo lo hace.

De repente, tenía cien preguntas en la lengua. ¿Cómo se llamaba? ¿Cuánto tiempo había durado lo suyo? ¿Quién había hecho primero daño a quién? ¿Aún la amaba? Sin embargo, me las tragué, porque a esas alturas lo mío con Mathis funcionaba de otro modo. Él respetaba mis silencios, mis secretos, mis palabras no dichas, y yo debía respetar los suyos.

—Me sorprende que no te hayas enamorado —me dijo con una mirada curiosa.

Por mi cabeza pasaron uno a uno todos los hombres que en algún momento me habían importado de forma romántica. Una sucesión de diapositivas con la imagen del protagonista y datos escuetos sobre lo nuestro.

«Enzo. Siete meses. Buena conversación. Sexo poco generoso. Me dejó él. Lloré, pero no por la pérdida, sino porque apenas me importara.»

«Adrien. Once meses. Relación emocionalmente distante e increíblemente intensa en la cama. Nos despedimos en una estación de tren. En ocasiones aún pienso en él cuando me toco a solas.»

Suspiré.

—He creído estarlo alguna vez, pero se evaporó tan rápido como para tener la certeza de que no era amor.

Mathis se colocó de lado, lo que lo acercaba más a mí. Su rodilla casi rozaba la mía.

—A lo mejor lo era. El sentimiento puede ser fugaz. Es tan variable para unos como constante para otros.

—Pero... ¡no pudo serlo! —Negué con firmeza—. Me gusta pensar que el amor tiene que ser algo más que eso. Si no, menuda decepción.

—¿Cómo te gustaría que fuera?

Suspiré y soñé en voz alta como lo había hecho tantas veces en soledad.

—Como en una película *indie*.

Mathis soltó una carcajada y lo acompañé.

—¿Con un final agridulce o que ni siquiera sus protagonistas entienden?

Negué y me mordí el labio.

—No, real. Con altibajos. Con sus partes oscuras también presentes. Con escenas silenciosas en las que solo importa la luz que entra por la ventana. Imperfecto, aunque sincero.

Suspiré y, sin poder evitarlo, pensé en mi concepto de amor, el que me habían enseñado, el que había vivido hasta entonces y le hablé con la voz tomada por esa emoción siempre contenida que cargaba desde que era niña.

—Siempre he sabido que pedirle a alguien que te elija por encima de otra cosa se aleja del amor sano, así que yo nunca lo pediré. Pero, si soy honesta, deseo que lo hagan. Deseo que me escojan. Deseo que se queden conmigo por todas las veces que él no lo hizo.

Me dirigió una sonrisa preciosa, aunque también triste por lo que mis palabras significaban.

—No mereces menos, Juliette —susurró con ternura.

—Es que… ¿cómo alguien podría marcharse? ¿Cómo pudo hacer lo que hizo? Lo intento, pero… —Sacudí la cabeza, de repente enfadada al pensar en Bastien y en mi madre; en lo sufrido; en lo silenciado; en mi visión del amor, condicionada por la historia rota de mis padres—. Nunca le pediría a nadie que me eligiera, Mathis, pero no sé si podría perdonar lo contrario. Jamás podría compartir mi vida con alguien que eligiese triunfar por encima de los suyos. ¡Piénsalo! Si mañana lo hiciéramos, ¿en qué nos convertiría eso, Mathis?

Tragó saliva y curvó los labios con aspecto cansado.

—En cáscaras vacías.

Suspiré y aparté la vista. Me sentía mareada por las emociones. Su sonrisa aún me perseguía. Y, sin poder evitarlo, me imaginé amándolo. Supuse que, a su lado, sentir tendría que ser sencillo, algo natural y fluido como verlo manejar el pincel. Pero también complicado. Era obvio que su corazón podía tener grietas, pero seguía de una pieza. ¿Cuánto tardaría en romper el mío? ¿Qué casilleros rellenaría con Mathis, el pintor, cuando lo nuestro terminara?

Alargó la mano y rozó los flecos de la manta que me cubría. Sentí una tirantez familiar en la boca del estómago. El deseo, adormilado, desperezándose entre nosotros. Qué fácil habría sido alargar la mano y tocarlo.

—Cuando suceda, lo sabrás —dijo; la voz áspera y dulce.

Tragué saliva y aparté la mirada. Le pedí agua. Trajo una jarra con hielo y dos vasos de color ámbar. La neblina que había dejado la conversación aún nos acompañaba como un testigo mudo.

Tenía calor, pero quitarme la manta no era una opción. De repente, mi desnudez por debajo de la camisa había cobrado un significado

distinto.

—Ya no llueve —susurré con un nudo en la garganta.

Ambos miramos por la ventana. El sonido de las gotas contra el cristal había ido menguando hasta desaparecer.

—Eso parece.

Y, pese a que quizá era el momento de marcharme, no me moví. No quería. Sabía que era lo más sensato, pero el cuerpo no me respondía. Solo esperé. ¿A qué? Ni hoy lo sé.

Mathis puso uno de los discos de Bastien y observamos la hoguera. Solo cuando ya no había rastro del leño y quedaban las cenizas, me levanté, me cambié de ropa y regresé a casa.

Aún era inexperta como para ver que la intimidad no solo se forma entre dos personas que se tocan, que conviven, que se aman. Hay algo muy íntimo en poder despedirse de alguien sin necesidad de decir adiós ni de prometer que va a volver.

Carta número 20

Juliette:

Es posible que no creas lo que voy a decirte, pero me habría encantado conocerte. Saber con qué comida se te hace la boca agua, si tienes algún tipo de inquietud artística o si eres alérgica a algún animal. Del mismo modo, soy consciente de mis errores y de que a estas alturas lo mejor que puedo hacer por ti es pagar por ellos en la distancia.

Como nunca obtendré respuestas a mis preguntas, me conformo con darte las mías.

Me gusta el color azul cielo. Pero no el de las mañanas despejadas, sino el de la noche. Ese azul casi negro que se confunde con facilidad con la oscuridad más absoluta. Solo unos pocos se paran a observarlo y lo distinguen. Espero que alguna vez lo hagas. Apostaría a que entenderías lo que quiero decir.

Odio el queso, por lo que algunos me desterrarían de Francia, y podría alimentarme únicamente de fruta. Bebo a menudo, fumo desde los catorce y una vez me peleé con un amigo y le rompí la nariz. No me siento satisfecho de ninguna de estas tres cosas, pero también forman parte de mí.

Recuerda, Juliette, somos lo que amamos de nosotros, aunque, sobre todo, somos lo que odiamos. Esto último es lo que nos dota de humanidad y acaba marcándonos; a los demás, también.

Me he enamorado tres veces, pero ninguna como lo hice de tu madre, aunque no saliera bien.

A menudo pienso que la profundidad del amor viene determinada por la de la herida que dejó al marcharse.

He escrito cientos de canciones y solo me siento orgulloso de media docena.

Mi preferida es la única que habría deseado no escribir jamás.

Soy arrogante, exigente y me siento cómodo en la melancolía. También he sido feliz, aunque fue tan fugaz que aún hoy me pregunto si en verdad sucedió. Tú fuiste el resultado, por lo que imagino que sí.

Como ves, no soy un hombre interesante, y, aun así, pienso que el mundo está lleno de personas tan simples que a su lado hasta alguien como yo deslumbraría.

Uso el mismo jabón desde la adolescencia, nunca me he puesto un traje y me tatué el nombre de mi madre en una noche de borrachera. Se

llamaba Abelle y le habría encantado saber que era abuela antes de morir. Necesito que sepas que estuve tentado muchas veces de compartirlo con ella, pero me mataba la posibilidad de que descubriera la clase de persona que su único hijo es.

Releo mis palabras y me digo que solo te harían odiarme.

¿Ves como estoy en lo cierto?

¿Ves como llevo razón al aceptar que lo mejor es no regresar a ti?

Prefiero decepcionarte por lo que desconoces de mí a que me conozcas y hacerlo por quien soy.

No estoy seguro de que pudiera soportarlo.

S.

19

Aunque no lo hubiera creído posible, me acostumbré a la situación. Ya no me sorprendía que Joséphine me enseñara mi rostro en alguna revista, recibir correos electrónicos de periodistas que borraba directamente o llamadas de Annette Loiseau —las únicas que respondía por simple curiosidad— cada mañana con una clara intención.

—Buenos días, Juliette. He pensado en escribir un artículo sobre...

—No me interesa.

Con el paso de los días sus saludos eran menos formales y más concisos, y con ellos iba recabando información sobre sus objetivos.

—¿Cuánto dinero quieres? Dímelo, haré lo que esté en mi mano para conseguirlo, pero quiero contar contigo. Quiero la verdad, Juliette.

—Gracias, pero no es cuestión de dinero.

Hasta le colgaba el teléfono con una sonrisa, como si escuchar su voz la primera fuera una señal de que iba a ser un buen día.

—Haremos lo que tú quieras. Estoy abierta a cualquier propuesta.

—¿Podríamos hablar de gatos? Adoro los gatos.

—¿Tu padre tenía gatos?

Mi vida seguía siendo una sin moldear, pero me sentía más tranquila.

Las llamadas de mis amigos, en cambio, habían comenzado a provocarme cierto rechazo. Los echaba de menos, adoraba conversar con ellos y que me pusieran al día de sus vidas, pero su constante preocupación y sus intentos para que regresara a París me hacían recelar cada vez que leía su nombre en la pantalla del teléfono. Principalmente, porque aquello no me ayudaba y se negaban a verlo. Por mucho que queramos a una persona, no siempre le damos lo que necesita.

—¿Y cuándo vas a llamar a la inmobiliaria?

—Cuando tenga la casa preparada, ya te lo he dicho.

—¡Ni que hubieras heredado un palacete de cinco hectáreas!

—Nina —la reprendió Ivo.

—Además, lo que menos necesito es que los medios tengan una excusa para entrar en la propiedad. Necesito que se olviden de mí. Cuando todo esto acabe, solucionaré el tema de la casa y volveremos a los viernes de batidos y bollos, ¿de acuerdo?

Mis amigos suspiraron con paciencia. Al otro lado de la ventana, vi

una silueta familiar caminando con su equipo debajo del brazo. Me pregunté si sería su último trabajo o uno nuevo, y la curiosidad me provocó un cosquilleo.

Durante la semana me había cruzado con él en alguna ocasión, pero no habíamos vuelto a compartir ningún momento a solas. Había llovido bastante los últimos días como para que Mathis pudiera trabajar en el patio, así que no había encontrado excusas para verlo más allá de un par de encuentros casuales cuando salía a pasear. Aún recordaba los instantes compartidos en su casa y notaba una calidez desconocida. No habíamos hecho nada especial, pero había sido bonito. Tierno. Cómplice. Me encontraba a menudo pensando en él y preguntándome por qué se portaba así conmigo. Apenas nos conocíamos y, sin embargo, sentía que se preocupaba por mí de forma honesta.

—¿Sabes que ha salido por la tele un tío que te conoció en una aplicación diciendo que tuvo una revelación mientras se acostaba contigo?

La pregunta de Ivo me hizo volver a la amarga realidad. Pestañeé aturdida y me tapé los ojos con el antebrazo.

—Dios mío...

—Dice que, cuando se corrió, comenzó a oír una canción de Bastien de fondo —añadió Nina.

—Una señal del universo.

—Una premonición.

—Un aviso místico.

—Una...

—¡Lo he captado! —los interrumpí con un bufido.

Me mordí el labio, no sabía si para evitar gritar, reírme o llorar, mientras notaba que Nina estaba conteniendo una carcajada e Ivo temía más aún por mi salud mental. Cogí aire y me esforcé por comportarme como si no me importara nada, aunque comenzaba a ser difícil.

—¿Quién era?

—Un tal Jacques, de Marais.

Cerré los ojos. Lo recordaba bien. Nos habíamos visto un par de veces, pero no habíamos conectado más que los cinco minutos que él había empujado entre mis piernas.

—¿Lo veis? Aquí es donde mejor estoy. Sola y sin la posibilidad de quedar con nadie que acabe contando mis intimidades en la televisión. Lejos del ruido.

—Es posible —dijo Ivo. Nina le reprochó entre susurros que me diera la razón.

—Estoy descansando. Además, he conocido gente a la antigua usanza, como tú me aconsejaste, Nina.

—¿A quién más has conocido? ¿Tiene menos de doscientos años?

Pensé en Mathis e ignoré deliberadamente a Nina. No comprendía por qué, pero no me apetecía hablarles de él. Quizá para que no me atosigaran con preguntas o se pensasen lo que no era. Tal vez, porque prefería guardarme lo que estaba compartiendo con el pintor solo para mí.

—Estoy haciendo nuevos amigos. Esto no está nada mal.

—¡La estamos perdiendo!

Me reí ante el dramatismo de mi mejor amiga.

—No todo el mundo tiene la suerte de ser feliz de forma innata como tú.

—Eso también es verdad —contestó ella sin despeinarse—. ¿Y cuánto crees que tardarás en encontrarte y esas memeces? Te recuerdo que dentro de poco es mi cumpleaños.

Resoplé e Ivo la riñó por su falta de tacto. El bueno y calmado Ivo, que siempre mediaba entre el carácter de las dos. Entendieran o no mis procesos emocionales, los echaba mucho de menos.

Una tarde, cogí la carretilla de jardinería y apilé los libros en su interior. Caminé entre calles empujando con brío hasta llegar a la plaza del pueblo. Era pequeña, circular y había una fuente en el centro. Las casas que la bordeaban brillaban como adornos de Navidad; entre ellas, el ayuntamiento, que no dejaba de ser una vivienda reformada para que tuviera un aspecto más oficial.

—Hola, estoy buscando a Armand. —Un hombre de calvicie inminente y gafas redondas alzó el rostro del escritorio y me observó con interés—. Joséphine me dijo que podía donar unos libros.

Abrió los ojos con reconocimiento y se levantó con efusividad. Llevaba unos pantalones acampanados color camel y una chaqueta naranja.

—¡Ah! Tú debes de ser Juliette. Aún no nos habíamos cruzado. ¡Encantado de conocerte! Yo soy Armand. Armand Bellamy. Soy el secretario del señor Barreau. Es el alcalde. ¿Lo conoces? Un poco arisco, pero un buen hombre.

Se acercó y me tendió la mano afectuoso. Cuando sonreía, las mejillas se le abultaban como a una ardilla.

—No tengo el gusto.

—¿No conoces a Moris Barreau? —Sacudió la cabeza—. Yo me ocuparé de que sepa quién ha hecho posible que, por fin, tengamos una biblioteca. Llevamos años posponiéndolo cuando llega el reparto de presupuestos. Pero yo siempre le digo a Moris que los libros aportan felicidad, ¿no lo crees? ¿Y qué hay más importante que una comunidad feliz?

Asentí, un poco abrumada por lo charlatán que era.

—Así que eres lectora, ¿verdad? Mi radar nunca se equivoca. ¿Cuál es tu género favorito? ¿Tu autor? —Fui a abrir la boca, pero me interrumpió antes de tiempo cuando se fijó en el contenido de la carretilla y sus ojos centellearon—. ¡Dios mío! ¡Hay verdaderas joyas! ¿Has visto esto?

Cogió uno de los títulos más actuales, un superventas de novela negra del que se estaba a punto de estrenar la película, y lo abrazó como si fuera un peluche y él, un niño.

—Y tengo que hacer otro viaje. Hay tantos que no he podido traerlos todos.

—¡Ni de broma! Yo te ayudaré.

—No es necesario.

—Es lo menos que puedo hacer después de que seas tan generosa.

Le sonreí y comenzamos a descargar las novelas en una de las salas. Era lo bastante amplia como para tener posibilidades y contaba con grandes ventanales que le aportaban mucha luz. Cuando terminamos, caminamos juntos hasta mi casa y volvimos a llenar la carretilla mientras charlábamos. No me costó conocer a Armand en tan poco tiempo. Tenía cincuenta y un años, estaba divorciado desde hacía una década y compartía piso con *Milo*, un perro ciego al que había adoptado. Era locuaz, divertido y amable. Avasallaba un poco, pero oírlo parlotear me calmaba; igual que un ruido blanco que evita silencios incómodos y que no te obliga a hablar si no te apetece. Me contó que llevaba veinte años en aquel puesto; había comenzado como chico de los recados del alcalde anterior y había acabado encargándose de cualquier cosa que surgiera: burocracia, punto de información turística de la zona, tramitación de documentos… Parecía un hombre desenvuelto, con recursos y que de verdad disfrutaba de su trabajo. Amaba su hogar y para él era un honor poder contribuir a todo lo que supusiera mejorarlo o ayudar a la comunidad.

—La casa es preciosa —me dijo con admiración—. Siempre pensé que era un hombre muy elegante. Aunque no siempre planchara la ropa.

Me reí y Armand me miró avergonzado.

—Lo siento. Por su pérdida. Y porque no sé cuándo callarme. Por aquí, si preguntas por Armand, te lo dirán enseguida. *Ese bocazas del ayuntamiento…* —imitó con voz aguda y se encogió de hombros—. Es un pequeño defecto que tengo. Ese y mi gusto excéntrico para la ropa.

Observé la camisa de raso que se asomaba bajo la lana y sonreí.

—A mí no me parecen defectos.

—Ojalá pudiera oírte mi exmujer.

Me observó agradecido y continuó colocando los libros. Durante todo el proceso me fue explicando curiosidades de cada título que descubría, emocionado y pasional como solo lo son los que aman algo

con honestidad.

Ya de vuelta al ayuntamiento, los organizamos por géneros y los almacenamos en cajas que guardamos junto a las demás en aquella sala en desuso.

—Aún queda mucho por hacer. Habría que acondicionar la estancia, lleva años cerrada acumulando polvo, y ocuparse de todo esto —señaló cajas llenas de archivadores con documentos antiguos del pueblo—. Tendríamos que contratar a alguien más para que gestionara el servicio, yo estoy de trabajo hasta arriba, pero Moris dice que no va a invertir dinero en un club de lectura para cuatro ancianos. ¿No es lo más estúpido que has oído jamás? Aunque es un gran hombre. De verdad. Deberías conocerlo.

Frunció el ceño y curvé los labios de forma inevitable.

—Poco a poco, Armand. Ya tienes libros. Es un buen comienzo.

Asintió y se giró hacia mí.

—Gracias a ti.

—Gracias a Bastien —lo corregí.

Me observó de arriba abajo como si no lo hubiera hecho hasta el momento. Mi ropa anodina parecía aún más gris al lado de la suya.

—Pondremos su nombre a la biblioteca. Es un pequeño homenaje por todo lo que nos dio. Pero tú eres la que lo ha hecho posible.

Sonreí con timidez y asentí. Sus ojos brillaron con repentina ilusión.

—Juliette, ¿tú no estarías interesada en ocuparte del proyecto? Tendrías que empezar de forma voluntaria, pero Moris acabará sintiéndose culpable y te ofrecerá un sueldo. Estoy conven...

—¡No! Yo... —lo interrumpí y sacudí la cabeza—. Yo estoy de paso.

Su rostro se ensombreció.

—Es una pena.

—Sí, sí que lo es.

Un par de días después, me puse las botas de lluvia de Bastien y salí al patio. Aún había charcos y los bancos estaban húmedos, pero la mezcla del aroma del agua y las flores daba como resultado uno único. Mathis estaba colocando el caballete cuando llegué a su altura. Llevaba botas de cordones por encima de los pantalones oscuros y un jersey dado de sí que dejaba parte de su pecho a la vista. Pese a que parecía un aspecto descuidado, intuía que en él nada lo era.

Al fin y al cabo, Mathis no podía ser más francés. Era el ejemplo literario de un joven parisino rico. Cabello castaño claro. Ojos verdes. Pómulos marcados. Labios siempre humedecidos. Jerséis de cuello alto o camisas de lino. Pantalones de loneta. Zapatos de cordones. Colores neutros. Perfume caro. Reloj dorado. Manicura cuidada bajo la pintura de sus dedos. Su aura, una mezcla perfecta de bohemio y chico elegante de colegio de pago, lo hacía muy atractivo.

Y en ese preciso instante fui consciente de que iba a caer. De que, si un día compartíamos una copa de vino y me besaba en el cuello, yo cerraría los ojos y desearía que saliera bien. No lo haría, pero no me importaría mientras durase lo justo para, durante un tiempo, creerlo posible.

—La inspiración no se detiene ni ante las inclemencias del tiempo, ¿no?

Curvó los labios y comenzó a sacar los botes de pintura del maletín.

—Me comía la casa. No me importa trabajar en el estudio, pero los comienzos siempre me piden pintar en el exterior.

Observé que nuevamente se enfrentaba a un lienzo en blanco. Otra partida de cero. Otro abandono de lo que fuera que hubiera dejado a medias.

—¿Estudio? —le pregunté curiosa.

—¿Dónde te crees que guardo todo lo que hago?

—Ya. Qué tonta... —Tuve que morderme la lengua para no suplicarle que me lo enseñara.

Los dedos sobrevolaron los tubos y acabó escogiendo uno verde oscuro. Apretó y un manchurrón de pintura salió sobre la paleta. Deslizó el pincel por la superficie hasta cubrirlo y después acarició el lienzo muy despacio, apenas rozándolo de un modo sutil. Un camino verdoso abrió la obra, pequeñas pinceladas en la parte superior. Los siguientes minutos solo observó la tela blanca mientras yo lo contemplaba a él como si fuera arte en sí mismo.

¿Qué vería Mathis en su cabeza? ¿Qué pretendía crear que no hubiera podido esperar a que el jardín se secase? ¿Y por qué me moría de ganas de saber más y más de él, como un misterio que resuelves pista a pista hasta quedarte sin nada?

—¿Cómo te va, Juliette? ¿Has avanzado en tu cruzada personal?

Carraspeé y aparté la vista. Él trazó lo que parecía la copa de un frondoso árbol en la parte central. Ambos salimos de nuestro trance y volvimos a movernos como si el mundo no se hubiera congelado segundos antes.

—Han sido días tranquilos. Sigo haciendo cajas. El otro día entregué los libros en el ayuntamiento. Quieren inaugurar la biblioteca con el nombre de Bastien.

—Qué bonito —respondió con dulzura.

—También he conocido a Armand.

—Oh. Entiendo. Un hombre interesante.

Sonreímos con complicidad.

—Sí... Su alegría es...

Le hice un gesto exagerado, pero él negó con firmeza.

—¿Alegría? Bueno, supongo que hay muchos modos de esconderse. —Lo miré confusa, pero no me dejó replicar—. Pero esa es su historia,

no la mía.

Suspiré y le confesé lo que me tenía más inquieta.

—También he leído alguna carta. No me gusta hacerlo y, a la vez..., no puedo evitarlo. Tiene algo reconfortante. A veces me hace odiarlo, pero otras me reconcilia conmigo misma.

—Ajá. Así que te dedicas a deshacer nudos.

Le sonreí por aquella forma tan poética de explicar el caos de mi cabeza y mantuvimos la mirada fija unos segundos. La aparté poco después avergonzada, aunque no supiera de qué.

—También pierdo mucho el tiempo. —Mathis se rio—. Estoy haciendo un arte de procrastinar.

—No hacer nada no es perder el tiempo. A veces necesitamos espacio para pensar, buscarnos, aprender a respirar... Cosas mucho más importantes que tachar objetivos de estúpidas listas.

Asentí con gratitud y lo observé llenar el lienzo con golpes de pincel. Amarillos. Brillantes. Pequeñas estrellas que rompían la oscuridad de aquel bosque de figuras retorcidas.

Y, por primera vez desde que había llegado allí, tomé una decisión. Una que quizá era tan equivocada como la que me había hecho perder un trabajo, pero que también respondía a un impulso que me removía por dentro cuando todo lo demás me paralizaba.

—Hablando de perder el tiempo, ¿tienes alguna responsabilidad adulta que hacer este fin de semana?

—Sobrevivir, ¿te parece poco?

Me reí. El Mathis filósofo y su sonrisa ladeada me dieron el empujoncito que necesitaba para dar un paso en la única dirección que deseaba.

—Bien. Entonces mañana te espero a las ocho en mi casa.

Aquella tarde, Juliette Simon sacó la cabeza de su agujero, oteó lo que la rodeaba y sintió que el mundo allá afuera tenía una luz diferente a la última vez que lo habitó.

20

Cuando al día siguiente Mathis apareció puntual, lo recibí con una sonrisa inmensa y el olor de la cena dorándose en el horno. Me había puesto el único vestido que había metido en la maleta, uno negro que, si bien no podía ser más sencillo, Ivo decía que me hacía unas piernas de infarto. No me había calzado, así que las medias me hacían deslizarme con suavidad por la madera. Mathis, en cambio, tenía el aspecto de siempre. Pelo revuelto. Camisa azul de lino bajo cazadora marrón, pantalones de loneta *beige*, zapatos de cordones que dejaban sus calcetines de topos al aire. Restos de pintura en los dedos. Me observó de arriba abajo y me alegré de haberme dejado el pelo suelto, aunque la melena rizada me diera un aspecto atrevido.

—No sabía que se trataba de una cita —murmuró levemente incómodo.

—Supongo que eso significa que me habrías dicho que no.

Suspiró y no respondió. Me dije que mi objetivo de aquella noche tenía aún más sentido. Chasqueé la lengua y lo invité a que pasara. Me había esforzado por que la casa resultara acogedora, pese a las cajas desperdigadas por los rincones. Había cambiado la disposición de algunos muebles de un modo que me gustaba más, había puesto una funda de color tierra al sofá y había colocado unas flores del jardín en una vieja botella de champán vacía que Bastien guardaba por algún motivo desconocido y que no me había atrevido a tirar.

—No es una cita. Me he vestido decentemente porque es lo que hacen los seres humanos cuando tienen invitados. Además, este vestido es demasiado mono para no darle uso. Y la cena que hueles se debe a que no se puede hacer lo que quiero hacer sin llenar el estómago. No te lo tengas tan creído.

Para mi sorpresa, su sonrisa maliciosa me dijo que quizá no le hubiera importado que lo fuera. ¿Sería Mathis de los que disfrutaban jugando a dar una de cal y otra de arena? De ser así, ¿tendría alguna posibilidad de no perder?

Se quitó la cazadora y la dejó sobre una de las sillas del comedor. Al hacerlo, percibí su perfume dulzón y sonreí. Tal vez no era la única que había intentado dar buena impresión al otro.

—¿Debería tener miedo? —me preguntó con diversión—. Tanto misterio empieza a ponerme nervioso.

Entramos en la cocina y alzó una ceja al ver el botín que nos

esperaba. Me lo había encontrado al revisar la despensa y había dudado mucho sobre qué hacer con él.

—Menudo despliegue… —susurró con un silbido.

Siete magníficas botellas nos esperaban sobre la mesa. Todas ellas sin abrir, relucientes y pidiendo a gritos que alguien las catara. También había colocado dos copas boca abajo. Una invitación en toda regla que a Mathis no le pasó desapercibida.

Se giró y se enfrentó a la chica nerviosa que se agarraba al borde de la mesa.

—Me parecía una irresponsabilidad dejarlas en el contenedor. ¿Y si las encontraban menores y se las bebían? Tampoco he sido capaz de vaciarlas por el desagüe. Las he buscado por internet y son caras. Sería como tirar el dinero y aún no estoy acostumbrada a despilfarrar como los ricos. Necesito tiempo.

Mathis contuvo la risa, se cruzó de brazos y me animó a continuar con mis justificaciones para que querer emborracharme tuviera algún sentido.

—Además, lo necesito. Me apetecía beberme una copa, pero siempre me ha dado miedo beber en soledad.

—¿Por qué?

—Creo que es una puerta sin retorno y últimamente ya he cruzado suficientes.

Ladeó el rostro y se lamió los labios.

—Así que quieres que te mire beber.

—Incluso puedes acompañarme. Hoy estoy generosa.

Mathis asintió después de mirarme durante lo que me pareció una eternidad. Finalmente, se remangó la camisa hasta los codos y se sentó en el taburete. Dio la vuelta a las copas y me observó con la determinación de quien acaba de aceptar un reto y no piensa parar hasta lograrlo.

—¿Hay algún orden que debamos seguir?

Sin poder evitarlo, me reí.

—No hace falta que nos las bebamos todas hoy.

—Sería imposible —me respondió mientras untaba un trozo de pan en la salsa de limón. La repostería no sería lo mío, pero el asado me había quedado delicioso.

—¿Cuándo crees que moriríamos? ¿Con la tercera? ¿La cuarta? —le pregunté poniéndome bizca.

—Depende del orden. El ron me sienta fatal.

Le di un trago a mi copa de vino y golpeé con demasiada fuerza el pie al dejarla sobre la mesa.

—¿No te parece increíble la línea tan fina que hay entre la vida y la muerte? Ahora mismo la tenemos ahí, ¡entre el *whisky* y el tequila!

Puedes estirar la mano y cogerla sin más.

Señalé extasiada las botellas y él me observó fingiendo estar sobrecogido.

—Fascinante.

—¿Verdad? —Su risa me erizó la piel—. ¿Te estás burlando de mí?

—Para nada. Una chica que reflexiona sobre la muerte cuando bebe me parece muy sexi.

—Vale. Te estás burlando de mí.

Alcé la mirada al techo y sonreí. Él se terminó su copa y se relamió una gota oscura en la comisura. El gesto me pareció extrañamente atractivo.

—¿Piensas a menudo en la muerte? —preguntó de repente serio.

—No. —Resoplé y rectifiqué al instante—. Aunque sí en los muertos de mi vida. ¿No te parece un título genial para una película lacrimógena?

—O para una de zombis.

—¿Y tú? ¿Piensas en la muerte, Mathis?

Meditó mi pregunta mientras jugaba a atrapar migas sobre el mantel.

—No. Pero sí pienso en lo que quedará de mí cuando no esté. Supongo que a todos los que nos dedicamos al arte nos obsesiona. Al fin y al cabo, dejamos una parte de nosotros mismos en lo que hacemos y deseamos que nunca desaparezca.

—El ego del artista… —canturreé con malicia.

—Nunca lo he negado. Soy narcisista por naturaleza.

Ahí estaba. Otra pincelada de lo que Mathis llevaba por dentro. Intenso. Inteligente. Reflexivo hasta el exceso. Egocéntrico como todos los artistas que había conocido. Y guapo. Muy guapo.

—¿Terminaste el cuadro?

—¿Cuál?

—El del bosque encantado.

Hizo un gesto despectivo y abrió una nueva botella. Habíamos escogido un Château Léoville Barton del 2018 para la cena, un vino tan delicioso como caro que yo no habría sabido valorar ni en un millón de años, pero una vez terminada tocaba el turno de algo más fuerte.

—Ah. Ese. Ya estoy con otra cosa.

—¡No! ¿Por qué? —exclamé sin ocultar mi decepción—. Era precioso. Había algo mágico en él.

—Ya. Bueno. Supongo que no tenía suficiente magia para terminarlo.

Se rio del chiste y dio un trago a la copa. En sus ojos vi la tristeza del que se ahoga en un mar profundo y no sabe cómo salir.

Aquello no era una cita. Al menos, eso fue lo que los dos nos dijimos. Sin embargo, según las manecillas del reloj avanzaban y las copas se vaciaban, iba asumiendo que estaba siendo una velada más interesante que ninguna que hubiera tenido con otro hombre. Y, me gustara o no, había tenido muchas. Mi vida sentimental podría haber funcionado como sinónimo de «desastre».

—¿Sigues decidida a vender la casa?

—Es lo más sensato.

Mathis se rio.

—Siempre dices eso.

—Y tú siempre vuelves a preguntármelo.

—Porque no me suena ni a sí ni a no. Es una respuesta vaga.

—Es que...

Dejé las palabras en el aire y me escondí un poco en mí misma. Notaba la piel caliente y la boca seca. La decepción por no ser capaz de tomar decisiones del todo se hizo un hueco bajo los efectos del alcohol y se me clavó de nuevo con fuerza. No encontrar las respuestas me afectaba más que tener una que no me gustase. Y, si era honesta conmigo misma, ni siquiera sabía qué estaba haciendo allí. Me había marchado porque Bastien, con su muerte y sin pretenderlo, me había ofrecido una salida fácil a una vida insípida en la que sentía que había perdido las riendas. Sin embargo, en mi destino tampoco estaba segura de qué diablos debía hacer para remendar aquello, para encontrarme de una maldita vez y vivir, con todas las letras que abarcaba la palabra.

Vivir.

Qué sencillo parecía en los demás y qué angustiante sentir que se me escapaba sin cesar.

—Si fuera rico, me compraría un prado y lo llenaría de cabras.

El comentario de Mathis me ayudó a escapar de aquellos pensamientos intrusivos y rompí a reír.

—¿Cabras? ¿En serio?

—¿Por qué no? Me sentaría a pintar en su compañía. Son listas. Y divertidas.

—Tú también.

—Gracias.

—No, gracias a ti —le dije, porque con aquella tontería me había evitado darle una respuesta al asunto de la casa para la que aún no me sentía preparada.

Asintió con una pequeña reverencia como si no tuviera importancia, pero comenzaba a pensar que en él todo la tenía. Mathis jamás daba un paso en falso. Sus palabras estaban estudiadas, al igual que los detalles amables que pasarían desapercibidos para cualquiera, aunque no para mí.

—Y tú qué, Juliette, ¿ya has pensado en la excentricidad que vas a comprarte? Antes o después, todos los ricos lo hacen. Todos tenemos placeres culpables ridículamente innecesarios.

—Como tus cabras.

—Como mis cabras —repitió, alzando la copa hacia mí.

Pensé en mis deseos. En todo aquello que en algún momento de mi vida me hubiera quitado el sueño. Un bolso con forma de corazón a los trece, un perfume que anunciaba una famosa actriz a los diecisiete, una motocicleta con la que recorrer las calles de París el verano que vi *Amélie* y, por primera vez, la entendí. Pero nada estaba a la altura. Eran sueños difusos, con fecha de caducidad, que a la Juliette de veintisiete ya no le pertenecían.

—No hay nada que desee en particular.

Él negó con vehemencia.

—Todo el mundo sueña con algo, Juliette. Otra cosa es que prefieras ignorarlo. O que lo hayas olvidado. Ya lo recordarás.

Llenó nuevamente las copas y me animó a brindar. Cuando chocaron, sentí un pellizco en las tripas. La semilla de la ilusión se parece mucho a un cosquilleo leve.

—Por los sueños ridículos —susurró antes de rozar el cristal con los labios.

—Por los sueños —lo imité apenas sin voz.

Le miré la boca y me imaginé un beso. Uno áspero, con sabor a vodka y regusto a limón.

Qué lástima que con dinero no se pueda materializar cualquier tipo de deseo.

Ya era noche cerrada cuando regresé del baño y lo vi observando una fotografía. Apenas había nada de mí en la casa, pero ella siempre estaba. A mamá siempre la llevaba conmigo.

—Estábamos de vacaciones. Alquilamos una furgoneta y nos pasamos dos semanas viajando. Bruselas, Berlín… Fue increíble. Yo nunca había salido de Francia.

Mathis me miró por encima de su hombro y acarició los bordes de la imagen, envejecidos por los años.

—Era muy guapa. Tenía luz.

Sonreí; ya lo iba conociendo para saber que Mathis veía las cosas como el que mira un cuadro y analiza sus trazos, su iluminación, sus detalles.

—También sombras. Puede parecer raro, pero era lo que más me gustaba de ella. Porque no las escondía. Hay que ser muy valiente para eso.

Me coloqué a su lado y la miramos. Hacía quince años de aquello y una parte de mí aún recordaba ese momento como si acabara de

ocurrir.

—Eres una mezcla de ambos —murmuró.

—No es verdad. Heredé su pelo, pero, me guste o no, me parezco a Bastien.

Mathis se giró y se encontró con mi rostro fruncido. Alzó la mano y enredó el índice en uno de mis rizos. Sentí que una corriente cálida me atravesaba, una electricidad que antes no estaba ahí y que lanzaba un zumbido solo para mis oídos.

—Pero no eres él, Juliette. Eres algo distinto.

Tragué saliva y cerré los ojos. Mathis aún sujetaba el mechón. Me pregunté si dejaría en mi pelo pequeñas partículas de colores de la pintura impregnada en sus dedos. Y hablé. Porque sabía que me entendía. Porque sentía que me leía el pensamiento con una facilidad pasmosa, como si yo estuviera hecha de cristal y pudiera ver lo que escondía dentro.

—De pequeña odiaba mirarme al espejo. Siempre que lo hacía, lo veía a él. Y no quería. Quería olvidarlo. Necesitaba hacerlo. Yo no existía en la vida de Sébastien, así que había elegido desterrarlo también de la mía, pero ¿cómo iba a lograrlo si cuando me veía a mí misma él aparecía?

Mathis se acercó y nuestros brazos se rozaron. Tragué con fuerza y noté el corazón acelerado. Frente a nosotros, mi madre seguía ajena a lo que estaba confesándole a un chico que apenas un mes antes era un desconocido.

—Siendo ya una adolescente, tuve una revelación aún peor. Un chico que me gustaba me había hecho daño. Su hermana era mi amiga y, cada vez que ella estaba conmigo, pensaba en él y mi carácter se agriaba. ¡Era inevitable! Esa tarde, cuando llegué a casa y me senté a cenar con mamá, lo comprendí de un modo tan cruel que se me revolvió el estómago y no pude comer más. —Hice una pausa. A mi lado, Mathis respiraba con calma. El aroma de su perfume endulzaba levemente un momento por lo demás amargo—. Cada vez que mi madre me miraba, tenía que verlo a él. A la persona que le rompió el corazón. A mi padre. ¿Puede haber peor castigo?

Mathis negó con seguridad y noté que las heridas escocían menos.

—Eso no es cierto. Ella te veía a ti. Solo a ti.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque, cuando miro un retrato, yo no veo al modelo en el que el artista se inspiró, solo veo el cuadro. Sus propios colores, la percepción de la mano que lo creó, una versión distinta y única de una idea inicial que ya ni siquiera existe. ¿Lo entiendes, Juliette?

Ladeé el rostro y me encontré con el suyo. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrosadas. Los labios húmedos. Las pestañas largas. Los licores habían despertado nuestros sentidos y todo parecía tener

más intensidad. Quizá por eso lo hice. Podría culpar a la colección sibarita de botellas de Bastien de que mi brazo se moviera y rozara el suyo. Podría justificar mis actos por las copas que ya habíamos bebido. Sin embargo, sé que sin el efecto del alcohol habría hecho lo mismo.

Acaricié su mano y jugueteé con sus dedos entre los míos. Su aspereza me puso la piel de gallina y sonreí. Mathis no tenía nada de áspero. Solo era una fachada, un disfraz, un escudo que escondía un fondo mucho más dulce. Las púas del tierno erizo.

—A veces pienso que la percepción que tengo de él tampoco es la correcta —le confesé—. Sé lo que hizo y en qué lo convierte eso para mí, pero Bastien sigue siendo una figura desdibujada. Para cada uno de vosotros fue otro y eso lo transforma en una persona distinta. Una persona que a ratos deseo conocer, aunque hiera mi orgullo.

—¿Por esa razón no te deshiciste de las cartas?

Sacudí la cabeza, sintiéndome extrañamente vulnerable.

—Es posible. Me ayudan a completar los espacios en blanco. Es difícil comprender aspectos de tu vida cuando te topas de vez en cuando con vacíos. Sabes que en ellos un día hubo algo, pero nadie te lo ha contado.

Mathis me apartó un mechón de la cara y me miró los labios. Sentí que algunos de esos vacíos dejaban de existir momentáneamente, como si los llenara de otras cosas hasta colmarlos. De colores. De luz.

—Creo que eres muy valiente, Juliette.

Me reí.

—¿Por eso he huido de mi vida? —pregunté con condescendencia.

—Eso es lo que no entiendes. Para huir habrías tenido que quedarte en París. Venir aquí a enfrentarte a un fantasma es valiente. Intentar encajar las piezas de tu vida es valiente. Mirarte por dentro y enfrentarte a ti misma es valiente. ¿Quieres que siga?

Negué con efusividad y noté el calor que desprendían nuestras manos. Había apretado la suya sin darme cuenta y nos sudaban, pero la sensación resultaba agradable.

—Deberíamos leer una.

—¿Ahora?

—No creo que haya un momento mejor.

Tiré de él y subimos las escaleras con las manos entrelazadas. Como si lo hubiéramos hecho tantas veces que ni nos percatáramos. Pero lo hacíamos. Vaya si lo hacíamos. El retumbar de mi corazón no dejaba de recordármelo en forma de golpeteo insistente.

Carta número 18

Juliette:

A veces, pienso en Liane.

Hoy estaba en mitad de una actuación y me ha parecido verla entre el público, pero no era ella. La chica tenía el pelo menos rizado, los ojos más pequeños y se movía diferente. Y, pese a todo, había algo en su presencia que te eclipsaba. Una fuerza que pocos tienen. La misma que me hizo enamorarme una noche tantos años atrás.

Me ha sonreído y he pensado en buscarla al terminar, pero no lo he hecho. ¿Qué sentido tenía si lo que anhelaba de ella era un recuerdo?

Hoy he recordado lo que quise a tu madre y he echado de menos esa sensación. Esa intensidad. Esa certeza.

Cuando amas, te sientes a salvo, Juliette.

Aunque nunca estés más desprotegido.

S.

21

La doblé con cuidado y la dejé con las que ya había leído. Cerré el baúl y me abracé las rodillas. Tenía frío. Mathis me observaba cauto; ya no había rastro en su mirada del brillo que le había otorgado el alcohol. Parecía repentinamente sereno, como si mi reacción lo hubiera difuminado todo de un plumazo.

El contenido de esa carta era de una intimidad incómoda. Todas las palabras de Bastien transmitían algo agridulce, pero aquella me había golpeado de una forma distinta. Hablar de amor siempre supone desnudarse de un modo violento.

—No tenías que haberlo compartido conmigo. Es algo tuyo. —La preocupación de su voz me erizó la piel—. ¿Quieres que me vaya? ¿Te apetece estar sola?

—¡No! Yo… Cuando las leo necesito unos minutos. Es como si se abriera otra puerta. Como si, de pronto, algo hubiera cambiado en el mundo. Un pequeño giro. —Chasqueé la lengua, avergonzada por aquellas palabras que no parecían tener sentido—. Creo que he bebido demasiado.

—Probablemente.

Me reí y él me acompañó. Al otro lado de la estancia, el piano era testigo de nuestra conversación. Me había percatado de que Mathis había estudiado la sala en cuanto habíamos entrado, dirigiendo una mirada casi reverencial a aquel instrumento abandonado.

—Pero eso no significa que no te entienda —continuó—. Cada acto lo cambia todo, Juliette. Continuamente. Por muy pequeño que sea.

Alzó la mano y me rozó la mejilla. Y comprendí que Mathis llevaba razón. Una carta olvidada o una caricia insignificante. Cuando menos lo esperamos, los gestos más mínimos cambian el curso de la vida y a nosotros con ella.

No tuvimos que decirlo para saber que la velada llegaba a su fin. Leer una de las cartas de Bastien ya había despertado suficientes emociones como para tomar distancia. Bajamos del desván en silencio, Mathis se puso la cazadora y lo acompañé a la puerta.

—No prometía mucho, pero debo decir que ha sido una cita perfecta —me guiñó un ojo y puse los míos en blanco como una niña.

—Ya te he dicho que no era una cita.

—Ah, ¿no? Bueno, pues ha sido una *no cita* perfecta —me replicó

con sarcasmo.

—No hay *no cita* perfecta sin un beso de buenas noches.

En cuanto lo dije noté que se me encendía la piel, pero no tuve tiempo para arrepentirme, porque Mathis agarró mi mano y dejó un beso en la palma. Pese a la humillación por el rechazo implícito, me vi sonriendo.

—¿Mejor? —preguntó con malicia.

—No hay color.

—En realidad, sí.

Me reí con ganas y él me acompañó. Pese a todo, quizá sí que seguíamos un poco borrachos, no estaba segura de si por el efecto del alcohol o de las emociones, como para que la vida nos pareciera más divertida y menos compleja.

—¿Qué significa eso?

—Olvídalo, Juliette.

Caminó de espaldas sin dejar de mirarme hasta el borde de la acera. Luego se giró y cruzó de una carrera. Lo vi desaparecer en el interior de su hogar.

No podía saberlo, no lo haría hasta mucho tiempo después, pero aquella noche Mathis sacó un lienzo en blanco nada más llegar a su casa y comenzó a pintar. Azul. Y rojo. Y negro. Con destellos amarillos y anaranjados. Rosa chicle. Verde melón. Un dibujo resultado de todos los tonos del mundo mezclados y dando lugar a uno nuevo.

El amor, en ocasiones, no es más que una explosión de dentro afuera en forma de mil gotas de colores.

22

El otoño avanzó frío y lluvioso. Me acostumbré a salir con las botas de agua de Bastien e incluso me atreví a entrar en su dormitorio y robarle un par de jerséis de lana. Aún no había sido capaz de revisar su habitación a conciencia, pero ya no me incomodaba usar algunas de sus pertenencias. La temperatura no era mucho más baja que en París, pero las casas sí eran frías. La ausencia de gente, los espacios abiertos y no abarrotados hacían que ningún abrigo sobrase cuando el viento soplaba con fuerza.

El primer día de noviembre se respiraba algo diferente en el pueblo. Yo nunca había celebrado la Toussaint. Ni siquiera cuando mi madre murió. Respetaba profundamente la veneración a los muertos, pero para mí los míos estaban en mi mente, en los recuerdos que me acompañaban cada día y en ese espacio que reservas en el corazón para lo que siempre permanece.

Sin embargo, cuando regresé aquel día de mi paseo matutino y me encontré farolillos hechos a mano colgados de mi ventana, noté una congoja inesperada anudándose en mi pecho y me temblaron las rodillas. No los toqué. Al fin y al cabo, no eran para mí. Aquellas muestras de respeto y afecto eran para un hombre que ya nunca podría agradecerlo.

Cogí aliento y di media vuelta en dirección a la casa de Joséphine.

—¿Sabías que Bastien no creía en nada? —Mi vecina resopló indignada y estiró la mantilla que cubría la mesa para abrigarse las piernas—. Claro que no lo sabías… A menudo se me olvida que no lo conociste. ¡Qué cosas tiene esta vida! —Frunció los labios malhumorada y prosiguió—: Pues, bien, el músico decía que no podía creer en nada más que en la descomposición de los cuerpos y en alimentar con sus restos a los gusanos.

Fingí un escalofrío y ella asintió.

—Pero incluso cuando se comportaba como un memo, decía cosas muy bonitas. Él afirmaba que había algo poético en acabar alimentando a la misma tierra que lo había alimentado tantas veces. Una espiral de vida.

Cogí la taza de chocolate caliente y me la llevé a la boca. Me quemé ligeramente la lengua. Prefería eso a analizar los motivos de que hubiera sentido una dulzura inesperada hacia mi padre.

Sabía, tanto por el abogado como por la propia Joséphine, que Bastien había dejado todo preparado para, si algún día le pasaba algo, no responsabilizar a nadie de tales decisiones. Había expresado por escrito su oposición a cualquier tipo de ceremonia en su honor, había sido incinerado y sus cenizas descansaban en el cementerio local. Pese a que entendía y respetaba sus actos, me despertaban emociones contradictorias.

—Siento decepcionarte, pero yo tampoco creo en nada, Joséphine.

Para mi sorpresa, ella se rio.

—No me decepcionas, encanto. Solo me das más trabajo que el resto. —La miré con interés—. ¡Debo rezar el doble cuando se trata de ti! Pero no me importa. Los que no creéis bastante tenéis con soportar sobre vuestros hombros toda la carga del universo.

Me palmeó el brazo y sonreí agradecida. Fuera yo creyente o no, aquella mujer era un regalo del cielo.

Cuando regresé a casa, Mathis estaba en el jardín. Hacía frío, así que se resguardaba bajo un abrigo de lana, pero ni en esas condiciones podía ignorar la llamada de la inspiración artística. Estaba observando con fijeza una de sus obras. No la conocía, aunque parecía mucho más trabajada que todas las que había dejado a medias las semanas anteriores.

Me coloqué a su lado y escondí el rostro bajo la bufanda.

—¿Qué te transmite? —me preguntó como saludo.

Ni siquiera parecía que no hubiéramos vuelto a vernos desde la *no cita* en mi casa. Habían pasado días desde entonces, pero por primera vez había evitado posibles encuentros entre ambos. Quizá porque aún latían en mi interior las sensaciones que habían despertado aquella noche y prefería tomar cierta distancia. Puede que porque me aterraba que para él algo hubiera cambiado, cuando era la única persona que parecía entenderme.

—Sé sincera, por favor —insistió.

Entonces reparé en sus ojeras y en su expresión turbada. Aquello le preocupaba. Asentí y di un paso al frente. Estudié la composición. Los cuadros de Mathis siempre parecían una explosión de color e, incluso con eso, había algo oscuro en ellos. Algo incómodo. Algo que te obligaba a enfrentarte a emociones para las que no estabas preparada. Ese, en especial, transmitía desencanto. Entre sus trazos lilas y rojos sobre un fondo anaranjado, se colaba la desilusión poco a poco, hasta que te apretaba por dentro y lo llenaba todo.

—Decepción.

Se giró sobresaltado y me miró sin pestañear. Parecía sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, aunque tal vez tu intención era la de expresar todo lo contrario

y esté equivocada. Es algo subjetivo, ¿no?

Me encogí de hombros para restarle importancia, pero Mathis se acercó a mí hasta quedar a un palmo y sentí que mi respiración se agitaba. Podía esforzarme por ignorarlo, pero había algo entre él y yo que flotaba invisible y denso. Me apetecía verlo, era una realidad, estar con él, conversar y conocerlo.

—No cuando el artista y el receptor coinciden. Ahí se convierte en otra cosa.

Tragué saliva y noté la boca seca. Mathis tenía el rostro fruncido, pero bajo esa tensión se percibía en él algo distinto. Un brillo en sus ojos dulce y vivo. Una conexión entre ambos que hasta el momento se había disfrazado de deseo, quizá, pero nada más.

—El arte es un modo de comunicación y tú eres bueno, quédate con eso —le susurré con la vista clavada en su cuello.

Estaba nerviosa y me sentía avasallada. Mathis era tan rotundo en sus formas que me hacía creer que, si daba un paso, me engulliría, pero solo era un chico impresionado por haber conectado con otra persona.

—O quizá ya me conozcas más de lo que crees.

Alcé el rostro y le miré la boca. La mía se entreabrió y contuve el aliento.

Los besos que no se dan son los que más recordamos.

Hugo entró en el jardín brincando mientras Mathis y yo intercambiábamos una mirada tan extraña como había sido nuestra relación hasta el momento. La aparición del pequeño disipó la neblina que nos rodeaba y ambos dimos un paso atrás.

El momento ya había pasado.

—Hola, Hugo.

El niño le sonrió y después me miró con una expresión acobardada. Le dediqué una sonrisa tan deslumbrante que solo acentuó su mirada asustadiza, y comencé a ponerme nerviosa. Me gustaban los niños. Solía entenderme con ellos y tenía el presentimiento de que aquel necesitaba atención. No había muchos más en el pueblo y Hugo parecía que mantenía una conexión extraña con el jardín de Bastien. Deseaba que, aunque su dueño ya no viviera, él se sintiese invitado a entrar siempre que quisiera, pero había algo entre nosotros que no terminaba de fluir.

—Te está pidiendo permiso para coger flores —murmuró Mathis, lanzándome un guiño cómplice.

Pestañeé confundida hasta que lo entendí y di un brinco.

—¡Oh! Claro. Coge las que quieras. Menos las caléndulas —rectifiqué al recordar las advertencias de Joséphine. Mathis puso los ojos en blanco.

—Nadie en doscientos kilómetros a la redonda se atrevería a tocar

esas flores.

Hugo arrancó unas de pétalos alargados y las juntó en un ramo. Lo hizo con delicadeza, tomándose su tiempo para obtener el resultado que buscaba, como un pequeño florista que solo desea lo mejor para sus clientes. Finalmente, observó de reojo la jardinera de siempre y suspiró con tristeza.

Lo que fuese que pretendiera encontrar allí, no estaba.

—Aún no le he oído pronunciar palabra —dije con la mirada clavada en la silueta menuda que atravesó corriendo el arco de la salida.

—No habla desde hace más de un año.

Me giré con brusquedad hacia Mathis.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Su madre murió y dejó de hacerlo. Las flores son para ella.

Recordé el día que era y noté que algo se me retorcía muy dentro. Tan dentro como estaba el dolor más enraizado de todos los que conocía.

La pérdida de una madre es algo que cambia tu vida. Da igual a la edad que suceda, el apego permanece; puede transformarse en algo distinto, pero su base sigue ahí, bajo la piel, palpitando como el primer latido de un bebé recién nacido. Yo había perdido a la mía a los veintitrés años. Ya era una persona adulta, con sus responsabilidades, sus vivencias, sus logros y decepciones; aun así, el golpe había sido tan duro que todo se había tambaleado.

Pero Hugo solo era un niño.

Demasiado inexperto para que la vida le enseñara su cara mala. Demasiado vulnerable, frágil, indefenso. Demasiado sin hacer como para que algo lo rompiera antes de tiempo.

—¿Juliette? ¿Estás llorando? Joder, no pretendía...

Me toqué las mejillas, sorprendida por las palabras de Mathis. Las tenía calientes y húmedas.

—No, es que...

Fui a disculparme, avergonzada por aquella reacción tan inesperada para mí como para él, pero las palabras se me atragantaron y me vi rompiendo en un llanto incontrolable.

—Ven aquí.

Mathis me abrazó. Se acercó muy despacio y rodeó mis hombros con firmeza. Me arropó con su abrigo y su consuelo. Apoyé el rostro en su pecho y cerré los ojos. Temblé mientras él me acariciaba la nuca y mis sollozos lo llenaban todo. Olía a pintura y jabón. Subí la mano y rocé la base de su cuello. La suavidad de ese trozo de piel contrastaba con la aspereza de sus dedos de un modo único. Dos polos opuestos. Dos extremos conviviendo en el mismo cuerpo. Y comenzó a hablar. Su voz lo ocupó todo; los vacíos, los rincones grises, los huecos entre los

pedazos rotos.

—No sé cómo te sientes, porque yo aún disfruto de mis padres. Viven en Estrasburgo con mi hermana Berthe. Mi madre es servicial, atenta y un poco huraña, pero también la persona más divertida que conozco; tiene un humor retorcido que me encanta. Mi padre es callado, distante y suele juzgar antes de tiempo. No siempre nos hemos llevado bien, aunque lo quiero. Supongo que nos parecemos más de lo que me gustaría y por eso chocamos.

Sorbí por la nariz y apoyé la frente en su jersey. Un intento un tanto torpe de animarlo a seguir, porque me sentía abochornada, y triste, y muy perdida como para dejar que alguien tomara las riendas y llenara los silencios que en ocasiones así hacían daño.

—Dicen las putas revistas que tu madre murió hace unos años. Lo siento mucho, Juliette. —Arrugué su camisa entre los dedos y asentí; que hubiera leído sobre mí me provocó una ternura infinita—. También sé que Bastien nunca fue tu padre, pero me gusta pensar que, si estás aquí, es porque una parte de ti sí que lo reconoce, aunque te duela.

Suspiré y dejé que la rabia saliese, que se mezclase con el pesar y nos rodease. Sus manos se movían con suavidad sobre mi cuerpo. Calma y consuelo. Me imaginé siendo un lienzo en blanco que él llenaba de color.

—Lo que quiero que entiendas es que, aunque no puedo imaginarme cómo te sientes, sí que puedo decirte que no es malo. Sea lo que sea, lo que sientes no está mal, Juliette.

Alcé la mirada y me encontré con la suya. Me sujetó por las mejillas con las dos manos y repitió esas palabras que nunca nadie me había dirigido. Unas palabras que no sabía que necesitara, pero que me sostuvieron en la caída.

—No es malo sentir rabia, enfado o tristeza. Lo malo sería que no sintieras nada.

Carta número 28

Juliette:

Hoy ha llegado una nueva familia. Pascal Lyon y su hijo han alquilado una casa a dos calles de la mía para una larga estancia. Él ha ocupado la plaza de médico que ha dejado libre Bernard Lefevre con su jubilación. El niño se llama Hugo y no habla.

La tristeza se arrastra, Juliette, y la suya ha dejado un rastro oscuro que acababa en la puerta de su vivienda. Joséphine, mi vecina, no ha tardado en descubrir que el hombre perdió a su mujer unos meses atrás en un accidente de coche. Desde entonces, el pequeño Hugo no ha vuelto a pronunciar palabra.

Yo siempre he gestionado las emociones con la voz, me parece impensable hacerlo de otra manera, pero gracias a un niño he aprendido que hay infinidad de formas de manejar el dolor.

A veces lo veo. Se cuela en el patio y arranca flores. Creo que son para ella. No está enterrada aquí, pero me han contado que a menudo visita la iglesia y las deja bien colocadas bajo una de las vidrieras.

Qué responsabilidad tan amarga para un crío, ¿no te parece?

Por eso hoy, cuando ha regresado y ha entrado en el jardín a hurtadillas, se ha encontrado con algo inesperado. Una flecha pintada en una de las jardineras le señalaba una piedra. Ha observado a su alrededor, estupefacto y temeroso, para finalmente atreverse a alzar las manos y rebuscar entre la tierra. Cuando ha hallado un caramelo bajo la roca, su sonrisa ha sido el verdadero premio.

Ha salido corriendo con las flores en una mano y su tesoro en la otra.

Ante su inocencia, me he sentido viejo. También menos vacío.

Ahora, cada domingo, abro una lata de Berlingot y escojo un color para el pequeño Hugo.

Y la vida, momentáneamente, me parece más dulce.

S.

23

Me habría quedado toda la tarde dentro de su abrazo. Mathis olía a arte, piel y jabón. Me hacía pensar en tardes bajo una manta con la lluvia al otro lado del cristal y una taza de té en las manos. A bollos de canela y pasas. A una cama mullida de sábanas blancas y muchas almohadas.

Pero solo era un chico. Uno que tenía una idea temblándole entre los dedos que quería plasmar en un lienzo y al que no le sobraba el tiempo para perderlo conmigo.

—Yo... Gracias, Mathis.

Me aparté con la mirada gacha y me sorbí los mocos. Pese a lo poco agradable del gesto, lo vi sonriendo y me sonrojé.

—¿Estás mejor?

Asentí. Ni siquiera entendía qué me había pasado, pero de pronto había sentido el torbellino de sentimientos que me había arrollado cuando mi madre murió. Como si conocer la realidad de Hugo me hubiera hecho sentir su dolor de forma refleja.

—No lloraba desde hacía cuatro años —le confesé.

—¿Por algún motivo en particular?

Medité su pregunta y negué, confusa por no haberme dado cuenta hasta ese momento.

—No. Simplemente, lloré a mi madre y después dejé de hacerlo. —Lo miré con el labio atrapado entre los dientes y suspiré al ser consciente de que entendía a la perfección los silencios del pequeño Hugo—. Debes de estar deseando que venda la casa.

Su risa templó el aire frío que había traído noviembre.

—No te creas. Me da miedo pensar quién podría vivir aquí. ¿Una familia ruidosa con niños? Me sería imposible concentrarme para pintar. ¿Una ricachona huraña que cierre la cancela para siempre? El jardín sería una gran pérdida para muchos... —Arrugó el ceño y me dedicó una mirada traviesa—. No estás tan mal como vecina, Juliette. Las chicas tristes tienen su encanto.

Me colocó el pelo detrás de la oreja con delicadeza y me estremecí.

—Qué halagador —respondí con ironía; aunque en realidad sí que lo era. Y mucho.

Pese a lo amargo de sus palabras, me gustó que viera algo especial en mí siendo la versión más gris de mí misma.

—Encajas en este lugar. Quizá tú no lo veas, pero hay algo en ti que

le da sentido.

Se acercó al cuadro y recuperó el pincel. Ladeó el rostro y alzó la mano. Rellenó de color amarillo una parte central más oscurecida que las demás y la pintura se convirtió en otra cosa. Tenía luz. Una fuerza distinta. Alma. Una pequeña porción de color que encajaba en el total de forma perfecta.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Me observó de reojo y tragué saliva. No quería llorar más, pero, inevitablemente, se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquella referencia hablaba de mí. Le sonreí y la vida siguió. Mathis continuó pintando. El dolor se atenuó.

—¿El jersey que llevas era suyo?

Asentí y rocé la lana del bajo con dos dedos. Pareció satisfecho. Como si compartiéramos miles de palabras más entre silencios. Como si Mathis me llevara de su mano en este proceso de duelo que estaba viviendo.

Me abracé y me marché sin despedirme. El cielo comenzaba a cubrirse de un gris oscuro y olía a lluvia condensándose en las nubes.

Subí al desván y me senté en el suelo.

Sin embargo, aquella tarde no lo hice para leer una de las cartas de Bastien, sino para abrir otra caja de papeles para reciclar y darles a algunos de ellos una vida nueva.

Una hora más tarde, me puse el abrigo y salí. Había comenzado a llover, pero las gotas eran tan finas que apenas calaban. Me dirigí a una casa de fachada amarilla y paré en su puerta. Había luz dentro y pude distinguir la silueta de un niño corriendo de un lado a otro. Su padre lo observaba desde el sofá con un libro en las manos. Un hogar cualquiera. Una familia más. Pero para mí aquel día el pequeño Hugo era mucho más que eso. Era todo el dolor de la pérdida condensado en su fragilidad.

Saqué mi creación del bolso y la colgué de una de las rejas de las ventanas. Para ser el primer farolillo de papel que hacía no había quedado mal. Esperaba que cuando tanto Hugo como su padre lo encontraran, se sintieran acompañados en el duelo de su ser más querido.

No había conocido a la madre de Hugo. No sabía ni su nombre. Pero los humanos, de vez en cuando, compartimos mucho más de lo que pensamos.

Unos días después, Bastien me lo demostró en una de sus cartas. Me contó la historia de Hugo de un modo distinto. Me habló de flores, flechas que señalan tesoros y caramelos. Me demostró que las

personas formamos telas de araña, una red infinita de uniones que nos conectan, y que eso, pese al dolor que a veces conlleva, también es precioso.

Guardé la carta y bajé a la cocina. Los había visto en algún lado, pero no recordaba dónde. No los había tirado porque me encantaban, aunque tampoco había comido ninguno porque me había provocado una sensación extraña descubrir que los caramelos favoritos de mi madre también le gustaban a Bastien. Revisé los estantes de la despensa y allí, detrás de un bote de azúcar glas, la vi. Una lata redonda de color turquesa con motivos florales. La abrí y los recuerdos me embargaron. El olor me transportó a mi infancia y agarré la lata con fuerza. Escogí un color y lo envolví en un trocito de papel transparente para que no se manchase hasta que su destinatario lo encontrara. Después salí al jardín y levanté la piedra de la jardinera. Antes de irme a la cama, le había pedido prestados a Mathis pintura y pincel, y una flecha oscura señalaba un punto concreto esperando que un niño de seis años descubriera su secreto.

24

A mi madre le encantaban los caramelos Berlingot. De vez en cuando, se compraba una caja y se sentaba frente al televisor. Cogía uno, lo observaba detenidamente y se lo llevaba despacio a los labios. A veces cerraba los ojos y sonreía. Otras, lo lamía con lentitud hasta que se terminaba y pasaba al siguiente.

A mí me gustaba verla. Entre sus dedos parecían más especiales, más que un trozo de azúcar y fruta con forma piramidal y vetas blancas. Supongo que su felicidad los dotaba de un brillo único que solo existía bajo sus manos.

No sé si ella era consciente o no, pero siempre escogía los colores que llevarse a la boca en el mismo orden. Amarillo. Verde. Naranja. Blanco. Rosa. Menos uno. El rojo lo esquivaba, lo rozaba levemente y lo apartaba a un rincón de la caja. El rojo estaba prohibido.

Me he cuestionado durante muchos años si aquello tendría o no que ver con él.

Si, acaso, serían sus favoritos.

Nunca me atreví a preguntárselo.

Tampoco a decirle que también eran mis preferidos.

Carta número 9

Juliette:

Nunca creí que llegaría hasta aquí. El dinero y la fama nunca fueron mi prioridad. No me malinterpretes, no tener que preocuparse de pagar facturas es un privilegio, pero no fue mi objetivo cuando todo esto comenzó.

Yo amaba la música. Posiblemente sea lo que más ame en esta vida. Por eso quería vivirla a través de lo que ella pudiera darme. Ansiaba que mis canciones llegaran a la gente, inspiraran versos, sirvieran de fondo a historias ajenas de amor. Yo deseaba el éxito del que tiene una pasión y consigue que los demás lo admiren por ello. Yo anhelaba ser capaz de transmitir todo eso que tantos otros me habían transmitido a mí.

La música me había salvado tantas veces, Juliette, que solo podía pensar en devolverle lo mismo.

Y sucedió. Poco a poco, mis conciertos en salas pequeñas se fueron llenando. Mi nombre comenzó a sonar entre la gente del mundillo, una de mis canciones fue seleccionada para un anuncio publicitario y, de pronto, Bastien no era un desconocido, sino un chico con talento al que todo el mundo quería escuchar. Recibí una oferta de una discografía pequeña y, muy poco después, una de otra más grande. Escogí la grande, porque mi ego no cabía en otro lugar, y me lo prometieron todo a manos llenas.

La vida se cubrió de una neblina especial. El éxito siempre aporta un brillo intenso a todo lo que toca. Sueles darte cuenta demasiado tarde de que solo sirve para esconder sus partes oscuras.

Supongo que tu madre y yo éramos felices de ese modo en que lo eres en la juventud cuando te crees inmortal. Liane trabajaba a media jornada en una cafetería y estudiaba en sus ratos libres. Las noches las dedicábamos a disfrutar al máximo de lo que teníamos al alcance: la música, el alcohol, algunas drogas, el sexo. Vivíamos con el mensaje de que nunca seríamos más jóvenes que en ese momento y actuábamos en consecuencia.

Nos mudamos a una casa mejor. El dinero dejó de ser un problema. Los amigos llegaron a montones, aunque no los necesitábamos; ambos siempre supimos que la fama era un animal peligroso y solo cogíamos de ella lo que nos interesaba.

Nunca nos quisimos más. Nunca el amor resultó tan dulce.

Cuando di el salto a Europa ya me sentía imparable. Me ofrecieron una gira, más dinero, una carrera a largo plazo, un sueño al alcance de muy pocos. Liane y yo lo celebramos alquilando una suite en el Ritz, bebiendo champán directamente de la botella y comiendo hamburguesas grasientas sobre la cama.

Los días se sucedieron unos detrás de otros, intensos, magníficos, perfectos.

No obstante, algo cambió. Yo subía como la espuma, crecía no solo en reconocimiento, sino que también lo hacía mi ego. Y, mientras yo alimentaba a una bestia que desconocía que acabaría consumiéndome, Liane se perdía, empequeñecía.

Dejó de acompañarme a los conciertos. Se quedaba en casa y, cuando yo regresaba con el aliento alcoholizado y las pupilas dilatadas, ella estaba dormida. En ocasiones, sentía su abrazo entre sueños, se aferraba a mí con cierta desesperación, una despedida anticipada que yo ignoraba bajo los efectos del reino creado a mi medida. Abandonó los estudios y pidió una ampliación de jornada, pese a que yo le decía que no lo necesitábamos.

—Quiero mi independencia, Bastien. Respeta eso, por favor.

Yo asentía, aunque no la comprendía. Sentía que se alejaba de mí, que la chica alocada de la que me había enamorado se había convertido en otra persona en apenas unas semanas. Incluso con eso, no hacía nada. No preguntaba. No me molestaba por entenderla ni por descubrir sus nuevas necesidades.

Y entonces, una noche otoñal, tu madre me habló de ti.

Llevábamos menos de dos años juntos y veíamos el amor de una forma muy distinta a como lo veo ahora. Me habló de ti como una decisión inamovible y una ilusión inesperada, aunque también con la furia del que sabe que ha roto en pedazos algo que deseaba que fuera para siempre.

—Bastien, di algo.

Y lo comprendí todo. Sus cambios. Sus nuevas rutinas. La madurez de su expresión, en la que se había perdido el brillo malicioso que siempre la acompañaba. Su repentina entereza, solo comparable a la de una leona defendiendo a su cría.

Liane sabía de tu existencia desde hacía tiempo y me había dejado fuera. Se había apartado del camino que compartíamos para no interferir en mis sueños. Me había abandonado, porque me conocía y sabía que no había espacio para mí en ese futuro que se abría ante ella.

En mi cabeza, se desarrollaron dos realidades a la vez. Dos sucesiones de imágenes, dos películas paralelas cuyos caminos se separaban cuando tú entrabas en escena.

En uno, me veía diciendo que sí, cambiando mis hábitos, adaptando mis calendarios a ti. Convirtiéndome en una persona responsable, pero

también en una que nunca había deseado ser. En un padre. En un hombre cuyas prioridades se modificaban y que se veía obligado a relegar la música a un segundo plano.

En otro, me veía siguiendo hacia delante sin mirar atrás. Saltando entre escenarios, envuelto siempre en la sensación indescriptible de vivir dentro de una canción y de ser escuchado. Viajando, logrando todo lo que siempre había ansiado, sintiéndome libre.

El nudo de mi pecho resultaba insoportable.

Entonces la miré una última vez, memoricé sus ojos, sus labios, el tono de su piel.

—No hay nada que pueda decir. Ya has tomado la decisión. Lo que yo piense no importa.

—Así que te vas.

No fue una pregunta, solo la confirmación de que no se había equivocado conmigo.

Le dejé un beso en el pelo y le susurré un perdón que se perdió bajo sus sollozos.

Me he preguntado muchas veces cómo habría sido mi vida, nuestra vida, si mi respuesta hubiera sido otra. Pero una parte de mí, la más egoísta y oscura, sabe que no importa, porque, en el fondo, aunque me hubiese quedado, siempre me habría arrepentido de no haberme marchado.

Ya lo ves, Juliette. Ahora soy rico y en mi vida todo es música. Y, sin embargo, en ocasiones pienso en ti y todo se desvanece. Las canciones se convierten en versos vacíos. Observo lo que tengo como si fueran los logros de un extraño. Y tú sigues ahí. Como un eje desconocido que me recuerda que el amor sigue existiendo, aunque lo rechacemos.

Espero que algún día te gastes mi fortuna en un capricho estúpido, como en una casa barco, una biblioteca circular en el techo o en el vestido icónico de alguna estrella de cine a la que admires. Que conviertas todo lo que conseguí en otra cosa. Que hagas de lo que no te di un refugio en el que olvidarme.

S.

25

Desmonté el despacho una tarde que llovía a mares.

Desde hacía un par de días, salir era una locura y Mathis no había podido ir a pintar al jardín, así que no tenía con qué entretenerme y, después de dos recetas nuevas de galletas con una pinta cuestionable, se me habían acabado las excusas para matar el tiempo.

Aquella habitación me daba cierto respeto. No era el rechazo que me provocaba el piano en el desván, que de algún modo representaba la razón de que mi padre me abandonase, tampoco era como con su dormitorio, que si bien había entrado en él para coger ropa de abrigo no había sido capaz de revisar sus cajones por miedo a descubrir algo que me afectase, sino que era un respeto cauto.

Limpié las estanterías con calma y apilé algunas cosas en cajas, como los premios o distinciones que había recibido en su carrera. Por otra parte, Bastien tendía a guardar objetos que no parecían encajar en el lugar en el que estaban —un sombrero vaquero, una figurita de cristal con forma de corazón, un vaso con el logotipo de un hotel de Cabo Verde—, pero que intuía que albergaban algún significado como para conservarlas.

¿Quién era yo para desprenderme de las cosas que él creyó importantes en algún momento? Pensaba mucho en eso. En que para mí una entrada de cine era solo un papel, pero que quizá para él se trataba del recuerdo de una cita inolvidable y con quien la compartió. Y aquello me angustiaba. Sentirme responsable de lo que no me pertenecía lo hacía, así que tendía a almacenar de más, aun sabiendo que no tenía ni idea de con qué fin.

Cuando terminé, suspiré mirando el espacio limpio y medio vacío.

«¿Y ahora qué, Juliette?»

Me puse las botas de lluvia y cogí un paraguas.

—Juliette, querida, ¿qué haces aquí? ¿Qué puede ser tan urgente como para salir con la tormenta? ¿Esas botas no te quedan un poco grandes? Hay un centro comercial apenas a cincuenta kilómetros, puedo llevarte un día y compramos unas de tu talla. ¿Y por qué vienes sin abrigo?

Armand y su cháchara se levantaron del escritorio en cuanto abrí la puerta. Dejé el paraguas en la entrada y me coloqué sobre el felpudo para no mojar el linóleo. Su perorata me hizo sonreír y tuve la certeza

de que estaba haciendo lo correcto.

—Tengo algo para ti. ¿Puedes ausentarte del despacho unos minutos?

Me observó con curiosidad y acabó asintiendo.

—No creo que haya nadie más loco que tú para salir hoy a la calle, así que ¿por qué no?

Armand estaba plantado en mitad del antiguo despacho de Bastien con los brazos en jarras y la boca entreabierta. Por primera vez desde que lo había conocido, no hablaba, solo observaba con confusión lo que nos rodeaba.

—Puedes llevártelo todo.

—Pero esto... ¡No puedo aceptarlo! Tu donación de libros ya fue espléndida, Juliette. Me encargaré de que Moris recapacite y nos ceda parte del presupuesto de cultura a este proyecto. Recogeré firmas. Me ataré a la fuente de la plaza hasta conseguirlo. ¡Lo que sea!

Negué con un gesto y percibí que Armand se acaloraba, nervioso por una situación que lo había pillado de imprevisto. Deseaba aceptar, pero no le parecía correcto y su dilema resultaba obvio.

—No lo quiero —añadí con dulzura—. Creo que sería más fácil vender la casa con esta estancia vacía. No son más que muebles desemparejados sin valor. Además, tu proyecto los necesita y el señor Barreau, aunque sea una gran persona —me adelanté a su coletilla habitual—, no parece dispuesto a aportar nada a nivel económico.

Armand suspiró con dramatismo y se mordió el labio. Sus mejillas de ardilla, sonrojadas por el cambio de temperatura al entrar en la vivienda, se inflaron por la emoción contenida.

—Eres muy persuasiva.

Me reí y él me acompañó. Sin comprender por qué lo hacíamos, acabamos desternillados, sujetándonos el estómago y mirándonos como bobos.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un: ¡vamos a crear la biblioteca más bonita de toda Francia!

Armand me abrazó y me tensé al instante. Sin embargo, cuando noté su calor traspasando la ropa, me dejé apretar entre sus brazos y me apoyé en su pecho. Me rendí. Y pensé en el tiempo que hacía que no compartía algo así con otra persona por una emoción bonita.

—El otro día me encontré con Marie.

—¿Cómo le va? —le pregunté a Nina mientras mordisqueaba un trozo de pastel.

Era de crema de avellana y debía darle la razón a una de las notas

de Bastien, lo mejor era la cobertura de caramelo sobre el hojaldre. El resultado había sido más aceptable que el de la charlota de fresas, que ni Joséphine había sido capaz de fingir que era comestible.

—¿Y a mí qué me cuentas? Solo me acerqué para decirle que por su culpa te habías largado de París.

Recordé a mi antigua compañera de trabajo y me pregunté qué pensaría al descubrir que yo era la hija de Bastien. Sentí que había pasado una eternidad desde que me había marchado. Cerré los ojos un instante y cogí aire para hacerle entender a Nina que las cosas no eran como ella pensaba, aunque hacía días que ya ni me esforzaba.

—No le guardo rencor, Nina. Además, no fue por su culpa. Marie hizo lo que debía.

—¡Claro que fue por su culpa! Si no te hubiera delatado, seguirías aquí y no perdida en los montes.

Mi mejor amiga refunfuñó y entonces fue Ivo quien tomó el relevo para evitar una situación incómoda. Yo estornudé con fuerza y me sorbí los mocos.

—Creo que te imagina con polainas de lana —dijo. Me reí y estiré los pies apoyados encima de la mesa. No eran polainas, pero sí unos calcetines de lana de Bastien que me llegaban hasta las rodillas—. ¿Cómo has cogido ese resfriado?

Sonreí al pensar en Armand y su bonito sueño a punto de cumplirse.

—El otro día salí sin abrigo. Estoy donando algunas cosas de Bastien. El ayuntamiento quiere abrir una biblioteca, pero faltan medios. Es un pueblo pequeño, apenas tiene comercios.

—Vaya —murmuraron los dos a la vez como si fueran gemelos.

—¿Y cómo vas con las cartas? —preguntó Ivo.

Suspiré y miré al techo, como si pudiera atravesar los dos pisos de madera hasta ver el baúl del desván.

—Bien. Cada día descubro en ellas algo nuevo y ya no... ya no duele tanto. Quizá porque siento que lo conozco más. No significa que entienda lo que hizo, solo... solo es distinto. Es otra cosa. Algo aún sin nombre.

Tragué saliva y el suspiro de Nina rompió el silencio. Me imaginé a Ivo rezando para que fuera ella quien respondiera a una confesión de tal intensidad. Finalmente, lo hizo, aunque quizá de un modo más crudo de lo que habríamos esperado.

—No sé qué pretendes, Juliette. No puedo comprenderlo, porque nunca estaré en tu situación. Te juro que lo intento, pero me cuesta entender qué haces allí y qué piensas sacar de todo esto. Pero te quiero. Eso lo sé con certeza. Y me da miedo que te rompas.

—Estoy bien.

—No es verdad.

Suspiré y rectifiqué.

—No, no lo es. Perdonadme. Aún no lo estoy. Pero lo estaré. Y, de algún modo, empiezo a creer que tomé la decisión correcta. Aquí… he comenzado a mirar las cosas de otra manera.

—Te estás involucrando —susurró Nina.

—Estás despertando —añadió Ivo.

Deduje por su sorpresa que, hasta el momento, ellos no habían creído que de verdad yo necesitara aquello. Quizá porque llevaba tanto tiempo metida en esa inercia que se habían acostumbrado a esa versión de Juliette y pensaban que era la única que existía. Pero no era cierto. Bajo las capas de desencanto había otra. Una que ni yo conocía, aunque tal vez había llegado la oportunidad de hacerlo.

Sentí un cosquilleo inesperado. Ilusión. Gozo. Quizá orgullo por mí misma.

—Bien. Si es así, no vuelvas. No hasta que termines lo que sea que hayas empezado.

—¿Y qué pasa con tu cumpleaños?

—¡A la mierda mi cumpleaños!

Nos reímos y, por primera vez, sentí que Nina hablaba de corazón y, con su advertencia, me despedí de ellos y decidí seguir remando hacia destino desconocido.

No había vuelto a su casa desde la tarde en la que me encontró vagando bajo la lluvia como un fantasma. Tampoco nos habíamos cruzado desde aquel abrazo sentido en el que lloré sobre su pecho. Creo que ambos habíamos evitado hacerlo para que la intimidad que habíamos compartido se nos olvidase. Fuera por lo que fuese, cuando abrió la puerta y me encontró al otro lado, sentí una tirantez en el estómago.

—Juliette.

—¿Tienes planes?

Mathis se pasó la mano por el mentón y dejó en su piel un rastro azul. Su duda, en vez de bloquearme, me hizo envalentonarme. Resultaba obvio que yo no era la única que pensaba que había algo entre nosotros que fácilmente podía tornarse incómodo.

—Estaba trabajando.

—¿Demasiado frío para hacerlo en el patio? Hace días que no vas por allí.

Si pensaba que iba a fingir que no me había percatado de nuestro distanciamiento, estaba muy equivocado. Él suspiró y miró hacia el cielo; a cualquier sitio menos a mí.

—He estado ocupado.

«Ya, claro», le dije con una sonrisa tirante. Chasqueé la lengua y me centré en el objetivo que me había llevado hasta allí y que, aunque pudiera dañar su ego, no tenía nada que ver con él.

—Quiero pedirte un favor. Necesito que me ayudes a llevar unos muebles al ayuntamiento. Armand nos está esperando.

Alzó una ceja y su expresión cambió. Ya no había tensión, sino un interés genuino que me calentó las mejillas.

—¿Qué estás tramando?

—Tendrás que acompañarme para averiguarlo.

Su sonrisa traviesa despertó la mía al momento.

Tardamos dos horas en mover las estanterías de un lado a otro. Armand parloteaba sin cesar, hablándonos de su vida, de la de algunos vecinos que yo ni siquiera conocía, de un programa cultural de la tele que le gustaba, de su perro *Milo*. Mientras tanto, Mathis y yo asentíamos, sonreíamos y compartíamos miradas cómplices que yo acababa rompiendo para evitar reírme a carcajadas y que Armand pudiera ofenderse. A Mathis el otro lo aturullaba y sabía que comenzaba a dolerle la cabeza, pero a mí no. Para mí el ruido de Armand se parecía a la música de fondo que pones cuando no deseas escuchar esa voz que te repite lo que estás haciendo mal.

—¡Ya estaría todo! —dijo Armand dando una palmada al aire.

Pese al cansancio por el esfuerzo físico, al que su cuerpo parecía poco acostumbrado, estaba eufórico.

Me limpié las manos en los pantalones y Mathis se apartó el pelo de la frente. Lo tenía humedecido por el sudor, pero aquel gesto me resultó entrañable y sonreí. Ladeó el rostro y lo clavó en mis ojos. Sentí hormigas bajo la piel.

—No quiero ser un aguafiestas, pero yo creo que aquí aún queda mucho trabajo, Armand —susurró Mathis mordiéndose el labio.

Me pregunté a qué sabría el pintor. Si habría algún color que pudiera asociarse a un beso suyo. Contuve el aliento al ser consciente de ese pensamiento y aparté la vista.

—¡Tonterías! Tenemos los libros, la sala y unas estanterías preciosas. Y, lo más importante, las ganas. ¡Las ganas mueven el mundo! Eres artista, tú deberías saberlo mejor que nadie —le recriminó.

Pese a que Mathis había fruncido el ceño ante la ilusión de Armand, reparé en que se le relajaba poco a poco y acababa curvando la boca.

—Pero ¡vosotros marchaos! —Movió los brazos hacia la puerta, como si fuéramos dos bichos que tuviera que espantar—. Suficiente habéis hecho ya. Juliette, ¿estás segura de que no puedo poner un retrato tuyo en la entrada? Para agradecerte todo esto.

Negué escandalizada y me sonrojé ante la risotada de Mathis.

—Te he dicho que te olvides de eso. Si lo haces, le diré al señor Barreau que me coaccionaste para regalarte los libros.

—¡No serás capaz! —Jamás lo sería, pero Armand era tan charlatán como ingenuo y por sus libros habría hecho cualquier cosa. Le sonreí

con maldad y él suspiró con pesar—. De acuerdo, tú ganas. Me limitaré a poner una placa con el nombre de tu padre.

En el momento en el que pronunció esas palabras se tensó y se disculpó con la mirada. «Mi padre.» Me había dado cuenta enseguida de que, menos Joséphine, todo el mundo por allí hablaba con cautela de mi vínculo con Sébastien cuando yo estaba presente.

Para mi sorpresa, me vi sonriendo y un nudo en mi pecho se desvaneció.

—No lo conocía, pero creo que a mi padre le habría encantado lo que estamos haciendo.

Armand asintió conmovido.

—Tú también le habrías gustado.

No era la primera vez que alguien expresaba algo parecido. Miré a Mathis de reojo y me lo encontré observándome. Su expresión era serena y dulce. Cálida y peligrosa. Me despedí de Armand con un apretón en el hombro. A mi espalda, el pintor caminaba silencioso.

—Gracias por ayudarnos. Solos no habríamos acabado antes de Navidad.

Sacudió la cabeza, restándole importancia a su gesto, y se colocó a mi lado. Al andar, nuestros abrigos se rozaban.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó a bocajarro.

—¿A qué te refieres?

—Yo no... —Mathis dudó; parecía confuso. Me miraba como si fuera la primera vez que caminábamos juntos por aquellas calles; como si yo fuera otra y tuviera que volver a conocerme—. Me cuesta entenderte, Juliette. Lo intento, pero no siempre lo logro. Y no sé si estás haciendo esto por el chalado de Armand, por la memoria de Bastien, para que Joséphine tenga un lugar al que ir a entretenerse por las tardes o por ti.

Pestañeé, un poco aturdida por la intensidad que denotaba su voz, y aparté la mirada. La fijé en nuestros pies. Caminábamos a un ritmo constante. Un pie. Otro. Sincronizados de una forma natural. Los zapatos de Mathis eran color caramelo y contrastaban de un modo ridículo con mis zapatillas bordadas con flores. Y, pese a todo, sonreí. Últimamente lo hacía más.

—¿Te soy sincera? No tengo ni idea. Pero me siento bien. En calma. Hacía tiempo que no estaba tan relajada. ¿No consiste en eso?

Mathis se paró. Alcé el rostro y me encontré con el suyo. De fondo, la puerta oscura de su casa y la fachada roja le daban un aspecto feroz. Se lamió los labios y miró los míos.

—Sí. Supongo que sí.

Cerré los ojos por un instante y eché a andar. Prefería irme y quedarme con la sensación tan bonita de ese momento a alargarla y arriesgarme a que se rompiese.

No sé si Mathis entró directamente en su casa. No sé si se quedó mirándome marchar hasta que desaparecí en la mía. No sé si sus ojos expresaban fuego, incomprensión o dulzura. Pero me gusta pensar que cerró los puños para atrapar aquello intangible que comenzábamos a sentir cuando conectábamos.

Yo lo guardé muy dentro. Me lo tragué y le hice un hueco en un rincón muy escondido. Uno cubierto de polvo. Uno que nunca había habitado nadie.

26

Por las mañanas me levantaba temprano. Nunca me había gustado madrugar, siempre había sido más bien remolona, pero las contraventanas de la casa dejaban entrar claridad y en cuanto salía el sol me iba desperezando. Me estiraba sobre las sábanas y pensaba en los gatos de mi tejado en París.

Con una taza de café templado, me sentaba en la ventana. Calcetines largos. Pijama de dos piezas. Chaqueta de lana de Bastien. Y una chica con las piernas dobladas sobre el alféizar. A veces, abría y fumaba con la cabeza asomada, aunque cada vez lo hacía menos. Me daba cuenta de que mis rutinas cambiaban poco a poco, se amoldaban a los cambios que yo misma iba experimentando, y lo que veía me gustaba.

Una de esas mañanas, Hugo apareció a través del arco del jardín. Llevaba un gorro azul y una bufanda a juego. Miré el reloj y comprobé que era pronto como para no haber entrado aún en la escuela. Observó las flores y escogió unas amarillas. El corazón se me aceleró cuando su mirada se desvió a la jardinera de siempre y abrió la boca, sorprendido, al encontrar algo nuevo en ella. Se acercó de una carrera y levantó la piedra señalada con la flecha que yo había pintado unos días atrás. Cuando encontró un pequeño caramelo de color amarillo, su sonrisa fue inmensa.

Me dije que quizá mis amigos no lo entendieran, pero esa sonrisa era motivo suficiente para haberme ido de París.

La vida sabía al limón de un Berlingot y a algo más que nunca antes había probado.

Carta número 3

Juliette:

A veces veo la vida a través de un cristal. Un plástico cubre las cosas y las distorsiona, les da un matiz diferente que los demás no perciben, pero yo sí. No me creo especial, solo es una condena.

¿No podría vivir sin cuestionarlo todo? Siento que mi modo de entender la existencia solo la complica, la ensombrece.

Ayer cumplí veinticinco años y cometí tres errores:

1. Besé a una chica que no era la que me esperaba en la cama de mi apartamento.

2. Monté un espectáculo en un bar y me acabaron echando.

3. Pensé en ti. Me pregunté cómo sería tu cara, si ya dirías alguna palabra, si me cogerías la mano si te la ofreciera.

S.

27

—¿Y qué te parece este?

Joséphine me señaló un color verde agua y asentí. No estaba mal, aunque tampoco me convencía. Acaricié un tono amarillo intenso y ella frunció el ceño.

—Ese color huevo es espantoso, Juliette.

Me reí y continué ojeando el catálogo de pinturas. Armand me había pedido ayuda para escoger el color de las paredes de la biblioteca y había sido incapaz de decirle que no, así que lo había convertido en una misión común.

—¿Y este? El azul combina con todo.

Joséphine chasqueó la lengua.

—¿Esa ñoñería? No queremos que parezca un cuarto infantil.

Dejé caer el cuadernillo sobre la mesa y me crucé de brazos. Al otro lado de la ventana el sol brillaba con fuerza; uno de esos días calurosos con los que de vez en cuando el otoño nos sorprende.

—Me rindo. Blanco. Ya está. Lo clásico nunca pasa de moda.

—¡No seas aburrida!

Me sirvió más té y me acercó una pasta de naranja. Le di un mordisco y sentí las migas caer y enredarse en mi jersey. Era uno de los de Bastien, mi favorito de todos, de un color teja oscuro y con las mangas anchas. Me gustaba encogerme en su interior; casi sentía que la lana me abrazaba.

—Quizá deba preguntarle a Mathis —murmuré con la mirada perdida—. Él es el experto en colores, ¿no?

Joséphine escondió una sonrisa maliciosa tras la galleta.

—Me parece una idea interesante.

—No te montes películas.

—¡Yo no hago nada! —respondió fingiendo estar ofendida—. Solo comento lo que veo. Muy interesante, sí, señor…

Sacudí la cabeza, resignada, y me levanté. Le di un beso en la mejilla y le prometí que volvería pronto a visitarla.

Dos días atrás Armand había conseguido que Moris Barreau, el alcalde, le diera por fin carta blanca para el proyecto de la biblioteca con la condición de que no gastara más que un pequeño fondo; apenas había llegado para comprar pintura, material de trabajo y solicitar licencias, pero de momento había resultado suficiente para continuar. La biblioteca contaría en un principio únicamente con la colección de

libros de Bastien, pero ya habría tiempo para ampliar los títulos. Así que el bueno de Armand se había puesto manos a la obra sacando horas de su tiempo libre para levantar ese sueño que, poco a poco, se iba convirtiendo en una realidad.

Caminé con premura hasta la casa de Mathis, pero cuando llamé nadie respondió al otro lado. No había luces encendidas ni tampoco se escuchaba sonido alguno. Suspiré con decepción y decidí volver a casa, pero en cuanto me giré oí una voz.

—Abajo.

Pestañeé, aturdida, y miré a mi alrededor. Era su voz, su cadencia, su aspereza, pero parecía amortiguada. Y no había rastro de él por ninguna parte. Cuando ya pensaba que había sufrido una alucinación auditiva, volví a oírlo con mayor nitidez.

—A tus pies, Juliette.

Sentí un escalofrío. Bajé la mirada y me encontré con la suya. Estaba asomado por un pequeño ventanuco en el que no había reparado hasta el momento. Estaba cubierto por una reja de hierro forjado de la que él se había colgado. Me sonrió y saltó hacia el suelo para desaparecer. Segundos después la puerta se abría y me invitaba a descubrir otra pieza de las mil que componían el puzle que era Mathis.

La mayoría de las veces no somos conscientes de lo que damos a los demás. Nos mostramos, incluso cuando no queremos; nos abrimos, sin darnos cuenta de que, al hacerlo, dejamos a la vista tanto nuestras debilidades como las fortalezas; también las grietas.

—Vaya...

Abrí la boca asombrada y el pecho de Mathis me rozó la espalda para poder entrar en la sala. Estaba tan abarrotada que no podías dar un paso sin tropezarte con algo.

—Bienvenida a mi caos.

Sonreí y noté la emoción de quien ha sido invitado a un lugar secreto.

—Es... es increíble. ¿Así que este es tu estudio?

Asintió y esquivó un par de cosas hasta llegar al lienzo en el que estaba trabajando aquel día. Un cuadro más grande de lo habitual, tal vez la razón de no haberlo podido empezar en mi patio, en el que ya había plasmado unos trazos imposibles de color rojo y negro.

—¿Te gusta?

Observé el sótano a conciencia. Era un espacio diáfano, excepto por unas estanterías metálicas al fondo en las que guardaba pinturas a medio gastar, brochas sucias, cartones y más cosas que no supe identificar. Pese a la amplitud, estaba tan lleno de cuadros inacabados que apenas se veía el suelo. Mirase donde mirase, había color. Gotas de pintura, retazos de ideas abandonadas, pinceles usados y secos de

los que ya no se veía el material del que estaban hechos. Hasta en las paredes y en el techo se veían restos que habían roto su pulcritud. Una explosión tan intensa que aturullaba un poco y que no tenía nada que ver con el hogar en blanco y negro del piso de arriba. Un contraste que me decía mucho más del chico que lo habitaba y que me atraía sin remedio.

Y, en el centro de todo aquello, Mathis esperaba mi veredicto como si de verdad le importase.

Siendo honesta, me gustaba lo que se respiraba allí dentro. Había comenzado a percibir el arte de un modo diferente. Tenía cuerpo y forma. Me gustaba que Mathis me hubiera dejado ser testigo del lugar en el que trabajaba. Una cosa era verlo pintar en el jardín y otra muy distinta conocer la verdadera guarida del pintor, donde su inspiración dormía. Podría haber perdido horas contemplando cada creación; haberme sentado en el suelo y dejado llevar por las emociones que todas ellas despertaban en mí; haberme empapado del talento de los que tenían algo tan grande que ofrecer al mundo como para expresarlo a través de sus manos.

Sin embargo, había algo que no encajaba. Un interrogante que cada día crecía un poco más dentro de mí. Algo oscuro y trágico, que me provocaba ganas de marcharme, de abrazarme y de abrazarlo a él.

—Prefiero el jardín —confesé.

—¿Por qué?

Compartimos una mirada en la que cabía tanto que me estremecí.

—Esto es...

Me pincé el labio y suspiré.

—Dilo. No me asusta. No me ofende.

Cerré los ojos un segundo y lo solté sin más, sin formalismos, como habíamos funcionado él y yo desde el principio.

—Es triste, Mathis. Es un cementerio de cuadros inacabados. Da igual dónde mires, es desesperanzador. Da la sensación de que tiras la toalla una y otra vez. Es un recordatorio de errores. Un limbo de obras sin final.

—Guau.

Noté calor en las mejillas y me removí incómoda. Había sido sincera como él me había pedido, pero era obvio que me había pasado de la raya.

—Lo siento, yo...

—No te disculpes. No has dicho nada que no sea cierto.

Me mordí la lengua para preguntarle por qué. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué era incapaz de acabar cada obra que empezaba? ¿Por qué las desterraba al olvido antes de dejarlas ser del todo? Pero no lo hice. Si de algo entendía yo era de agujeros sin salida.

—Si esperabas palabras bonitas, no soy la chica adecuada para traer

aquí, Mathis —le dije con un encogimiento de hombros—. Soy vulnerable al abandono.

Con la referencia a la ausencia de Bastien en mi vida, su expresión cambió. Noté que curvaba los labios y escondía una sonrisa dulce. Ser capaz de bromear con ello rompía la tensión y nos llevaba de nuevo a ese lugar que compartíamos en el que podíamos decir las cosas claramente y sin miedo.

—Nunca traigo a chicas.

—Entonces, ¿debo sentirme especial?

Se rio como toda respuesta y comenzó a limpiar unos pinceles. El silencio nos acompañó hasta que terminó, mientras yo paseaba por el estudio y observaba las obras con absoluta libertad. Me atreví incluso a mover algunas de ellas para llegar a otras que estaban escondidas. Las más ocultas mostraban un estilo diferente al actual, más definido y de colores más neutros. Esas sí que estaban acabadas. Según mis ojos pasaban de unas a otras me daba la sensación de que él había ido creciendo a través de sus pinturas hasta encontrar un estilo que sí lo definía y con el que se sentía a gusto; uno que, pese a que lo representaba mejor, siempre era el reflejo de una idea a medias, sin finalizar.

—¿Las vendes?

Noté que se tensaba levemente, pero respondió tranquilo, como si hablar de ello no lo afectara como intuía que lo hacía. Nunca me había atrevido a indagar sobre su vida, pero entre tantas pinturas necesitaba saber algo más de la mano que las había creado. Yo me había ido mostrando poco a poco a él, pero Mathis, más allá de cómo se comportaba conmigo, continuaba siendo un gran misterio.

—Lo hacía. Comencé a moverme en el mercado muy joven. Aún estaba estudiando cuando un profesor me ayudó a dar el salto. Se convirtió en una especie de mecenas, tuve suerte y me fue bien durante un tiempo. Todavía vivo gracias a las ganancias que obtuve en aquella época.

«¿Y por qué ya no?», quise preguntarle, pero esa respuesta sí la conocía.

No sabía qué le habría ocurrido, pero a partir de algún momento Mathis no había sido capaz de terminar ninguno.

Entre tantos cuadros, un pequeño lienzo llamó mi atención. Me arrodillé y lo observé con calma. El arte de Mathis era abstracto, aunque de vez en cuando dejaba atisbar en sus trazos algunas figuras o conjuntos reconocibles. En ese caso, se percibía una silueta femenina, los contornos de un cuerpo color añil que se enroscaba a otro amarillo. Quizá un hombre. Sí, eso era. En la parte central, los dos colores se mezclaban y su unión se convertía en un trazo verde intenso. Me transmitía deseo, dulzura, quizá incluso amor. Pero lo que

de verdad había captado mi atención no había sido eso, sino la certeza de que yo ya había visto esa imagen antes en algún otro sitio.

—¿Nos vamos?

Pestañeé, confusa, y volví a ocultarlo bajo otros lienzos. Me levanté deprisa y lo seguí. Minutos después caminábamos en dirección al único bar del pueblo.

—No es que no me guste tu compañía, pero ¿a qué habías venido?

—Oh, eso. Necesito tu ayuda.

Entramos en el local y escogimos una mesa pegada al ventanal. Ambos pedimos café y saludamos al único vecino que ocupaba un lugar en la barra. Saqué el catálogo del bolso y se lo enseñé.

—Armand me pidió ayuda con la pintura y no consigo escoger. Todos los tonos me parecen bonitos y horribles. Y no quiero decepcionarlo, ya que esto es muy importante para él. Quiero acertar. Tú eres un experto en colores, ¿no? Pues obra tu magia.

Mathis no apartó los ojos de mí, ni siquiera cuando zarandeé el catálogo frente a él.

—¿Qué pasa? Crees que estoy loca, ¿verdad?

—No exactamente.

—Pues ayúdame —le dije con un mohín.

Me observó los labios fruncidos un instante antes de señalar un color al azar.

—Este.

—Ni siquiera has mirado.

Bajé la vista decepcionada y me encontré con que había escogido un tono mandarina muy mono, pero poco apropiado para el proyecto.

«He leído que el naranja no aporta seguridad ni calma», quise decirle, pero no lo hice.

—Es que no importa.

Se encogió de hombros y sentí una incomodidad creciendo en mi interior que nunca había sentido con él. Me removí inquieta y pasé las hojas con brusquedad, como si así Mathis pudiera entender lo que intentaba explicarle.

—¡Por supuesto que lo hace! —repliqué molesta.

—No, Juliette, te importa a ti. Pero no es más que una pared.

Por primera vez, miré a Mathis de un modo distinto. Su arrogancia me irritó. Su condescendencia. Su voz calmada, como la de un profesor que desea que un niño entienda una lección que no le entra en la cabeza. La verdad que vi en sus ojos y que me empujaba a mí a abrir los míos y a aceptar cosas para las que aún no me sentía preparada.

Me levanté furiosa y me marché, dándome cuenta tarde de que me había olvidado el catálogo sobre la mesa. Ni siquiera me giré cuando él susurró mi nombre.

28

El timbre sonó dos veces antes de que abriera los ojos y comprendiese que había alguien al otro lado de la puerta. Me limpié la comisura de los labios de saliva y me levanté atontada. Había cenado pronto y me había quedado dormida con una película de fondo. Las comedias románticas, si bien me gusta la sensación dulce y esperanzadora que dejan al final, suelen provocarme ese efecto sedante.

Cuando abrí, me encontré con la silueta de Mathis recortada por la luz de una farola a su espalda. Me pareció más alto que nunca; sus hombros, más anchos; el brillo de sus ojos, más penetrante.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Tú sabes la hora que es?

Me crucé de brazos al notar la brisa ondear mi camiseta. No llevaba sujetador y se me erizó la piel.

Lo miré de arriba abajo y suspiré. Estaba con la misma ropa con la que lo había dejado en el bar, aunque, por su pelo enmarañado, se notaba que habían pasado horas. Una sensación agridulce se me asentó en el estómago al recordar lo mal que me había hecho sentir esa misma tarde.

—¿Puedo pasar?

—¿Para hacerme sentir tonta por importarme las cosas?

Negó y me atravesó con su mirada de pestañas largas.

—Para pedirte perdón y compartir contigo el color más adecuado para la biblioteca.

Suspiré y atrapé el labio inferior entre los dientes. Su expresión era arrepentida y sincera. Dulce. De las que suelen acarrear problemas. Me aparté de la entrada y él sonrió. Cuando pasó por mi lado, aspiré su olor a pintura y jabón y me estremecí.

Cogí una chaqueta y me la puse por encima, como si la lana de Bastien pudiera protegerme de las emociones desperezadas.

—Esa película es aburridísima —me dijo frente a la pantalla. La había congelado justamente en el beso final en el que los protagonistas por fin aceptan su amor.

—Pero él es muy guapo.

—Eso no te lo discuto.

Sonreímos y la incomodidad se disipó como si jamás hubiera existido.

Me dejé caer en el sofá y Mathis se colocó a mi lado. Sacó el catálogo del bolsillo interior de su cazadora y me lo tendió.

—Página siete.

Nuestros dedos se rozaron cuando lo cogí y tragué saliva con fuerza. Me sentía ilusionada de repente, como una niña que recibe una invitación para una fiesta infantil. Lo abrí y vi el tono marcado con una cruz.

—He estado dándole vueltas desde que me dejaste tirado en el bar.

—No fue exactamente así —lo corregí, pero Mathis y su altanería continuaron hablando como si tuviera que pedirle disculpas por mi desplante.

—Al principio había escogido un azul apenas perceptible. Da luz, aporta serenidad y a todo el mundo le gusta. Pero entonces pensé en los muebles de Bastien, en el conjunto con el resto de la sala, en lo que ambos transmitís, y me di cuenta de que no era adecuado. A tu padre le gustaba el azul muy oscuro y este era prácticamente su opuesto en el espectro de la paleta.

Sacudió la cabeza y me perdí en el movimiento ondulante de su pelo. Aún desconocía cuál era el color favorito de mi padre, lo descubriría en una carta días después, pero él sí y, por primera vez, pensé en que me habría gustado saberlo primero. No por competitividad, sino solo... solo por saberlo.

Aparté la mirada, levemente cohibida, y me abracé las rodillas.

Por otro lado, había dicho: «Lo que ambos transmitís», como si Bastien y yo fuéramos una extensión de esa futura biblioteca y parte de su inspiración. ¿Acaso era eso posible? ¿Sería ese el motivo de que yo me hubiera acabado implicando en el proyecto con tanto entusiasmo? ¿Empezaba a sentirme enlazada, de algún modo extraño, con la vida que mi padre me había regalado?

—Así que comencé de nuevo —continuó Mathis, haciéndome volver a él y a sus cavilaciones—. Los amarillos, anaranjados, rosas y rojizos estaban descartados. La sobriedad de los grises tampoco encajaba. El verde era una opción. ¿Ves este? —Me arrancó el catálogo de las manos y hojeó hasta encontrar lo que buscaba—. Este podría ser perfecto.

Observé un verde menta muy claro; era bonito, pero lo sentía ajeno, lejano. Nunca había conectado con el verde.

—Lo sé —susurró buscando mis ojos; me había entendido a la perfección sin necesidad de abrir la boca—. Y, entonces, llegué a este.

Volvió a la página siete, a esa paleta de colores que iban desde el *beige* al marrón, y señaló el marcado.

—Es una mezcla de gris y *beige*. Puede parecer anodino, pero no lo es. Es luminoso, encaja con cualquier edad, aporta serenidad y no va solo. —Lo miré confundida y dobló la página para que otro color le quedara al lado; un tono marrón intenso que chocaba con el primero al mismo tiempo que se complementaban de una forma única; tragué

saliva cuando se me vino a la mente el rostro de mi padre y el olor a café y madera de su hogar—. Dos tonalidades. Mitad y mitad. Calma y fuerza. Dos extremos.

Mathis se apoyó en el respaldo del sofá, como si con su última palabra hubiera terminado una exposición que lo mantenía alerta, y me miró cauto.

Observé los dos tonos, el contraste, lo que me transmitían.

«Lo que transmitís.»

Dejé el catálogo sobre la mesa y noté que me temblaban ligeramente las manos.

—¿Por qué? —le pregunté a media voz.

«¿Por qué estás aquí, Mathis? ¿Por qué lo has hecho después de lo que me dijiste?»

Me notaba llena, a rebosar de emociones que no sabía gestionar. Era… era un cúmulo de detalles que hacían del hecho de que Mathis estuviera allí, en el sofá de mi casa hablando de colores, algo especial. Que hubiera pasado horas perdiendo el tiempo en algo que —él llevaba razón— no era tan importante. Que se hubiera molestado en salir de casa de madrugada para compartir su opinión conmigo. Que hubiera concluido su elección no por una cuestión estética, sino pensando en qué tonalidad encajaba con Bastien y conmigo; una ecuación, a todas luces, compleja. Y, sobre todas esas cosas, que pareciera entenderme, cuando sentía que nadie más lo hacía, ni siquiera yo.

Me contempló sin pestañear y su aplomo me estremeció.

—Porque es importante para ti y eso ya lo hace importante para mí. ¿Te sirve?

Asentí y noté el peso de las emociones en la garganta. Se deslizaban con sigilo hacia abajo, rumbo al corazón. Me levanté demasiado rápido como para disimular lo que sus palabras me habían afectado y me dirigí a la cocina.

—¿Tienes hambre? —pregunté. Mathis sonrió—. No creo que pueda volver a dormirme después de la siesta que me he echado y tú no duermes por costumbre, así que…

Cogió el mando como toda respuesta y se repantingó en el sofá. Ojeó las películas que ofrecía la plataforma mientras esperaba a que yo regresara. Lo hice con una bandeja con bizcocho de canela —Joséphine me había dado un aprobado por la receta—, una lata de galletas y dos tazones de chocolate caliente. Lo coloqué sobre la mesa y me senté a su lado. Mathis se había quitado la cazadora y los zapatos. No era la primera vez que lo veía en calcetines, pero hacerlo en mi casa me pareció de una intimidad fuera de lo normal.

Cuando pulsó un botón para que la película comenzara, me eché a reír.

—¿No decías que era aburrida?

—Pero él es muy guapo, Juliette.

Me guiñó un ojo y oculté mi sonrojo detrás de una galleta.

Él sí que era guapo. Muchísimo. Más de lo que me parecía sensato.

Aquella noche conocí a Mathis un poquito más. Para ser un artista que se dejaba llevar por las emociones con la pintura y que tenía una capacidad pasmosa para captar lo sutil, cuando se trataba del séptimo arte su mente era más analítica que otra cosa.

—Menudo plano más desaprovechado. ¿Ves la luz? —Asentí mientras me lamía los dedos con restos de migas—. Deberían haber grabado la escena desde ese punto.

Chasqueaba la lengua con desaprobación y continuaba estudiando los detalles como si fuera un crítico y no un chico joven disfrutando de una velada con una chica. Yo me esforzaba por seguir el hilo de la historia, por sentir el nudo en la tripa del primer beso que se daban los protagonistas, pero resultaba difícil con sus comentarios desdeñosos y su presencia llenándolo todo.

—¿En serio? —Lanzó una risotada y se colocó más cerca de mí—. El guion es una basura. Nadie diría eso después de ese momento. Se nota a la legua lo que pretenden. En la escena siguiente saldrá la exnovia y lo arruinará todo. —Diez segundos más tarde exclamaba eufórico—: ¡Ahí lo tienes!

Yo le daba la razón mientras comía. Y lo miraba fascinada. Y me preguntaba cómo me vería él a través de su mirada. Si encontraría los defectos. Si captaría las grietas.

Suspiré con los créditos finales de fondo y me estiré remolona como un gato bajo la manta. Mathis puso los ojos en blanco ante mi estúpida sonrisa.

—Digas lo que digas, el final es precioso —le dije con un suspiro soñador.

—¿Precioso porque significa que ya se ha acabado?

Me reí. Mathis también lo hizo y una pequeña porción de piel quedó al descubierto bajo su ombligo.

—Recuérdame no ver nunca contigo mis películas favoritas.

—¿Cuáles son? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—¡No pienso decírtelo! No voy a permitir que las destroces sin la más mínima consideración.

Se giró y nuestras piernas se rozaron. Según avanzaba la película, habíamos acortado la distancia, pero nunca tanto como para tocarnos. Sin embargo, en aquel momento Mathis no se movió, solo dejó su rodilla pegada a mi muslo y jugueteó con la manta que me cubría.

Tenía unas pequeñas estrellas bordadas.

—En la vida real él nunca habría vuelto a buscarla, lo sabes, ¿verdad? —susurró incómodo por si aquello me desilusionaba.

Lo que Mathis no sabía aún era que, si había comenzado a gustarme su compañía, precisamente era porque con él no tenía que fingir si la vida me parecía un poquito gris. A su lado podía ser la Juliette más triste del mundo y estaba bien.

—Claro que lo sé.

Sonreí apenada y sus labios también se curvaron.

—Él se habría acostado con su ex.

—Y se habría arrepentido al terminar.

—Y, entonces, sí la habría llamado —añadió con una mirada pícara.

—Y habrían caído una vez más. Porque somos así. Tropezamos una y otra vez.

—Y se habrían despedido de nuevo, aunque un poco más rotos.

Suspiré y le hice un puchero antes de echarnos a reír.

Su mano había comenzado a tirar de un hilo hasta desdibujar la estrella de la manta. Bajo la tela, mi piel se erizaba con cada movimiento. Mathis alargó la mano y buscó la mía. Apenas la rozó, pero sentí el calor que transmitía. No era la primera vez que nos tocábamos, pero quizá sí la primera en la que lo hacíamos sin disimular, sin fingir que no estaba ocurriendo, como la noche en la que subimos de la mano a leer una carta al desván.

—¿Eres feliz, Juliette?

No comprendía muy bien qué pretendía con esa pregunta, si simplemente la había lanzado por asociación a nuestra reflexión sobre los finales felices o porque deseaba saber de mí más allá de aquellos momentos de vulnerabilidad que había compartido con él. Independientemente del motivo, Mathis me hizo pensar sobre mi vida; fui a asentir, pero entonces me di cuenta de que el gesto no respondía más que a una respuesta aprendida que no estaba segura de que fuera real.

—A mí no tienes por qué mentirme —añadió con suavidad.

Su mano aún jugaba a buscar la mía. Su rostro estaba apenas a un palmo de mí.

Pensé en los instantes, dulces, fugaces, perfectos. Como aquel. Como tantos otros que habíamos compartido desde mi llegada.

—Es obvio que no estoy en la mejor época de mi vida, pero no todo es blanco y negro. No creo que todo se reduzca a responder sí o no, hay… hay grises, Mathis. —Sonrió por mi metáfora de los colores y su gesto me animó a continuar; a su lado, aquellos discursos transcendentales que mis amigos tanto odiaban no me avergonzaban, sino que sentía que nos conectaban y que me hacían especial a sus ojos—. Hay límites que se entrecruzan y me hacen dudar. Yo…

siempre había creído que la felicidad era un estado permanente, pero con los años he aprendido que no. Crecer es amargo. La felicidad son momentos puntuales. Detalles que, igual que la hacen llegar, se la llevan consigo. Como el reencuentro con un amigo que hacía tiempo que no veías. Una sorpresa inesperada. Ver a un chico pintar en silencio y no pensar en nada más.

Sonreímos con complicidad y, aunque me ruboricé, no aparté la mirada.

—Hoy, por ejemplo, pese a que me enfadé por lo que dijiste en el bar, al final el día ha sido bonito y me he sentido feliz. —Mathis apretó mi mano y sentí calor, y deseo, y ganas de sentirlo más cerca, más dentro—. ¿Y tú?

Mathis reflexionó su respuesta, pese a que yo ya sabía cuál era. Había algo oscuro en él, algo que lo mantenía escondido, atenuado y distante cuando creías que lo tenías al alcance. Quizá por eso resultaba tan magnético. Lo misterioso lo es. Lo prohibido.

—Hace años que no lo soy. Pero, hoy, aquí y a las tres y cuarto de la madrugada, por un instante, lo he sido. He sido feliz.

Hay momentos que definen tu vida. Que la condicionan. Que la cambian para siempre. Y otros… otros solo están, rellenan los huecos, existen para completar las listas de tus mejores recuerdos.

Aquel fue uno de esos.

Sonreímos, bebimos chocolate y nos miramos. La película había terminado, así que no había sonido alguno que rompiera el silencio. Pero no importaba. Las palabras no eran necesarias. Solo estábamos uno al lado del otro, aprendiéndonos las manos de memoria y respirando el mismo oxígeno viciado de tantas cosas.

No obstante, todo acaba y, con un suspiro profundo, Mathis me soltó, se calzó y se levantó para marcharse.

Ya en la puerta, se giró y nos encontramos de nuevo apenas a un palmo.

—Oye, Juliette…

Cuando hablaba, el mundo entero olía a chocolate y a otra cosa que solo me recordaba a él.

—¿Sí?

Noté mis latidos acelerados y la piel encendida. Mathis dio un paso y movió la mano para rozarme la cara. Me acarició la mejilla con el pulgar y entreabrí los labios. Luego se llevó la yema a la boca y la lamió.

—Chocolate —susurró.

Asentí. Imantada por su voz ronca, por su tacto de lija, di un paso hacia él. El espacio que nos separaba comenzaba a hacerme daño.

—Te gusta —le dije con los ojos fijos en el movimiento de su pecho.

—Me encanta.

Ladeó el rostro y entonces alcé el mío.

En el colegio odiaba las matemáticas. Jamás entendí las raíces cuadradas, las fórmulas geométricas o las medidas de conversión decimal. Aquella noche me pregunté cómo era posible que existiera un sistema métrico para calcular las distancias cuando entre Mathis y yo entraba un mundo y nos separaba un suspiro. Era imposible que lo que nos mantenía enredados y a punto de colapsar se pudiera expresar con un número.

—Algunos finales están sobrevalorados —murmuró con los ojos clavados en mi boca—. Siempre he preferido los comienzos.

Me humedecí los labios antes de responder. No sabía si aún estaba hablando de la estúpida película, de sus cuadros inacabados o de nosotros, pero sentía que la casa me daba vueltas y que él aún estaba demasiado lejos. Moví los pies inconscientemente hasta notar su aliento sobre mí.

Sus labios no tardaron en buscar un trozo de piel. Los posó sobre la comisura y sentí su beso como un aleteo suave y dulce. Cerré los ojos y me dejé envolver por eso tan nimio en apariencia y tan intenso en sensaciones.

Cuando los abrí, él todavía seguía muy cerca. Tanto como para haber podido sacar la lengua y lamerlo suavemente. Tanto como para que presintiéramos el beso, pese a no suceder. Tanto como para sentir que el suelo bajo nuestros pies no existía. Tanto como para saber que a él sí podría llegar a quererlo y que no me diera miedo.

—Buenas noches, Juliette.

—Buenas noches, Mathis.

Observé su silueta caminar sin prisas, iluminada por las farolas que rompían la oscuridad de la noche. Me pregunté si los momentos más bonitos que vivimos suceden siempre así, inesperados, dulces, tan leves que cuando te quieres dar cuenta de que han ocurrido ya se han marchado para no volver.

Carta número 14

Juliette:

Ayer terminé un libro muy interesante. Contaba la historia de un hombre que lo deja todo y se va en busca de sí mismo. Se despide de su familia, de su hogar, del amor de su vida, de su carrera y empieza de cero en un rincón perdido al otro lado del mundo. Lo que sucede es lo de siempre. No hay nada al otro lado, Juliette. No hay nada más que otra versión de nosotros, aunque más perdidos y solos.

Ahora mismo tienes doce años. Te imagino con el pelo trenzado, vaqueros cortados y la camiseta de algún grupo de pop adolescente. Y, si me imagino como el hombre que soy hoy y diciéndote adiós para nunca volver, me siento inesperadamente triste.

¿Tienes amigos, Juliette? ¿Te gustan los deportes? ¿Cuál es tu helado favorito?

Últimamente duermo muy mal y dedico las horas a inventarme las respuestas.

Un montón, no en especial, el de vainilla.

Solo dos, el tenis, el de frambuesa.

Las posibilidades son tantas que acabo rodeado de un centenar de Juliettes diferentes.

Jugar a buscar la verdadera es un acertijo sin solución que me obsesiona y no me deja dormir. El insomnio es un animal peligroso. Por eso últimamente escribo canciones sin parar, para ver si así, entre acordes y versos, logro encontrar algo de luz.

S.

29

Algunas noches me despertaba de madrugada. Fijaba los ojos en las vigas de madera y mis pensamientos vagaban hacia Bastien de forma inevitable. Me lo imaginaba al otro lado de la pared, tumbado en la cama y con la mirada perdida en el techo, igual que yo. Un reflejo de mí misma muy diferente, aunque también con semejanzas. En mi visión él reflexionaba sobre sus cosas. Sobre sus inquietudes, miedos, errores y emociones. Sobre una mujer, una canción y el recuerdo de una vida que ya pasó. Sobre mí.

Bastien también pensaba en mí, pese a que lo hiciera con el regusto de la decepción.

Y, un instante después, él ya no estaba.

Había muerto.

Su cama estaba vacía, fría. Las sábanas pulcramente estiradas. Su cuerpo bajo tierra. Mordido por los bichos. Inerte y hueco.

La vida se me mostraba cruel y caprichosa.

Volátil.

Y, entonces, me costaba dormir.

Comprender que la vida también es breve e inesperada, como una exhalación, te obliga a ver cuánto la desaprovechas si la vives paralizada.

30

—Juliette, ¿sabes qué hora es?

Saqué la cabeza de debajo del escritorio y me encontré con Armand. Me aparté el pelo de la cara y suspiré al mirar el reloj. Eran las siete y su jornada había terminado, por lo que los dos debíamos marcharnos.

—Vaya. Me he puesto con esto y se me ha ido la tarde.

Le señalé el mueble y su expresión amable me siguió hasta el lavabo. Mientras me aseaba para quitarme los restos de polvo de encima, su reflejo me acompañaba a través del espejo. Su sonrisa socarrona me hizo sonreír sin remedio.

—¿Qué?

—Nada. Me gusta tenerte por aquí. Es enriquecedor. Y un consuelo. Me habría sido imposible avanzar tanto sin tu ayuda. Solo te pido que no te rompas un brazo ni nada parecido o Moris me matará por tenerte sin contrato ni seguro.

Me reí ante su gesto de pánico y me peiné el pelo con los dedos antes de sujetarlo en una coleta.

—No es que tenga mucho más que hacer —respondí, quitándole importancia—. Además, puedes estar tranquilo, me he cruzado tres veces con el señor Barreau y las tres me ha confundido con la chica que limpia. Será un gran hombre, pero no se entera de nada.

Armand soltó una risita entre dientes y me apretó el hombro con cariño.

Antes de marcharnos, me asomé a la sala y suspiré satisfecha. Aquello comenzaba a parecer una biblioteca, aunque aún faltaba mucho por hacer.

Me había acercado una mañana para preguntarle a Armand cómo lo llevaba y había acabado pintando las paredes. Yo no tenía ni idea de arte, pero había descubierto que había algo reconfortante en el movimiento de la brocha junto con el olor de la pintura y el sonido del goteo contra los cartones con los que habíamos cubierto el suelo. Había sonreído al irme a casa, porque Mathis llevaba razón y el color escogido era perfecto. Al día siguiente me había pasado por allí para ver cómo había quedado al estar ya seco y había terminado limpiando muebles. Algunos necesitaban ser lijados y barnizados, así que me había puesto manos a la obra. Yo nunca había arreglado nada; de hecho, si me paraba a pensar, tenía cierta tendencia a estropear las cosas en vez de a lo contrario; sin embargo, por primera vez en mucho

tiempo me sentía satisfecha con lo que estaba haciendo, aunque hubiera tenido que buscar tutoriales en internet para ello. Sin darme cuenta, había convertido aquellas visitas al ayuntamiento en una rutina que me sacaba de casa y me aportaba algo nuevo; algo que no tenía nada que ver con Bastien ni con la antigua Juliette, sino que únicamente dependía de mis decisiones. Así que, de algún modo, había aceptado el proyecto de la biblioteca como si fuera un poco mío.

—¿Te apetece tomar algo?

Bostecé y Armand se rio. También habíamos creado la costumbre de ir al bar al salir y brindar con una copa de vino por nuestros avances.

—Hoy no. Estoy cansada.

—Nos vemos mañana, entonces.

Nos dimos un abrazo rápido y eché a andar en dirección contraria.

En realidad, había mentido a Armand. No me iba a casa. Mi intención era otra muy distinta que pasaba por pedirle un favor a un chico un poco huraño que había estado esquivándome.

—¿Juliette?

Mathis parpadeó sorprendido al verme al otro lado de la puerta y noté que se tensaba levemente.

—Hola. ¿Puedo pasar?

No nos veíamos desde aquella despedida extraña en la que habíamos compartido un beso. Uno cauto. Uno que apenas había acariciado la comisura de mis labios, pero que había tenido el mismo efecto que si nos hubiéramos rozado la lengua. Y allí estaba yo, llamando a su puerta después de cinco días en los que no había sabido nada de él.

—Estaba...

—¿Ocupado? —le sonreí con condescendencia—. Sí, ya me lo imaginaba. Pero no vengo a filosofar sobre la vida ni a compartir la tristeza. Hoy vengo por trabajo.

Mathis se cruzó de hombros y me observó con prudencia. Me fijé en que llevaba una camisa de lino blanca tan usada como para que se le transparentara la piel. Con el pelo revuelto sobre los ojos, los pantalones remangados por los tobillos y descalzo, parecía un artista bohemio de revista.

Suspiré para disimular un gemido ahogado y me enfrenté a él con las mismas ganas de pelear, de ser necesario.

—¿De qué narices estás hablando, Juliette?

—Me gustaría comprarte un cuadro —le solté sin más.

Mathis apretó los dientes y apartó la mirada para ofrecerme al chico áspero en su versión más fuerte.

—¿Es una broma?

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

Suspiró y se lamió los labios. Pese a que el gesto me encantaba, en aquel momento la tensión lo eclipsaba y di un paso hacia él sin ocultar

que había ido allí decidida a luchar por mi objetivo.

—Te dije que ya no vendo.

—Aún tienes algunos terminados. Los vi en el estudio. Y tengo dinero. No sé si lo sabes, pero estoy forrada.

Noté que apretaba los dientes para ocultar una sonrisa inevitable antes de increparme con dureza.

—¿Y para qué podrías querer tú una de mis pinturas?

Compartimos una mirada intensa, cargada de sentimientos encontrados, hasta que mi voz suave y más baja de lo normal rompió el silencio y un poco el escudo con el que Mathis se escondía del mundo.

—Es para un regalo. Para Armand. Para su biblioteca.

La tensión en su rostro desapareció y la ternura lo llenó todo.

El chico áspero ya era historia.

Mathis me había invitado a seguirlo hasta el estudio. Ninguno había vuelto a pronunciar palabra. Me había quedado en el centro de la sala abarrotada mientras él ojeaba los lienzos, rebuscaba entre ellos y bufaba entre dientes, dejándome claro lo que pensaba en general de mi idea y de su obra.

—No hay mucho donde elegir. No de calidad, al menos.

—No seas modesto. No te pega nada.

Sonrió, aunque su mirada estaba ensombrecida por algo desconocido.

Finalmente, cogió tres pequeños cuadros ya enmarcados que descansaban en una de las estanterías del fondo.

—Puedes llevarte estos tres. Pertenecen a una colección antigua. Formaban parte de una progresión de luces y sombras.

Los sostuve y los estudié con calma. Parecían nubes borrosas de diferentes formas sobre una pared blanca. Arrugué el ceño y él ladeó el rostro.

—¿Qué piensas?

—No te ofendas, pero no es lo que tenía en mente. Son oscuros.

—¿Y qué tenía en mente la señorita? —me dijo con ironía, cruzándose de brazos.

—Color. Viveza. Fuerza. Todo eso que veo cuando te miro pintar.

Mathis tragó saliva y su expresión se agrió. Cogió los tres lienzos y se alejó con ellos a la otra punta de la habitación. Durante unos minutos, ninguno habló. Entendía que estaba gestionando emociones a las que yo le había obligado a enfrentarse con mi visita. Ya había intuido en ocasiones anteriores que Mathis guardaba mucho para sí mismo, pero fue la primera vez que pensé que, quizá, era el único que me entendía porque estaba viviendo algo parecido en su piel. Miré a mi alrededor y me dije que aquel estudio podría ser un perfecto

agujero para su dueño.

—¿Qué me dices de este?

Pestañeé para apartar aquellos pensamientos y me acerqué a él. Estaba arrodillado frente a un cuadro de gran tamaño. Uno de esos torbellinos de color e intensidad que tanto le caracterizaban, en el que primaban los colores rojos, azules y lilas. Era precioso, aunque omití decirle que resultaba obvio que estaba sin acabar. Al fin y al cabo, ¿alguien más se daría cuenta de ello? ¿Sería la tristeza, como la que ambos compartíamos, la que nos hacía ver las cosas inacabadas?

Suspiré y me levanté. A mi lado, él aún miraba el cuadro con seriedad. Tuve que contenerme para no alisarle con los dedos el ceño fruncido.

—Es perfecto. ¿Cuánto te debo?

—Nada.

—Pero...

Mathis negó con la cabeza y me dio la espalda. Comenzó a ordenar un poco aquel caos en el que se sumergía cuando creaba. Lo que fuera con tal de no mirarme a mí.

—Vete, Juliette. Es tarde.

Quizá no tuve que haberlo hecho. Puede que lo que Mathis necesitaba en aquel instante era estar solo y meditar sobre lo sucedido con sus propios fantasmas. Pero el corazón me gritaba otra cosa y le hice caso.

Me acerqué a él despacio y tiré de su mano. Cuando se giró hacia mí, rodeé su cuello con los brazos y lo abracé con fuerza. Cerré los ojos y hundí la cara en su pecho. Y esperé. Esperé a que la respiración de Mathis se ralentizara y asimilase lo que estaba ocurriendo. Esperé a que sus manos reptaran por mis costados y se aferrasen a mi jersey. Esperé a sentir sus suspiros muy cerca de mi oído, sobre mi pelo, dejando cosquillas con cada aliento y erizándome la piel. Esperé a que el chico que me había abierto la puerta tenso e incómodo por lo que fuera que estuviera creciendo entre nosotros dejase caer la armadura sobre sus pies y recordase que no estábamos solos en esto. Que nos teníamos muy cerca. Tanto como necesitáramos. Tanto como nos permitiéramos.

—Gracias —susurré contra su camisa.

Se separó un poco, lo justo para rozar mi frente con los labios. Un beso sutil y delicado. Tan inesperado y dulce como los demás que ya me había dado. Un «gracias a ti» silencioso que me hizo marcharme de allí con la certeza de que Mathis y yo ya compartíamos mucho más que momentos extraños, colores vibrantes y conversaciones filosóficas.

Carta número 7

Juliette:

Hoy estaba escribiendo una canción y he acabado reflexionando sobre algo.

¿Cuántos besos damos en la vida? ¿Es posible hacer un conteo aproximado? ¿Acaso estamos pendientes desde que nacemos de apuntar un tanto por cada uno de ellos?

Yo no sé si alguien habrá sido capaz alguna vez, pero para mí es imposible hacerlo. He repartido besos sin reparos. Los he dado sobrio, pero también ebrio. A personas que he querido y a desconocidos que no he vuelto a ver. Los he repartido sin importancia y he ofrecido otros que marcaron momentos.

Cientos. Miles. No lo sé. ¿Acaso es importante un número?

No, pero sí que recuerdes el que te marcó.

Aún eres una niña y desconozco qué se siente al notar tus labios sobre la piel. Pero yo sí te puedo decir que, cuando un beso te sacude, te abre por dentro y se cuela. Permanece en ti para siempre.

El beso de mi vida me lo dio Liane en una estación de metro. Un día cualquiera. Un día sin nada especial. Por eso quizá lo fue tanto. Porque no necesité más para sentir que todo era perfecto.

Hoy he escrito una canción y he deseado que, algún día, tú puedas sentir algo parecido a eso.

Y si dudas, ten por seguro que, cuando te lo den, cuando te den el beso de tu vida, lo sabrás, Juliette.

Créeme que lo sabrás.

S.

31

—Lo que no logro entender es por qué aún no te has comprado..., ¡qué sé yo!, un vestido de firma. Eres asquerosamente rica, nena, ten respeto por los que no lo somos y despilfarra con alegría.

Me reí con ganas y me limpié la cara con un trapo. Estaba cocinando y me había ensuciado con masa de galletas.

—¿Para salir de paseo por el pueblo?

—Como una diva excéntrica y zumbada. ¿No es una idea increíble?

Ivo bufó como respuesta y yo sacudí la cabeza ante las tonterías de Nina.

—Es una idea ridícula. Aunque Mathis dice que todos tenemos placeres culpables ridículamente innecesarios, así que igual tienes razón.

Me mordí el labio en cuanto esas palabras se me escaparon.

—¿Quién es Mathis? —preguntó Ivo con interés. Sentí calor en las mejillas.

—¡Ridículo es estar forrada y gastártelo en harina para hacer pasteles! Jamás me habías decepcionado tanto.

Puse los ojos en blanco y me alegré de que Nina fuera siempre a lo suyo y solo se quedara con lo que quería escuchar. Me llevé a la boca un poco de la masa y le eché más azúcar. A Joséphine le gustaban más dulzonas y aquella receta era para ella.

Al otro lado de la ventana, vi dos siluetas. Dejé el trapo sobre la encimera y me despedí de mis amigos.

—Hablamos en otro momento.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo que comprobar si un pirata descubre el tesoro escondido.

La risa de Ivo y su «te echo de menos» me hicieron sonreír y colgué el teléfono, silenciando los gritos de incredulidad de Nina, que no soportaba no tener ni idea de a qué me refería. Corrí hacia la puerta que daba al patio y retiré la cortina que tapaba la cristalera. Hugo y su padre entraron con sigilo. Pascal esperaba al pequeño bajo el arco de la entrada, mientras el niño se acercaba a las flores. Escogió con rapidez unas pequeñas azuladas que crecían en los bordes de una jardinera. El clima que nos indicaba que el otoño avanzaba inexorable hacia el invierno había apagado un poco el jardín, pero aún resistían algunas tan fuertes como para soportar las primeras heladas de las noches.

Abrí la puerta y me asomé despacio. Iba descalza, por lo que mis pasos, de pies enfundados en calcetines de lana, eran silenciosos. Hugo caminó hacia la roca que todavía señalaba un lugar concreto con una flecha y atrapó su labio inferior entre sus pequeños dientes. Su ilusión era contagiosa. Sentí un tirón en las tripas y sonreí. Al otro lado del patio, su padre me miraba. Sus labios se curvaron y formaron un «gracias» que acepté con un asentimiento. No sabía si me las daba por continuar el juego de Bastien, por el farolillo anónimo que había dejado en su puerta en la Toussaint o por permitirles el paso al jardín; de lo que sí estaba segura era de que no me arrepentía de ninguna de aquellas decisiones.

De repente, sentía que allí, en ese pequeño pueblo perdido, la vida me mostraba cada vez más a menudo su cara más dulce.

El grito de júbilo de Hugo rompió el silencio. Brincó hasta llegar a su padre con un pequeño caramelo Berlingot de color verde en su mano.

Volví a entrar en casa y me enfrenté de nuevo a los postres a medio hacer, a la chimenea encendida, al olor a café y tabaco de Bastien y a las cajas que guardaban polvo en los rincones. El cuadro de Mathis aún esperaba sobre el aparador a que llegara el momento de ocupar su sitio en la biblioteca.

Observé todo lo que me rodeaba, recordé las palabras de Nina y sentí la ilusión de un niño encontrando un caramelo bajo una piedra.

Y, de pronto, lo supe.

Supe en qué quería empezar a gastar mi dinero.

Supe cuál era mi placer culpable ridículamente innecesario.

Y sonreí.

Dos días después, estaba comprando en la tienda cuando alguien abrió la puerta con fuerza y temblaron hasta las paredes. Michel, el dueño del establecimiento, se llevó la mano al corazón y fulminó a Armand con la mirada.

—¡Juliette! ¡Dios mío! No te encontraba. ¿Dónde te habías metido? ¡Te pasas el día deambulando por ahí sin hacer nada y hoy que te necesito de verdad no estás!

En otra persona, aquella recriminación me habría ofendido, pero en Armand me hacía gracia.

—Estaba comprando detergente.

Levanté el bote rosado con olor a talco y resopló decepcionado.

—De una importancia vital, sí, señora. —Me agarró de la mano con fuerza y tiró de mí hacia la entrada—. ¡Ven! Ha pasado algo increíble. Moris ha citado al consejo para una reunión de urgencia. Pensábamos que había sucedido alguna desgracia, pero no. ¡Todo lo contrario! Hemos recibido una donación anónima, ¿te lo puedes creer? ¡Una

donación económica específicamente para la biblioteca! ¿No es maravilloso?

Su emoción era tan desmedida que provocó una parecida en mí. Percibí que se me humedecía la mirada y asentí, conmovida por lo fácil que resultaba hacer felices a los demás y cómo eso podía afectarme. Notaba un calor por dentro desconocido, veía lo que me rodeaba de una forma diferente, me sentía una Juliette renovada. Menos triste. Más entera. Más calmada.

—Sí, lo es —afirmé con una sonrisa—. Me alegro mucho por ti, Armand.

Apretó mis manos entre las suyas con cariño.

—Necesito comprar libros. ¡Montones de libros! Y una cafetera de esas que hacen capuchinos. ¿Qué opinas de las lámparas de pie? ¿Demasiado *vintage*?

Me reí y él se sonrojó, un poco abrumado por su apabullante efusividad. Pero a mí Armand me gustaba así. Vivo. Tan transparente que era incapaz de esconder la emoción más tenue. Feliz de verdad y no como si fuera un disfraz, como Mathis me había dejado intuir.

—¡Qué va! Tienen su encanto.

Sonrió satisfecho.

—Eso me parecía a mí. ¡Venga! ¿Te apetece un vino y ojeamos catálogos? ¡He conseguido siete!

Le dije a Michel que me guardara la cesta y que recogería la compra más tarde.

Luego nos acercamos al bar. Me senté frente a la versión más animada y charlatana de Armand y lo dejé explayarse a gusto sobre todo lo que pensaba comprar mientras yo lo miraba con afecto. Al otro lado de la barra, alguien me observaba a mí con una expresión muy diferente de la que no sabía qué pensar.

No lo había visto al entrar, aunque él tampoco había mostrado indicios de acercarse a saludarnos. Quizá no quería interrumpir a Armand. Tal vez no le apetecía compañía. Puede que dudara continuamente de cada instante que compartíamos él y yo, porque siempre parecían aportarnos algo, cambiar las cosas, mostrarnos de un modo más vulnerable a como lo hacíamos con los demás.

Mathis no apartó los ojos de mí durante una pequeña eternidad, hasta que terminó su cerveza y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se despidió con un gesto rápido, casi más propio de un desconocido, pero que me provocó un cosquilleo agudo en la base del estómago.

—¿Y a ese qué le pasa?

La pregunta de Armand me trajo de vuelta a la realidad.

—No lo sé.

—No me cae mal, pero es un poco raro, ¿sabes? Siempre tiene cara de estar tramando algo —me susurró con aire conspiratorio.

—Es un buen modo de definirlo.

Curvé los labios inevitablemente y dejé que Armand se recreara en su universo de hojas y tinta que tanta felicidad le aportaba.

Cuando llegué a casa, supe que Mathis estaba al otro lado del muro de piedra. Fue una sensación, un presentimiento sutil que me acompañó en cuanto crucé la puerta. Cogí un cigarrillo y me asomé a la ventana. Al fondo del patio, él movía el pincel y rompía con su vaivén el silencio del final de la tarde.

Rojos. Naranjas. Rosas.

Fumé sin moverme de allí, dejando que las volutas de humo taparan por segundos la silueta de Mathis, emborronándola para hacerla aparecer de nuevo, mientras me preguntaba quién era el chico que parecía un experto en jugar al escondite.

En algún momento, saqué el teléfono y apreté un botón para inmortalizar la imagen.

Cuando se cansó de pintar, se giró y me encontró sentada en el alféizar. Se me aceleró la respiración, que notaba cortar el aire en forma de vaho. Ninguno de los dos se movió. Y deseé que se acercara a mí. Que llamara a la puerta y me pidiera entrar. Que se acomodara en mi sofá. Servirle un café caliente y verlo beber en silencio. Hablar con él de música, de flores, de los sueños de otros, de artistas muertos. De lo que fuera, pero sentir de nuevo esa intimidad tan reconfortante y adictiva que solo me regalaba él.

Tal vez por eso me gustaba Mathis. Porque también parecía insatisfecho con su vida, porque su mirada era oscura, porque se mecía en la tristeza con la comodidad del que se ha acostumbrado a ella. Porque únicamente había espacio en mi agujero para alguien que se sintiera como lo hacía yo.

—¡Así que has empezado a divertirte! —me gritó desde lejos.

Noté los latidos en mi cuello, golpeando la piel de forma insistente.

—No sé de qué me estás hablando.

Curvó los labios y me pregunté cómo sería trazar su forma con los dedos.

—Armand se lo ha contado a todo el pueblo.

—Ah, eso —disimulé—. Hay gente muy generosa por el mundo.

—¡Extremadamente generosa! —exclamó con sarcasmo.

Me miró con picardía y me mordí la sonrisa. La complicidad parecía una cuerda tendida que se extendía a través del jardín y nos anudaba el uno al otro. Me imaginé tirando de ella con suavidad para acercarlo a mí.

—¿Por qué me evitas? —le solté a bocajarro.

Mathis alzó las cejas sorprendido. Apartó la vista un instante para después traspasarme con ella. Todo se cubrió de verde. Pensé que iba

a esquivar mi pregunta, pero, para mi desconcierto, lanzó otra que supuso un giro imprevisto de lo que éramos hasta entonces.

—¿Sabes por qué me gustas, Juliette?

Contuve un jadeo y noté que me sonrojaba. Sin embargo, no dejé de mirarlo.

—¿Te gusto?

Él se rio. Me humedecí los labios. Las flores tristes de Joséphine se mecieron bajo la brisa fría.

—Porque eres como uno de esos cuadros que no se entienden. Sabes que son bonitos y te transmiten algo, pero no logras comprender qué es lo que tienen. Debes prestarles verdadera atención para que cobren sentido.

Asentí y jugueteé con el borde de mi jersey. Solía hacerlo cuando me ponía nerviosa. Mathis, a lo lejos, esperaba una respuesta mientras se apartaba el pelo de la cara. Ladeé el rostro y le lancé otra pregunta que me atosigaba desde que lo había conocido y que me parecía que encajaba con aquel momento de revelaciones inesperadas.

—¿Cuál es tu color favorito?

Parpadeó sorprendido por el cambio de tema y se encogió de hombros.

—Todos y ninguno. —Lo miré extrañada—. No... no puedo elegir. Hoy podría decirte que el azul, pero mañana sería mentira.

Tragué saliva. Su volatilidad me abrumaba. Me pregunté si sentiría del mismo modo en todos los aspectos de su vida.

Hoy, sí. Mañana, no.

Hoy, tú. Mañana, adiós.

—¿El tuyo?

—El rosa. Pero el fuerte. Ese que hace daño a los ojos.

Se rio con ganas.

—¿Lo ves? Jamás lo habría adivinado.

Nos despedimos con una mirada y con la sombra de algo más que nos llevamos cada uno de nosotros esa noche a la cama.

A la mañana siguiente, cuando me levanté y me asomé a la ventana, me encontré con una sorpresa en el jardín. Bajé corriendo, descalza, en pijama y con el corazón en la garganta, y salí. El frío se me clavó en los huesos al instante, pero no podía pensar en nada que no fuese el lienzo que descansaba sobre uno de los bancos.

Un remolino rosa intenso y vivo.

Un cuadro que Mathis, por primera vez desde que nos conocíamos, había acabado solamente para mí. O por mí. Podría parecer lo mismo, pero no lo era. Había un pequeño matiz que lo cambiaba todo.

Lo cogí y entré en casa, sintiendo la sonrisa del pintor desde la suya.

32

Annette Loiseau tenía el pelo rubio muy largo y los ojos verdes. Vestía con traje de chaqueta y lo observaba todo con suspicacia tras el cristal de sus gafas de marca. Se sentó en el sofá y aceptó la taza que le ofrecí. Café solo. Sin azúcar. Con hielo.

—Gracias de nuevo por dejarme entrar, Juliette, pensé que me echarías de una patada. Ha sido toda una sorpresa.

—Para mí también —confesé.

Había llamado a mi puerta a media mañana y, después de mi conmoción al verla al otro lado del umbral, la había dejado entrar como quien invita a un amigo a pasar el rato.

Annette sonrió con complicidad y dio un trago al café. Me estudiaba sin cesar, imaginaba que buscando indicios que confirmasen lo que todo el mundo a esas alturas ya había aceptado.

—Sé lo que estás pensando.

—Ah, ¿sí? —preguntó con interés.

—Tengo sus ojos.

Para mi asombro, negó con seguridad y me tensé.

—No es solo eso. Tienes su mirada.

—¿Y no es lo mismo?

—En absoluto.

Suspiré y aparté la vista cohibida. De repente, con ella en el sofá y rodeada de todas las cosas de Bastien, me sentí realmente incómoda. ¿Por qué la había invitado a pasar? ¿No le había dejado ya claro que no quería dinero, ni fama, ni atención, ni nada que supusiera hablar a los demás de mi padre, de su nefasta historia de amor con mi madre y mucho menos de mí?

Estiré las mangas del jersey en un intento por tranquilizarme.

—No voy a darte lo que quieres —le dije en un susurro ronco.

—No he venido creyendo que fueras a hacerlo.

Me giré y me encontré con su rostro astuto.

—Entonces, ¿por qué has llegado hasta aquí? ¿No tenías suficiente con acosarme por teléfono?

Annette sonrió como el que sabe algo que tú desconoces y sus ojos barrieron el espacio.

—No es la primera vez que entro en esta casa, ¿sabes? —Fruncí el ceño ante aquella inesperada información—. Conocí a Bastien hace años. Yo aún era una becaria y él fue mi primera entrevista

importante. Nos volvimos a encontrar en otras ocasiones.

La expresión de Annette se suavizaba según hablaba y pensé que era bonita, con ese aire afilado y rebelde que se le escapaba en algunos gestos. De pronto, lo comprendí con una nitidez sin igual y lo solté sin pararme a pensar en lo inadecuado de mi acusación.

—Te acostaste con él.

Ella soltó una carcajada.

—Culpable. —Se encogió de hombros y su mirada se ensombreció al perderse en los recuerdos—. Bastien era magnético. Tenía algo que atraía sin remedio. No fue nada serio, solo… solo conectamos algunos momentos.

Suspiró y fui consciente de que, pese a que mi padre había sido importante para ella, estar allí no le dolía. Tal vez fuera agridulce, pero su historia era una muy diferente a la que él había compartido con Liane. Aquello me tranquilizó, como si lo contrario supusiera traicionar a mi madre de alguna manera.

—Pero no estoy aquí por eso, Juliette.

—Entonces, ¿por qué?

—Al principio, cuando me enteré de tu existencia, lo quería todo: tu declaración, la historia completa, fotos, entrevistas, lo que quisieras darme. Estaba ansiosa y sentía que tenía que llevarme el premio, porque Bastien y yo éramos amigos y habíamos compartido mucho en el pasado. ¡Si hasta nos habíamos acostado!

Chasqueó la lengua sin ocultar su decepción y contuve una sonrisa.

—Pero, con el tiempo y tus negativas, fui comprendiendo que eso no era lo que necesitabais. —En plural; de nuevo Bastien y yo como un *pack* indivisible para los demás que iba de la mano, aunque no quisiéramos—. Parte de mi trabajo consiste en aceptar las causas perdidas, ¿sabes? Y quizá no pueda conseguir mi propósito y colgarme una medalla por esto, pero sí puedo ofrecerte un canal si lo necesitas.

—Lo siento, Annette, pero no te sigo.

Torció los labios y se dobló hacia delante, acercando su rostro al mío por encima de la mesa de café.

—Me rindo. No voy a volver a contactar contigo. Solo quiero que tengas claro que, si algún día necesitas hablarle al mundo, a Bastien o a ti misma, puedes hacerlo a través de mí.

Tragué saliva y la miré con agradecimiento. Percibí que me quitaba un peso de encima que no sabía que había estado cargando. Una capa más de la que me desprendía y que me hacía sentir más libre.

Entonces recordé la carta que había leído, la número 24, una que consistía en una serie de consejos por si él un día no estaba y yo acababa en su casa, y la confesión llegó tan rápido como su consuelo.

—Él te respetaba.

Annette sonrió con tristeza.

—Era mutuo.

—¿Llegaste a amarlo?

Se rio y sus ojos brillaron con nostalgia.

—No, pero porque me protegí.

Compartimos una mirada cómplice y se levantó. Se estiró la americana y se dirigió a la puerta.

—Ha sido un placer conocerte, Juliette.

—Igualmente.

Abrí y el viento de noviembre nos revolvió el pelo. Annette se giró una última vez y me dedicó una sonrisa punzante.

—Por cierto, tu padre era un imbécil.

Me reí sin poder evitarlo.

—¿Por algún motivo en concreto?

Annette me miró de arriba abajo y percibí admiración en lo que vio. Y, pese a ello, me sentí frágil.

—Porque hay errores inconcebibles, Juliette.

Apreté los puños para serenarme mientras aquella mujer fuerte y decidida se alejaba y se montaba en el coche. Quizá eso fuéramos Bastien y yo, después de todo, un error inabarcable, daba igual desde la perspectiva que nos mirásemos.

Salí al jardín con la intención de fumarme un cigarrillo que me aliviara la extraña sensación que me había dejado la visita de Annette, pero no llegué a encenderlo antes de verla.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Joséphine estaba arrodillada sobre un parterre de flores. Revolvía la tierra con sus manos deformes y temblorosas. Me acerqué corriendo y la ayudé a levantarse. Tenía las rodillas enrojecidas y se le habían rasgado las medias.

—Creo que es por el piano.

—¿El piano? —La observé extrañada y con miedo a que se le hubiera ido la cabeza.

—¡Las flores, Juliette! Están perdiendo el color. ¿No lo notas? Lo echan de menos. Malditas desagradecidas.

Miré lo que me señalaba y entonces lo comprendí todo. Joséphine estaba ahí para cuidar aquellas flores que también se habían quedado huérfanas y que, si bien yo las regaba de vez en cuando, no les había prestado la atención que merecían.

—¿Acabas de insultar a tus caléndulas? —le pregunté burlona mientras le limpiaba las manos.

Sin embargo, su rostro no mostraba diversión alguna, sino que estaba decaído. Le acaricié los dedos con cariño y su fragilidad me conmovió. La vejez está hecha de un cristal muy fino.

—Él les tocaba el piano —murmuró afligida—. Bueno, no sé si a

ellas directamente, pero lo hacía cada mañana, al amanecer, y abría la ventana. Y, ahora, ¡míralas! Por mucho que las cuido, no son las que eran.

Chasqueó la lengua y se dejó limpiar por mí. Lo hice con toda la delicadeza de la que fui capaz y noté que temblaba levemente. Quizá por frío, cansancio o su condición de anciana. O, tal vez, por tristeza.

—¿Lo echas de menos?

Mi pregunta la sorprendió. Parpadeó y su rostro pálido me mostró a una Joséphine distinta que ella solía mantener oculta a ojos de los demás.

—¿Te molestaría si así fuera?

—No, yo... ¡No! —Resoplé frustrada por no ser la persona que ella merecía—. Jamás podría enfadarme contigo, Joséphine. Mucho menos por eso. No he sido justa contigo. Con ninguno de vosotros, en realidad.

Negué con firmeza y me confesé con aquella mujer generosa y amable que me había acogido desde el primer día casi como si fuera de su familia.

—Bastien era vuestro vecino. Vuestro amigo. Nunca fue un padre para mí y tomó decisiones que me marcarán de por vida, pero no puedo juzgarlo por quien fue para vosotros.

Cogí aire y dejé ir todo eso que llevaba dentro y sobre lo que había meditado mucho últimamente. Pensé en la Juliette que era con mis amigos, que no se parecía en nada a la que nacía cuando Mathis estaba cerca; en la chica que merendaba té y dulces caseros con su anciana vecina o la que estaba levantando una biblioteca para Armand. Pensé en la Juliette gris que se movía por París y no la reconocí en la que sujetaba las manos arrugadas de Joséphine, la misma que sentía que comenzaba a brillar.

—Si algo he aprendido desde que llegué aquí es que podemos ser muchas personas a la vez. Hay una cantidad infinita de versiones de nosotros mismos que vamos descubriendo por el camino. El Bastien que tú conociste no es el que se marchó de mi casa para no volver. Pero, si decidí venir aquí, fue porque, quizá, sí que deseaba descubrir quién era ese hombre. Tal vez necesito saber quién era Bastien para poder comprender por qué hizo las cosas que hizo y qué supuse yo para él. Para conocerme a mí misma del todo. Siento que hay una parte que irremediablemente le pertenece.

La voz se me rompió un poco al final, pero me sentí bien al pronunciar en alto esas palabras que me había esforzado tanto por ignorar. Joséphine me observó con el ceño fruncido y me soltó las manos. Alzó una de ellas y me rozó la mejilla. Me apoyé en su palma y suspiré reconfortada por aquel gesto tan dulce.

—No soy madre, pero no me puedo imaginar nada peor que

renunciar a alguien como tú.

Sus palabras fueron el abrazo más sentido de mi vida.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y se perdió en mi sonrisa.

Carta número 8

Juliette:

Mi relación con el piano comenzó a los seis años. Los niños querían jugar al fútbol, apuntarse a clases de atletismo, de baile o de natación. Yo quería tocar el piano, siempre sentí una atracción por el instrumento que se escapaba a mi entendimiento.

Durante años fuimos él y yo. En otra época de mi vida, fuimos él, yo y otras personas y lugares. Pero, al final, las personas se marchaban y la importancia de los lugares se desvanecía, y acabábamos solos de nuevo. Él nunca me abandonaba.

La música me ha salvado muchas veces, Juliette.

Aunque ahora sé que hay cosas, emociones, errores, de las que nadie puede salvarnos jamás.

S.

33

Noviembre llegaba a su fin el día que Armand y yo terminamos de montar los muebles de la biblioteca. Aún quedaban pendientes de recibir algunos pedidos de libros y otros objetos que completarían la parte de la sala reservada para la lectura, pero ya se atisbaba el resultado de lo que aquello muy pronto sería.

—Tengo una sorpresa para ti.

Armand se giró ilusionado y, pese a su calvicie inminente y las arrugas de la madurez, me recordó a un niño.

—¿Para mí?

Asentí y le dije que esperase allí dentro. Volví enseguida con el cuadro de Mathis entre los brazos. Armand se había tapado los ojos sin necesidad de pedírselo y, cuando apartó las manos, se encontró con el lienzo colocado sobre la única pared que quedaba descubierta. Abrió la boca y tartamudeó sin control.

—Pe-pero es… esto es…

—Un regalo. De Mathis. Él también ha querido contribuir a su manera —mentí, porque no había sido exactamente así, pero Armand no tenía por qué saberlo.

Su expresión se ablandó y tuve que contenerme para no abrazarlo. Eso me provocaba Armand, una ternura inesperada que me costaba controlar cada vez más. A su lado, la vida parecía más sencilla, más bonita, sus colores, más intensos y la importancia de los problemas, menor.

—Ya te dije que es un gran chico —me susurró con complicidad mientras tiraba de las solapas de su chaqueta color lila—. Un poco suyo, pero ¿no lo somos todos? Además, tiene ese aire bohemio por el que se nota que se guarda mucho para sí mismo. Pero, al fin y al cabo, ¿quién no lo hace?

Sonreí y omití recordarle que hacía unos días me había confesado algo muy diferente. También me mordí la lengua para no preguntarle qué escondía él bajo sus prendas brillantes y sus sonrisas perennes.

Colocamos juntos la pintura y la admiramos en silencio.

Minutos después, nos despedíamos en la puerta con la promesa de abrir juntos las cajas cuando llegaran los libros.

Me dirigí a casa de Joséphine, habíamos quedado para ver un capítulo de su serie favorita, pero cuando giré la esquina me la encontré

sentada en uno de los bancos de piedra junto a su puerta.

—¿Qué haces aquí?

Llevaba una bata de franela y pantuflas, pero las temperaturas habían descendido y me daba miedo que pudiera resfriarse. Ella cerró los ojos y aspiró con profundidad.

—Ya empieza.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo notas?

Miré a mi alrededor y me percaté de que había algo diferente en el ambiente. No era un aroma particular, sino una sensación. Algunas de las casas comenzaban a mostrar detalles colgados de sus puertas, adornos en sus ventanas, notas de color desperdigadas por sus fachadas que hacían que destacasen aún más. Unos cuantos hombres desenrollaban tiras de luces y las enredaban a los tendidos eléctricos que atravesaban la calle.

—Pero ¿no es pronto para Navidad?

Joséphine me miró desconcertada.

—¡El mercado se inaugura el sábado, Juliette! Prepárate para ver las calles plagadas de turistas durante semanas. Antes de que muriera Margarite, era mi época favorita del año, así que espero que no seas una aguafiestas y la disfrutes como merece.

Asentí con solemnidad y me senté a su lado un poco desubicada. No es que no me gustara esa época de tradiciones y buenos deseos, ni que me pareciera mal que el ambiente se animara, sino que acababa de ser consciente de que llevaba allí dos meses y seguía sin mostrar ninguna intención de marcharme.

Mathis apareció en mi casa al día siguiente. Llamó al timbre tres veces en diez segundos y, cuando abrí, me encontré con su ceño más fruncido que nunca y cara de pocos amigos. Me recordó demasiado al que había aporreado mi puerta el primer día para recriminarme que le había robado.

—¿Qué le has dicho a Armand?

Puse los ojos en blanco y no fue necesario que lo invitara a pasar. Se coló y cerró con rapidez. La tarde era fría y le agradecí que no se escapara el calor de la chimenea encendida. Me dejé caer en el sofá y él me miró sin pestañear con los brazos en jarras.

—¿Yo? Nada en especial —le mentí sin miramientos—. Ya sabes cómo se emociona con todo. ¿Qué ha hecho?

—Me ha dejado una cesta de dulces en el hueco de la ventana.

—Es un detalle.

Me mordí la sonrisa y noté que él se tensaba aún más.

—Y, cuando me lo he cruzado en el bar, me ha abrazado.

—¡Dios mío! ¿Cómo se atreve? —exageré con dramatismo.

Mathis se acercó hasta quedar al borde del sofá. Desde mi posición sentada, él parecía más alto, casi inalcanzable. Alzó una ceja y susurró con la voz tomada por una emoción desconocida.

—Juliette, puedo decirle en cualquier momento que fuiste tú quien donó el dinero. Acabaría haciendo un busto de bronce con tu cara para presidir la biblioteca. Así que no juegues conmigo.

Tragué saliva y estiré una pierna que rozó la suya.

—Armand merece saber que no está solo en esto —le susurré—. Es su sueño, pero es un sueño pensado para los demás. Quería demostrarle que lo apoya alguien más que una chica que va a marcharse.

Me gustaba Mathis. Me gustaba el movimiento de su cuello cuando tragaba saliva. Me gustaba dejarlo sin palabras, lo que sentía que sucedía cada vez más a menudo. Me gustaba saber que yo le gustaba a él, aunque lo demostrara de formas extrañas. Me gustaba que me evitase para evitar a su vez que las emociones despertaran.

Moví los dedos del pie sobre la suavidad de su pantalón de pana.

—¿Ya has puesto la casa a la venta? —murmuró con aspereza.

—Aún no.

—Pero lo harás.

—Es lo más sensato.

Mathis sonrió y yo lo hice de forma refleja. Aquello se había convertido en un juego del que aún desconocíamos las consecuencias. Después desvió la mirada al cuadro que me había regalado. Ocupaba el lugar sobre el aparador que había dejado vacío el que nos había empujado a conocernos.

—¿Te referías a ese tono rosa?

Fingió que le cegaba la intensidad del color.

—Has acertado de pleno.

—Espero que sí, porque aún me duelen las córneas.

Me reí bajito y las palabras salieron solas, suaves y dulces, envueltas en una emoción que esperaba que lo abrazase como sus gestos hacían conmigo.

—Gracias, Mathis.

Me miró de reojo y asintió levemente. Luego se dirigió a la puerta, dejando el rastro de una confesión que ambos sabíamos que significaba demasiado.

—No. Gracias a ti.

«Por ser tan generosa con los demás. Por empujarme a mí a ser mejor. Por preocuparte por este pueblo, aunque vayas a marcharte.»

Lo no dicho sonaba a eso, pero, en el fondo, yo sabía que se refería a algo muy diferente. A algo muy interno, muy suyo, que yo había sido capaz de ver cuando el resto del mundo parecía ciego.

«Gracias a ti, Juliette, por obligarme a terminar un cuadro cuando el

resto del tiempo me siento vacío.»

Aquella noche, empujada por el propio esfuerzo que había tenido que hacer Mathis para regalarme el cuadro rosa, decidí enfrentarme a mis propios fantasmas y subir al desván. Observé las cartas a mi izquierda, pero en esa ocasión no se trataba de descubrir qué escondía Bastien en ellas, sino de mirar al otro lado.

Caminé hacia el piano y contuve el aliento. Rocé la tapa con los dedos, la suavidad del asiento de piel. Desvié la mirada unos segundos al libreto de partituras, abierto y con sus páginas cubiertas de notas y las canciones tituladas con la letra alargada y elegante de Bastien en tinta negra. Me senté en la butaca y cerré los ojos. Me lo imaginé allí, creando, soñando, sintiendo, anhelando.

Levanté la tapa que cubría el teclado y acaricié las teclas blancas. Jugué a descubrir la textura y el volumen de las negras. Me moví por la superficie como si estuviera leyendo en braille una historia solo escrita para mí. Y, cuando creí que no sería capaz de hacerlo, apreté con firmeza la primera nota. El sonido reverberó en la buhardilla y en cada parte de mi cuerpo. La segunda costó un poco menos. Los dedos volaron con rapidez, se adelantaron a las siguientes, y la música fluyó como lo hace cuando la llevas dentro.

Se me aceleró el pulso cuando la melodía tomó forma, una canción de amor que había aprendido en mi adolescencia y que pensé que había olvidado, pero no. La música nunca se olvida. Se te enreda en las venas, una raíz atravesada para siempre bajo la piel.

Cuando la balada terminó, abrí los ojos y me encontré con el libreto de mi padre frente a mí. Resultaba fácil leer las composiciones. Una secuencia de notas que se convertían a toda velocidad en mi cabeza en algunos de sus éxitos. Un idioma conocido. Uno que jamás podría olvidar, aunque renegara de él.

Me levanté, inquieta, y me sequé las manos en las perneras. Las tenía sudadas y me temblaban. Hacía diez años que no tocaba el piano. Hacía diez años que había decidido dejar de desear parecerme a él. Hacía diez años que había comenzado a odiarlo, a alimentar un despecho que había acabado disfrazado de indiferencia. Y, de pronto, sentía que estaba en la casilla de salida y sin saber cómo jugar.

Me acerqué a la ventana y observé el jardín. Desde allí, tenía una visión privilegiada de las flores de Joséphine. Con un nudo en la garganta, abrí la cristalera y dejé que el frío me rozara. Respiré con profundidad el aroma de mi nuevo hogar y me senté de nuevo frente al piano.

Leí la partitura que tenía sobre el atril, ignoré la punzada directa a mi corazón y comencé a tocar.

34

París iluminada y festiva me parecía preciosa, pero allí, en aquel pequeño pueblo, la Navidad era otra cosa.

—¿No es excesivo?

Armand me miró entre asombrado y ofendido.

—¡Nunca hay suficientes brillos, Juliette! Y esto es válido para los adornos navideños y los *looks* de fiesta.

Me reí y continué añadiendo bolas de colores al enorme árbol de Navidad que decoraba el ayuntamiento. Hacía días que habíamos terminado prácticamente con el proyecto de la biblioteca. La sala estaba lista y solo nos faltaba etiquetar los libros e incluirlos en el sistema informático para que todo estuviera enumerado y controlado. Aun así, habían decidido inaugurarla después de las fiestas, así que a Armand le había parecido una gran idea endosarme nuevas tareas.

—¿Qué planes tienes para Nochebuena? —le pregunté con la cabeza metida entre las ramas.

Él sacudió la cabeza y su mirada se cubrió de algo desconocido.

—Nada especial. Cenaré algo rico y veré reposiciones de *Los Soprano*.

Recordé lo que Mathis me había dejado entrever hacía tiempo sobre Armand y una sensación incómoda me embargó. Pese a su alegría contagiosa, su tristeza había empezado a resultarme visible en pequeños gestos que disimulaba bien. Entre aquellas calles había aprendido a reconocerla no solo en mí, sino también en los demás, por mucho que la escondieran. En Joséphine, en Pascal y Hugo, en Mathis, en el bueno de Armand. Solo había hecho falta sacarme la cabeza del ombligo para reparar en que no era la única que llevaba equipaje.

—¿La echas de menos?

Le temblaron las manos al recordar a su mujer y se giró hacia mí.

—Siempre se echa de menos lo que te hacía feliz.

—Siento mucho que se acabara, Armand —le dije con un nudo en la garganta.

Su expresión triste se rompió con una de sus sonrisas.

—Yo no, porque ella no lo era. Nunca pude darle lo que más quería. —Sacudió la cabeza, perdido en los recuerdos, mientras colocaba una tira de luces alrededor del mostrador de recepción—. Igual que tener un hijo no te convierte en padre, las madres que no logran tener hijos siempre lo son, Juliette.

Sus palabras me impactaron y pensé en lo injusta que era la vida, dando hijos a quien no quería y negándoselos a quien se rompía por no tenerlos. También, en que me habría encantado que él fuera mi padre.

—Habrías sido un padre increíble.

Asintió con nostalgia y el Armand risueño se impuso de nuevo sobre su versión más gris. Le di un apretón afectuoso en el hombro y continuamos trabajando en silencio, hasta que me lanzó una tira de espumillón dorado y jugué a hacerme una corona con él. Su rostro resplandeció y me imitó con un trozo en color verde que convirtió en un vestido. Me coloqué dos bolas rojas en las orejas como si fueran pendientes y Armand una ristra de campanitas plateadas como cinturón. Parecíamos dos niños jugando, olvidándonos de las responsabilidades adultas, riéndonos sin parar y tarareando canciones navideñas que odiábamos, pero que en su voz de barítono, junto a la mía aniñada, resultaban disparatadas.

Cuando estábamos bailando un vals improvisado, la puerta se abrió y nos quedamos paralizados. Armand, en vez de soltarme, me agarró por la cintura con más fuerza, y se me escapó una risita ridícula. Las bolas de mis orejas tintinearon. Bajo el quicio de la entrada, Mathis nos miraba con las cejas alzadas y la boca entreabierta.

—Eh…, veo que estás ocupada.

Asentí con fingida seriedad y sentí los dedos de Armand dándome toquecitos nerviosos en el costado.

—No nos mires así, estamos ensayando para una obra navideña —dijo mi pareja de baile, como si aquello nos dejara en mejor lugar que la escena que habíamos protagonizado—. Una adaptación de *La princesa y el guisante*.

Mathis nos observó de arriba abajo y sentí calor según sus ojos se deslizaban por mi cuerpo.

—Y supongo que tú eres el guisante —le dijo a Armand, señalando su vestido de espumillón verde y curvando la comisura izquierda.

Ambos rompimos a reír ante un Mathis impasible, aunque era obvio que la situación lo divertía. Nos separamos y me recoloqué el pelo rebelde detrás de las orejas. Armand me ayudó a desenredar el espumillón de mis rizos, que parecía haber hecho nido allí en apenas minutos, y yo tiré de un extremo de su vestido y lo hice girar por la sala como una bailarina.

—¿Necesitas algo? ¿Información turística? ¿Alguna queja o reclamación vecinal que tener en cuenta para la siguiente reunión general? —le preguntó Armand con una sonrisa pícara.

No obstante, Mathis ni lo miró. Solo tenía ojos para mí.

—¿Tienes planes?

—Yo… —dudé y negué inquieta antes de mostrarle las cajas repletas

de adornos que nos rodeaban—. Aún tenemos que colocar todo esto. Supongo que...

Sin embargo, Armand me empujó hacia Mathis y tuve que apoyar las manos sobre su pecho para no caerme encima de él.

—No tiene. Llévatela.

—¡Armand! —exclamé sorprendida.

Me colocó el abrigo sobre los hombros con rapidez y me puso el gorro de lana.

—Bastante tiempo pierde ya conmigo. Pero invítala a una copa de vino. Nos gusta brindar por los pequeños logros al terminar la jornada.

—A sus órdenes —dijo Mathis.

Percibí su mano en mi espalda y el aire frío en la piel en cuanto salimos.

—¿Qué acaba de ocurrir?

—¿Querías venir o no?

Aparté la mirada y no contesté. El color de mis mejillas ya lo había hecho por mí.

El sol ya se había metido y las luces decorativas brillaban como luciérnagas. Las calles estaban repletas de visitantes y olían a castañas asadas. Me pregunté si alguien me reconocería como la chica que había salido en las revistas y me alegré de llevar tantas capas de ropa. Metí las manos en los bolsillos y seguí a Mathis, que caminaba tranquilo hacia la plaza. Cuando llegamos, una explosión de ruido y color nos recibió. Los puestos estaban colocados en forma circular y tenían aspecto de casitas, simulando un pueblo navideño. Algunos comenzaban a abrir sus toldos, dejando a la vista sus productos: velas aromáticas, chocolates y dulces artesanos, marionetas, bolas de nieve.

Contuve el aliento, emocionada, y me mordí una sonrisa que Mathis parecía querer robarme.

—Pensaba venir mañana con Joséphine.

—¿Me he equivocado al traerte?

—¡No! Solo que... no me lo esperaba. Eso es todo.

Escondí el rostro en el cuello del abrigo, un poco avergonzada por lo ilusionada que estaba y que no podía disimular, por lo que me fascinaba la imagen que veía, por lo feliz que me hacía que Mathis hubiera ido a buscarme y quisiera compartir aquel momento conmigo. Un instante que no tenía por qué ser importante, pero que él lo había convertido en especial.

—¿No te gustan las sorpresas?

Arrugué la nariz y él la rozó con un dedo.

—Esta sí, aunque si llego a saber que era una cita me habría arreglado un poco más.

Le guiñé un ojo con picardía, recordando aquella noche en la que lo

invité a bebernos las botellas de Bastien, y él negó con altanería.

—No es una cita. —Hizo una pausa. Tragué saliva. Sujetó uno de mis rizos entre dos dedos y jugó con él antes de meterlo bajo mi gorro. Me sentía ligera, única, una estrella brillante coronando un abeto—. Y así estás preciosa.

Asentí y me lamí los labios. Los suyos estaban más rojizos de lo normal.

—Pues para no ser una cita lo estás haciendo muy bien —murmuré con la voz entrecortada. Mathis sonrió y deseé que el tiempo se alargara todo lo posible, como los relojes blandos de Dalí que un día nos habían hecho hablar de amor.

Nos acercamos a un puesto de adornos navideños. Ambos llevábamos las manos en los bolsillos, aunque a mí me quemaban de las ganas de buscar las suyas. Recorrimos la plaza. Me quedé maravillada como una niña con cada tenderete, con las preciosidades que vendían, con la emoción de un ambiente que me recordaba demasiado a la infancia y que hacía tiempo que no disfrutaba de ese modo. Me probé collares de cuentas de colores, sombreros con orejas de elfo y me quedé prendada de unos broches hechos con flores secas que sabía que a Joséphine le encantarían.

En uno de los puestos, vi a un hombre agachado sobre un trozo de madera. Estaba tallando una palabra con un cincel. Observé sus creaciones y reparé en que eran iguales a la placa del buzón de Bastien. Lo imaginé paseando por allí y comprando una, como un vecino más, como el hombre que muchas de las personas que habían pasado a formar parte de mi vida echaban de menos. Después me imaginé mi nombre en una de ellas y sentí una ilusión inesperada que ignoré dirigiéndome al siguiente tenderete.

Quise comprarlo todo para acabar por no comprar nada, pero, aun así, fue divertido y Mathis también parecía estar pasándoselo bien.

—Tengo dinero. Mucho. Debería poder comprarme un montón de chucherías sin remordimientos.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¡No parabas de decirme que fuera paciente! Que seguro que en el siguiente puesto encontraba algo que me gustaría más.

—¿Y ha sucedido? —me preguntó con una sonrisa ladina.

—¡Claro que ha sucedido! Pero hemos dado una vuelta completa y tenemos las manos vacías.

Bufé como una niña y noté un empujón a mi espalda que me hizo acercarme a él. La plaza comenzaba a llenarse y era imposible dar un paso sin cruzarse con alguien. Bajé el rostro y me fijé en nuestros pies. Sus zapatos de cordones. Mis botas con pelito por dentro. Sonreí y sentí sus dedos buscando los míos. Una familia nos adelantó entre risas y nos obligó a acortar aún más la distancia. Su mano sujetó la

mía y la acarició entre los dos cuerpos.

—Ya no están vacías —me susurró.

Cerré los ojos y deseé que el mundo se congelara y a nosotros para siempre dentro de una bola de Navidad.

Nos alejamos de la plaza y salimos a otra calle lateral en la que se condensaban los puestos de comida. Compramos crepes con chocolate y, siguiendo las órdenes de Armand, brindamos con una copa de vino dulce.

—Por los pequeños logros. ¿No es así?

Mathis alzó la copa de arcilla y la chocó con la mía.

Asentí y escondí la sonrisa, cada vez más amplia, tras mi vaso. El vino estaba templado y dejaba un regusto a miel.

—Armand dice que la vida está hecha de pequeñas piezas. Como un lego que nunca acaba, pero que, poco a poco, va tomando forma —le dije, recordando nuestras conversaciones con cariño—. También, que no importa si te falta una, porque otras pueden ayudar a mantener la construcción protegida.

—Es un hombre peculiar, pero esa teoría es inteligente.

—No quisieras saber lo que dice de ti…

Me reí con malicia y él alzó una ceja. Su soberbia, en vez de provocarme rechazo, me atraía como la luz a una polilla.

—¿Habláis de mí?

—No pretendía que fuera un halago —gruñí y me sonrojé, un poco desubicada por que hubiera dado la vuelta a mi ataque con tanta soltura.

—Es que no me importa lo que diga Armand, pero sí lo que puedas decir tú.

Tragué saliva y enredé mi mirada con la suya. No dejábamos de hacerlo. El Mathis que hacía unos días daba un paso hacia mí y después dos hacia atrás estaba más cerca que nunca.

—¿Y qué pensarías si te confieso que no les he hablado de ti a mis amigos de París?

Alzó la vista al cielo y resopló por su orgullo herido.

—Vaya, así que soy el secreto de la ladrona Juliette… —Me reí y se acercó un poco más; cuando habló de nuevo, su aliento se mezcló con el mío y me estremecí—. Pues me lleva a preguntarme: ¿qué es lo que escondemos? Lo que protegemos, lo que nos asusta, lo que no queremos compartir. Ahora eres tú la que debe decidir qué soy para ti.

Me dejó un beso leve en la nariz y se giró.

Pensé en qué era Mathis para mí y por qué sentía que podría ser cualquiera de esas tres cosas. Mezcladas. Enmarañadas. Tan confusas como, a ratos, me sentía yo.

—¿Irás a verlos por Navidad? —me preguntó un rato después.

Pensé en Nina, en Ivo, en París, en quien yo había sido allí antes de marcharme y sentí un nudo en la garganta. Llevaba días dándole vueltas y no había llegado a ninguna conclusión, lo que, en el fondo, ya era una decisión en sí misma. Miré de reojo a Mathis y me di cuenta de que con él no tenía por qué mentir. Ni mentirme. Con él siempre había sido la Juliette más imperfecta posible y todo había estado bien.

—No lo sé..., creo que aún no estoy preparada para marcharme. Quizá le haga la cena a Joséphine. Podría ser divertido. ¿Y tú?

—Me voy unos días a Estrasburgo —dijo sin ocultar su desagrado.

—No pareces muy convencido.

Sacudió la cabeza y noté que se plegaba un poco sobre sí mismo de ese modo en el que Mathis se escondía.

—Últimamente las cosas con mi padre están tensas. Él no entiende que aún esté aquí.

Lo observé a conciencia y percibí sus dudas, sus miedos, su mirada gris.

Pese a que las calles estaban más transitadas que nunca, en cuanto te alejabas de la plaza el número de personas con las que nos cruzábamos se iba reduciendo, devolviéndonos a la realidad de nuestro día a día y dando a la conversación una intimidad repentina que agradecí.

—Yo tampoco sé qué haces aquí. No te pido que me lo cuentes, pero podría entenderte mejor.

Le sonreí dulcemente y su expresión se suavizó. Y, de pronto, Mathis se dejó ver un poco más, enseñándome una parte de él que dudaba mucho que mostrara a nadie.

—Me iban bien las cosas, ya te lo dije. Pero cometí un error y todo se complicó. En Estrasburgo... ya no podía pintar. El mundo se me cayó encima. Así que decidí marcharme y acabé buscando la inspiración aquí. Aunque ya llevo un tiempo y nada ha cambiado. Sigo sin ser capaz de hacer nada, enlazo un lienzo con otro y, como tú bien viste, no hago más que engrosar un cementerio de cuadros inacabados. Mi padre quiere que vuelva, que deje de tirar el dinero, me busque un trabajo y me comporte de una maldita vez como una persona adulta.

Sonrió con tristeza, ladeó el rostro para mirarme y supe que iba a decir algo que podía hacerme daño.

—Yo también estoy de paso, Juliette. Esto no es permanente. Solo que se me ha alargado un poco más de lo que pensaba.

Recordé sus cuadros sin terminar, su frustración, la neblina que siempre lo acompañaba, y asentí. Aún no comprendía del todo el ovillo enredado que era Mathis, pero comenzaba a intuir sus formas.

—El artista llegó buscando a las musas.

Soltó una risa inesperada y habló con una dureza que no estaba dirigida a mí, sino a él mismo y a sus equivocaciones.

—No existen las musas, Juliette. Es un cuento que nos han contado para romantizar un proceso que es más interno que cualquier otro. Los artistas no somos más que nosotros mismos luchando contra el lienzo. Solo eso.

—Y supongo que actualmente tú vas perdiendo.

Mis palabras lo golpearon, pero no me arrepentí. Porque se trataba de eso, de una batalla en la que Mathis era incapaz de retomar el control. Se pasó la lengua por los labios y asintió. Los ojos le brillaron de una forma especial al sentirse comprendido. Y me miraba a mí. Ya no pensaba en arte, en errores, en padres decepcionados ni en huidas. Solo me miraba a mí.

Ya en la puerta de mi casa, suspiré sin ocultar lo poco que me apetecía que la noche terminara.

—Ha sido una *no cita* increíble —le dije, siguiéndole el juego.

—Pero no perfecta.

—No...

Nos miramos la boca y suspiramos. Nos faltaba un beso para que lo fuera del todo y ambos lo sabíamos. Sin embargo, parecíamos disfrutar demasiado de tentarnos. No sabía si Mathis estaba jugando a ver quién caía primero, pero a mí también me resultaba adictivo. Era bonito. Y, por mucho que me hubiera gustado que sucediera, me volvía loca la posibilidad de alargar los momentos para tener más. Se saliera o no nuestra relación de lo normal, no deseaba que terminara y quise demostrárselo.

Me dejé un beso en los dedos y después cubrí sus labios con ellos.

Noté su respiración caliente sobre las yemas y temblé.

Sus pupilas se dilataron y contuvo un suspiro que me habría encantado atrapar con la mano.

—Buenas noches, Juliette.

—Buenas noches, Mathis.

Entré y cerré sin más. Sin esperar a verlo marchar, sin esperar por si se arrepentía de no dar un paso adelante. Me apoyé en la puerta y cerré los ojos. Me llevé los dedos a los labios, los mismos que habían rozado los suyos, y después sonreí.

Y, pese a que no tuviera lógica alguna, pensé en Bastien. Me pregunté qué opinaría él de mi relación con el pintor. Me imaginé compartiendo con él mis sentimientos, esos que crecían poco a poco con cada encuentro, y su voz de poeta dándome consejos. Por primera vez desde que había llegado, deseé que mi padre viviera y que estuviera allí para hacerme compañía en un momento tan bonito.

Aquello era nuevo.

Aquello era inesperadamente feliz.

Me quité el abrigo, las botas y subí al desván.

No lo tendría conmigo, pero aún podía buscarlo entre las letras que me había regalado.

Carta número 15

Juliette:

¿Te gustan los parques de atracciones? A mí me encantan.

Hoy he visitado uno. Me he montado en todo lo que podría suponer una muerte segura, en caso de que algo fallase, y lo he disfrutado. He reído, he olvidado lo que es ser adulto y me he reencontrado con el Sébastien niño que vivía sin preocupaciones.

Ha sido un día bonito y, simplemente, quería compartirlo contigo.

S.

35

Me asomé a la ventana cuando oí las risas de un grupo de niños. Caminaban hacia la plaza con sus familiares y jugaban a perseguirse asustándose con una careta de un muñeco de nieve. Suspiré con regocijo y volví a mi sitio calentito en el sofá.

—Esto es precioso. Deberíais haber venido —les dije a Nina e Ivo, con los que llevaba hablando casi una hora mientras comíamos dulces a cuatrocientos kilómetros de distancia.

—Si nos hubieras invitado…

—¡Nina!

—Lo sé, lo sé. Deja de reñirme por todo, Ivo.

Me reí. Mi vida habría cambiado, pero algunas cosas nunca lo hacían.

—Pareces ¿feliz? —preguntó mi amigo sin ocultar la duda.

—Me siento bien.

Sonreí y me metí una pasta de coco en la boca. Era la tercera vez que las hacía y, por fin, me habían quedado deliciosas.

—¿Eso significa que estás pensando en volver? —dijo Nina disimulando la ilusión sin mucho éxito.

—Eso significa que las cosas están mejorando. Que yo lo estoy haciendo.

—¿Has llamado a la inmobiliaria?

Negué y me abracé bajo la manta. Observé la casa; los muebles cambiados de lugar que encajaban más conmigo; las chaquetas de lana de Bastien en el perchero, que ya consideraba mías; el olor no solo a café y tabaco, sino a pasteles y té, que hacían de la mezcla uno único con mi nombre enlazado al suyo.

—Voy a quedarme. Al menos hasta que Armand abra la biblioteca. Es lo menos que puedo hacer, después de todo.

Hablé con seguridad, pese a que por dentro estaba temblando. Porque aquello era lo que quería. Pensar a corto plazo. Ponerme objetivos asumibles. Pequeños logros que superar, como me había enseñado Armand. Aceptar las cosas que deseaba, pese a que también me dieran miedo o produjeran rechazo, como la idea de que me gustase el hogar que Bastien me había prestado.

—¿Vas a pasar sola la Navidad? —preguntó Ivo horrorizado. Para él, pasar las fechas señaladas en soledad era lo más parecido a estar acabado.

—Mis padres ya contaban con que vendrías conmigo —añadió Nina con la boquita pequeña.

Desde la muerte de mi madre, había sido una invitada más en sus encuentros familiares y se lo agradecía enormemente, pero sentía que había llegado el momento de encontrar mi propio camino.

—Gracias, Nina, pero estaré bien aquí.

Suspiré, emocionada y consciente de que lo estaba consiguiendo; de que, quizá, el agujero comenzaba a quedárseme pequeño.

Y, entonces, valorando las posibilidades que se abrían ante mí, tuve una idea que lo cambió todo.

—¿Qué es esto?

Joséphine me miró con el ceño fruncido por encima de la hoja que le había mostrado.

—El menú de la cena de Navidad. ¿Qué te parece?

—Ridículo. Con un caldo y unos huevos pochados es más que suficiente, Juliette. ¡Solo somos dos!

Me mordí el labio y esquivé su mirada inquisitiva.

—Bueno, técnicamente eso no es cierto.

—¿Qué estás tramando?

La observé con inocencia. Me había dejado claro que, desde la muerte de Margarite, ella no había vuelto a celebrar nada. Y, aunque respetaba su duelo, la había convencido para hacer una excepción conmigo.

«La tristeza es mejor compartida», le había dicho. Joséphine había asentido y se había quedado callada más rato de lo que era habitual en ella, reflexionando y observándome con cautela, como si de pronto hubiera visto algo en mí que le hubiese pasado desapercibido. Después me había entregado una receta de caldo casero para que lo preparase, aceptando así mi plan. Lo que ella aún desconocía era que a mi plan le habían salido alas y estaba deseando echar a volar.

—Armand me dijo que también cenaba solo, así que...

Torció los labios arrugados y sus ojos se desviaron un instante a las fotografías de Margarite desperdigadas por la casa. Finalmente, entrelazó las manos sobre su regazo y clavó la vista de nuevo en la hoja. Me pregunté si me habría equivocado, pero mis dudas se disiparon cuando ella asintió y leyó en alto parte de los platos.

—Aun así, sigue siendo un menú excesivo para tres. ¡Estás loca! ¿Cómo nos vamos a comer un pavo?

Le sonreí con picardía y me escondí detrás de la butaca como una niña traviesa.

—Es que espero que seamos más de tres. ¡Hasta mañana, Joséphine!

Cogí mi abrigo y me fui, tranquila y satisfecha al ver su sonrisa ilusionada al otro lado de la ventana.

Esa misma tarde me acerqué a la casa en la que vivían Hugo y su padre. Me daba miedo equivocarme y que el señor Lyon pudiera sentirse ofendido, pero sabía por la propia Joséphine que desde que habían llegado al pueblo nunca habían salido de allí ni tampoco recibido visitas. Estaban solos. Como Joséphine. Como yo. Como el bueno de Armand. Como muchos otros que podíamos tendernos una mano para dejar de estarlo, aunque únicamente fuera durante una cena.

Cuando la puerta se abrió, me encontré con el rostro, siempre serio y un poco apagado, de Pascal Lyon.

—Señor Lyon, soy Juliette.

Asintió y me sentí tonta. Era obvio que me conocía, y no solo por las visitas de Hugo al jardín y el último encuentro en el que me agradeció desde lejos los gestos hacia su hijo, sino porque a esas alturas no había nadie en el pueblo que no supiera quién era yo.

—¿En qué puedo ayudarte, Juliette?

Cogí aire y lo solté de carrerilla, sin darme tiempo para arrepentirme, mientras él me observaba ceñudo con los ojos tan oscuros como su pequeño y las ojeras de quien ha vivido demasiado sin haber cumplido los cuarenta.

—Me gustaría invitaros a cenar en Nochebuena. Si no tenéis planes, por supuesto. Estoy organizando una cena en mi casa. Bueno, en la casa de Bastien, aunque técnicamente ya es mía, así que… A lo que iba, que Joséphine, la señora Bonnet, siempre pasa estos días sola y me parecía fatal que cenara sopa y se metiera a las ocho a la cama. No, si podíamos pasar la velada juntas. Yo… he pensado que…

Hugo se coló entre las piernas de su padre y me miró con sus ojos oscuros muy abiertos. Llevaba un sombrero de pirata y una espada colgada del cinturón. Su aparición, en vez de tranquilizarme, me puso aún más nerviosa. Me recordaba a esa sensación acuciante de estar cayendo por un precipicio que experimentaba en los exámenes orales durante la adolescencia.

Cogí aire e ignoré la mirada confusa de Pascal, que parecía estar delante de un jeroglífico tembloroso e inquietante.

—Yo cocino. No se me da especialmente bien, pero me esfuerzo. Espero que eso sea suficiente. Y no hace falta traer nada; tampoco que me lo confirméis ahora. Si llamáis a la puerta en el último momento, seréis bienvenidos. Es a las siete. —Pascal asintió y agarró a su hijo por los hombros; el pequeño sonreía entusiasmado y aquello me consoló levemente—. Siento haberos molestado. Adiós, Hugo. Me encanta tu sombrero.

Le guiñé un ojo y movió su manita como despedida.

Pese a lo incómoda que me había sentido, cuando llegué al final de la calle me di cuenta de que lo hacía sonriendo.

36

Me arrepentí de todo en el momento en el que el horno se llenó de humo y el caldo burbujeó tanto como para salirse de la olla. Eran las seis y media y los invitados no tardarían en llegar, y aún debía resolver el caos de la cocina y terminar de arreglarme.

Sin poder evitarlo, deseé que mi madre estuviera allí conmigo; siempre había sido una anfitriona perfecta cuando se trataba de invitar a otros. La clase de persona que mantenía la calma y que conseguía que todo saliera perfecto.

Pensé en Bastien y me pregunté si aquel caos llevaría genéticamente su firma.

Cuando logré mantener la cena bajo control, subí al piso de arriba y me planté frente al espejo. No había mucho que hacer, en la maleta no había metido más que ropa cómoda, pero aún contaba con el vestido negro con el que había sorprendido a Mathis en nuestra primera *no cita*. Me lo puse y lo combiné con unos botines que aún no había sacado del armario. La casa estaba lo bastante caldeada para esa noche prescindir de las medias. Me recogí el pelo en un moño desenfadado y me maquillé levemente. Sombra plateada, rímel negro, labios rojos. Lancé un beso a mi reflejo y sonreí, nerviosa como una niña el primer día de escuela.

Solo era una cena, pero era una con personas a las que ya apreciaba, personas que, de un modo u otro, me habían ayudado a sentirme en casa tan lejos de la mía y que se merecían un regalo por su cariño y por aceptarme sin más, sin preguntas ni condicionantes.

El timbre sonó mientras me echaba perfume. Oí la voz de mi madre según el aroma floral me embriagaba.

El perfume siempre donde lata el pulso, Juliette.

Y, como había hecho desde que era pequeña y jugaba a ser como ella, la obedecí. Una gota detrás de cada oreja, en las clavículas, en las muñecas y en la parte trasera de las rodillas.

Bajé de una carrera y abrí la puerta con una sonrisa. Al otro lado me encontré con un Armand sonriente y vestido para un banquete real. Lo acompañaba *Milo* con un abrigo de cuadros escoceses y un cascabel colgando de su collar.

—Madre mía, ¡estáis increíbles!

—Ya te dije que los brillos nunca están de más cuando se trata de una fiesta.

Me reí emocionada y lo cogí de las manos para que entrase. Se giró para que pudiera apreciar bien su americana de lentejuelas. Era de color azul y la había combinado con una camisa blanca y pantalones y pajarita negros. Iba hecho un pincel. *Milo* entró, olfateó la casa unos instantes y se tumbó remolón frente a la chimenea.

—Deja esto por ahí, ¿quieres?

Armand me tendió una bolsa con una caja de bombones y le di un cachete en el brazo.

—¡Te dije que no trajeras nada!

Minutos después, el timbre sonó de nuevo y Joséphine, pese a que era diminuta y caminaba despacio, entró en la casa como un vendaval. Estaba preciosa, con un vestido malva con pequeñas flores bordadas y el pelo con el cardado característico que le dejaba Loana, la peluquera; incluso se había pintado los labios de un rosa claro.

—Ya puede estar buena la comida, Juliette. No salía a cenar fuera desde 2009. Hola, Armand. ¿No te subirán las dioptrías con eso? —le dijo burlona, refiriéndose al resplandor de su chaqueta, antes de darle un abrazo—. Estás muy elegante.

—Tú también. El malva te sienta de miedo.

Joséphine me dio un achuchón rápido y me clavó una caja en el pecho.

—No digas nada. Es de mala educación ir a casa de alguien con las manos vacías.

No pude reprenderla y llevé su obsequio a la cocina. Era una bolsa de frutas confitadas típicas de la zona. Las saqué despacio y las coloqué en una bandeja.

A las siete y veinte, miré el reloj y suspiré un poco desilusionada por que no viniera nadie más. No es que tuviera una relación con Hugo y su padre; de hecho, con Pascal no había hablado antes de invitarlo, pero sentía que también me unía algo a ellos, sobre todo a ese niño con el que Bastien había creado un vínculo en forma de caramelo y que yo también había heredado.

Me dije que al menos lo había intentado, mientras me lavaba las manos para quitar la viscosidad del azúcar que me habían dejado los dulces entre los dedos. Antes de haberlas secado, alguien más llamó a la puerta y di un brinco. La esperanza me sacudió por dentro.

Al otro lado del umbral, un hombre de ojos apagados esperaba junto a un niño al que no le podían brillar más.

—Ah, ¡hola! ¡Qué alegría que hayáis venido! —Sonreí emocionada.

—¿Aún hay sitio para dos más?

—¡Por supuesto! Pasad. —Los guie al interior y se encontraron con los rostros sorprendidos de Armand y Joséphine—. Chicos, tenemos compañía.

—Vaya, vaya... —murmuró la anciana; me lanzó una mirada de

orgullo que no me pasó desapercibida—. Los hombres Lyon salen de casa.

—Hemos traído esto.

Pascal empujó a su hijo por la espalda y el pequeño Hugo me tendió una cesta con diferentes quesos.

—No hacía… —empecé a decir, pero ante el carraspeo de Joséphine rectifiqué al momento—. Gracias. Sois muy amables.

Ella los saludó con afecto y enseguida llamó la atención del niño pidiéndole su ayuda para hacer un pajarito con una servilleta de papel. Armand se mostró amable, con esa habilidad que tenía de que todo el mundo se sintiera cómodo, y logró que Pascal se integrara enseguida y que la tensión desapareciera.

Los miré y, por un instante, anhelé que Mathis estuviese a mi lado para compartir con él aquella imagen tan bonita.

Abrí una botella y les serví vino antes de excusarme para ir a la cocina y terminar de emplatar la comida. Coloqué unos trozos de pan en una cesta y revisé el interior del horno. El asado ya estaba listo y la sopa templada. Desenvolví la cesta que había traído Pascal y la añadí a una fuente con canapés para que fueran picando algo.

Poco después nos sentamos a la mesa. Armand alabó la decoración y Joséphine bendijo la cena. Era la primera vez que veía a alguien hacerlo y, pese a que yo no era creyente, su voz susurrada con los ojos cerrados y el silencio que se instauró entre nosotros despertaron en mí una increíble sensación de paz.

Serví el caldo, imprescindible cada noche para Joséphine, y comenzamos a comer. Y, entre sonrisas y comentarios amables, los observé y pensé en lo bonita que era la soledad compartida. Porque todos los que rodeábamos esa mesa estábamos solos, un poco rotos, a veces tristes; pero, esa noche, no había espacio para nada de aquello.

El sonido del timbre nos dejó a todos con la cuchara a medio camino y una expresión de sorpresa. *Milo* lanzó un gruñido y siguió dormitando frente al fuego. Me levanté extrañada con la servilleta en la mano. Al otro lado de la puerta, me encontré con un chico de rostro ceñudo y aspecto cansado.

—Mathis… —susurré aturdida.

—Feliz Navidad, Juliette.

Sonrió avergonzado por lo inesperado de su llegada y lo miré de arriba abajo, valorando que fuera una aparición, un deseo navideño cumplido o una alucinación por el estrés provocado por la cocina. Pero no. Era él. En carne y hueso. Y estaba muy guapo. Llevaba una camisa verde oscuro y unos pantalones de raya diplomática. Por encima, un sencillo chaleco negro abierto. Y, hasta que no lo había visto frente a mí, no había sido consciente de cuánto lo había echado en falta.

Me tendió una botella de vino y apretó los labios en una sonrisa tensa.

—Yo... Pensaba que... Creía... —murmuré dubitativa.

Entre la sorpresa y la ilusión, me costaba encontrar las palabras.

Se removió de un pie a otro, sin apartar los ojos de mí, hasta que la voz de Joséphine rompió el silencio.

—¡Niña! ¿Vas a invitarlo a pasar o qué? Está entrando frío.

Me sonrojé sin remedio y las risas de los demás sorprendieron a Mathis, que no se esperaba más compañía aparte de Joséphine. Me aparté para que pasara y cogí su abrigo. Se asomó y se encontró con todos mis invitados observándolo con simpatía, aunque también con cierto retintín que me abochornaba profundamente. Ni siquiera la ingenuidad de Hugo parecía inmune a lo que se palpaba entre Mathis y yo.

—Oh. No sabía que habías organizado una fiesta.

—¿No lo habías invitado? —soltó Armand con malicia.

—No ha sido así exactamente. Él no debería estar aquí, sino en Estrasburgo.

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó Mathis divertido.

—¡No! Dios... Siéntate de una maldita vez.

Acepté la copa de vino que Joséphine me acercó y me la bebí de un trago. Coloqué un juego de cubiertos y platos en el hueco que había a mi lado y Mathis me obedeció. Al pasar por su lado percibí el olor de su perfume y se me erizó la piel.

Joséphine le agarró la mano suavemente y oró en silencio también por él. Pascal le sirvió caldo y Hugo sonrió cuando el pintor le sacó la lengua. Mis ojos se cruzaron con los de Armand y la emoción que vi en ellos me hizo sentir plena. En casa. Probé la sopa, templada y sabrosa, con pequeños trocitos de pan tostado, huevo cocido y jamón flotando en la superficie, y entonces lo supe. Supe que no podría haber soñado con una Navidad más perfecta.

—Te doy... —Pascal dudó un segundo, antes de lanzar el veredicto sobre mi cena—. Un siete. ¡Perdón!, un siete y medio.

—¿Ese medio punto es por la piel quemada del pavo? —preguntó Mathis con ironía.

Le lancé mi servilleta y se echó a reír. Tenía las mejillas sonrosadas por el calor de la chimenea y el vino. Me daban ganas de apretarlas con el dedo para marcarle puntos blancos en ellas, un camino de estrellas que recorrer con las yemas.

Tras el caldo, habíamos pasado al marisco. Lo había encargado en la tienda de Michel, que era capaz de conseguirte un mamut si se lo pedías, y lo había acompañado de mantequilla salada, limón y vinagre de chalota. Esa había sido la parte fácil, pero cuando había servido el

salmón, había visto algún ceño fruncido. La salsa de nata y puerros estaba sosa y demasiado espesa. Con el pavo, relleno de castañas y un poco hecho de más, habían comenzado las bromas. Para cuando saqué los tradicionales trece postres, ya había asumido que la cocina no era lo mío, pero no me importaba. No podía dejar de sonreír, aunque lo hiciéramos porque se burlaran de mis habilidades.

—¿Joséphine? —me dirigí a ella, que meditaba observando los platos medio vacíos.

—Mmm… No puedo darte más de un seis, Juliette, cariño.

Mathis soltó una carcajada y Armand chasqueó la lengua con decepción; para él todo lo que yo hacía era un sobresaliente y no había debate al respecto.

—El salmón estaba pasable. Pero el pavo… —Suspiró afligida—. Una pena.

Me mordí una sonrisa, porque, pese a sus palabras, el orgullo se reflejaba en sus ojos y me quedaba con eso; parecía que no era la única que pensaba que aquella cena había sido una gran idea.

—¿Y tú? —Me encaré con Mathis y los demás lo jalearon, animados por la tensión que parecía flotar entre nosotros.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No me da miedo lo que puedas pensar de mí.

Mathis dio un trago largo a su copa, ambos recreándonos en el doble significado de lo que le había dicho, antes de lamerse los labios y mirar los míos.

—Un cuatro. Raspado.

Abrí la boca y lo fulminé con la mirada, aunque me costaba contener las sonrisas. Armand lo abucheó y Pascal se rio divertido. Mathis me guiñó un ojo y se levantó. Comenzó a recoger los restos de la cena para llevarlos a la cocina. Lo seguí y nos encontramos frente al fregadero, tan juntos que nuestros brazos se rozaban. Él cogía un plato, lo limpiaba con agua, me lo pasaba y yo lo colocaba en el friegaplatos. Una cadena sencilla de movimientos. Una rutina más que ambos habríamos hecho cientos de veces en soledad, pero que juntos parecía un gesto tan hogareño e íntimo que me provocaba una tirantez en el estómago.

Sus dedos rozaron los míos al pasarme una copa y me estremecí.

—Gracias por aceptarme en tu fiesta, Juliette —murmuró suavemente.

—Te habría invitado antes, pero no sabía que habías cambiado de planes. ¿Ha pasado algo? —me atreví a preguntarle; deseaba que sintiera que estaba allí, a su lado, para lo que necesitase, aunque temía que pudiera cerrarse más al pensar en los motivos de su regreso.

—Nada nuevo. Mi modo de vida salió a debatir en la primera conversación familiar y me largué. Me pregunté: «¿Dónde me gustaría

estar esta noche?». Y pensé en ti.

El corazón se me aceleró y cogí el estropajo con manos temblorosas.

—La cena estaba asquerosa. Entiendo que me pusieras un cuatro.

—Los canapés no estaban mal.

—Untar queso y partir aceitunas es una gran habilidad.

Nos reímos. A nuestras espaldas, los demás seguían disfrutando de su mutua compañía, ajenos a la intimidad que Mathis y yo compartíamos simplemente pasándonos platos mojados.

—Has hecho algo muy bonito hoy.

—¿Verdad? —Sonreí con dulzura—. Yo también lo creo. Igual lo mío es esto, juntar a la gente triste para que no se sienta tan sola.

Mathis me acarició la mejilla un segundo tan fugaz que parecía no haber existido. La tenía húmeda y olía a jabón.

—Creo que en este momento hay de todo menos tristeza en este salón.

Nos giramos y observamos de nuevo a los demás. No pude ocultar la emoción. Joséphine y Hugo se hacían fotos con el teléfono móvil de Pascal, mientras este y Armand charlaban y reían con camaradería, con una copa de champán en las manos y con *Milo* dormitando a sus pies. Parecían plenos y tranquilos; parecían todo lo que merecían en un día que sabía que ninguno de ellos disfrutaba desde hacía tiempo.

—Supongo que esto no encaja en la idea de una Navidad perfecta, pero es bonito —murmuré con la voz tomada.

—Es lo que pasa con la familia. Nunca es perfecta, pero tiene algo, ¿verdad?

Le sonreí con la mirada humedecida. Después los miré a ellos. Y sí, quizá no fueran perfectos, pero ya formaban un poquito parte de mí.

Las raíces de la familia que uno elige nunca duelen.

—¿Ese cuatro significa que debo repetir el examen? —le susurré divertida en un intento por gestionar mis emociones.

Ladeó el rostro y me miró con intensidad. Tan cerca, podía oler su aliento, a limón, champán y cacao; una mezcla curiosa y de lo más interesante.

—Se puede subir la nota de muchas formas, Juliette.

Noté calor, y sed, y ganas de rozarle la garganta y bajar los dedos con suavidad bajo su camisa. Su mirada seguía clavada en los cubiertos que tenía en la mano, pero sentía sus ojos en mí, en cada peca, en cada latido, en cada bocanada de aliento que se me escapaba, más agitada de lo normal, de entre los labios.

¿Sabes por qué me gustas, Juliette?

Me sequé las manos con rapidez y dejé el trapo sobre la encimera.

Tenía miedo. Y no de lo que sentía, ni de lo que pudiera pasar entre nosotros, ni de lo que pudiesen pensar los demás. Tenía miedo de tocarlo y ser incapaz de parar.

Regresé al salón y esquivé las miradas traviesas de los otros. Sobre la chimenea, había colocado calcetines para todos y Hugo no dejaba de brincar nervioso alrededor, deseando que alguien aquella noche dejara algún regalo dentro.

Pero aún era pronto. La magia despertaría cuando él ya durmiera.

—Hugo, ¿hoy no sales al jardín?

Le guiñé un ojo y él miró esperanzado a su padre. Pascal le dio permiso con un gesto y el niño se dirigió a la cocina y atravesó la puerta de una carrera. Todos nos asomamos para verlo, menos una Joséphine que descansaba frente al calor del hogar encendido. En cuanto Hugo vio las luces y el cartel que le indicaba dónde comenzaba la aventura, ahogó una exclamación. Los demás observaron el entorno con asombro, antes de que los pasos veloces del niño rompieran la quietud. Solo era un juego. Un pequeño laberinto de flechas y tesoros escondidos entre las flores y las piedras, como Bastien un día me había enseñado. Pero para el pequeño, aquella noche, era un mundo entero esperando ser descubierto.

A mi lado, Armand suspiraba emocionado por aquella sorpresa. Mathis, en cambio, me observaba de un modo distinto; casi sentía sus ojos bajo la piel, arañando con aquella aspereza que comenzaba a gustarme más que cualquier caricia. Cuando Pascal habló, Mathis entró de nuevo en la cocina y siguió limpiando. Armand lo acompañó antes de darme un apretón afectuoso en el brazo y dejarme a solas con el padre de Hugo.

—Juliette, yo... —La voz de Pascal, temblorosa y sentida, se alzó en la noche.

—No digas nada. No siempre las palabras son necesarias.

—Lo sé. Lo he aprendido gracias a él.

Nos miramos, cómplices, y después miramos a Hugo. Su alegría. Sus sonrisas. Su risa, el único sonido que era incapaz de controlar bajo el yugo del dolor de la pérdida. Me pregunté si alguna vez volvería a hablar. Si quizá no lo hiciera porque no creía que tuviera nada que decir. Si yo alguna vez llegaría a escuchar su voz antes de marcharme.

Me abracé. Allí fuera el frío se te colaba rápido bajo la ropa. A mi lado, Pascal, el hombre de mirada apagada, parecía feliz.

—La paternidad me ha enseñado muchas cosas, ¿sabes? —comentó como si lo que fuera a decir no tuviera importancia—. Entre ellas, a reconocer el orgullo que podrían sentir otros padres con sus hijos.

Me miró de reojo y cerré las manos con fuerza; tal vez así pudiera atrapar sus palabras y guardarlas para mí. No sabemos que necesitamos algo hasta que nos lo dan y su efecto es demoledor.

Tragué saliva y pensé en él. En Bastien. Y, por primera vez, en mí como en su hija y sonreí.

—¿Erais amigos?

Pascal me observó con tiento un instante y asintió.

—Tomábamos alguna cerveza en el bar de vez en cuando.

Sonrió, perdido en los recuerdos, y me imaginé la escena; me di cuenta de que cada vez lo hacía con más nitidez, como si la neblina que siempre había envuelto a mi padre se fuera disipando con lo que descubría de él a través de las palabras de otros.

—No hablábamos mucho, si te soy sincero, solo nos hacíamos compañía y me preguntaba por Hugo —continuó Pascal—. Bebíamos en silencio uno al lado del otro y, cuando la cerveza se terminaba, uno de los dos se levantaba y se despedía con una palmada en el hombro.

Tragué saliva y, por primera vez, no intenté frenar la presión que notaba en el pecho al pensar en Bastien, sino que me centré en ella, me recreé en cómo me hacía sentir y la acepté como parte de mí.

—Pero era suficiente, ¿entiendes? Durante ese tiempo, todo parecía ir bien.

Asentí, porque, por muy extraño que resultase, comprendía lo que Pascal intentaba explicarme.

Una vez Hugo encontró todos los tesoros escondidos, que no eran más que bastones de caramelo y monedas de chocolate, Pascal lo cogió en brazos y el niño apoyó la cabeza en su hombro. Cuando bostezó tres veces y cerró los ojos, agotado por tantas emociones, su padre decidió que era el momento de retirarse.

Joséphine, desde el sofá, nos sonreía a todos con aspecto cansado. Miré el reloj y asentí en su dirección. Era la hora de acompañarla a casa. Hizo amago de levantarse, pero Armand se me adelantó.

—Yo la llevo.

Los cuatro se pusieron los abrigos y me abrazaron. Su calidez me reconfortaba de un modo nuevo. Les di las gracias por todo y les hice prometer volver al día siguiente a comprobar si había algo en los calcetines de la chimenea.

Cuando cerré la puerta y me giré, me encontré con Mathis. Estaba parado entre la cocina y el salón. Me miraba de un modo desconocido. Con él sentía eso a menudo; con cada gesto, con cada día que pasaba y que nos enseñaba algo nuevo del otro, Mathis parecía verme por primera vez; como si me quitara una capa y le descubriera a una Juliette diferente. Pero aquella noche, todo parecía… más.

Más intenso. Más despierto. Más vivo.

Se pasó la lengua por los labios y noté mis latidos en los oídos. El silencio, de pronto, hacía eco. La distancia entre ambos tenía tanto peso que casi se podía tocar. La casa parecía más pequeña. La percepción del mundo era distinta. Recordé los relojes blandos de Dalí y sonreí nerviosa.

—Yo también debería irme —dijo con voz ronca.

—Claro.

Cogí su abrigo del perchero de la entrada y se lo tendí. Se lo puso sin apartar sus ojos de mi rostro y abrí la puerta.

—Gracias por aparecer. Ha sido una sorpresa agradable.

El frío que se coló de la calle me erizó las piernas desnudas. Mathis sonrió con dulzura y me colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Gracias por hacer de tu casa un refugio para todos.

Asentí con un nudo en la garganta y lo vi marchar. Abrí la boca para gritarle «quédate», pero ni una palabra salió de mis labios. El anhelo se quedó en un vacío presente que comenzaba a tener demasiado cuerpo.

Cuando Mathis llegó a su casa, cerré y me tragué la necesidad de él que cada día me abrumaba un poco más.

Carta número 25

Juliette:

Debo confesarte que nunca me gustó la Navidad. Nunca les vi a estas fechas nada en especial, sino que el peso de las tradiciones familiares y los compromisos me hacían enfrentarme a ellas con cierto hastío.

Sin embargo, desde que me he retirado a este pueblo, todo es distinto. Aquí se respira algo bonito entre las casas de colores cubiertas de luces y los puestos de la plaza. Huele a azúcar quemado, la ilusión envuelve las calles y sonreír no cuesta tanto cuando alguien te desea que pases felices fiestas. Tengo la sensación de que todo es más de verdad. O puede que lo que ocurra es que me estoy haciendo viejo.

Da igual, lo único que importa es que hoy he colgado un calcetín para ti en la chimenea.

Estés donde estés, te deseo Feliz Navidad, Juliette.

S.

37

Me quité los botines y los dejé sobre la alfombra. Era tarde y podía dedicar la mañana siguiente a recogerlo todo, pero me sentía inquieta. Despierta. Abrumada por las sensaciones que Mathis había alimentado y que esa noche me resultaban insoportables.

Recordaba sin cesar todos nuestros encuentros, los acercamientos, los roces; cada beso desde el primero que me había dado en la mano, haciendo de nuestra *no cita* una perfecta, hasta el último, el que yo me había dado en los dedos para después rozar sus labios.

Apuré mi copa de champán y me estremecí al notar las burbujas en la lengua. La sensación era muy parecida a lo que me provocaban sus miradas, sus susurros, los gestos invisibles para los demás e inmensos para mí.

¿Y si me calzaba, cogía el abrigo e iba en su busca? ¿Y si llamaba a su puerta y le preguntaba cuánto más íbamos a soportar la tensión viva e intensa entre nosotros antes de caer? ¿Y si, la próxima vez que nos cruzásemos, lo agarraba por las mejillas y lo besaba?

Sin dudas. Sin preguntas. Siendo valiente por los dos.

Sentí una tirantez en el estómago al imaginármelo y comencé a amontonar sobre una servilleta las migas del mantel. Una a una, como si no fuera más fácil quitar la tela y, simplemente, sacudirla en el patio.

¿Sentiría también Mathis ese vértigo agazapado, esa presión que crecía incesante cuando lo notaba acercarse? ¿Desearía tanto como yo romper la barrera que aún nos separaba?

Llevé las botellas vacías a la cocina y las dejé en la despensa. Me apoyé en el muro frío y clavé la vista en la lata de caramelos que aquella noche había colmado de felicidad a un pirata de seis años. Deseé que la vida fuera tan sencilla como buscar tesoros debajo de las piedras y saltar de dicha al encontrarlos.

Salí y me asomé a la ventana que daba al jardín. Pequeñas luces navideñas enredadas en las plantas tintineaban. Mi corazón latía más rápido que ellas. Seguía acelerado, inquieto, buscando otro con el que acomodar sus pulsaciones.

¿Y si para Mathis solo se trataba de eso? ¿Y si para él consistía en encontrar a alguien que cargara con las mismas partes grises de forma refleja? ¿Y si la tristeza tendía a buscarse para aligerar su peso?

Un golpe en la puerta rompió el hilo de mis pensamientos.

Noté una sacudida en el pecho.

Pum. Pum. Pum. Pum.

¿Y si…?

Un latido más fuerte movido por la ilusión, el presentimiento, el deseo de que el final feliz no fuera más que un principio a mi alcance.

Abrí la puerta y contuve el aliento. Mathis me observaba sin pestañear, con los labios húmedos y el pelo revuelto. La mirada le brillaba por el sueño, el alcohol y el deseo. Y por mí. Sobre todo, por mí.

Entró despacio y cerró a su espalda.

—Mathis…

Suspiró al escuchar su nombre, como si mi voz impactara sobre él, como si le provocara dolor y placer entremezclado en una sensación imposible.

Alcé las manos y rocé su camisa a la altura del pecho.

Cerré los ojos.

Sus dedos se colaron en el arco de mi cuello y se enredaron en mi cabello. Noté un tirón leve que me sacudió de la cabeza a los pies.

Y gemí.

—No deberías hacer eso —susurró con aspereza.

—¿Por qué?

—Porque llevo mucho tiempo aguantándome las ganas, Juliette. Pero comienza a resultarme difícil…

—¿Las ganas de qué?

Su risa me hizo cosquillas en la frente. Tragué saliva y deseé vivir para siempre en ese instante, flotando sujeta por su mano, con su aliento envolviéndome y su aroma llenando mis pulmones de flores.

Rozó mi mejilla con los labios y me estremecí.

—De ti…

Movió la boca suavemente por mi piel. Acarició mi nariz. Mis pómulos. El lóbulo de mi oreja. Temblé. Aquello no parecía real, pero no recordaba haber estado más despierta en toda mi vida.

—¿Sabes por qué me gustas, Juliette?

Sonreí al escuchar de nuevo esa pregunta y pestañeé para mirarlo. Estábamos tan cerca que podía distinguir las vetas amarillas de sus ojos verdes.

—No tengo ni idea. No parezco precisamente tu tipo.

Se mordió el labio y me contuve para no hacerlo yo. Porque Mathis había regresado. Se había dado la vuelta y había llamado a mi puerta. Había sido más valiente que yo, que había decidido hundirme en un mar de dudas. Había pensado en lo que flotaba entre nosotros y, de repente, lo tenía ahí, tocándome y respirando el mismo aire.

—Eres totalmente mi tipo —confesó y no pude evitar reírme.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Qué es lo que tengo? ¿Qué es lo que soy para

ti, Mathis?

Arrugué su camisa entre los dedos y se le abrió un botón a la altura del corazón. Colé dos de ellos y me recreé en el calor de su piel, en el suave ritmo de sus latidos contra la palma de mi mano.

Mathis me apartó un mechón de la cara y desdibujó mi boca con las yemas. El gesto me excitó y me abracé a él.

—Vulnerable —susurró contra mi oído.

Apreté los brazos en su espalda y pellizqué su pecho con los dientes. Me sentía confusa, pero también deseada, y admirada, y tan bonita como pocas veces en mi vida. Me sentía más yo misma que nunca y rota. Más todavía, tras su declaración. ¿Podría haber belleza en lo defectuoso? ¿Podría ser un error algo digno de admirar?

Alcé el rostro, confusa, y me encontré con el suyo. Me sonreía y parecía en calma, seguro y feliz. Y Mathis rara vez parecía feliz.

—Vulnerable —le repetí. Porque necesitaba entenderlo. Porque no era lo que esperaba, pero tampoco me ofendía, solo me intrigaba.

Él asintió y sentí sus labios en mi pelo antes de compartir conmigo su visión de la vida.

—Todos estamos rotos, Juliette, pero en tu caso es distinto. Tú estás rota y, aun así, brillas. ¿Es que no lo entiendes? Por eso no puedo dejar de mirarte. No puedo tenerte cerca sin desear tocarte.

Alcé una mano y lo sujeté por la mejilla. Entonces lo comprendí. Mathis, un chico cuya vida parecía orbitar alrededor de la tristeza sin remedio, había encontrado en ella algo que merecía la pena mirar. Y, entre sus brazos, mis grietas no eran más que resquicios por donde se colaba la luz.

Sonreí y rompí la distancia del todo. Posé los labios muy despacio sobre los suyos y lo besé. Cerré los ojos, abrí la boca y sentí por primera vez su sabor, el tacto de su lengua, su calor. Lo agarré por la nuca y Mathis colocó una mano en mi espalda y me atrajo hacia él.

Aumentamos la profundidad del beso y me empujó contra el aparador. Sus manos estaban por todas partes. Las mías buscaban, sedientas, retazos de piel que descubrir y tela bajo la que colarse. Me senté sobre el mueble y rodeé su cadera con las piernas. Sus besos eran ansiosos, húmedos, ardientes.

Perfectos.

Mathis besaba como había imaginado. Como los artistas lo viven todo. Con intensidad, con la pasión de quien cree en lo que está haciendo y lo defiende lo mejor que puede. Y que lo hace mejor que nadie.

—Juliette… —susurraba entre besos cortos y dulces.

Yo sonreía, entrecerraba los ojos y suspiraba contra su boca. Y le pedía más. Con las manos, con la lengua, con gemidos y los labios húmedos e hinchados buscando los suyos. Y me dejaba llevar adonde

quisiera llevarme. Lejos del mundo. Muy cerca de él.

Nos movimos a trompicones por el salón hasta llegar al sofá. Se sentó y me colocó sobre sus piernas. Conmigo encajada a la perfección sobre su cuerpo, jugueteé a rozar la punta de su nariz con la mía y nos miramos.

—Quise besarte la primera vez que te vi.

Contuve un jadeo y me moví sobre su regazo. Su deseo me empujaba a trazar círculos con las caderas. Muy despacio. Calculando la presión exacta para apremiar el mío.

—Ojalá lo hubieras hecho —le confesé.

Soltó una risita entre dientes y negó.

—Nos habríamos perdido todo el camino. Y ha sido… inspirador.

Suspiré contra su boca. Sus manos presionaron mis muslos y el vestido se me subió hasta la cintura. Sentí la fuerza de sus dedos dejando marcas en mi piel.

Lo sujeté por la nuca y le pedí más.

Él me lo dio sin dudar.

Le desabroché la camisa y marqué un camino de besos hasta su cuello. Echó la cabeza hacia atrás y lamí la piel suave y salada. Probé al pintor hasta llegar a sus labios. Los recorrí con la lengua y busqué la suya cuando gimió mi nombre en un susurro hosco.

Mathis se deshizo de mi ropa con movimientos diestros y abrazó mi desnudez. Dibujó con los dedos mis contornos, rozó mi pecho y buscó rincones que me hacían estremecer.

Me peleé con su pantalón y ambos suspiramos con alivio cuando rocé su dureza. La recorrí con calma con los dedos mientras Mathis me devoraba con fervor.

Me tumbó en el sofá y, con las manos entrelazadas sobre mi cabeza, Mathis entró en mí.

Y todo fue luz.

Nada más que eso.

38

Me giré de la cama, aún somnolienta, y lo busqué. Su calor todavía se notaba entre las sábanas, pero su lado estaba vacío. Abrí los ojos y suspiré. Podría parecer una locura, pero ya lo echaba de menos. Tras la cortina echada, se intuía el primer sol de la mañana.

Me estiré y me reí al notar dolor en algunas zonas del cuerpo.

La almohada olía a él. A mí. A nosotros.

La vida, a algo dulce y encantador.

Me vestí y bajé las escaleras con una sonrisa. Cuando llegué al salón, abrí la boca, sorprendida por encontrármelo todo como si el día anterior no se hubiera celebrado una cena. Algún fantasma con insomnio se había levantado de madrugada y lo había recogido por completo. Me mordí el labio, ilusionada, eufórica, esperanzada, y saqué los regalos que tenía escondidos en el despacho para colocarlos en los calcetines de la chimenea. Los había comprado todos en el mercado del pueblo: un broche de flores secas para Joséphine, una corbata pintada a mano con una escena de *El principito* para Armand, un juego de marionetas para Hugo, una agenda para Pascal e incluso un hueso de tela para *Milo*. Todos menos el de Mathis.

El de Mathis era diferente. Entre otras cosas, porque lo había hecho yo. Aún a ratos dudaba de si era una tontería o se parecería más al regalo de un niño que al de una persona supuestamente adulta, pero acabé colocándolo en su lugar a la espera de que su dueño lo descubriera.

Un brillo me hizo girarme hacia el calcetín que llevaba mi nombre. En su interior, me sorprendió un pequeño paquete de color plata. Rasgué el papel y sonreí emocionada al descubrir lo que Mathis había escogido para mí. Nos recordé paseando por el mercadillo navideño, a él fijándose en los detalles, observando mi anhelo cuando miraba algo, distinguiendo mis dudas y miedos más allá de los que pronunciaba en alto al ver a un hombre tallando nombres en la madera. Y me pregunté cómo era posible que una persona conociera a otra a unos niveles tan internos, cuando estaba segura de que él no sabía ni el nombre de mis mejores amigos, dónde había trabajado o si había tenido alguna mascota. Sin embargo, entre Mathis y yo las cosas funcionaban de un modo diferente. Sentía que, desde el principio, nos habíamos saltado pasos, capas, habíamos escarbado sin miedo en la superficie del otro y nos habíamos mostrado sin fingir que éramos

perfectos.

Abrí la puerta y el frío me erizó la piel. La calle estaba vacía y pequeñas gotas de agua salpicaban la acera. Observé la placa de madera junto al buzón con el nombre de mi padre.

Un minuto después, volvía a resguardarme del clima y, afuera, la placa había sido sustituida por una nueva.

«Juliette Simon.»

Los pequeños pasos, a veces, suponen distancias enormes.

Pasé la mañana soñando despierta. Me sentaba en el sofá, echaba la cabeza hacia atrás y recordaba la suya en la misma posición, su cuello expuesto para mí, el sabor de su piel en mi lengua. Me comí las sobras del día anterior mientras recordaba su sonrisa pícara suspendiendo mis habilidades culinarias para, horas después, susurrarme entre sábanas que se había equivocado y que era una alumna muy aplicada. Me duché y, mientras me enjabonaba, me imaginaba que eran sus manos las que me tocaban y el placer regresaba con fuerza. Me vestí pensando en verlo, me peiné añorando sus dedos jugando con mis rizos, me pinté los labios deseando marcar los suyos de carmín.

Me cansé de esperar visitas y salí contenta e ilusionada como jamás había experimentado durante esas fechas. Hice una primera parada en casa de Joséphine y me sorprendió encontrarme allí a Pascal y Hugo, que se habían acercado a llevarle unos dulces. Les di a todos los regalos que Papá Noel había dejado en mi casa y, para mi sorpresa, también me encontré en sus hogares con otros que llevaban mi nombre. Después me acerqué a casa de Armand, al que pillé echándose la siesta con un pijama de ositos, y con el que pasé un rato muy agradable antes de excusarme diciéndole que aún debía visitar a alguien más.

Caminé en dirección a la casa de fachada roja con los nervios a flor de piel. Me moría por verlo, aunque también temía que lo compartido la noche anterior se hubiera difuminado dando paso a otra cosa. La inquietud comenzó a asentarse en mi estómago, formando un nudo cada vez más grande. Cuando llamé al timbre, ya había asumido que me encontraría a una versión de Mathis muy distinta y que lo sucedido no había sido más que un error. Debía mantenerme con los pies en el suelo y la mente adulta, porque, como ambos bien sabíamos, los finales felices solo existían en las películas.

Sin embargo, él apareció al otro lado y, simplemente, tiró de mi mano. Me apoyó en la pared y me besó con premura y hambre. Le correspondí y cerré la puerta de una patada. Enredé las manos en su pelo y gemí bajito al sentir sus dientes en mi labio inferior.

—¿Eres mi regalo? He debido de ser muy bueno este año.

Me reí como una niña y las dudas se evaporaron.

—No exactamente. Pero los regalos pueden esperar.
—Sí, ya lo creo que eres mi regalo… —afirmó con firmeza.
Me desabrochó los vaqueros y coló la mano dentro de mis bragas. Susurré su nombre. Cerré los ojos. Me sujeté a sus hombros y mecí las caderas buscando placer. Mathis me besó el cuello, los pómulos, la barbilla. Le mordí la boca cuando el orgasmo me pilló desprevenida.
Soñar resultaba demasiado fácil.
—¿Te ha gustado? —murmuró contra mi mejilla.
—Oh, sí.
—Me refería a la placa.
Me reí como una tonta y él me acompañó. Me cogió de la mano y me llevó al salón. No disimuló en ningún momento su excitación y tampoco dio muestras de que tuviera que corresponderle por el placer que me había regalado; estaba acostumbrada a que el sexo siempre fuera un intercambio justo, pero que Mathis no pareciera esperar nada a cambio me gustó.
Nos sentamos en el sofá y le di las gracias por la placa con mi nombre, aún sonrojada y respirando de forma entrecortada.
—Te he traído algo. Aunque tú has puesto el listón muy alto —bromeé azorada.
Le tendí el regalo y lo abrió con cuidado. El papel morado brillaba. Sostuvo el marco negro y fino entre los dedos y lo observó con el ceño cada vez más fruncido. Su expresión risueña cambió y, por un instante, pensé que me había equivocado. Cogí aire e intenté explicarle lo que pretendía aportarle con aquel *collage* de recortes, detalles y colores mezclados que me recordaban a él, a nuestra historia y a su lugar en el pequeño mundo que había descubierto en aquel pueblo.
—Siempre que te veía pintar me preguntaba si sabrías qué veíamos los demás en ti. Yo no tengo talento, Mathis, pero me pareció una idea bonita mostrarte lo que veo cuando te miro.
En medio de la composición se encontraba la fotografía que le había sacado una noche desde la ventana. Había sido un impulso y la había usado para mirarla en mis ratos muertos, como si hacerlo no significara nada. Pero ahora era suya. El pintor retratado desde el otro lado. Alrededor de ella había colocado flores secas del jardín, recortes de palabras que me recordaban a él, gotas de pintura sobre trozos de papel.
Asintió y se apartó el pelo en ese gesto tan suyo. El silencio comenzó a agobiarme. Pensé en marcharme, en pedirle disculpas y despedirme, pero entonces su mano buscó la mía y su voz dulce rompió la distancia y se perdió en mi oído.
—Joder, Juliette, ¿ves como eres luz?
Cerré los ojos, busqué su boca, y el deseo, la piel y las emociones

hicieron el resto.

Carta número 5

Juliette:

He pensado en volver. Sé que es tarde, que quizá no sea bueno para ti, que Liane no tiene motivos para perdonarme y que, haga lo que haga, jamás podré borrar lo que hice, pero... he pensado en volver.

A veces me lo imagino. Llamo a vuestra puerta y tú abres. Tienes seis años y tu sonrisa desdentada me recibe. Te explico quién soy y avisas a tu madre. Acabo dentro de vuestra casa, con un café en las manos y el corazón en la boca pidiendo perdón. Ocupo una habitación en el hotel del final de la calle y volvemos a vernos a la mañana siguiente.

Poco a poco.

Gota a gota.

Un día os acompaño al colegio. Otro voy a buscarte yo solo. Tomamos batidos y me hablas de un niño con el que juegas a los superhéroes. Un tercero me invitáis a cenar y después te acuesto. Llevas un pijama de Mickey Mouse y te canto una canción muy bajito hasta que te duermes.

La vida es fácil. Fluye. Es bonita.

Suena bien, ¿verdad?

Por eso a menudo pienso en volver. Me tienta. Pero no lo hago. Porque, en el fondo, sé que nunca será así y soy demasiado cobarde como para ni siquiera intentarlo.

S.

39

Me levanté de la cama y me abrigué con una manta que descansaba a los pies. Mathis dormía y la luna aún brillaba en el cielo. Caminé hacia la ventana y mis pies hicieron crujir la madera, pero él no se despertó. Lo miré por encima del hombro. Parecía tranquilo, profundamente dormido y lejano al chico que decía que le costaba hacerlo.

Me asomé al exterior y vi la fachada anaranjada de mi casa a lo lejos y, sin comprender por qué, pensé en marcharme. En coger mi ropa en silencio y bajar las escaleras de puntillas. Abrir la puerta y cerrarla con sigilo. Desaparecer en la noche como una fugitiva e imaginármelo despertar y no encontrar mi pelo cubriendo la almohada.

Él lo había hecho la primera noche que habíamos pasado juntos.

Mi padre también se había marchado para no volver.

Por primera vez, me pregunté qué se sentiría desde el otro lado del abandono.

Cómo se verían las cosas cuando las dejabas atrás.

Rocé con los dedos el cristal y el frío me permitió marcar en él un corazón.

Lo partí en dos y regresé a la cama.

40

Entré en casa de Joséphine nerviosa. Nos habíamos visto el día anterior, pero en compañía de Pascal y Hugo y sabía que, en cuanto estuviéramos a solas, las preguntas sobre qué me traía entre manos con el pintor llegarían. Joséphine era astuta y no tardaría en darse cuenta de que entre los dos algo había cambiado. Así que había decidido quitármelo de encima. Colgué el abrigo en el perchero y, antes de que ella abriera la boca, la miré y hablé con la voz temblorosa.

—Me he acostado con Mathis.

—¡Ya era hora!

Joséphine se levantó y corrió lo que su cuerpo le permitía hasta la alacena de la sala de estar. Abrió las puertas de abajo y sacó una botella antigua con un líquido rojizo y dos vasos de chupito.

—Esto se merece el licor de emergencia.

—¿Qué es?

—¿Acaso importa? Tú bebe.

La obedecí y cerré los ojos con fuerza cuando el alcohol me quemó el gaznate.

—¿No eres muy mayor para esto? No quiero que te mueras.

Tosí con fuerza y ella se tragó el contenido del vaso sin pestañear.

—Quizá seas tú la que no está preparada para mi licor de cerezas. Y, ahora, cuéntamelo todo, niña.

Llenó los vasos de nuevo y lo hice. Le conté que llevábamos semanas tonteando, meciéndonos entre silencios, miradas y palabras dichas entrelíneas. Que había algo en mí que despertaba cuando lo tenía cerca, que me mantenía en vilo y que me hacía desear estar, cuando el resto del tiempo tendía a desaparecer. Que me gustaba su voz, el color de sus ojos y el modo en el que fruncía el ceño cuando me miraba. Que me gustaba su forma liviana de moverse, de vestir y de cuidarme sin que se notase, tres cosas que hacía sin aparente esfuerzo, de un modo tan natural como respirar. Que me gustaban sus besos, el tacto de su piel y las cosquillas que me hacía detrás de las rodillas. Que me gustaban sus grises tanto como el color que aportaba en mi vida.

Cuando terminé, ella suspiró pensativa. El segundo chupito de licor me daba vueltas en la cabeza.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

Joséphine sacudió la cabeza.

—Sé que los jóvenes os relacionáis de un modo diferente que me cuesta entender, pero… ¡el amor es el amor, Juliette! Algo tendréis que hacer con él.

—¿Amor?

Ella rompió a reír y la miré confundida.

—¿Qué va a ser, si no? ¡Y no me vengas con tontadas de que solo es sexo o cosas así! —Me sonrojé como una niña—. Sabes que hay algo más. Todos lo vimos en la cena. Todos lo sentimos. Para bien o para mal, cada uno de nosotros lo hemos conocido y sabemos apreciarlo cuando lo vemos.

Amor. Qué sencillo parecía desde fuera. Qué ajeno lo sentía. Quizá porque siempre había creído que no era para mí. Antes o después, todas mis relaciones se acababan, las emociones se diluían. Pero, cuando pensaba en Mathis, algo crecía sereno y seguro, como las enredaderas del arco del jardín.

Pensé en las palabras de Joséphine. En su vida junto a Margarite, en los deseos no cumplidos de Armand y su mujer, en el duelo inacabado de Pascal y Hugo. Todos cargaban la tristeza de sus historias, aunque también la felicidad de haberlas vivido. Pese al dolor, ninguno parecía arrepentido.

Me mordí el labio y mi mirada se perdió en la ventana. El viento movía los árboles desnudos de diciembre. Me pregunté cómo sería el dolor de perder a Mathis y si se parecería al que los demás sentían. Si la pena por la pérdida, fuera esta del tipo que fuera, igual que la del amor, también sería universal.

Suspiré y me esforcé por ignorar el cosquilleo de ilusión que la idea me había provocado.

—Estoy de paso, Joséphine. Y él también —me justifiqué.

—Tontadas.

—Solo ha sido…

Intenté ponerle palabras, pero no fui capaz. Había sido sexo, sí, pero también caricias, instantes, emociones apaciguadas que despertaban. El sexo para mí siempre había significado otra cosa. En realidad, lo diferente desde el primer momento fue lo mío con Mathis. Extraño, una excepción, un punto y aparte, un agujero para dos en medio de este mundo que no comprendía.

—No hace falta ponerle nombre. Además, ni siquiera sé si vamos a repetirlo.

Las carcajadas de Joséphine rompieron la quietud del momento. Se rio tanto que acabó tosiendo y limpiándose las lágrimas de las mejillas. Verla así me ablandaba, aunque fuera a costa de burlarse de mí.

—No te tenía por una ingenua, Juliette.

Y, pese a todo, yo también me reí.
—¿Sabes? Yo tampoco.

Llamé a la puerta de Mathis un poco más tarde.

Conversar con Joséphine me había descolocado. Yo nunca había sido una ingenua; no, al menos, cuando se trataba de relaciones. Tendía con rapidez a la desilusión, a pecar de realista. Por eso, decidí plantar cara a la razón de mi incertidumbre.

Que Mathis me abriera en albornoz no me facilitaba precisamente las cosas. Sonrió levemente y me dejó pasar. Me desprendí de la bufanda y los guantes, y dejé el abrigo sobre una silla. Noté enseguida el contraste del calor con el frío adherido a mi piel.

A mi espalda, Mathis suspiraba contra mi pelo y me provocaba cosquillas. Se había acercado tanto que era imposible que no me afectase.

—No espero nada, pero me gustaría ponerle un nombre a esto.

Sentí su sonrisa sin verla. Canalla. Lobuna. Tan peligrosa como habían empezado a parecerme las emociones.

—No pensé que fueras de las que necesitan etiquetas.

—Debería haberte contado que de pequeña tenía una etiquetadora. Todas mis pertenencias estaban marcadas.

Mathis se rio y me mordí los labios. Me imaginé poniéndole una de mis etiquetas de flores en el centro del pecho, a la altura del corazón. Me sujetó el mentón con dos dedos desde atrás y me estremecí. Me apartó el cabello y rozó la nariz en mi nuca. Su aliento me erizó la piel.

—¿La ladrona Juliette tenía miedo de que le robaran?

—O de que me abandonasen y nunca pudiera encontrarlas.

Tragué saliva y Mathis apretó su cuerpo contra el mío. Pese a la intimidad del momento, pensé en Bastien y en todas las veces que sus decisiones me habían influido. No siempre las veía, pero estaban ahí, marcando mi vida, moldeándome a mí. El poder de la ausencia es incuestionable.

—Cierra los ojos.

Sonreí de forma inevitable y lo obedecí. Percibí sus dedos colarse bajo mi jersey y me sacudí. Me acarició el ombligo y apoyó la barbilla en mi hombro. Me sentí sujeta, protegida, totalmente a salvo.

—Y ahora piensa en un color.

Rozó con los dientes el lóbulo de mi oreja y me dejé caer hacia atrás. Sus formas se intuían bajo la tela rizada del albornoz. Su olor envolvía un mundo no siempre amable. Nos mecimos con suavidad y Mathis dejó un beso húmedo en un lateral de mi cuello. Y todo se volvió verde. Y blanco. Y azul. Y lila. Un infinito de colores explotando a mi alrededor. Una mezcla intensa y única a la que no era

posible poner un nombre, porque no lo tenía, los abarcaba a todos y a ninguno. Era diferente. Y era nuestro. Solo nuestro.

Cuando abrí los ojos, la necesidad había desaparecido. Me sentía en casa.

—¿Y bien?

Me giré y lo besé. Lo sujeté por las mejillas y le lamí los labios. Busqué su lengua y la enredé con la mía. Le demostré con mis gestos que aquello era suficiente y más de lo que nunca me había ofrecido nadie. Y Mathis llevaba razón, no necesitábamos palabras concretas que definieran algo que tenía tanta vida en sí mismo como para, simplemente, ser.

Nos separamos y reparé en que respirábamos con dificultad y teníamos las mejillas encendidas.

—¿Aún necesitas un nombre? —susurró con los labios húmedos de mí.

Sonreí y Mathis me abrazó.

—No, ya no.

Carta número 19

Juliette:

Hay algo que no te he contado. En realidad, nunca se lo he contado a nadie.

Una vez, cuando era pequeño, atrapé un escarabajo. Era de un negro irisado, brillante como no había visto otro. Lo encerré en un bote de cristal y me pasaba los ratos muertos mirándolo. Me resultaba fascinante. Un regalo de la naturaleza a la altura de las bestias y monstruos de los cuentos que me leía mi padre. Me esforcé por cuidarlo. Le preparé una cama con algodones y la colocaba bajo la mía antes de dormir. Buscaba hojitas y bichos muertos para alimentarlo. Lo mantenía escondido, a sabiendas de que mi madre, que albergaba un miedo atroz a cualquier insecto, lo encontrara y me obligara a desprenderme de él.

Pasamos seis días juntos. Le puse nombre, le conté mis secretos, lo saqué de paseo dentro de mi mochila.

Al séptimo, murió.

Había ocupado todos mis esfuerzos en cuidarlo, pero me había olvidado de algo muy importante: nadie puede vivir demasiado tiempo en un agujero.

No sé si este consejo te servirá de algo, pero hoy, a punto de retirarme, he aprendido que lo que más te gusta en el mundo no siempre es bueno y llega un punto en el que debes apartarlo. Hoy dejo lo que más feliz me ha hecho y, sin poder evitarlo, he pensado en ese escarabajo.

S.

41

Hugo barría las hojas muertas con brío. Tenía las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y el frío, pero no cejaba en su empeño.

—Si te cansas, puedo hacerlo yo.

Pero él negaba y continuaba limpiando el jardín. Su silenciosa perseverancia resultaba admirable.

Desde la cena, me había visitado a menudo. Siempre entraba por el patio, cogía flores y buscaba bajo las piedras, pero, en vez de marcharse al terminar, empujaba la puerta de mi cocina y se colaba en ella con una sonrisa traviesa.

Me ayudaba a cocinar postres para Joséphine o se sentaba frente a la chimenea con un cuaderno y una lata de lápices de colores y dibujaba lo que su imaginación le pedía; los dibujos acababan en manos de Armand, que los usaba para decorar el rincón infantil de la futura biblioteca. En ocasiones, salíamos al jardín y lo manteníamos lo mejor que sabíamos, con sus manos infantiles y las mías inexpertas.

La tristeza que siempre sentía por que no hablara se fue convirtiendo en algo más dulce. Me acostumbré a esos silencios que yo me esforzaba por llenar con palabras, incluso a veces vacías, pensando que él se sentiría mejor, pero con el tiempo los dejé ser y hasta los disfrutaba.

Pascal pasaba a buscarlo, aunque nunca lo presionaba con las prisas que caracterizan siempre a los adultos. Se sentaba a esperar a que su hijo terminase con la tarea que estuviera realizando, nos observaba y se relajaba entre flores y bajo las nubes cargadas.

El invierno resultaba cálido, acogedor y nuestro.

Vi a Hugo acercarse a las caléndulas y estudiarlas con delicadeza. Desde hacía un par de días sus pétalos brillaban de un modo más intenso, aunque a ratos dudaba de que solo fuera imaginación mía. No obstante, el pequeño me miró y asintió con una sonrisa. Después fijó sus ojos en la ventana abierta de la buhardilla y lo comprendí.

—Joséphine tenía razón: les faltaba la música —le susurré conmovida.

Su mano encontró la mía y me obligó a arrodillarme. Un beso me mojó la mejilla.

Di la bienvenida al nuevo año acompañada de mis vecinos en el único bar del pueblo. Brindamos con champán, contamos anécdotas de

fiestas de Fin de Año anteriores y nos abrazamos para despedirnos cuando el frío nos golpeó al otro lado de la puerta.

Aquella velada distaba mucho del ruido de París, pero, al llegar a casa, me di cuenta de que nunca lo había hecho con una sonrisa tan sincera.

Cada noche subía al desván y leía una carta. Al terminar, con las emociones aún dando vueltas en mi interior, me sentaba en el piano y tocaba canciones. A veces eran de Bastien y otras el recuerdo de las que había aprendido en mi adolescencia. Sabía que no era la única que las oía, pero mis nuevos amigos no decían nada; yo jugaba a imaginármelos en sus casas, abriendo las ventanas a su vez y cerrando los ojos bajo el embrujo de la melodía, como me gustaba pensar que habían hecho cuando la creaban los dedos de Bastien y no los míos.

Y, sin ser consciente de que había sucedido, enero me enseñó que me había habituado a aquella vida. Ya no dudaba. Ya no sentía la casa de mi padre como algo extraño, sino que incluso la sentía mía. Me ponía a menudo su ropa de abrigo y lo hacía con cariño. Me retaba a mejorar las recetas que él había perfeccionado, aunque mis habilidades culinarias no fueran destacables. Preguntaba por Bastien a la gente que conocía; qué habían compartido con él; si lo echaban de menos. Ya no fingía que iba a marcharme pronto, porque, en realidad, no quería.

Y, por encima de todo, me acostumbré rápido a Mathis. Al olor que desprendía su cuello cuando despertaba entre sus brazos y escondía el rostro en él. A la sensación electrizante de sus dedos sobre mi piel. A sus besos, dulces, a veces ansiosos y a veces lentos, pero siempre intensos. A sus miradas perdidas, incluso cuando lo hacían en mí. A su sabor, a sus gemidos en mi oído, al peso de su cuerpo cuando empujaba dentro del mío. A todo lo que flotaba entre nosotros, sin forma, sin nombre.

Me incorporé sobre mi codo y lo miré. Estaba sentado en un pequeño taburete y pintaba en silencio.

La noche anterior lo había encontrado trabajando en el estudio y me había invitado a entrar. Ya no fingíamos que nos moríamos de ganas de vernos, de estar juntos y de perdernos el uno en el otro. Mathis me había enseñado la obra en la que estaba trabajando y lo había observado pintar en silencio durante una hora. Me gustaba poder compartir eso con él, esos instantes tan suyos que me regalaba. En un momento dado, se había pasado la mano por la cara, frustrado por no encontrar lo que deseaba plasmar, y mi sonrisa había sido inevitable. Él había ladeado el rostro y yo me había acercado para limpiarle la

nariz cubierta de rojo. Le había frotado la piel con un paño humedecido. Sus ojos se habían enredado con los míos. El deseo era una brocha uniendo nuestros cuerpos como dos imanes. Antes de darnos cuenta, hacíamos el amor sobre el suelo cubierto de pintura seca y rodeados de lienzos.

Observé su espalda desnuda y me recreé en los movimientos de sus músculos cuando deslizaba el pincel.

—¿En qué piensas cuando pintas?

Giró la cabeza por encima de su hombro y sonrió al verme despierta.

—En nada. Simplemente, fluyo.

—Qué místico —me burlé con cariño.

—No pienso, pero las emociones mandan. Siento que… es como si todo estuviera hecho de agua. El pincel. La pintura. Mis dedos. Y se convierten en uno.

Tragué saliva —palabras, sentimientos— con fuerza.

—Tiene que ser increíble tener algo que decir.

—Todos tenemos voz, Juliette. Solo hay que encontrar el medio con el que expresarla.

Pensé en su talento. En las canciones de Bastien y en su facilidad para la palabra. En el encanto natural de mi madre, que enamoraba a todo aquel con el que se cruzaba. En Ivo y su mente analítica de ojos tiernos. En Nina y su facilidad para hacer reír a los demás. Y después me miré por dentro y solo vi retazos, trozos desperdigados, aunque ya no estaban cubiertos de rabia, sino solo de dudas y anhelos.

—¿Y si no hay nada? ¿Y si solo soy esto que ves? —le dije, no con la intención de que me halagara, sino de que me ayudase a encontrarme.

—¿Acaso no es suficiente?

—No lo creo.

Mathis se levantó y se arrodilló a mi lado. Noté la aspereza de sus dedos antes de rozarme la mejilla. Me apartó el pelo de la cara y me observó a conciencia. Cada marca. Cada peca. Cada arruga que comenzaba a ser un surco que, con los años, sería tan parte de mí como todo lo demás.

—Lo que yo veo en ti ya es mucho más de lo que jamás he visto en nadie, Juliette.

Me dio un beso prieto y regresó a su pintura.

Deseé con fervor convertirme en agua y que pintase conmigo el mundo entero.

42

El día de la inauguración de la biblioteca Armand estaba nervioso. Se mostraba torpe y un tanto descontrolado y, aun así, era un placer mirarlo; contenía sus ganas de saltar, de hablar sin parar de todo lo que habíamos hecho durante las últimas semanas, de salir corriendo y llegar cuanto antes al ayuntamiento. Se asemejaba a un crío y me hacía preguntarme si crecer no sería más que un modo elegante de cortarnos las alas a nosotros mismos.

Me había pedido ir a recogerlo antes para ayudarlo a elegir su vestimenta, lo cual me había enternecido. Su vestidor parecía un catálogo de telas de colores intensos y vivos; me recordaba a las tiendas de disfraces en las que me gustaba perderme y soñar cuando era pequeña. Sin embargo, en su caso todos aquellos trajes eran reales, no la excusa para protagonizar por unas horas otro papel.

Dudó entre dos chaquetas y lo miré con diversión.

—La roja. Hazme caso. Un día tan especial como este se merece una americana roja.

—¿No será...?

Se giró de nuevo hacia el espejo y atisbé sus dudas en el reflejo. Se la puso y estudió su aspecto con detenimiento, pero por primera vez desde que lo conocía no mostraba seguridad, sino miedo o, lo que me parecía peor, vergüenza de sí mismo.

—¿Qué te asusta?

Resopló con fuerza y se ajustó el cinturón, marcando el contorno de su barriga.

—Esto es importante, Juliette. No quiero avergonzar a nadie —dijo con la boquita pequeña.

Fruncí el ceño y me acerqué a él. Sus ojos estaban llenos de reproches y pedazos rotos. La tristeza de Armand estaba muy escondida, era cierto, pero en cuanto lo conocías bien la intuías bajo el disfraz de sonrisas que siempre vestía. Y me dolía. Me hacía odiar a la persona que lo había hecho creer que no era suficiente, porque aquel hombre era un regalo envuelto en papel de raso y purpurina brillante.

Le cogí la mano y la apreté con fuerza.

—Si esto es por ella, no sé qué te hizo creer, pero no eres lo que veía. Su mirada ya estaba enturbiada por sus propios fracasos. No le permitas que te apague, Armand.

Me sonrió con ternura y después se cerró la chaqueta. Resopló a su reflejo y noté que se crecía, como una flor recién regada.

—Vamos. Tenemos un sueño esperándonos ahí fuera.

Entrelacé el brazo con el suyo y salimos de casa. El hombre risueño y seguro de sí mismo había regresado.

Pese al frío, era un día bonito. El cielo estaba teñido de un azul profundo que se iba oscureciendo según desaparecía el sol. Apenas había nubes y el viento era suave. Me coloqué la bufanda sobre la boca y caminamos con premura. Quedaban dos minutos para la hora prevista y confiaba en que todo estuviera tal y como lo había planeado.

Armand lo desconocía, pero la sorpresa que quería dar a sus vecinos iba a ser eclipsaba por la que habíamos preparado para él.

Cuando llegamos al ayuntamiento las luces estaban apagadas y la calle desierta. Armand sonrió comedido y cogió aire antes de abrir. No parecía decepcionado por no ver a nadie esperando para la celebración, pero su miedo resultaba palpable. En cuanto entramos, un silencio sepulcral nos recibió al otro lado; pese a él, yo notaba el ambiente cargado; las respiraciones acompasadas escondidas; los corazones latiendo frenéticos a la misma velocidad que el mío.

La decoración navideña ya había desaparecido, dándole al espacio de nuevo la sobriedad que el resto del año lo caracterizaba. Armand se quitó la bufanda y cogió mi abrigo para colocarlo en el perchero. Encendió una de las luces de la entrada, dejando un ambiente tenue en el que preparar todo sin que ojos curiosos nos pillaran al otro lado de las ventanas.

—Es posible que no venga mucha gente, Juliette. No quiero que te hagas ilusiones.

—No te preocupes.

—Es un pueblo pequeño. Y todo el mundo tiene cosas mejores que hacer que visitar una biblioteca un sábado por la tarde.

Le sonreí con paciencia.

—Seguro que te sorprenden.

—No te creas, la gente por aquí no es muy participativa.

Me mordí los labios y recé para que Armand se callara de una maldita vez. Lo que menos necesitábamos en ese momento era que criticara a sus vecinos escondidos.

—Vamos, aún tenemos que preparar el picoteo —lo apremié para terminar de colocar la comida que habíamos almacenado esa misma mañana y nos dirigimos a la sala que habíamos acondicionado para la fiesta.

Contuve el aliento cuando giró el picaporte y abrió. Una lluvia de confeti, vítores y alabanzas le cayó encima.

—¡¡¡Sorpresaaaaaa!!!

El grito de susto de Armand resonó por encima de las risas de los demás. Pascal y Michel tuvieron que sujetarlo para que no se desplomara en el suelo. El pequeño Hugo se desternillaba de risa mientras le ofrecía una piruleta con forma de corazón. Joséphine ponía los ojos en blanco y refunfuñaba sentada en una butaca al fondo con otras dos ancianas. Decenas de vecinos se arremolinaban en cada rincón, sin apenas espacio para respirar. El ambiente era de dicha e ilusión compartidas, y no pude contener la humedad repentina que me cubrió los ojos.

Todos los invitados, uno a uno, saludaron a un Armand que se había tenido que sentar por la emoción. Algunos incluso habían sacado a relucir sus mejores galas, lo que era obvio que gustaba a Armand, que elogiaba su estilo en cuanto lo saludaban.

En el fondo de la sala, vi a Mathis. Estaba apoyado en la pared y observaba lo que lo rodeaba con aparente indiferencia. Pero yo ya lo conocía un poco como para saber que aquello le agradaba. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, curvó los labios y sentí un cosquilleo, como el roce sutil de un pincel.

Tras Joséphine, que pellizcó las mejillas de Armand y le hizo prometer como una madre orgullosa que nunca dudaría de sus capacidades, le tocó el turno a Mathis.

—Para ser un pueblo pequeño, la participación ha sido excelente —le susurró con arrogancia cuando lo saludó dándole una palmada en la espalda.

El aludido tragó saliva, incómodo ante la posibilidad de que hubiera ofendido a alguien con su comentario, y corrí a su lado para salvarlo.

Le di un codazo a Mathis, que se rio entre dientes.

—No seas aguafiestas.

Se colocó a mi lado y observamos la escena. La gente reía, brindaba con champán y charlaba sobre las ganas que tenía de descubrir cómo había quedado la biblioteca.

Todo era luz, sonrisas, alegría.

Mathis encontró mi mano y la entrelazó con la suya.

—¿Sabes de esas cosas que lo mejoran todo? Esas que pasan desapercibidas, pero que, sin ellas, nada es igual —me dijo con la mirada fija en las guirnaldas que habíamos colgado del techo—. El queso fundido de los espaguetis… Las flores frescas en una mesa… El sol en la cara una tarde de diciembre…

Asentí y me lamí los labios. Sentí cosquillas en la lengua.

—Tú eres una de esas cosas.

Levantó nuestras manos unidas y dejó un beso suave en la mía.

En el medio de la sala abarrotada, Armand daba las gracias con lágrimas en los ojos. Después se giró hacia mí y todos los rostros

hicieron lo mismo. El corazón se me subió a la garganta.

—... pero a quien más agradecido estoy es a mi querida Juliette, por aparecer en mi vida y acompañarme en este sueño.

Mathis tiró de mi brazo y me lanzó hacia Armand, que me acogió entre los suyos. Su olor a colonia infantil me envolvió y lo abracé con ganas. Deseé que el momento nunca acabara, poder parar el tiempo o alargarlo para que siempre se sintiera tan dichoso y querido como en aquel instante.

—Gracias, Juliette.

Deseé yo también sentirme siempre así. Cuidada. Apreciada. Abrazada, incluso cuando Armand me separó de su pecho.

Ya en la biblioteca, Armand parecía otro. Poco quedaba del hombre que temblaba como un niño y había dado paso al que mostraba el resultado de nuestro trabajo con seguridad y orgullo. Vi a Mathis tensarse cuando Armand mostró su cuadro y le dio las gracias en público, aunque disimuló su incomodidad bajo una sonrisa educada. Joséphine comía pastas sin parar mientras ojeaba los clásicos, y Hugo se había sentado en compañía de otros niños sobre la alfombra con forma de nube que marcaba la zona infantil. Allí, una joven había empezado a leerles uno de los cuentos. Todo era tal y como nos lo habíamos imaginado. Era perfecto.

—Has hecho algo increíble.

Me giré cuando Mathis se colocó a mi lado y acepté la copa de champán que me ofreció.

—Con dinero todo es más fácil. Siempre lo había pensado, pero hasta que no he tenido la posibilidad de gastarlo no había sabido cuánto.

Sin embargo, él negó con la cabeza.

—Esto no lo ha hecho el dinero de Bastien, Juliette. Lo has hecho tú. Estás en cada rincón. No se trata de lo que has donado, sino que has elegido los colores, has arreglado los muebles, has decorado con mimo cada estante... Hasta huele a ti.

Me reí.

—A mí solo me huele a madera y tinta.

—No es verdad. Es dulce. Y bonito. Como tú.

Le dejé un beso tierno en los labios, no sé si como agradecimiento o para que se callara, y me sonrojé ante las sonrisas cómplices de algunos vecinos al vernos juntos. Mathis tiró de mi mano hacia la salida y desaparecimos por el pasillo.

Al fondo y frente al despacho de Moris Barreau, me apoyó en la pared y escondió el rostro en mi cuello.

—Te deseo, Juliette.

Suspiré y eché la cabeza hacia atrás. Su boca dejó un rastro húmedo

sobre mi piel.
—Yo también.
—No, es que no lo entiendes. No es solo ahora. No es ese vestido ni tu pelo suelto. Ni tu boca. Eres tú. Todo el tiempo. A todas horas.
Cogí su mano y la puse sobre mi corazón.
—¿Crees que es…?
Me tapó la boca con dos dedos, pero la palabra «amor» resonó en el mundo entero.
—No lo digas. No…
—¿Tienes miedo?
Mathis clavó la vista en el suelo.
—No se trata de eso.
Busqué su otra mano y la colé bajo la tela de mi vestido. Él gimió y se apretó contra mí, dejándome claro con su dureza que lo que decía era verdad. Me deseaba. Y también dudaba. Y también le latía más fuerte el corazón cuando me tenía cerca.
—Entonces…, ¿de qué se trata?
Fue la primera vez que las dudas de Mathis tomaron forma y voz, y parecieron sinceras de un modo que le hacía daño; intuía que también podía hacérmelo a mí. Alzó el rostro y la oscuridad que vi en su mirada no me gustó.
—No soy una buena persona, Juliette.
—Conmigo lo has sido —le dije.
Me di cuenta de que, sin saber lo que Mathis me escondía, entendía lo que quería decir. Porque yo ya había aprendido que también éramos otros, no solo los que mostrábamos a los demás. Y yo conocía al que tenía mis manos entre las suyas, pero no al que había sido en el pasado, para otras personas, en otras vidas. Yo no conocía al que se escondía ni al que callaba más de lo que decía.
—Eso no importa. He hecho cosas… cuestionables. Cosas por las que me odiarías. Cosas que harían que te marcharas.
—Pues no me las cuentes.
Pese a la profundidad de la conversación, Mathis se rio. Atrapé su pelo entre los dedos y tiré de él para que me mirase. Las bocas se encontraron entre jadeos y palabras veladas.
—Eso no hace que desaparezcan.
—Para mí solo existe lo que veo, Mathis. Lo que siento cuando estoy contigo.
Lo besé y la niebla se disipó. Caímos en el olvido entre caricias y besos. Ignoramos lo que quedaba por decir, aun sabiendo que aquello solo era la raíz de lo que podría rompernos.

Tercera parte: Un mundo en blanco y negro

Carta número 16

Juliette:

Es probable que creas que eres quien más conoce a tu madre. Que lo compartáis todo y que no hay nada que desconozcas de ella. Pero la vida me ha enseñado que no siempre es así, porque cambiamos, nos moldeamos a las circunstancias y somos personas distintas según la etapa que vivamos, a quién tengamos a nuestro lado o lo heridos que a esas alturas estemos.

Así que he decidido hablarte de Liane. Al menos, de la Liane que yo conocí.

Me encantaba su pelo rizado, aunque ella lo odiaba. Solía planchárselo tras cada lavado, como una camisa arrugada. Se colocaba de rodillas y estiraba los rizos sobre la tabla y bajo un trozo de papel de seda. Pasaba la plancha una y otra vez, con una paciencia que en general no tenía, hasta que su cabello se convertía en una pared diáfana oscura y brillante. A mí me gustaba mirarla. Me parecía un acto frívolo, pero también que eso la hacía más humana.

Tenía una obsesión absurda con la publicidad. Recortaba anuncios en las revistas y llenaba con ellos cuadernos que después no usaba para nada. Pero el brillo de sus ojos cuando encontraba algo que captaba su atención ya era suficiente para que aquello tuviera sentido.

Disfrutaba de las pequeñas cosas, como de pasear, de la primavera, de una canción bonita. Aunque también tendía con facilidad a lo grandilocuente; soñaba con ser fotografiada por un cazatalentos en plena calle y acabar acaparando portadas por su forma de entender la moda; con una casa con piscina en la que bañarse desnuda de madrugada; con ser recordada.

No soportaba dormir destapada y siempre necesitaba tener abierta alguna ventana, hiciera frío o lloviera a mares.

Era buena conversadora y no le importaba debatir sobre temas delicados —política, religión, sexo—, aunque nunca hablaba de sus padres.

Dibujaba fatal, era una cantante mediocre y la cocina le era indiferente, aunque cuando se trataba de recibir visitas no había una anfitriona mejor. Hacía de cualquier sitio un lugar en el que desear quedarse.

Liane tenía mal genio y discutíamos a menudo, pero nos

reconciliábamos poco después con el mismo ímpetu arrollador con el que lo vivía todo.

Era amable, divertida y cabezota.

Vestía de un modo que, en esta época, la habría hecho ser admirada y seguida por miles de personas en las redes sociales. Vestidos bohemios, botas de cowboy*, sombreros. Se atrevía con todo y todo parecía hecho a su medida.*

Le gustaban los besos en el cuello, dormir hasta tarde y el helado de mandarina.

Le daban miedo los payasos, las tormentas y la posibilidad de morirse sin haber vivido.

Sé que quizá esta carta no tenga sentido y sea solo un espejismo del pasado, pero me gustaría que, si algún día llegas a leerla, te ayude a descubrir algo más de tu madre que no sabías.

Esos pequeños detalles que solo el que ama desvela.

S.

43

Mathis tenía la piel del pecho salpicada de pecas. Eran diminutas, apenas visibles si no lo tenías muy cerca, pero formaban un camino que acababa en su ombligo. Me gustaba perderme en ellas, jugar a atraparlas con las yemas, besarlas con suavidad.

Algunas noches, después de pasar el día separados, nos encontrábamos en el jardín y lo invitaba a entrar. Siempre lo hacía en un momento dado, cuando apoyaba el pincel en la paleta, una señal silenciosa que me decía que había terminado y con la que yo aprovechaba para acercarlo a mí. En otras ocasiones, era yo la que llamaba a su puerta, me colaba en su estudio y lo miraba trabajar. No teníamos ningún acuerdo tácito, pero ambos dejábamos que lo nuestro fluyera y no disimulábamos las ganas que teníamos de estar juntos. Nos besábamos sin preguntar, de ese modo que acaba en costumbre cuando una pareja se conoce tanto como para hablar sin palabras.

A Mathis le gustaba el cine europeo. Se quejaba mucho de las películas que elegía y a todas les sacaba defectos, pero se percibía cierta admiración cuando encontraba en ellas algo destacable. No le gustaban las palomitas y adoraba los cacahuetes salados con miel. Cuando me besaba entre escenas, notaba el dulzor pegarse a mis labios.

Dormía poco, comía a deshoras y podía pasarse una eternidad reflexionando en silencio, mirando a la nada y tan metido en su mundo interior que parecía que ni respiraba. Pero lo hacía. A mi lado. Y mientras se perdía en sí mismo me cogía la mano y me dejaba suaves caricias en la palma.

Se duchaba siempre al amanecer, cuando apenas había salido el sol, y coleccionaba relojes, aunque rara vez se quitaba uno dorado que había pertenecido a su padre.

Su artista favorito era J. M. W. Turner, admiraba profundamente su capacidad de reflejar los fenómenos atmosféricos como si estuvieran vivos, la crudeza que transmitían sus obras y la luz que se atisbaba entre tanta oscuridad. Pese a ello, afirmaba que quien más le había influido en su técnica había sido Van Gogh.

Sabía escuchar, aunque era obvio que también le gustaba ser escuchado de ese modo que solo los que tienen algo que decir disfrutan.

Mathis se vestía muy despacio, como si sintiera un placer sutil en

notar la tela deslizándose sobre su cuerpo. A mí me gustaba mirarlo; la forma en la que sus dedos atrapaban los botones de la camisa; la lentitud con la que se doblaba las mangas hasta el codo; la deliciosa curva de su trasero cuando se escondía bajo la tela. Aunque se desnudaba deprisa cuando el deseo nos encontraba.

Era un poco hosco, reservado y arrogante. También divertido, inteligente y atento.

Tenía las manos secas por la pintura; cuando me tocaba, sentía hormigas, pequeñas cosquillas que me erizaban la piel.

Veintiséis años. Un cuarenta y tres de pie. Alergia al melocotón. Miedo a las alturas. Perfume de Jean Paul Gaultier.

Poco a poco lo iba conociendo, levantaba capas y atisbaba nuevos detalles que completaban los vacíos de Mathis. Y, pese a que se escondiera en su mundo en blanco y negro, había color por todas partes. Pequeñas gotas que nos salpicaban y que me dejaban intuir lo que podríamos llegar a ser siempre y cuando fuera paciente.

Sin embargo, había algo en él que no entendía. Quizá por eso no podía dejar de mirarlo. Mathis era como uno de sus cuadros abstractos. Vibraba. Arañaba. Emocionaba. Tenía un aura altiva, distante, pero daba la sensación de que únicamente era un escudo para que nadie traspasara más de lo que él permitiese. Si lo miraba, despertaban las preguntas. Las dudas. La necesidad de rellenar esos silencios tan nuestros que compartíamos y que él parecía disfrutar mientras yo gritaba por dentro.

—Juliette.

Me llamaba sin apartar la vista del lienzo. Desde que estábamos juntos, el jardín estaba más bonito que nunca.

—Mmm.

—Deja de mirarme.

—Estoy mirando las flores.

Sonreía. Y yo me sujetaba al banco de piedra para no saltar sobre él y suplicarle que me lo contara todo. Lo bueno. Lo malo. Su historia. Esa que no contaba a nadie. La misma que me había dejado entrever y que sabía que era mejor no conocer, si quería seguir disfrutando de la burbuja que habíamos creado juntos.

Pero en mi cabeza, a ratos, todo era ruido.

No soy una buena persona.

Basta que te digan que no puedes saber algo para no dejar de pensar en ello.

44

La película había acabado y ambos mirábamos los créditos en silencio. Era una noche cualquiera y sobre la mesa descansaban los restos de la cena; bordes de *pizza*, nachos con el queso plastificado ya frío, dos copas de vino vacías. Teníamos las piernas entrelazadas y Mathis me masajeaba el empeine con delicadeza. Yo llevaba un jersey azul y él una de sus camisas de lino; le había desabrochado un par de botones en ese impulso que siempre tenía de meterle la mano por el cuello y sentir el calor de su piel.

Cuando notaba los latidos de su corazón, la música cobraba un significado distinto.

Era un día más que habíamos decidido terminar juntos. Quizá eso era lo que hacía que me pareciera especial, cubierto por un color único imposible de etiquetar. El hecho de que no necesitase nada trascendente estando a su lado lo engrandecía todo sin remedio.

¿Sería amor? ¿Llevaría razón Joséphine y lo tendríamos entre las manos como dos gatos jugando a enredar un ovillo? ¿Y, de ser así, por qué me costaba tanto percibirlo? ¿No debería ser algo sencillo y claro de diferenciar?

Me incorporé un poco y observé el salón de Mathis. El espacio de alguien siempre dice más de esa persona que cualquier descripción meditada, pero en su caso había algo que no terminaba de entender. Ese algo que nos acompañaba igual que el fantasma de Bastien, algo sobre lo que él me había advertido antes de que yo decidiera mirar hacia otro lado.

No obstante, aquella noche no me contuve, aun con el riesgo de que diéramos otro giro que pudiera determinar lo nuestro.

—¿Por qué vives en blanco y negro?

Se giró y sacó las manos de debajo de las mantas. Mis pies lo echaron inevitablemente de menos.

—¿Yo? ¿Tengo que enseñarte los dedos?

Los estiró y observamos los colores. Azul. Verde. Amarillo. Estaba tan acostumbrada a los rastros de pintura en su piel que no me sorprendía ni cuando yo me llevaba algún resto impregnado en la mía.

—Eso no tiene nada que ver. Estoy hablando de tu casa. No hay color en ella más allá de lo inevitable, como la ropa o la comida. Todo es blanco y negro, hasta mantienes ocultos los lomos de los libros. Es... es como estar dentro de una película antigua.

Mathis sonrió. Sus manos volvieron a aventurarse en la oscuridad y me agarraron los muslos. De un tirón me obligó a tumbarme y apoyó la cabeza en mi pecho. Me pregunté cómo sonaría para él mi corazón; si le recordaría a alguna melodía o si, simplemente, sería un retumbar sin nada memorable. Me pregunté de qué formas serían las grietas abiertas por él cuando me hiciera daño.

—Los colores me despiertan —me explicó—. Me inspiran, pero también me aturullan. Necesito separar el trabajo del descanso o me volveré loco.

Entrelacé las manos en su pelo y jugué a enredarlo con los dedos.

—¿Por eso tampoco hay cuadros en tu casa?

—Y porque aún no he encontrado el cuadro perfecto.

Alzó el rostro y me miró. Tenía los ojos brillantes, aunque no por una emoción bonita. La culpa los sobrevoló, el arrepentimiento, y me tensé. Me recordó demasiado a su expresión en una de las primeras conversaciones que compartimos, en la que le pregunté cómo era estar enamorado y él me habló de Dalí y sus relojes blandos.

He hecho cosas... cuestionables. Cosas por las que me odiarías. Cosas que harían que te marcharas.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Es una cuestión de ego? —le pregunté volviendo al tema de la ausencia de color en su hogar, aunque lo que de verdad ansiaba preguntarle era si aquella era la razón de que nunca terminara ninguno.

Mathis negó con efusividad.

—No. Es todo lo contrario al ego. Desde hace un tiempo..., nada de lo que hago me gusta. Nada es importante. Nada se merece un lugar en el arte.

—¿Eso no deberían juzgarlo otros?

Se encogió de hombros. Me levantó el jersey y bajó la cabeza. Apoyó la boca sobre mi ombligo y me estremecí.

—¿Si el artista no cree en su obra sigue siendo arte?

Cerré los ojos y sonreí. Ambos nos habíamos acostumbrado rápido a nuestras preguntas trascendentales. Él coló un dedo por mi cintura y me bajó los pantalones.

—¿Si me tocas y crees que no me gusta...?

Noté la humedad entre mis piernas cuando presionó con el pulgar.

—Ahí no hay debate. Es imposible que no te guste.

Solté una carcajada y lo agarré del pelo. Lo empujé hacia abajo y su lengua hizo el resto.

El sexo nos nubla el juicio, lo recubre todo de un iris especial, nos libera de equipajes y ataduras durante el tiempo que dura. Pero cuando acaba y la realidad vuelve, lo que escondemos entre jadeos y

caricias destaca de una forma más cruda.

Me levanté y busqué mi ropa interior. Me la puse de espaldas a Mathis y me acerqué a los discos. Desde que habíamos dado un paso en lo nuestro, me gustaba elegir uno y escucharlo con calma. En ocasiones le preguntaba a Mathis qué opinaba Bastien del artista o de una canción en concreto, y él se explayaba a gusto, me contaba cosas que nunca habría sabido de mi padre de no habernos cruzado, me ayudaba a dar forma a la idea que tenía del hombre con el que nunca conviví.

Aquella noche, además, me atreví a dar otro paso que me acercaba más a mi padre.

—Háblame de él.

Mathis me miró de reojo antes de clavar la vista en el techo y tragar saliva. Aquello lo incomodaba, pero también sabía que, si se lo pedía, era porque yo lo necesitaba. De fondo sonaba una canción de Serge Gainsbourg. Me acerqué a él, aún tumbado desnudo en el sofá, y me senté sobre la alfombra.

—Cuando llegó, tardó en dejarse ver. En realidad, nunca lo hizo del todo. Pero ya sabes cómo es esto… Es imposible pasar mucho tiempo escondido sin cruzarte con nadie.

Recordé mis primeros días en el pueblo y cómo me había ido integrando con los vecinos sin darme cuenta. No me relacionaba con todos, mi círculo era pequeño, pero ya no bajaba la mirada cuando me encontraba con ellos. Los saludos, las sonrisas, los «que tengas un buen día» o «te veo en la biblioteca», a la que seguía acudiendo de vez en cuando para ayudar a Armand o, simplemente, para ver si funcionaba como deseábamos, eran parte de mi vida de un modo que en París jamás habría sido posible.

—Joséphine fue la primera en hablarme de él. Me dijo que teníamos que acabar con el músico de pacotilla que había comprado nuestro jardín. —Sonreí con dulzura al pensar en mi amiga octogenaria—. Bastien le había contado que tenía intención de cubrir el patio y convertirlo en una sala de grabación.

Lo miré confusa, porque aquella información chocaba con la que yo tenía.

—Pero… ¿no se había retirado cuando llegó aquí? Joséphine me lo comentó, pero yo pensé que solo quería una sala insonorizada, quizá para seguir tocando para sí mismo y no molestar a nadie.

Mathis asintió y alargó la mano para rozar la mía.

—En un principio, su idea había sido otra. Estaba cansado de todo lo que envolvía su carrera. La fama, las giras, la promoción… Pero no se veía dejando la música de lado de forma tan radical, así que pensó en comenzar a trabajar ayudando a otros.

—¿Y qué pasó? —le pregunté con sincera curiosidad.

Mathis sonrió y la nostalgia nubló su mirada.

—Supongo que lo de siempre. Se enamoró de este lugar. De esta vida. De Joséphine y sus flores tristes. ¿Quién sabe? El caso es que acabó encontrando su sitio y sus planes cambiaron. Igual que la opinión de Joséphine sobre él.

—Le regaló el jardín —susurré conmovida.

—Nos lo regaló a todos.

—¿Tú y él…?

Mathis se pasó la mano por el rostro y cerró los ojos. Tumbado y con el pelo revuelto por mis manos estaba realmente guapo.

—Sé que te resulta incómodo, pero era mi amigo, Juliette —confesó con pena.

Y, en ese preciso instante, fui consciente de que la punzada en el pecho que siempre aparecía cuando me hablaban de Bastien había desaparecido; se había convertido en otra cosa; en un interés real, en una calidez desconcertante.

—No tienes que ocultarlo, Mathis. Ya no.

Me rozó la mejilla con dulzura y sentí que me derretía cada día un poco más bajo sus manos. Me levanté y me dejó un hueco a su lado. Me tumbé y estiré la manta revuelta a sus pies para taparnos. Su voz me arropó antes que la lana.

—Nos veíamos algunas noches en su casa. Bebíamos café y poníamos uno de sus discos. Hablábamos de música, de arte, de la vida. Era… —Mathis tragó saliva y un nudo que intuía doloroso—. Yo lo admiraba. Soñaba con ser como él.

Se rio con la tristeza de un niño al que han decepcionado y le rocé las arrugas que le salían alrededor de los ojos.

—Antes de saber que existías deseaba parecerme a él con los años —continuó—, pero ya no estoy tan seguro. Bastien era un hombre inteligente, que no necesitaba nada más que su talento y que vivía por y para él, amable con todos, aunque a la vez muy suyo. Íntegro. Sereno.

Sacudió la cabeza y fruncí el ceño, porque su expresión se estaba agriando. Aquello le dolía y cambiaba su percepción de las cosas. Hasta ese instante, no me había parado a pensar en lo que mi existencia podría haber supuesto para Mathis. Estaba tan centrada en mi propio dolor que había pasado por alto lo que mi aparición allí habría significado para él.

—Bastien era eso. No me puedo creer que vaya a decirte esto, Mathis, pero él también era todo lo que tú veías.

—Pero también era un hombre que abandonó a su hija. Te abandonó a ti.

Me sostuvo la mejilla en una mano y suspiré. Su tacto me provocaba tantas cosas que me costaba gestionarlas. Y entonces recordé algo. Un

punto de inflexión en mi vida que nunca había compartido con nadie. Me lo había guardado para mí, lo había silenciado, como si callándomelo pudiera hacer que nunca hubiese existido.

—Él regresó una vez. Cuando yo tenía once años. Nos cruzamos en el portal y lo reconocí. Siempre supe quién era mi padre, aunque nunca lo aceptara como tal. Así que cuando nos encontramos, entré en casa y esperé a que mi madre me dijera algo. Lo que fuera. Pero nunca lo hizo.

En su rostro desapareció cualquier indicio de decepción para dar paso al asombro.

—¿Y no sabes por qué se vieron?

Para mi sorpresa, sonreí.

—Ahora sí. Hoy he leído una carta, Mathis. Hoy he leído la carta número 12 y me he dado cuenta de que mi padre se fue, sí, pero que también regresó un día y nunca lo supe. Nunca tuve opción de elegir decirle adiós o hacerle un hueco en mi vida.

Me hice un ovillo y me apoyé sobre su pecho. El sonido de su corazón me calmaba. Cerré los ojos y me recreé por unos instantes en los círculos que me dibujaba en la espalda. Pensé en mamá y dejé que el despecho siempre ignorado cuando se trataba de ella resurgiera y tomara forma. Las caricias de Mathis lo endulzaban y hacían que doliera un poco menos.

—¿Qué habrías hecho? —me susurró contra el pelo.

—No lo sé. La cuestión es que no pude averiguarlo. Y que él regresó. Por mí. Puede parecerte una tontería, pero hoy la vida me pesa un poco menos.

—No es ninguna tontería. Ya sé que no es la primera vez que te lo digo, pero eres muy valiente, Juliette Simon.

Sonreí y le besé la base del cuello.

—Empiezo a pensar que tienes razón.

Nos quedamos en silencio. Al otro lado de la ventana, el mundo seguía girando. Joséphine estaría a punto de irse a la cama, Armand estaría viendo un capítulo de alguna serie con *Milo* sobre su regazo y Pascal estaría leyendo algún manual de medicina. Hugo ya estaría soñando, Nina, en cambio, estaría poniéndose los tacones para salir a cenar con Alexis mientras Ivo estaría metido en la bañera con una copa de vino. Pero, en aquella casa que parecía una escena congelada en el tiempo de algún clásico de cine, una chica y un chico estaban protagonizando una escena crucial en su historia.

Apoyé los codos en su pecho para incorporarme y lo miré desde muy cerca. Parecía cansado. Le aparté un mechón rebelde de la frente y le dejé un beso suave en la punta de la nariz.

—Mi cuadro sí lo terminaste.

Mathis tragó saliva y sonrió. Una sonrisa preciosa y triste y única y

de color lila, si es que las sonrisas tienen color.

—Porque solo pensaba en ti mientras pintaba. Solo en ti.

Me mordí los labios y enterré el rostro en su cuello.

«¿En quién piensas cuando pintas el resto? ¿Qué hiciste, Mathis? ¿Y por qué te da tanto miedo contármelo?»

El silencio nos envolvió y una canción dulce escondió eso a lo que no nos atrevíamos a poner voz.

Carta número 12

Juliette:

Qué guapa eres.

Tienes el pelo rebelde de tu madre y mis ojos azules.

Desprendes dulzura, ingenuidad y luz.

Ojalá nunca te apagues.

Hoy es un día distinto. Te escribo esta carta desde el aeropuerto para explicarte que todos tenemos un punto de inflexión en la vida, un momento que supone un antes y un después, que marca dos épocas tan diferentes que ni siquiera te reconoces como el mismo hombre en ambas.

El mío llegó anoche. Paseaba por París. Me encanta hacerlo en las noches frías, cuando apenas me cruzo con nadie. Mañana comienzo la gira europea y debo coger un vuelo a Roma. Voy a pasarme un mes fuera, recorriendo las principales capitales de Europa y disfrutando de lo que más me gusta. Y, sin embargo, desde ayer siento que algo no encaja.

Si cierro los ojos, me cuesta verme en todos esos lugares.

He pensado en volver a casa, en mandarlo todo a la mierda y esconderme en mi apartamento de Montmartre, pero se me encoge el estómago solo de pensarlo. También se me ha pasado por la cabeza visitar a mi madre, dormir en la cama de mi infancia y dejarme abrazar por lo conocido y familiar, pero ese comportamiento solo la preocuparía y prefiero evitárselo. He valorado entrar en cualquier hotel y beberme el minibar, pero hace tiempo que eso no me aporta más que dolor de cabeza. Y, entonces, asomado al Puente de las Artes y viendo mi reflejo en las oscuras aguas del Sena, he pensado en ti. Y he sentido calor.

Liane me ha abierto la puerta y ha tenido que sujetarse a la jamba de la impresión al verme al otro lado.

—Bastien... ¿Qué haces aquí? Tienes que irte.

La he mirado y he sentido un golpe en el pecho. Pum. Una bomba estallando y abriendo las grietas que habían quedado ocultas bajo el polvo de los recuerdos. He pensado que seguía siendo preciosa, intensa, tan viva como pocas cosas he conocido. He recordado lo que la quería, lo he saboreado de nuevo, lo he desenterrado solo con un encuentro fugaz y lo he sostenido entre las manos por un instante, preguntándome qué debía hacer con ello.

Ella ha mirado el reloj, preocupada por si regresabas, aunque aún te quedaba media hora para salir de la escuela. Nunca he sido un padre,

Juliette, pero siempre he sabido dónde vivías y a qué colegio ibas. Siempre he intentado que no te faltara de nada, aunque Liane nunca lo ha aceptado. Y, en el fondo, eso no me ofende, sino que me gusta; su orgullo fue una de las cosas que más me enamoró de ella.

Pese a su desconcierto, tu madre me ha dejado pasar y me ha servido un café sin hacer preguntas. Con leche y dos de azúcar. Que aún recuerde cómo me gusta me ha hecho sonreír.

—Estás preciosa.

—¿Qué quieres, Bastien?

—Volver.

Me ha observado muy seria unos segundos y se ha echado a reír.

—Vete.

—Liane, al menos, déjame hablar.

Se ha cruzado de brazos y me ha dado la espalda. Su silueta me ha traído infinitos recuerdos. Noches en vela. Mañanas perfectas. Días redondos. Sus nalgas desnudas y mis manos sobre su piel.

—Tuviste mucho tiempo para hacerlo —ha dicho con la voz rota—. Tiene once años, Bastien. Once. Ella no es un viejo disco olvidado. Es una persona. Con sus dudas, sus miedos, sus virtudes y defectos. Una persona que siente y a la que la afecta todo lo que hagamos. Una sobre la que ya tomaste una decisión.

Me he levantado y me he acercado a ella. Sigue oliendo a lluvia y miel. Sigue provocándome ganas de tocarla, de querer ser mejor, de creer que podría serlo.

—Lo sé. Y lo siento. Lo he sentido durante todos estos años. Pero me gustaría...

He apoyado una mano en su hombro y se ha estremecido.

—¿El qué? Ni siquiera sabes lo que quieres.

—Pienso en ella.

—Bastien...

Cuando se ha dado la vuelta te he visto. Te he visto en sus ojos humedecidos. También nos he visto a nosotros. Los que fuimos y los que podríamos ser. Los que nunca seremos. Le he rozado la mejilla. Cálida, pese a las primeras lágrimas.

—Y en ti. También pienso en ti, Liane.

—Yo no...

Sus labios sabían a azúcar, a jazz, *a atardeceres.*

Los he rozado con los míos con suavidad y la he sentido cerca. La he sentido aún mía, como esas cosas que no te pertenecen, pero que se hacen un hueco dentro de ti. El beso ha sido sutil, inocente, dulce igual que el primero que di dentro de una tienda de campaña siendo solo un crío.

—Soy un egoísta, lo sé. Y un niñato. Pero estoy aquí. ¿No crees que ella se merece decidir?

Entonces, todo se ha roto. Liane ha dado un paso hacia atrás y se ha chocado con un mueble. Sus ojos vidriosos ya no desprendían calor, sino que reflejaban la dureza de un iceberg.

—¡No voy a consentir que me hagas sentir culpable de tus errores!

—Liane, yo no pretendía…

Pero ella ya no estaba. Ya la había perdido. Nuestra historia desenterrada se había desvanecido.

—¿No te das cuenta? Vienes, dices que quieres conocerla y luego ¿qué? ¿Y si no funciona? ¿Y si no sale bien? ¿Y si no es lo que tú esperas? ¿Y si le haces daño? ¿Y si te marchas? ¿Qué le diré si no nos escoges de nuevo, Bastien?

Ha sacudido la cabeza, enfadada, decepcionada, rota como solo lo están los que han crecido de sopetón por los golpes de la vida. Y entonces lo he hecho yo. La he mirado a los ojos y he comprendido que ya no era posible. Que cuando rompes algo en trozos tan pequeños es imposible encontrarlos todos y recomponerlo.

Me he sentado, tembloroso, y me he bebido el café de un trago. Su expresión se ha suavizado y se ha acercado a mí. He notado su mano sobre la mía, pequeña y fría. Empática como solo Liane lo es, me ha acariciado los nudillos y me ha acompañado en ese proceso de la madurez, que no es paulatino, Juliette, sino que llega de pronto, como un puñetazo en las costillas.

—Siempre tienes las manos frías.

Ha sonreído y le he correspondido, aunque sentía la voz tomada, los ojos nublados, el corazón herido.

—Y tú, por mucho que insistas, nunca has estado hecho para los finales felices.

Ha apoyado la frente en la mía y nos hemos respirado. El amor aún existía, tenue y apenas visible, como un hilo de humo que acaba por desaparecer.

Liane se ha apartado con un suspiro, invitándome con una mirada a marcharme.

—¿Necesitáis dinero?

—No.

—Sabes que…

—Lo sé, Bastien. Ahora, por favor, vete. Si te encuentra aquí, será peor.

Y lo he hecho, sin saber que la vida aún iba a concederme una tregua. Cinco segundos de felicidad, de luz en la cara, como cuando te deslumbran los rayos del sol.

Ahí estabas tú. Vaqueros. Sudadera azul. Abrigo marrón. Pelo revuelto. Mochila a la espalda y corazón aún intacto.

—Gracias —has dicho, cuando te he sujetado la puerta.

Y los dos hemos sonreído.

Brillabas, Juliette. He podido verlo en apenas cinco segundos. Y lo hacías sin mí.

La vida, en ocasiones, consiste en saber cuándo retirarse para que deje de doler.

S.

45

—¡Por fin!

Abracé a mis amigos y los tres dimos saltitos sin separarnos, una masa de brazos, piernas y exclamaciones que no se disolvió hasta que Nina empezó a toser porque la estábamos ahogando. Cuando se nos pasó la exaltación, observaron mi casa con asombro y con cierta veneración que no se molestaron en ocultar.

—Sé que está totalmente fuera de lugar y que quizá me odies por esto, pero no me creo que él viviera aquí —susurró Ivo avergonzado.

Sacudí la cabeza con una sonrisa.

—No os preocupéis. Ya me he acostumbrado a convivir con su fantasma. Vamos, os enseñaré la casa.

Les hice un *tour* por la vivienda y ellos, al principio cautelosos, al comprobar mi cambio de actitud acabaron comportándose como dos admiradores de Bastien.

—Nina, ¿podrías dejar de oler las toallas como una psicópata?

Ivo se reía mientras pisaba el suelo de puntillas, como si tuviera miedo de profanar el recuerdo de las pisadas de mi padre. Después de mi dormitorio, les mostré el de Sébastien desde fuera, dejándoles claro que prefería que allí no entrase nadie.

—¿Qué pasa? Dime que la habitación no está maldita y oyes sus pasos aquí dentro mientras duermes.

Ivo puso los ojos en blanco ante el comentario de Nina y sentí su mano al final de mi espalda.

—No, Nina. Solo... Solo...

—Ya lo sé, Juliette —respondió ella comprensiva. Como si, por fin, hubieran sido capaces de ponerse en mi piel y percibir lo que yo veía cuando abría esa puerta.

—Y yo que pensaba que nos dejarías dormir en su cama... —bromeó Ivo; me guiñó un ojo y se dirigió hacia el acceso al desván.

Arriba, pese a lo que habría creído semanas antes, fue mucho más fácil de lo que pensaba. Les enseñé las cartas y las miraron con cierto recelo, aunque también con tristeza. El piano, en cambio, les despertaba respeto. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que para Bastien aquel instrumento era importante; ni siquiera una persona tan introvertida como él había sido capaz de ocultar la que, sin ninguna duda, había sido su relación más estable. Resultaba curioso que para mí, en cambio, fuera la más tóxica de mi vida.

Le di la espalda y los invité a bajar de nuevo.

Aquella noche, después de dejarlos en el despacho acondicionado para que pudieran dormir, subí a la buhardilla y me senté frente al piano. A través de la ventana abierta me rozaba la brisa fría de la madrugada. Reinaba el silencio del invierno. Cerré los ojos y comencé a tocar. Era una de las canciones de Bastien. Tenía un ritmo suave que se iba animando según avanzaba. No era de mis favoritas, pero me gustaba la sensación dulce que dejaba al terminar. Normalmente sus letras tenían un regusto amargo, un trasfondo triste o nostálgico, pero esa no.

Me dejé llevar por la melodía, me perdí en aquella burbuja que se creaba a mi alrededor cuando me reconciliaba, aunque solo fuera durante unos instantes, con la música; cuando era capaz de percibir y sentir su lado amable. Toqué como si nada importara, como si ella y yo no lleváramos años peleando, odiándonos, luchando por el amor de un hombre que siempre fue suyo.

Y, cuando terminé, sonreí y me limpié dos lágrimas que habían descendido por mis mejillas hasta mojarme los labios. Me giré y me topé con mis amigos sentados en el suelo y tapados con una manta. Me observaban muy juntos, con las manos entrelazadas y la mirada humedecida. Me miraban como si no me conocieran. No, eso es mentira, me miraban como si, de pronto, me reconocieran dentro del disfraz que llevaba escondiendo durante años a la verdadera Juliette.

Me encontré con Nina en el patio a la mañana siguiente. Se había puesto el abrigo de Ivo, que aún dormía, y fumaba con los ojos clavados en las caléndulas de Joséphine. Me senté a su lado y jugué a romper las volutas de humo que exhalaba con los dedos, igual que habíamos hecho miles de veces cuando solo éramos dos adolescentes.

—No sabía que tocaras el piano.

Ni siquiera se giró, solo soltó las palabras y siguió con la mirada perdida en las flores. Y, aunque pudiera sonar como un reproche, no lo era en absoluto. Nina no parecía decepcionada conmigo por todo lo que ocultaba, sino, quizá, consigo misma por no haber sabido verlo.

—¿Recuerdas mis clases de cerámica? Nunca existieron.

Me miró asombrada antes de echarse a reír.

—No puedo creérmelo… ¿Y el cuenco que me regalaste por mis quince?

—Lo compré en un mercadillo.

Sacudí la cabeza, avergonzada por las mentiras, pero había aprendido hacía tiempo que estas a veces son necesarias para protegernos.

—Me obsesioné con aprender a tocar durante unos años. Quería... —Busqué el modo de explicárselo, pero no resultaba sencillo—. Necesitaba descubrir qué era eso tan importante para él como para haberse marchado. Mamá no me hizo preguntas, solo me apuntó a clases y respetó mi forma de gestionar el abandono.

—Juliette...

Nina me ofreció un cigarrillo y negué. Hacía días que no me encendía uno.

—Es triste, ¿verdad? Lo curioso es que me enganché. Me enamoré, Nina. De la música, del piano, de la sensación de flotar que experimentaba cuando tocaba las teclas y todo lo demás se desvanecía. El dolor se convertía en otra cosa mucho más llevadera.

Ella asintió y frunció los labios en un mohín.

—Pero ¿por qué lo ocultabas? Verte ha sido...

Sonreí con pena y le cogí la mano. La tenía congelada. Febrero había empezado oscuro y frío.

—Porque un día lo entendí. Un día comprendí que daba igual lo que me esforzase por meterme en la cabeza de Bastien y entenderlo, porque nada cambiaría. Y me enfadé. —Suspiré con amargura y bajé el tono de voz—. Me enfadé mucho, Nina. Tanto como que hacía diez años que no tocaba el piano. Diez años... ¿Puedes creértelo?

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué aquí?

—Porque las flores estaban tristes.

—¿Estás borracha?

Me reí y apoyé la cabeza en su hombro. Nina olía a mi juventud, a París en primavera, a momentos bonitos.

—No, pero aquí he entendido que no era la música la que me hacía daño. Ni siquiera Bastien. Solo yo, Nina. Solo yo.

46

¿Conoces esos juegos de frutas infantiles de madera que se cortan con un cuchillo? Se unen con velcro, así que, en realidad, puedes juntar dos trozos de frutas distintas. Medio plátano con medio kiwi. Media sandía con medio melón. No importa, puedes jugar a inventar, aunque es obvio que no encajan.

Lo mismo suele suceder cuando unes dos partes de tu vida.

Cuando vi a Nina e Ivo en la biblioteca charlando con Joséphine y Armand, sentí que dos Juliettes se encontraban en el mismo sitio y debían decidir si era posible un entendimiento.

—¿No has leído este? Es brutal. El asesino deja miembros amputados en el buzón de sus vecinos.

A Armand le brillaron los ojos y se apuntó la recomendación de Nina como próxima lectura. Al otro lado de la sala, Joséphine le daba consejos a Ivo sobre cómo trasplantar geranios, una conversación a la que desconocía cómo habían llegado, pero en la que mi amigo parecía muy interesado.

Habíamos quedado con ellos para presentárselos. Quería que Nina e Ivo conocieran mi nueva vida, con qué gente me relacionaba y que regresaran a París con la tranquilidad de que la Juliette que vivía en un agujero había comenzado a salir de él y le gustaba lo que veía. Incluso les había hablado de Mathis. Les había contado que estaba viéndome con alguien, nada serio, solo una distracción momentánea que disfrutar hasta que aquella etapa acabase. Lo describí de forma superficial y, aunque aquello me avergonzaba un poco, disfracé lo nuestro de una relación sexual y vacía en sentimientos, pese a que para mí se acercara casi más a lo contrario.

Fuera como fuese, fingir me ponía nerviosa.

Pascal y Hugo llegaron poco después. Ivo, que era un enamorado de la literatura infantil, ayudó a Hugo a elegir un cuento para que su padre le leyera esa noche mientras Pascal parecía encantado como nunca lo había visto con las atenciones de Nina. Sonreía sin parar, buscaba su mirada, y sus ojos, siempre apagados, gozaban de un brillo nuevo. Me hacía reflexionar sobre el poder del duelo, capaz de vaciar a un hombre hasta el punto de convertirlo en un cascarón vacío.

Cuando Mathis apareció, con un gorro de lana color caramelo, yo ya había aceptado que daba igual quien yo fuera; pese a todas las partes de mí que había rechazado a lo largo de mi vida, las dos versiones de

Juliette que esa tarde se habían encontrado eran realmente afortunadas.

Mathis se quitó el abrigo y vino directo a mí. Me dio un beso breve y dulce; tenía los labios fríos como el invierno que nos acompañaba. Noté los ojos de mis amigos clavados en nosotros y me sonrojé.

—Siento llegar tarde.

Capté los restos azules en su mano derecha y sonreí.

—El arte siempre es lo primero.

Pese a que lo dije con una sonrisa, que el comentario me hiciera pensar en mi padre y sus decisiones me dejó un regusto amargo. Mathis miró de reojo al grupo y me lanzó una mirada de lo más altiva.

—¿Ya les has hablado de mí o tengo que fingir que soy otra persona? Puedo hacerme pasar por Michel, si quieres. Puedo hablarles de lo buenas que han venido las castañas este año.

Puse los ojos en blanco y lo empujé hacia Nina, ignorando el miedo agazapado en la garganta a que aquel momento me importara demasiado.

Mathis me acercó una copa de vino. Tenía las mejillas sonrojadas por el calor de la chimenea encendida. Me pasó el brazo por detrás de la espalda con delicadeza e Ivo me sonrió desde lejos.

Después de la visita a la biblioteca, fuimos caminando con calma a mi casa. Era la segunda cena que organizaba allí desde que había llegado, aunque en aquella ocasión no lo había hecho sola. Nina, que era la persona que conocía que mejor cocinaba, se había ocupado de todo, mientras Ivo y yo recibíamos órdenes y nos entregábamos a las tareas sencillas. Mis invitados se habían dado cuenta nada más llevarse la cuchara a la boca.

—Espero que os guste. Llevo toda la mañana cocinando —mentí antes de sentarme.

Fue Joséphine la primera en fruncir el ceño en mi dirección tras probar la crema de puerros y gemir de placer.

—Cariño, siento decirte que mientes igual que cocinas.

Suspiré sin ocultar mi frustración y dejé la servilleta con brío sobre la mesa.

—Ha sido Nina, ¿vale? Yo he cortado las zanahorias.

Armand cogió una de aspecto deforme y se la metió en la boca después de untarla en salsa agria.

—Está muy buena, Juliette.

Todos rompieron a reír, incluso yo, sintiendo la mirada cálida de Mathis sobre mi piel.

Las dos horas siguientes las recuerdo difusas, como si estuvieran cubiertas por una neblina especial. Las conversaciones triviales, las sonrisas inevitables, las carcajadas ante las bromas de Armand, los

juegos de Hugo sobre el mantel con bolitas de pan, los consejos de Joséphine, el flirteo inocente de Pascal con Nina, la calma de un Ivo siempre reticente a juntarse con extraños. No sabría decir de qué hablamos o si alguien contó alguna anécdota interesante, pero sí cómo me sentí a cada instante; arropada, abrazada, querida, en casa.

Encontrar un hogar es echar raíces invisibles.

—¿Qué estás pensando?

Mathis movió su silla y la pegó a la mía. Hacía un rato que los demás se habían levantado de la mesa, pero yo me había quedado allí sentada, observando con satisfacción lo que me rodeaba y sintiendo que no podía estar en un lugar mejor.

Di un trago a mi copa de vino y le señalé con una mirada cómplice a Pascal y Nina.

—Me gustaría estar en una realidad paralela, una en la que Alexis no existiera.

—¿Quién es Alexis? —me preguntó confuso.

—El novio de Nina.

—Ah, entiendo.

La sonrisa pícara de Mathis me provocó un cosquilleo entre las piernas.

—¿Y qué más pasa en esa realidad paralela?

Me reí entre dientes y le susurré de forma conspiratoria detrás de la copa. Lo tenía tan cerca que podía oler su aliento de fresa por la tarta que habíamos comido de postre.

—Pascal y ella se lo montan en el cuarto de baño, Hugo canta canciones a voz en grito, Ivo deja de tenerle miedo a todo, Armand se convierte en el alcalde del pueblo, los ojos de *Milo* están sanos y Margarite entra por la puerta con una cesta de pasteles y se sienta junto a Joséphine frente al fuego.

Su dulzura me obligó a bajar la vista. Sus dedos me acariciaron el muslo por debajo de la mesa. Su boca dejó un rastro tibio sobre mi pelo.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Todo sigue igual en tu realidad paralela?

—No.

—¿Y no vas a compartirlo conmigo?

Me reí y escondí el rostro en su cuello.

Quise decirle que en ese mundo inventado él y yo seguíamos siendo él y yo. Sus manos buscaban las mías. Sus dedos de colores dibujaban un camino en mi desnudez. La música ya no me hacía daño, sino que ponía banda sonora a nuestros mejores momentos. Sus besos eran una constante y el futuro, una realidad.

Sin embargo, me callé. Negué con suavidad y me enfrenté a sus ojos

de lima.

—No, porque no importa, Mathis. Ambos sabemos que esto es lo que tenemos. Que los finales felices de las películas que criticamos en tu sofá no son más que una utopía. Que el chico nunca vuelve a buscarla y ella sigue pensando en su ex.

—Que los perros mueren, aunque deberían ser inmortales.

—Y que no existe el cielo. Solo el vacío.

Suspiramos, con una sonrisa que significaba demasiado, pese a la desesperanza. Pero ese era nuestro juego. Eso éramos, y era suficiente. Las bocas se encontraron. Respiré contra la suya y rocé su lengua.

Muy lento. Muy suave.

Rojo intenso. Blanco roto.

Corazón lleno.

Nos despedimos de todos una hora más tarde. Nina e Ivo debían marcharse temprano a la mañana siguiente, así que nos pusimos los pijamas y nos terminamos la tarta con una taza de leche frente a la chimenea.

Como era de esperar, el primer comentario se lo dedicaron a Mathis.

—Él es… intenso.

Me reí ante el suspiro de Nina.

—Muy intenso —añadió Ivo, al que la intensidad solo le gustaba en el chocolate.

—Como un café doble.

—Un pastel de queso azul.

—Un bocadillo de anchoas.

Ignoraron mi cara de asco.

—¡Ya sé! Un helado de chocolate belga, avellana y caramelo salado —exclamó Ivo triunfal.

—Cubierto de nata.

—Con barquillo y bolitas de…

—¡Lo he captado! —los interrumpí ruborizada.

—Pero le gustas —murmuró Nina con dulzura.

—Le gustas mucho —añadió Ivo.

Suspiré y me mordí una sonrisa inevitable. A mí Mathis también me gustaba. Más que el chocolate, el vino, pasear por París y pisar la nieve. Más que el sol en la cara una tarde de noviembre. Me gustaba mucho más de lo que lo había hecho nadie.

—Creo que me estoy enamorando de él.

Mis amigos se rieron. Me sentía avergonzada por haberles engañado fingiendo que lo mío con Mathis no era importante. Porque lo era. Todo lo que nos hace bien lo es.

—¿Solo lo crees? —aportó Nina con malicia.

Me pregunté qué diferencia había entre creer algo o tener la certeza

de ello. El sentimiento seguía ahí, pidiendo paso, llenando los huecos.

—¿Y eso supone un problema? —continuó Ivo.

—No lo sé —respondí sincera—. Creo que él no espera nada más de lo que ya tenemos. Para ambos esto es un paréntesis antes de decidir hacia dónde dirigirnos.

—Quizá no solo os vayáis a cruzar en este rincón perdido, sino también en el resto del camino.

La esperanza de Nina me hizo sonreír y, por un instante, incluso creí que sería posible.

Ivo tardó dos minutos en quedarse dormido, los mismos que mi mejor amiga en poner palabras al mundo que yo había construido allí y que me aterrorizaba que solo fuera un espejismo y un día se desvaneciese.

—Has creado una familia encantadora, Juliette.

—Vosotros sois mi familia —afirmé con rotundidad.

Sin embargo, ambas sabíamos que Nina no se refería a eso, sino que crecer pasa por aceptar que las cosas cambian. Que las personas vienen y van, que ocupan nuevos lugares en nuestra vida en función de lo que necesitemos, que puedes querer a alguien de mil modos distintos y ninguno es mejor o peor, solo diferente.

Nina sonrió, aunque había un brillo en sus ojos desconocido. De repente, me pareció otra; una más adulta, menos ingenua. En un pestañeo, las niñas que habíamos sido habían desaparecido.

—¿Sabes lo que más rabia me da? —Negué y su mirada se enturbió—. No haber conocido antes a esta Juliette. La otra no estaba mal, pero esta... esta debe de ser increíble.

—Sigo siendo yo, Nina.

Se rio bajito. Al otro lado, Ivo resoplaba entre sueños.

—En realidad, creo que no. Pero no es malo. Solo lamento no haberlo visto antes. Te hubiera ayudado a salir de donde quiera que estuvieras, lo sabes, ¿verdad?

Pensé en mi agujero. Cómodo. Pequeño. Oscuro. Inerte. Ya vacío.

Asentí y me acerqué a ella. Apoyé el rostro en su hombro y Nina me abrazó con fuerza. Tragué el nudo atravesado en mi garganta y le hablé con el corazón en la mano.

—Estabas a mi lado, Nina. Siempre lo has estado. A veces eso es suficiente.

—Pero no siempre.

—No, no siempre.

Cuando abrimos los ojos horas después, ya era por la mañana y las llamas del hogar se habían apagado.

Carta número 24

Juliette:

No soy quién para dar consejos, pero hoy me he preguntado cuáles me habría gustado escuchar a lo largo de los años y he decidido escribirlos para ti.

El amor no tiene más reglas que las que tú le pongas. Lo que los demás piensen no importa.

Nunca te enciendas el primer cigarrillo.

No hay mayor liberación que atreverse a decir «no». Cuando lo hagas, entenderás lo que quiero decir.

Bebe mucha agua, come fruta y camina. Tu cuerpo es tu templo. Solo tú eliges como cuidarlo (o matarlo).

Procura deber los menos favores posibles, su precio siempre acaba encareciéndose.

Rodéate de gente que te haga sentir bien y con la que puedas ser tú misma.

Solo hay una vida, Juliette, decide muy bien qué hacer con ella.

Y hazlo.

S.

47

Para mi sorpresa, me despedí de Nina e Ivo con lágrimas en los ojos.

—Pero... si tú nunca lloras —susurró él conmocionado.

Nina me dio palmaditas en el pelo como si fuera un caniche.

—Es que nos la han cambiado, Ivo. ¡Asúmelo de una vez! La Juliette a la que dijimos adiós en París se perdió en algún punto del camino hasta aquí. Solo espero que a esta también le caigamos bien.

—Os mantendría en mi vida, aunque no os soportara.

—Es un gran consuelo.

Compartí una sonrisa cómplice con Nina y los abracé con fuerza. Aún resonaba en mi cabeza la conversación que habíamos mantenido la noche anterior. Me había hecho abrir los ojos del todo a una realidad en la que yo no solo había encontrado un hogar, sino también a mí misma. De pronto, sentía que había logrado alcanzar el objetivo que me había llevado hasta allí.

—¿Ya no vas a vender la casa? —me preguntó Ivo confundido.

Lo vi todo con tal claridad que no tuve ni que meditar la respuesta.

—No, no creo que lo haga.

Y, con esa revelación, sentí que algunas de las grietas de mi corazón se soldaban.

Los acompañé al coche y les prometí que, aunque las cosas estuvieran cambiando, otras nunca lo harían. Quedamos en hablar de nuevo el viernes, en nuestra cita de bollos y batidos. Les dije que los quería y recibí lo mismo de vuelta. Vi su coche alejarse apoyada en el quicio y sentí que una pieza más encajaba, pese a que lo hiciera en un sitio distinto al que había ocupado hasta el momento. Cuando el vehículo no era más que un puntito rojo a lo lejos, cogí el abrigo y corrí hasta casa de Joséphine.

El salón olía a puré de calabaza. Me quité el abrigo y acepté una taza de té. La sujeté entre las manos y me las templé con su calor. Me sentía inquieta, pero eran esos nervios buenos que te acompañan cuando tomas una decisión que crees correcta.

Le conté a Joséphine cómo me sentía y ella me escuchó con atención. Las arrugas de sus labios se iban marcando más según dibujaban una sonrisa.

—Así que te quedas.

—Supongo que no tengo prisa ni planes a corto plazo en otro lugar.

—Es un buen comienzo.

Me sentía feliz. Segura. Más yo misma que nunca. Me moría de ganas de correr hasta encontrarme con los demás y contarles a Pascal, Hugo, Armand y Mathis mis planes. Sobre todo, a Mathis. ¿Qué pensaría? ¿Se alegraría de la posibilidad de tenerme cerca más tiempo? ¿O quizá aquello lo empujaría a tomar decisiones? ¿Y si le pedía que se quedase conmigo cuando le llegara el momento de marcharse? ¿Y si era él mismo el que lo planteaba? ¿Habría futuro para lo nuestro lejos del paréntesis en el que los dos nos mecíamos?

Me mordí una uña y tiré de ella con fuerza. Me pregunté si el amor también era eso, un baile de dos en la incertidumbre.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Juliette? —La voz de Joséphine me devolvió a una realidad en la que el té comenzaba a enfriarse—. ¿Haces esto por ti o por él?

Me tensé un instante, pero aquello ya no se parecía en nada a cómo mi cuerpo reaccionaba al principio de mi llegada. Ahora apenas sentía una tirantez momentánea que se transformaba enseguida en algo cálido. Bastien ya no era para mí un extraño, ni un enemigo, ni tampoco un blanco contra el que soltar mi frustración ni al que culpar por todos mis errores, solo era mi padre. El que se había marchado, sí, pero el que también me había empujado a dar otros pasos por los que le estaba muy agradecida.

No confiaba en que el perdón llegaría algún día, pero sentía que el reproche ya no guiaba mi vida, al igual que la percepción de mí misma era otra.

Suspiré y sonreí a Joséphine pensando en Bastien de un modo más dulce y, por primera vez, sin sentirme culpable por hacerlo.

—He cambiado mucho, pero hay cosas que nunca lo harán. No te puedo decir que entendiera sus actos o que lo haya perdonado, pero me gusta estar aquí. Me gusta su casa, su jardín y la calidez de su hogar. Me encanta el olor de su ropa, vestirme con ella y retarme a conseguir hacer las recetas mejor de lo que le salían a él. Me he enamorado de estas calles, de sus gentes y de los amigos con los que un día las compartió. Me he reconciliado con la música, Joséphine, y he entendido que ella no puede hacerme daño, sino que fue Bastien quien decidió marcharse y nadie más.

Tragué la emoción atravesada en mi garganta y percibí que se deshacía bajo el peso del consuelo. Porque lo había conseguido. Sentía que había soltado un nudo que llevaba años presionándome y haciéndome daño.

—Mis flores están más bonitas que nunca —murmuró con una ternura infinita.

—No estaba segura de si me oías tocar.

—Todo el pueblo lo hace, querida.

Asentí, un poco avergonzada por haberme expuesto de esa forma a mis vecinos, pero satisfecha de haberlo hecho sin miedo a mostrarme tal y como me sentía y no oculté las lágrimas que brotaron de mis ojos.

—Sébastien Gautier me regaló esto, después de todo, y eso sí se lo agradezco.

Ella asintió muy despacio y su sonrisa entrañable me abrazó desde el otro lado de la mesa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Juliette.

—Gracias —susurré conmovida.

—Pero no estaba hablando de tu padre.

Empalidecí y pestañeé confundida. Aparté la mirada, desconcertada, sintiéndome de nuevo una niña perdida. Su aclaración me había golpeado y había hecho temblar unos cimientos que aún eran más débiles de lo que creía. Pensé en Mathis, en sus miradas de claroscuros, en sus silencios, caricias y besos, en lo que despertaba en mí, en la tristeza que lo impregnaba todo y que se transformaba en luz cuando estábamos juntos. En cómo había llenado mis vacíos desde el primer día que nos cruzamos.

Que yo me quedara no tenía por qué afectarle. Que yo hubiera decidido echar raíces durante un tiempo en casa de Bastien no tenía nada que ver con lo que compartía con Mathis. O, al menos, no solo con eso. Había mucho más.

Compartí una mirada con Joséphine y la sabiduría que transmitían sus ojos me hizo dudar. ¿Y si todo se reducía a que estaba cansada de sentirme sola? ¿Y si lo mío con Mathis me aportaba una seguridad a la que era muy fácil agarrarme para dejar de esforzarme? ¿Y si aquella decisión, simplemente, suponía cambiar mi agujero por el del pintor? ¿Acaso había salido de uno para esconderme en otro?

La casa comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Me sentía confusa. De nuevo perdida cuando creía que había retomado las riendas. ¿Tan fácil era perder el hilo? ¿Tan poco estable era la vida, incluso cuando creías que la tenías bajo control?

—Yo no…

Joséphine me palmeó la mano y me ofreció una pasta de coco. Al otro lado de la mesa, el gato nos miraba como si también supiera algo que yo no alcanzaba a ver.

—¿Puedo darte un consejo? —añadió con voz neutra—. Siempre he pensado que los consejos se piden, no se sueltan a la ligera, pero soy vieja, así que ya puedo hacer lo que me plazca sin remordimientos.

Asentí, repentinamente nerviosa, quizá asustada, me costaba discernir. Todo había girado demasiado rápido y me daba miedo que nunca dejara de hacerlo. Yo solo quería entenderme, conocerme, aceptarme. Saber quién era de verdad la Juliette que crecía bajo el

peso del abandono, los secretos y las decepciones.

La miré, suplicante, y ella habló con voz trémula.

—No te quedes por alguien que no está dispuesto a quedarse por ti. Siempre se sentirá en deuda y tú en desventaja. El amor sin equilibrio se convierte en lucha, Juliette, y nunca gana nadie.

Y, pese a que sus palabras solo eran un modo de protegerme, las sentí como una bofetada. Un recordatorio del dolor del pasado que seguía acompañándome. Porque no aprendía. Porque no estaba preparada para volver a sentir que me dejaban de lado. Porque, por una vez, deseaba que me escogieran. Porque, en el fondo, no sabía si me quedaba porque lo deseaba, por amor o porque, en realidad, no tenía adónde ir.

Mathis me buscó al anochecer. Entró por el arco del jardín con sus bártulos, pero ni siquiera los colocó. Se sentó en un banco y miró las flores. Llevaba un abrigo que nunca le había visto, de color negro y con pelo en la capucha, y la boca oculta bajo una bufanda. El jardín tenía ese aspecto apagado que siempre aporta el invierno.

Yo lo miraba a él desde la ventana, como un gato desafiante. Me moría por verlo, por tocarlo, por contarle que había decidido no vender la propiedad y alargar mi estancia allí, aunque la conversación con Joséphine me había hecho ver esa decisión de un modo distinto que me inquietaba. Había salido de su casa siendo otra completamente distinta a la que había entrado, y esa volubilidad solo me demostraba que aún no estaba segura de nada. De repente, tenía miedo. Y había sentido muchas cosas a lo largo de los años con respecto a mi vida, pero nunca había estado asustada.

Al fin y al cabo, yo sabía bien cómo las decisiones que tomábamos influían en los otros. Yo conocía el poder de los demás en uno mismo y me atemorizaba lo que aquello pudiera suponer para él. Porque Mathis estaba de paso. Y, excepto a su arte, no se ataba a nada de forma permanente. Lo que no hablábamos tenía más peso que todo lo que ya nos habíamos dicho. Lo nuestro era bonito, pero ambos parecíamos entender que era tan efímero como un copo de nieve. Yo amaba la primavera precisamente porque pasaba y te hacía desear que regresase al año siguiente. Lo que Mathis y yo compartíamos se asimilaba a ese sentimiento. Porque ambos estábamos rotos y nos habíamos escondido en el mismo lugar para lamernos las heridas. Y lo entendía, pese a que la posibilidad de despedirnos me provocaba una congoja que jamás había experimentado.

Tragué saliva y lo vi levantarse y dirigirse a la puerta. Cuando la abrió y me encontró frente a la ventana, se humedeció los labios y lo sentí. Muy dentro. Agudo. Vivo. Crecía imparable y me susurraba que era fuerte, y real, y que lo deseaba siempre mío. Deseo, amor, afecto,

esperanza. Lo que fuera, pero ahí estaba, agarrado bajo mi piel mientras yo me sujetaba a la encimera para no correr hacia él y suplicarle que nunca me soltara.

Nos enredamos en una mirada de esas con las que hablábamos entre silencios. Me perdí en sus ojos verdes. Le grité con los míos que no estaba segura de cuánto más podría ignorar ese impulso que me pedía más. Más de él. Más de nosotros. Más de lo que fuera. Pero más y no algo a medias.

Estudió mi rostro con calma, mi expresión repentinamente cansada, y la suya preocupada me enterneció.

—¿Estás triste? —me preguntó.

Lo miré confundida e, inesperadamente, asentí. Porque lo estaba. Mucho. Aunque fuera por lo que aún no había sucedido, pero que intuía que dolería cuando lo hiciese.

Tiró de mi mano y me acercó a él. La brisa me trajo su aroma a pintura y piel. La burbuja que habíamos creado se formó a nuestro alrededor y nos abrigó.

—Me ha gustado conocerlos.

Pestañeé, confundida, y entonces me di cuenta de que su pregunta no era una de esas que nos lanzábamos sin medir sobre la vida en general, sin filtro alguno, como habíamos hecho antes tantas veces, sino que Mathis creía que mi estupor se debía a que ya echaba de menos a mis amigos.

Escondí la cara en su cuello. Le dejé un beso suave sobre la camisa.

—Los asusta tu intensidad —le confesé.

Se rio y temblé entre sus brazos.

—Que lo diga alguien como Nina no sé en qué lugar me deja.

Sonreí y alcé el rostro. Apoyé la nariz sobre sus labios y la besó. Cerré los ojos y dejé que la verdad se deslizara por mi lengua.

—Creen que estoy enamorada.

Su expresión se agrió, aunque no apartó la mirada. Tragó saliva y la sombra que siempre aparecía cuando hablábamos de amor hizo acto de presencia. Le acaricié las mejillas, los párpados, el mentón. Su efecto sobre mí se había convertido en algo punzante, agudo, tan intenso como solo lo es lo que te gusta en exceso. Me pregunté si el amor también sería eso, desear algo hasta que te sienta mal, como un empacho de dulces que te prometes que nunca más comerás para al día siguiente comprarlos nada más despertar.

Coloqué las manos sobre su corazón y pensé en lo bonito que sería que saliera bien.

—¿Y tú qué crees? —susurró tan bajito que fue apenas un soplido.

Suspiré y Mathis apretó los brazos alrededor de mi cintura; quizá para que no pudiera escapar; quizá para no hacerlo él.

—Yo creo que es posible. Es la primera vez que me siento así. Pero

también sé que hay algo entre nosotros que no está bien. Hay un fantasma, Mathis. Y ya tengo experiencia con ellos como para saber que no quiero más.

Sonrió con tristeza ante mi alusión a Bastien y su mirada se perdió en todo aquello que me escondía. Me pregunté cuánto peso cargaría sobre sus hombros y por qué no aceptaba ayuda alguna para aligerarlo.

—Te mereces algo más que esto, Juliette.

Asentí y rocé sus labios con el dedo. Suaves. Húmedos. De un color que me parecía imposible expresar en un lienzo. Pero también triste. Todo en él me lo parecía en aquel momento. Su mirada. Sus movimientos. Su aliento.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me apartó un mechón de la mejilla y dejó la mano en la base de mi cuello—. ¿Crees que es posible? Esto. Nosotros. Más allá de este jardín y de tu estudio. Fuera de este paréntesis de vivir que ambos nos hemos tomado.

Mathis tragó saliva y resopló mirando al cielo. Yo ya sabía que no le gustaba hablar de compromiso, ni enfrentarse a las expectativas ni a la posibilidad de decepcionar. Solo éramos un chico y una chica compartiendo cosas en el día a día mientras intentábamos ordenar nuestra vida. Pero yo en ese momento sí necesitaba algo más. Una garantía. Quizá la demostración de que no me quedaba allí solo por él, porque Joséphine me había hecho dudar y ya no sabía ni qué pensar de lo nuestro. O, tal vez, precisamente saber que si lo elegía a él, tendría algún sentido hacerlo.

—Ya somos algo, Juliette. Algo real.

—No te estoy preguntando eso.

Lo miré con firmeza, pese a que estaba temblando por dentro, y me enfrenté a su mirada sombría. Cuando se cerraba de ese modo era cuando más inalcanzable parecía y, por ende, yo más lo deseaba. Las estrellas fugaces siempre nos hacen mirar al cielo.

Sin embargo, Mathis no respondió y lo no dicho nos sobrevoló. Finalmente, dijo algo que no esperaba y que me dolió como una tirita arrancada de cuajo. Algo que implicaba mucho más que un consejo a la ligera.

—Deberías vender la casa, Juliette.

Es increíble cómo las palabras esconden otras entre sus letras.

Me tensé y di un paso hacia atrás, pero él aún me sujetaba y apenas me moví.

He hecho cosas… cuestionables. Cosas por las que me odiarías. Cosas que harían que te marcharas.

Solté el aliento contenido y se perdió sobre su boca. Me pregunté si las despedidas se sentirían así, como desprenderse de la ropa en una noche helada bajo la nieve. Me dije que lo sensato sería apartarme de

él y volver a París. Dormir sola, alejarme de lo que ya dolía para evitar que doliera más. Anticiparme a lo que para él parecía inevitable.

No obstante, noté una presión tan intensa bajo la piel que, simplemente, di dos pasos y me cobijé entre sus brazos.

No dije nada.

Mathis me abrazó y eso fue todo.

Y yo no dije nada.

«Mejor mañana, Mathis. Dejémoslo para mañana.»

Tal vez porque mañana aún no existía, pero hoy y nosotros sí. Y me valía.

48

Aquella noche, fue la primera vez que no me sentí cómoda en aquella cama. Notaba el colchón duro, la presión de los muelles cuando me giraba, los pies fríos y la almohada demasiado blanda.

Me levanté y me asomé a la ventana. Eran las tres y las flores bailaban bajo las caricias del viento. Mathis soñaba a mi espalda; la suya brillaba desnuda, aún con las marcas de los besos que le había dado de madrugada.

Después de aquel abrazo, lo había cogido de la mano y habíamos subido las escaleras en silencio, despacio, con los dedos entrelazados y el corazón en la garganta. Nos habíamos desnudado con calma a los pies de la cama. Nos habíamos besado con ganas, sin ocultar eso que se despertaba cuando estábamos juntos. Nos habíamos acariciado y buscado en el juego de dos amantes queriendo darse del todo, llevándonos al límite entre gemidos.

Ya saciados, nos habíamos tumbado y había posado la cabeza en su pecho. Sus latidos rompían la quietud contra mi oído. Sus manos se perdían en mis rizos.

—Hoy había decidido quedarme —le confesé.

En pasado. Como si todo hubiera cambiado en apenas segundos. Como si aquello no dejara de suceder y no pudiéramos hacer más que dejarnos llevar por esa imprevisibilidad.

Sus dedos se quedaron en el aire un instante antes de volver a jugar con mis mechones como si mi confesión no hubiera existido. Antes de girarme con rapidez y colocarse sobre mí. Antes de sujetar las manos sobre mi cabeza y besarme como si fuera la última vez. Antes de colarse en mi interior y demostrarme con su cuerpo que hay cosas que son inevitables, mucho más que una despedida, mucho menos que el amor.

Me puse una chaqueta de lana encima de la ropa interior y salí con sigilo. Subí al desván y observé las cartas, los retazos ya sentidos, los que aún reservaba para cuando el corazón me pidiera más. Al otro lado, el piano esperaba. Ya no a su dueño, sino a mí. Solo a mí.

Me senté y acaricié las teclas. No dolía. Solo calmaba. Y, en aquel instante, en el que el chico que me hacía sentir dormía en mi cama ajeno a mis emociones, necesitaba volcarme en lo que fuera que me proporcionase alivio.

Me pregunté si lo que Mathis experimentaba cuando cogía el pincel se parecería en algo a lo que me erizaba la piel cuando las notas tomaban forma y la melodía cobraba vida. Si, como la música hacía con las flores de Joséphine, el arte le aportaría esa felicidad que el resto del tiempo parecía que se le escapaba.

Toqué una canción de amor y esperanza, mientras me recordaba asomándome a la buhardilla el primer día que llegué, más perdida que nunca y sin saber qué estaba haciendo allí. Una chica llena de resquemor y dolida por el abandono de un hombre que se había convertido en un fantasma que vagaba por cada rincón de la casa. Rememoré cada momento, desde el instante en que, junto a Ivo y Nina, oí la noticia de la muerte de Bastien en el televisor. El punto exacto en el que todo cambió, aunque por entonces desconociera cuánto. Reviví en la piel lo que sentí la primera vez que vi a Mathis, llamando a mi puerta, buscando un cuadro robado. Las miradas. Las conversaciones transcendentales en nuestro pequeño mundo construido en aquel rincón perdido. Los vínculos frágiles con Joséphine, Armand, Hugo y Pascal, que se habían ido fortaleciendo con el tiempo hasta formar nudos que, pasara lo que pasase, yo sabía que ya eran irrompibles. La vida, convirtiéndose en otra, transformándome a mí en una nueva Juliette, una que seguía buscándose a sí misma, aunque ya iba tomando forma.

El crujido de la madera me hizo parar y la melodía se quedó unos segundos en el aire. Y lo percibí cerca hasta que se sentó a mi lado, con la camisa abierta y su pecho al descubierto, con los pantalones sin abrochar y los pies descalzos. Pelo revuelto. Labios enrojecidos por los besos. Sentí su mirada pidiéndome permiso para acompañarme y también perdón por haberme interrumpido. Su olor perfecto. Su aspereza, la misma que me gustaba tanto como la mejor de las caricias.

Cerré los ojos y seguí tocando.

Pulsé una tecla, y otra, y otra más. Nuestros muslos se rozaban y su respiración se acompasaba con la mía. En un momento dado, noté sus dedos colándose bajo mi brazo, enredándose con los míos, rompiendo la canción con la inocencia del que no sabe tocar, pero que lo intenta de sentimiento. Cogí sus manos y lo guie. Lo llevé sobre las teclas y la música cobró vida de nuevo, con más torpeza, con menos fluidez, pero especial a su manera.

Y todo desapareció.

Todo menos nosotros y la música a la que tantos años culpé por robarme a mi padre.

Cuando terminamos, apoyé la cabeza en su hombro y Mathis me besó el pelo.

—Yo también creo que me estoy enamorando, Juliette. No lo creo,

lo sé. Pero no puedo permitir que tú lo hagas de alguien que desconoces quién es.

Alcé el rostro y me encontré con el suyo. Le brillaban los ojos, aunque su oscuridad era más densa que nunca. Dejó caer la frente sobre la mía y nos respiramos.

—Todos tenemos nuestra historia, Mathis. Y no tiene por qué ser bonita. Solo debemos aceptarla y continuar escribiéndola de la mejor forma que sepamos.

—Has hablado como tu padre.

Sonreí y los labios se rozaron sin que llegáramos a besarnos.

—No hace falta que me la cuentes. Solo… solo dame la mano y sigamos juntos hacia el final. Sé que no será ideal. Sé que las personas nos equivocamos, nos decepcionamos y a veces incluso morimos. No espero uno de película, Mathis, ya sé que no existen.

—Él nunca es perfecto.

—Y ella tiene miedo.

Sonreímos y suspiramos con una nostalgia anticipada que me puso el vello de punta.

—Solo quiero uno nuestro. ¿No te parece suficiente? —añadí, más necesitada de lo que deseaba mostrar.

Mathis se mordió el labio con fuerza. Entrelazamos los dedos y su rostro se rompió en una mueca de dolor cuando pronunció unas palabras que, de repente, nos alejaban.

—Lo decía en serio, Juliette. Creo que deberías vender la casa.

Noté una punzada en el pecho y lo miré dolida.

—Si quieres dejar de verme, solo tienes que decirlo.

—No quiero. No quiero dejar de verte. Ni de tocarte. Ni de besarte. Pero esto no es lo que deseas ni lo que mereces. Así que, aunque no lo creas, lo estoy haciendo por ti.

Me besó con tanta dulzura que temblé. Luego se levantó y sentí frío en cuanto se separó de mí.

Se acababa de abrir una grieta entre nosotros y no había sido consciente hasta que Mathis cerró la puerta de abajo de un portazo.

Carta número 2

Juliette:

Aún te imagino como un bebé, sin recuerdos, sin decepciones, sin haber sentido en tu piel la cara amarga de la vida.

Crecerás creyendo que el amor lo es todo, que los finales felices existen y que no hay nada que pueda separar a dos personas si están enamoradas. Los cuentos, las canciones, el cine, la poesía, el arte... todos alimentan una visión del amor que no es real.

Los artistas no somos más que escultores de la realidad para que esta parezca más bonita.

Pero, siento ser yo quien te diga esto, el amor no depende más que de nosotros mismos, de cómo lo cuidemos y lo que esperemos de él. Y, aun así, deseo que para ti sea especial. Que lo merezcas. Que él también te merezca a ti. Que sea sano, limpio, que tenga luz.

¿Qué esperas tú de él, Juliette? Me encantaría descubrirlo algún día.

S.

49

Cuando Mathis se marchó, me quedé unos minutos sentada frente al piano, pero sin ser capaz de tocar una tecla. El silencio era ensordecedor y tenía frío. Me levanté y me acerqué al baúl. Toqueteé las cartas que aún no había leído y escogí una al azar con la estúpida intención de encontrar en ella algo que me ayudara a entender lo que sucedía a mi alrededor. En ella Bastien me preguntaba qué esperaba yo del amor.

La doblé con delicadeza y la guardé con las demás ya leídas.

El amor… Sentía que nada compensaba lo que traía consigo.

Bajé al salón y me tumbé en el sofá con una manta. No iba a poder dormir y prefería ver pasar las horas allí que metida en una cama que aún olería a él. Abrí Instagram y me puse al día de la exposición ideal y no necesariamente real de mis conocidos. Siempre que me perdía en la superficialidad de las redes parecía que el mundo desaparecía; tal vez por eso resultan tan adictivas, porque te alejan de la verdad y te trasladan a un lugar en el que lo postizo es lo único que existe.

París seguía igual de bonita, a juzgar por el fondo precioso y típico de la Torre Eiffel tras la pose de una antigua amiga del instituto. Ivo había subido una foto de un pastel junto a una copa de vino; sonreí con el texto en el que decía que ellos eran su relación más estable. Marie, mi compañera de trabajo, salía abrazada a su novio en la mesa de un restaurante. Me reí cuando vi a Nina fingiendo hablar por teléfono con un zapatón de tacón. Pinché en su nombre y acudí a su perfil buscando ese consuelo, la sonrisa fácil, la calidez que su simple existencia me aportaba. La imagen anterior era de nosotros tres en la casa de Bastien, con las mejillas cubiertas de harina mientras preparábamos la cena para todos los demás. Las de los últimos meses eran una sucesión de momentos con Alexis y de selfis con los labios pintados y preparada para salir a comerse la ciudad. Fui hacia atrás, como si el tiempo retrocediera a su vez según lo hacía, hasta la última foto que teníamos juntas antes de mudarme a aquel pueblo perdido.

Créeme, algún día te reirás de esto y recordarás que solo fue el principio de algo mejor. Te quiero, Juliette. #friendsforever #noesunperrodeaguasesmimejoramiga #siemprehayunaexcusaparabrindar

Estábamos las dos en mi sofá, ella sonriente y yo con el rostro desencajado por el *flash*, ojeras y el pelo desordenado; también por

haberme quedado sin trabajo después de descubrir que mi padre había muerto. Sobre la mesa, tres tarrinas de helado, dos copas y una botella de champán. Una botella con una etiqueta que minutos después yo jugaría a arrancar con los dedos. Una pegatina con un dibujo que ya había visto antes; dos siluetas, una amarilla y otra azul, que se fundían hasta formar en el centro un color verde intenso. Una pequeña obra de arte convertida en el símbolo de una marca, y cuyo original un pintor de manos y corazón ásperos guardaba en su estudio.

Se me aceleró la respiración y me levanté con brusquedad. Cogí el portátil que estaba en el despacho y me lo coloqué en las rodillas. Lo encendí y, por un segundo, dudé.

Hay ocasiones en las que sabes que algo está a punto de romperse. Que el más simple soplido hará que la montaña de hojas barridas se desmorone. E, incluso con eso, lo haces. Soplas. Aun a riesgo de que todo acabe.

Los dedos me temblaron sobre el teclado cuando escribí un nombre.

50

Los amantes de Rivet

No había sido difícil encontrarlo. Solo había necesitado buscar su nombre junto al de la marca de champán para que, al instante, la pantalla se llenara de imágenes de botellas, de celebraciones, de puntos de venta, bodegas y viñedos. Aunque yo solo tenía ojos para una cosa. Destacaba en el centro, con su explosión de color, con sus curvas y esas formas sinuosas tan características que ya conocía bien. Una obra de arte seleccionada para ser la nueva imagen corporativa de la famosa empresa. Una obra firmada por el joven y prometedor artista Mathis Rivet.

Amplié una de las fotografías y pulsé un enlace que me llevó directamente a una noticia de un periódico de tirada nacional. Era una instantánea tomada el día de la renovación del diseño, hacía cuatro años. Había sido un momento de importancia histórica para la marca, ya que suponía un giro en pro de la modernidad después de cincuenta años con la misma línea. Dos de los accionistas mayoritarios de la empresa familiar conocida por toda Francia sonreían frente a las cámaras; a su lado, el artista que había prestado su arte para representar la nueva visión de aquella bebida burbujeante.

Estaba distinto. Tenía el mismo corte de pelo, el mismo estilo de vestir, la misma sonrisa ladeada, la misma expresión de indiferencia que tantas veces le había visto. Pero era otro. Más altivo. Más distante. Menos el que yo había conocido.

Suspiré y agrandé otra imagen que de entrada pasaba desapercibida, pero donde aparecía él con una chica de la mano. Era guapa; rubia, pelo largo, rasgos afilados. Llevaba un vestido y miraba a Mathis con ese brillo único que desprenden las miradas cuando estás enamorado.

A pie de página, sus nombres y apellidos.

Y un titular.

Lucille Roux acusa públicamente a Mathis Rivet de robarle la idea pictórica que ha encumbrado al joven artista.

Los dedos volaron solos. No me pregunté si aquello estaba bien o no. Tampoco dudé ni me planteé si lo adecuado habría sido que toda aquella información me la descubriera él. Únicamente escarbé, como cuando sabes que al remover la tierra solo puedes encontrar raíces muertas.

Carta número 22

Juliette:

Durante estos años he reflexionado mucho sobre qué aprendí de abandonarte. Porque de todo se aprende. Todo nos moldea y nos transforma. El ser humano es lo menos estático que conozco. Por eso nadie se conoce, en realidad. Somos capaces de cambiar en un instante.

Marcharme de tu lado me enseñó tres cosas:

El amor no lo es todo.

Arrepentirse no es malo, a veces supone un consuelo que te demuestra que aún tienes corazón.

No hay nada más triste que el momento en el que te das cuenta de que algo jamás podrá ser.

S.

51

Me abroché el abrigo y me dirigí a casa de Mathis. El día estaba oscuro; las calles, vacías.

No había dormido en toda la noche. Después de descubrir las razones de sus silencios, me había hecho un ovillo en el sofá y me había dejado abrazar por todo lo que sentía. Por el rechazo. La rabia. La tristeza. El dolor. La decepción. Una decepción tan honda que me costaba gestionarla.

Acababa de aprender que el amor también podía ser un agujero.

Caminé deprisa y llamé al timbre sin dudar. Quizá porque, si lo hacía, no sería capaz de continuar.

Cuando la puerta se abrió, nuestros ojos se cruzaron y en los suyos vi un anhelo mal escondido. Yo también lo notaba. Yo también deseaba abrazarlo, olvidarme de todo y sentir bajo sus manos. Yo también quería dormir con él y soñar con finales alternativos de películas aplastadas por la realidad de las que reírnos. Pero nuestra realidad era otra. Una en la que no me quitaba de la cabeza el rostro de una chica rubia. Una en la que el corazón me gritaba que huyese, porque estaba cansado de que doliera.

—¿Quién es Lucille?

Una sombra cruzó su mirada y se dirigió a mí con dureza.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Es fácil encontrar algo cuando lo buscas.

Hizo una mueca y se apartó para que pudiera pasar.

—No podías dejarlo estar, ¿verdad? —susurró más para sí mismo que para mí.

Entré, pero no me quité el abrigo. Mathis pasó por mi lado y bajó las escaleras que llevaban al estudio. Lo seguí, sintiendo que allí abajo todo sería más complicado, pero a la vez que no había un lugar más adecuado para hablar de secretos y arte inacabado.

Se movió por la estancia como si buscara algo, mientras yo esperaba en el centro y recordaba aquella tarde en la que, justamente bajo mis pies, nos habíamos acostado. Había llegado a casa con pintura azul en la espalda y en el pelo. Nunca el arte me había parecido algo más vivo.

Lo vi quitar del caballete un cuadro a medias y colocar un nuevo lienzo. Su blancura, por primera vez, me provocó un rechazo instintivo.

—La conocí en la universidad. Conectamos enseguida y nos enamoramos. Tenía belleza, inteligencia y talento. Fue demasiado fácil hacerlo.

Su voz ronca rompió el silencio y noté que algo se me retorcía por dentro. Eran celos, sutiles pero vivos, gritándome que él había querido a esa chica y preguntándose si aún lo hacía y si por mí llegaría algún día a sentir tanto.

Mathis hizo una pausa y cogió un bote de pintura negra. Lo abrió y cubrió con ella el pincel. No tardó en trazar un círculo sobre la tela. No sabía qué pretendía pintando en aquel instante, pero tampoco podía dejar de mirarlo. Resultaba hipnótico y, de algún modo, sentía que su actitud no estaba fuera de lugar. Como si necesitáramos dejar constancia de lo que estaba sucediendo en ese momento. Como si el dolor pudiera fluir mejor si lo liberábamos.

—Su forma de entender el arte es… —Frunció el ceño y chasqueó la lengua. Dejó un trazo grueso y denso en la superficie con una sacudida —. No he conocido a nadie que lo viva como ella.

Tragué saliva y me abracé. La oscuridad del cuadro se mezcló con el fulgor de un color azul muy claro.

—Es mucho mejor que yo.

Con esas cinco palabras algo se rompió. Lo noté en la habitación, en el aire, en la distancia que nos separaba, en las líneas difusas de una pintura a medio hacer más emocional que ninguna otra que hubiera visto. Mathis se rompió frente a mí y sus grietas brillaron, oscuras e intensas, las heridas aún vivas de lo que fuese que ellos hubieran compartido. Su versión más gris, sombría y dañina; esa que todos tenemos y que rara vez dejamos visible.

—La quería, pero odiaba que fuera mejor que yo.

Se giró y me encontré con su mirada triste, con su orgullo consumido y con la vergüenza visible de un modo tan crudo que fui yo la que se sonrojó.

Di un paso hacia él y me coloqué a su lado. Recordé sus manos pulsando las teclas del piano, creando conmigo una canción, compartiendo juntos lo que a mí me había regalado tanta dicha como aflicción. Cogí uno de los botes y dejé que un pegote de color rojo me ensuciara las manos. Unté la yema en él y me acerqué con cautela al lienzo. Cuando apoyé el dedo sobre la tela y dejé mi huella, Mathis sonrió con pesar y su mirada se humedeció.

Me cogió la mano y colocó su palma encima. La pintura pasó del uno al otro antes de posar ambas sobre el cuadro.

—El profesor Girard, del que ya te hablé, nos ofreció algo. Una oportunidad única. Había salido a concurso el nuevo diseño de una marca de champán y le habían pedido la participación de los alumnos que él considerase mejores. Buscaban algo moderno, aunque a la vez

elegante y atemporal. La mezcla perfecta de tradición y progreso, de amor y deseo. Una obra de arte que todo el mundo identificara con ellos.

Recordé aquel símbolo, dos cuerpos uniéndose en uno, dos colores convirtiéndose en otro. Su fuerza. Su intensidad en la sencillez. Su belleza innegable.

—Lo conocía, aunque hasta esta noche no he caído en que lo había visto en tu estudio.

Mathis asintió y nuestros dedos se entrelazaron encima del lienzo. Él había añadido un color añil entre los suyos y un amarillo claro sobre los míos. La mezcla daba lugar a un verde similar al del símbolo que lo había hecho famoso. Ambos observamos el movimiento de nuestras manos tiñendo la blancura con su estallido de color. Pese al momento, el gesto me pareció extrañamente erótico.

—La idea tomó forma una noche de verano. Habíamos salido a cenar. Nos habíamos bebido una botella de vino. Lucille llevaba un vestido rojo y los labios pintados. Estaba preciosa. Y contenta. Me dijo que ya sabía qué iba a ofrecerle a Girard, pero que no quería contármelo, sino enseñármelo. Aquello me puso nervioso, porque yo aún no tenía nada; todo lo que se me ocurría me parecía insulso. —La amargura nos envolvió y su suspiro me erizó la piel de las manos unidas sobre la tela—. Llegamos a su apartamento y nos desnudamos.

Fui a retirarme en un impulso tonto, pero él me lo impidió agarrándome con firmeza.

—No te cuento esto para incomodarte, sino porque es importante. Siempre hablábamos de arte después de hacer el amor. El alivio del sexo nos inspiraba. No era el antes ni el durante, era ese espacio lánguido del después. Esa sensación de ingravidez que nos dejaba en cuerpo y mente. Pero aquella noche fue diferente.

Tragué saliva y relajé la mano. La suya me acompañó en un vaivén que dejó su rastro, un camino de color verde únicamente nuestro.

—Entre caricias y besos, Lucille se levantó y cogió dos botes de pintura. Abrió el amarillo sobre mi pecho y lo extendió. No sabía qué estaba haciendo, pero no podía dejar de mirarla. Repitió lo mismo con el azul sobre su piel. Después follamos sobre el sofá. Al terminar, nos separamos y sonrió mirando el verde resultante. Aún estaba dentro de ella cuando habló:

Dos cuerpos. Dos colores que se convierten en uno. La perfecta unión.

Lo entendí enseguida. Lo visualicé solo con vernos unidos por la pintura, por nuestros sexos, por una idea increíble que representaba a la perfección lo que se nos había pedido.

Mathis tragó saliva y su mirada se perdió en su estudio. Me soltó y me sentí vacía. Me retiré un mechón de la cara y noté la humedad de la pintura en la mejilla.

—La idea no fue tuya —susurré, sin ocultar que aquello me asqueaba.

Él sonrió con dureza y me estremecí. De repente, comprendí que su aspereza no era un disfraz ni un escudo para protegerse de los demás, sino un castigo para sí mismo. La culpa despertó en su mirada y llenó cada rincón del sótano como un tsunami, salpicándolo todo, destrozando cuanto tocaba.

—Me dijo que se la presentaría a Girard la semana siguiente, que quería trabajarla bien y no anticiparse —continuó Mathis—. No tuvo la oportunidad, porque, apenas tres días después, lo hice yo.

Lo observé a conciencia, sabiendo que lo hacía de un modo nuevo. Que ya no veía al chico que se preocupaba por mí, que me cuidaba, que parecía entender lo que era vivir con un fantasma. Ahora era otro. Otro capaz de hacer lo contrario a la chica que había querido. Dos polos opuestos de la misma persona. Las dos caras de un corazón.

Había leído que Lucille lo había denunciado en sus redes sociales y que algunos medios de comunicación lo habían compartido, pero no había sido más que una noticia de segunda, algo anecdótico que solo había servido como publicidad a la marca. Al no ser una idea registrada, no había delito, solo un acto moralmente cuestionable que ensuciaba la imagen de Mathis, pero nada más. Una riña de amantes. Una ruptura amorosa entre artistas volubles y egocéntricos que había sido la comidilla de los pasillos de la universidad durante unas semanas, pero que acabó enterrada bajo el embrujo de la posición privilegiada de Mathis. Él, el admirado; ella, la olvidada.

Pese a ello, yo había acudido en su busca con la esperanza de que me dijera que todo había sido un error, la mentira de una novia despechada, y no un secreto que cambiaba radicalmente la percepción que tenía de él. Aunque, en el fondo, desde el primer momento había sabido que era cierto. Sus silencios. Su huida. El bloqueo por la culpa que cargaba. Su cementerio de cuadros inacabados. La tristeza impregnada en todo lo que tocaba. Su hogar sin color. Las señales estaban ahí, brillando como los trazos húmedos de la pintura al óleo.

Me mojé el dedo de gris y dibujé en el centro un corazón de piedra. A mi lado, Mathis me miraba con la expresión de derrota del que sabe que nunca tuvo las de ganar al tratarse de nosotros.

—Ella nunca llegó a presentarse al concurso.

Frunció los labios y negó sin ocultar lo mucho que aquello lo avergonzaba.

—No. Tuvo una tutoría con Girard por un asunto de la universidad días antes de presentar su propuesta y el destino quiso que viera la mía sobre su mesa. Se retiró en el acto. El enfrentamiento posterior que tuvo lugar en mi piso prefiero no recordarlo.

Mathis tragó saliva y su mirada se perdió en sus recuerdos más feos.

Sin refrenar el impulso, agrieté el corazón con pequeñas líneas irregulares de color azul.

—Desde entonces, no soy capaz de pintar. Después del premio llegaron las exposiciones. Solamente en la primera, presenté una colección de veinte trabajos realizados con anterioridad y vendí quince. Nada mal para un novato. Las dos siguientes fueron un éxito rotundo y mi nombre comenzó a tomar relevancia. Recibí más ofertas, pero era incapaz de terminar un cuadro. Así que, cuando ya no tuve nada que ofrecer, me marché. Hui de mi vida, creyendo que así podría volver a empezar, sin darme cuenta de que el problema estaba en mí y lo traía conmigo. Siempre estará conmigo.

Asentí y lo vi coger la pintura rosa. Una explosión color chicle sobre su mano igual que la del cuadro que me había regalado. Una sacudida sobre el corazón que habíamos plasmado en nuestra gran obra. Mi llegada a la vida de Mathis, recordándole que, aunque se hubiera prohibido volver a sentir nada bueno, resulta imposible frenar las emociones cuando conectas con alguien que se cruza en tu camino.

—Elegí el éxito por encima del amor, Juliette —susurró con la voz rota.

«Como tu padre», decían sus ojos.

Ahí estaba. La verdad velada. Lo que había hecho que Mathis prefiriera que lo nuestro fuera solo algo pasajero para después despedirnos, dejándome un bonito recuerdo, antes de tener que confesarme que se parecía demasiado a la persona que más daño me había hecho.

Me giré y me enfrenté a él. A un Mathis que no solo dolía, sino que también me enfadaba. Porque había hecho mucho más que eso.

—Hiciste algo más, Mathis. La traicionaste. Le robaste una parte de sí misma. Hiciste que la tacharan de histérica, de poco profesional, de demasiado sentimental. Y lo permitiste. Te cruzaste de brazos mientras ella desaparecía.

Se me rompió la voz, pero era la rabia, que burbujeaba pidiendo ser liberada.

Había leído todo eso en internet. Para bien o para mal, ninguno estábamos a salvo e, igual que se había hablado de mis conquistas en las redes sociales, la historia de la chica enrabietada que había intentado truncar la carrera del prometedor pintor también había encontrado un espacio en el que quedarse. Todo acababa capturado para siempre, nos gustara o no. Y Lucille, aunque había caído en el olvido poco después de intentar defender su causa, seguía ahí, buscando que alguien la escuchara. Había llegado a un perfil discreto en Instagram en el que subía algunas de sus creaciones. Tenía un pequeño estudio en Nancy y trabajaba como profesora en una academia de pintura. Compartía su vida con un chico de ojos azules y

se movía por la ciudad en bicicleta. Y Mathis llevaba razón, su talento era innegable. Había una belleza en sus obras que impresionaba, pero era una belleza comedida, como si la expresara de forma discreta por miedo a que se la arrebatasen.

Sin poder evitarlo, sentí una empatía brutal por ella. Al fin y al cabo, yo sabía lo que era vivir con miedo a que se llevaran una parte de ti y que esta nunca regresara.

Mathis me pasó un trapo húmedo para limpiarme las manos. Froté con fuerza hasta que la pintura tiñó el paño. Luego ambos contemplamos el cuadro. El resultado de una confesión que era la mezcla perfecta de desencanto y despedida.

—Esto es lo que soy, Juliette —me dijo sin apartar la mirada del lienzo.

Oscuro. Violento. Triste. Un paisaje que, pese a que también contaba con color, yo solo podía pensar en un mundo en blanco y negro. Y, pese a todo, aún me gustaba. Aún lo quería. Aún deseaba esconder el rostro en su cuello, contar sus latidos, aspirar su olor hasta quedarme dormida.

Di un paso hacia atrás y Mathis dio otro hacia mí. Noté sus dedos rozando los míos con una suavidad que me desarmó.

Cerré los ojos y dejé que su aliento me acariciara; estaba tan cerca que podría haberme tocado la piel con los labios.

—Te dije que te merecías algo más. Algo mejor.

—Y tenías razón.

Suspiramos con pesar y nos respiramos por última vez.

—¿Sigues pensando en quedarte?

Me dolía, pero, de pronto, solo deseaba marcharme de allí. Marcar la distancia con esa emoción aguda e intensa que ya no abrazaba, sino que ahora me dolía. Necesitaba alejarme y escogerme a mí por encima de un amor que no había sido como esperaba. Por encima de un hombre que, como hizo mi padre, siempre elegiría el arte.

—Creo que voy a vender la casa. Es lo más sensato.

Él sonrió. Una sonrisa tan triste como me sentía yo. El juego había terminado y el agujero de Mathis era tan profundo que debía irme cuanto antes si no quería que me arrastrase.

No le dije adiós. Simplemente, me marché.

Febrero siempre me había parecido un mes triste. Corto, frío, sin nada que ofrecer más que ser el preludio de una primavera ansiada por todos.

52

A la mañana siguiente, llamé al primo de Nina y puse la venta de la vivienda en manos de la inmobiliaria.

Por la tarde hice las maletas y me despedí de mis nuevos amigos con lágrimas en los ojos.

Les prometí volver de visita, mantener el contacto, no vender la casa a cualquiera, cuidarme. Armand le hizo un perfil en Instagram a Joséphine para que pudiese seguirme la pista. Pascal me dio las gracias por haberle empujado a salir de casa y recordarle, después de conocer a Nina, que había un mundo fuera del duelo.

Hugo me regaló flores.

Podría parecer una decisión repentina, pero, en realidad, reflexioné mucho hasta darme cuenta de que Mathis llevaba razón en una cosa: necesitaba marcharme, regresar a mi vida y recorrer parte del camino sola. Necesitaba descubrir qué era de verdad lo que quería y allí ya no podía. Aquello solo había sido un paréntesis y, como tal, había llegado el momento de cerrarlo. Sentía que había pasado de un refugio a otro. Una niña muerta de miedo saltando de un agujero al siguiente.

Y no podía olvidar que, del mismo modo que había sido capaz de llegar a un entendimiento con el fantasma de Bastien, debía reconciliarme con la antigua Juliette.

La última noche que pasé allí, entré en el dormitorio de mi padre. Abrí el armario y rocé con los dedos las prendas. Aspiré el olor que desprendían, ese que estaba en cada rincón de la casa y que ya sentía que me pertenecía un poco. Revisé los cajones de la cómoda y encontré algunas fotografías de mi madre bajo los calcetines. Estaban envueltas en papel de seda, protegidas y cuidadas. El nudo de mi garganta se intensificó y sentí que otro de esos vacíos que siempre cargaba conmigo se colmaba. Porque mi padre también la había querido. Acaricié las imágenes, me recreé en los detalles desconocidos, en aquellas versiones más jóvenes de sí mismos. Guapos y felices, me devolvían la mirada y me hacían creer que un día, al menos, lo suyo había tenido sentido.

Aún quedaba yo. Ellos ya no estaban, pero siempre sería un recordatorio de que un día el amor había existido.

¿Pensaría Mathis lo mismo de nosotros cuando me hubiera marchado? ¿Lo que habíamos sentido el uno por el otro sería suficiente para que el recuerdo fuera dulce?

Me senté en la cama y respiré profundamente antes de acercarme a la mesilla. Abrí el primer cajón y temblé al ver un pequeño cuaderno negro con las tapas de piel. Lo cogí y lo sostuve sobre mi regazo. No sé el tiempo que pasé así, sujetando aquel pequeño objeto que tanto escondía; lo más personal de Bastien, lo único que le importaba tanto como para pedirme en una carta que nunca dejara que lo encontraran.

Lo llevé a mi dormitorio y lo metí en la maleta; lo dejé junto a las cartas, recogidas todas entre mi ropa con mimo. No me atreví a abrirlo. No fui capaz de mirar dentro de Bastien. Me daba miedo descubrir algo que rompiera la percepción que había creado de mi padre gracias a esos amigos que ahora también eran los míos.

¿Y si todo había sido una ilusión? ¿Y si mi tiempo en aquel pueblo no había sido más que una escena atrapada dentro de una bola de nieve de las que vendían en el mercado navideño? ¿Y si la calidez que sentía al pensar en Bastien no era más que un espejismo provocado por la nostalgia de los que un día lo quisieron? ¿Y si mi huida no había servido de nada?

Me daba miedo romperme un poco más y regresar a París sin haber encontrado todos los trozos.

Me acosté y me dejé envolver por los sonidos de la casa. El crujido de la madera, el siseo del viento, el silencio, que parecía poseer forma y cuerpo. Como si fuera un ente vivo, también iba a echarla de menos.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me despedí del fantasma de mi padre y me marché de allí sintiendo que dejaba a otra Juliette entre aquellos muros.

Cuarta parte: La luz azul y otros colores imposibles

Carta número 13

Juliette:

Hoy es tu cumpleaños y hace un viento insoportable, pero la luz es perfecta.

Ojalá siempre sepas ver el brillo de la vida, incluso cuando esta te parezca más gris.

S.

53

París olía a flores y a las aceras mojadas que había dejado la lluvia. Un hombre vendía globos a los niños y unos perros le ladraban, asustados por el sinuoso vaivén de los muñecos inflados. Había un pequeño atasco y los pitidos de los coches rompían la armonía, pero el sol brillaba de vez en cuando entre las nubes y resultaba agradable.

Entré en la cafetería y le sonreí a Ivo, que sorbía con cuidado de su taza de café.

—Llegas tarde —me reprendió Nina.

—Me he entretenido paseando. Si os paraseis a mirar lo que os rodea en vez de andar siempre con prisas, descubriríais muchas cosas.

—Esas cosas siempre han estado allí, Juliette, eras tú la que solo miraba hacia dentro.

Pese a que pudiera parecer un comentario desafortunado, los tres nos reímos y me senté entre ambos. Pedí un chocolate caliente y un trozo de tarta.

Era viernes de batidos y bollos. Habíamos retomado la rutina tras mi vuelta con tal normalidad que parecía que nunca me hubiera ido. Y era verdad que algunas cosas se habían mantenido estáticas. París seguía siendo París, con su ritmo imparable, su ruido, su belleza. Nosotros tres aún éramos un equipo, pese a que hubiéramos aprendido durante los últimos meses que no siempre conocíamos del todo a los que queríamos ni éramos capaces de darles lo que necesitaban. Yo continuaba perdida, aunque había comenzado a ver cierto encanto en sentirme a la deriva. Cuando uno va y viene sin saber adónde se dirige, hace descubrimientos por el camino que, en otras circunstancias, habría pasado por alto. Y a eso dedicaba mis días: a conocer el mundo después de quitarme una venda que me cubría los ojos.

Partí un pedazo de tarta y la pasé al plato de Ivo, que llevaba mirándola con anhelo desde que me la habían servido, y me lo agradeció con un gesto infantil.

Llevaba dos meses en París y la vida fluía. Me había alojado en casa de Nina hasta que había encontrado un piso decente que no se fundiera mi herencia en un suspiro. Se encontraba cerca del canal Saint Martin y no tenía balcón, aunque sí una bañera enorme de patas en la que pasaba más tiempo de lo recomendable para nadie. Me había apuntado a algunas ofertas de empleo, aunque aún no había

tenido suerte; para ocupar el tiempo, paseaba, me fijaba en los detalles de lo que me rodeaba y que antes, mecida en la inercia, me pasaban desapercibidos, y reflexionaba sobre qué quería, qué sentía y qué echaba en falta. También ignoraba que mis pensamientos solían desviarse a un pequeño pueblo de Alsacia, a sus gentes y a lo que había dejado allí.

Di un trago largo a mi taza y percibí la humedad sobre mi labio superior.

—Pareces Dalí —se burló Ivo con una sonrisa.

Pensé en relojes derretidos, en colores intensos, en el amor. Pensé en Mathis y borré todo rastro de chocolate con la servilleta. Carraspeé y me volví hacia Nina, que tecleaba con avidez en su teléfono móvil.

—Es mi primo —aclaró—, se está mudando y quiere que Alexis le eche una mano.

—¿Cómo le va? —preguntó Ivo ajeno a mi repentina tensión.

—No le va mal, aunque le iría mejor si cobrara la comisión por la casa de Bastien.

Suspiré con desidia y me concentré en atrapar las migas de la tarta con los dedos. No pude evitar imaginarme que una de ellas era la cabeza de mi mejor amiga antes de llevármela a la boca.

—¿Sigues sin comprador?

Nina se echó a reír como una loca ante un Ivo estupefacto que nunca se enteraba de nada.

—¡El problema no es el comprador! Las ofertas le sobran. El problema es que la nueva Juliette es una experta en esquivar balas, así que rechaza todas las que le hacen y sigue como si nada.

—¡Tú tampoco se la habrías vendido a los de la semana pasada, Nina! Era una pareja... rara.

—Tú eres rara. —Me señaló con la cuchara y ni siquiera me esforcé por defenderme.

—Más rara que yo. Ella coleccionaba muñecas de porcelana y él quería poner una barbacoa en el jardín.

—¡Menudos psicópatas! —dijo Ivo con sarcasmo antes de romper a reír—. ¿Cuántos van?

—¿Acaso importa?

—Por supuesto que importa.

Suspiré y aparté la vista. De repente, me sentía profundamente cansada. El tráfico al otro lado del cristal volvía a ser un ruido molesto y el encanto de las pequeñas cosas había sido sustituido por algo más amargo.

—No espero que lo entendáis, pero les prometí a todos que no se la vendería a cualquiera.

—La familia de la semana pasada era perfecta, Juliette —me recriminó Nina, a la que no le faltaba razón.

—El niño arrancó una de las caléndulas de Joséphine.

—¡Menudo monstruo! Deberían llevarlo atado con una cadena.

Me reí y ella me agarró la mano por debajo de la mesa. Pese a su ironía, siempre acababa demostrándome que estaba de mi lado. Esquivando balas conmigo, como ella decía, aunque sentía que algunas me rozaban y escocía. Vaya si lo hacía.

Apenas tres días después de poner la casa a la venta había llegado la primera oferta. Había sido de un inversor que ni siquiera la había visitado y aquello me había ofendido, como si el dinero estuviera sucio o la vivienda no mereciera un trato tan frío. Le había pedido al primo de Nina que filtrase a los clientes, que no estaba dispuesta a vendérsela a nadie que no considerase merecedor de ella. Una semana más tarde me había llamado con una propuesta interesante.

—Hay un comprador que te ofrece un tercio más de lo que pides.

—¿Y por qué alguien haría eso?

—Los melómanos son así, Juliette.

Negué con efusividad y agarré con tanta fuerza el teléfono que pensé que lo rompería en pedazos.

—Ni inversores ni melómanos, por favor.

La tercera había sido diferente. Una señora adinerada que buscaba una segunda residencia en la zona para disfrutar de las vacaciones navideñas con su familia, pero que no había encontrado nada en los pueblos de más renombre. Mi excusa de que me daba miedo que la casa pasara mucho tiempo cerrada fuera de temporada y acabara abandonada no había sonado muy convincente.

Después llegó el joven que quería convertirla en un hospedaje, la pareja que deseaba que fuera un retiro espiritual y la familia a la que había hecho alusión Nina; una familia normal y corriente a la que yo había rechazado porque no me agradaba la idea de que el jardín le perteneciera a otro niño que no fuera Hugo.

Aparté la mirada de Nina y suspiré. Ivo, al percibir que el ambiente se tornaba incómodo, desvió la conversación a otro tema.

Los oí cambiar sus impresiones sobre el nuevo coche eléctrico de Alexis, sobre la dieta macrobiótica de la madre de Ivo y sobre un programa de nuevos talentos al que ambos estaban enganchados. Sonreí cuando tocaba y asentí de vez en cuando, apoyando sus opiniones. Los observé como si fuera una espectadora tras el cristal de un escaparate, sintiéndome ajena a ratos e imaginándome que, en una realidad paralela a cuatrocientos kilómetros de distancia, una chica idéntica a mí caminaba por una calle de casas de colores y se dirigía a una biblioteca. Una chica que sonreía, que respiraba tranquila, que era feliz.

Pestañeé, aturdida por aquella visión, y los interrumpí sin miramientos.

—Me da miedo equivocarme.

—¿De entrada? —preguntó Nina confusa; estaban hablando de una obra de teatro a la que pretendíamos ir los tres juntos—. Te la cojo yo, ¡no te preocupes! Aunque la aplicación es muy intuitiva.

Negué con firmeza.

—Me da miedo aceptar una oferta y arrepentirme de perder la casa.

Ivo me robó el trozo de tarta que quedaba en mi plato y Nina sonrió; en sus ojos leí la comprensión que necesitaba en ese momento. La mitad del tiempo no entendía lo que yo hacía, pero siempre sentía su abrazo reconfortante, incluso desde el otro lado de la mesa.

Regresé a casa caminando sin prisas. El aire ya refrescaba, pero sentirlo en la cara aliviaba el escozor de las verdades pronunciadas en voz alta.

Me sentía bien, pese a que no quedaba demasiado de la Juliette que meses atrás se había marchado de París. Aún seguía conociéndome, pero me había reconciliado con algunas partes de mi versión pasada y eso había dejado espacio para otras nuevas. Y, sin embargo, me faltaba algo. Había encontrado en mi interior vacíos que antes no existían. Al fin y al cabo, las personas no dejamos de descubrir, de descubrirnos, y aquellos meses habían supuesto para mí sentimientos que ahora reclamaban otras necesidades.

Los echaba de menos. Esa era la realidad. Adoraba París y estaba hecha para recorrer sus calles, pero añoraba lo que había dejado atrás. A menudo me veía mirando los edificios señoriales y buscando entre ellos alguna fachada colorida que nunca se acercaba ni un poco a la de los vecinos de Bastien. El dinero que mi padre me había dejado me había permitido alquilar un piso magnífico, con un ventanal desde el que veía el Sena y que iluminaba la estancia de un modo precioso. Pese a ello, echaba en falta la calidez de la chimenea de la casa del pueblo, el crujido de la madera bajo mis pies, la lana de la ropa de Bastien y el aroma a especias y café que lo envolvía todo. Mi concepto de hogar había cambiado, ya no tan guiado por los olores, paisajes o las sensaciones que me aportaba un lugar, sino por lo que lo hacía único, como sus gentes y lo que estas habían despertado en mí.

Mantenía el contacto con todos. Armand me llamaba a menudo y su verborrea me acompañaba hasta que uno de los dos debía colgar; me hablaba de *Milo*, de la biblioteca, de las series a las que estaba enganchado y de los cotilleos de un pueblo tan vivo que casi oía respirar al otro lado del teléfono. Joséphine, para mi sorpresa, había comenzado a subir fotos a Instagram y yo solía perder las horas mirándolas, como si fueran pequeñas obras de arte. Su gato sin nombre. Retratos de Margarite. Tazas de té. Sus dedos arrugados sobre la manita diminuta de Hugo. *Milo* con la carita alzada al sol en la

puerta del ayuntamiento.

Pascal me enviaba dibujos del niño que yo imprimía y colgaba en mi frigorífico.

De Mathis no sabía nada y suponía que continuaría siendo así. Y no me importaba. Aún notaba una punzada en el pecho al pensar en él, pero comprendía que no habíamos sido más que una etapa el uno para el otro. Mathis estaba herido y yo ya era cicatriz. Sin embargo, me preguntaba a menudo cómo estaría, si se dejaría ayudar por los demás, si permitiría que la culpa y los remordimientos siguieran hundiéndolo hasta desaparecer. Si tanto castigo tendría sentido. Si yo sería una tonta por desear que alguien lo cuidara como él tantas veces había hecho conmigo. Si el amor funcionaría así, como un abrazo dado incluso cuando el otro no lo merecía.

Incluso con eso, por encima del recuerdo que su amor había dejado en mí, el que sentía por los demás primaba y acababa relegando al pintor a un segundo plano.

Me consolaba diciéndome que todos estaban bien, que la vida seguía y manteníamos las promesas que nos habíamos hecho, pero… pero no era igual. Nada lo era. Y París nunca me había parecido más gris.

Cuando conoces el color en su máxima intensidad es fácil que lo demás brille un poco menos.

Entré en mi piso y me quité el abrigo. Recalenté un trozo de *pizza* que me comí de pie en la cocina y encendí un par de velas. Llené la bañera y me metí despacio, sintiendo el calor despertando mi piel. Cerré los ojos cuando sumergí casi todo el cuerpo y me esforcé por dejar la mente en blanco. No es sencillo. Siempre hay algo. El ruido nos persigue. Estamos hechos para nunca soltar las riendas del todo. Pero llevaba haciendo ese ejercicio desde hacía un tiempo y me ayudaba a respirar mejor. Sentía que había comenzado a cuidarme. A escucharme.

No obstante, aquel día mi mente no era un lienzo en blanco, sino que rápidamente se cubrió de color. Recordé la elegancia de sus manos, el movimiento preciso del pincel, la forma en la que fruncía el ceño cuando elegía el tono adecuado. Recordé cómo la explosión de color siempre hacía estallar algo dentro de mí. Una bomba que reventaba en mi interior de forma refleja.

Y me permití echarlo de menos.

Me pregunté qué estaría haciendo, cuántos cuadros habría dejado a medias desde mi partida, si también pensaría en mí. Recordé los momentos compartidos, el olor de su cuello, el sabor de su piel.

Mi mano se deslizó entre mis muslos.

El deseo estalló sobre mis yemas.

Cuando abrí los ojos, todo seguía igual, pero mi corazón latía como



si aún fuera suyo.

54

Me levanté sin sentirme distinta, aunque ya tuviera veintiocho años. Me sujeté el pelo con un bolígrafo y me lavé la cara. Hice café, tostadas y exprimí dos naranjas. Respondí mensajes, me reí ante las felicitaciones de Nina e Ivo, siempre expertos en memes absurdos, y me senté a desayunar frente a la ventana abierta. La primavera estaba en su momento álgido y la temperatura era perfecta. Cerré los ojos con la cara alzada al sol y sonreí.

Fue entonces cuando oí una voz.

—¡Abajo, Juliette!

Parpadeé confundida y me asomé. Tres pisos me separaban del suelo y de cinco siluetas, cuatro humanas y una perruna, que me miraban a su vez. La felicidad cabía en un gemido ahogado, cuatro sonrisas y un lengüetazo para espantar una mosca. Me agarré al alféizar y me embargó la calidez que solo te provoca el sentirte parte de algo. Un animal reconociendo a los suyos después de un tiempo perdido. Un corazón abrazado.

—¿¡Qué estáis haciendo aquí!?

Milo movió el rabo cuando oyó mi voz. Hugo, de la mano de su padre, daba saltitos en la acera, emocionado por aquella aventura. A su lado, Joséphine, con un sombrero color rosa, sujetaba su bolso con fuerza y observaba lo que la rodeaba con el recelo de quien odia las grandes ciudades. Armand me miraba sonriente; su chaqueta de topos turquesa lanzaba destellos por el reflejo del sol.

—¡Hemos venido a cantarte el cumpleaños feliz!

Tres voces comenzaron a entonar la canción. Hugo daba palmadas y movía los labios, aunque sabía que de entre ellos solo salían suspiros. A su alrededor, la gente los esquivaba con desaprobación por ocupar la acera, algunos los miraban con una sonrisa, otros levantaban los rostros y me miraban a mí, un chico sobre su bicicleta me felicitó a gritos. París avanzaba, imparable, pero allí, en mitad de una calle cualquiera, una chica en una ventana sentía que el universo se congelaba durante los instantes en que se sentía un mundo para alguien.

Milo ladró con la última palabra y, por fin, me llevé las manos a la boca y me eché a reír.

—¡Estáis locos! —grité con la emoción atravesada en la garganta.

—¡La familia de cada uno siempre está loca, Juliette, es algo que se

acepta con el tiempo! —dijo Armand con su encanto de niño chico.

Bajé los tres pisos corriendo, sin importarme estar en pijama, y los encontré al otro lado del portal. Los abracé con fuerza. Cerré los ojos y me dejé arropar por su cariño, por el olor a lavanda de Joséphine y el confortable tacto de su piel arrugada, por el parloteo de Armand, por los guiños de Pascal, por las cosquillas que los bigotes de *Milo* me hacían en las piernas, por la ternura de Hugo.

—Esta vez mi pirata ha llegado muy lejos.

Le revolví el pelo y se colgó de mi cuello.

La vida adulta podía esperar.

Puedes conocer un sitio como la palma de tu mano, pero cuando lo compartes con alguien que nunca lo ha visto tu percepción también cambia y nuevos detalles salen a la superficie al igual que otros se engrandecen.

—Todo es… majestuoso.

Sonreí ante el modo de Armand de describir la ciudad.

—Huele a cerrado —aportó Joséphine, lo que nos hizo reír.

Habíamos pasado el día caminando, visitando lugares emblemáticos y conociendo mis rincones favoritos de París, aunque, sobre todo, habíamos hablado, reído, parado en cada cafetería bonita a comer dulces y tomar café. Pascal llevaba a *Milo* en brazos, agotado de andar en un lugar desconocido, y Hugo no se separaba de mí. Acompasaba mis pasos a los suyos cortos; me apretaba la mano con la suya diminuta cuando algo llamaba su atención; compartía sus caramelos conmigo.

Por la tarde, con Joséphine cansada de tanto ajetreo, hicimos una parada en la cafetería donde siempre me reunía con Ivo y Nina. Pedimos batidos y bollos, y, cuando aparecieron mis amigos y saludaron a todos con afecto sincero, sentí que me iba a explotar algo dentro del pecho.

Esto lo has hecho tú, Juliette.

Oí su voz colándose en mi oído, áspera y dulce como solo podía ser la voz de Mathis, y sonreí. Él no estaría a mi lado, pero llevaba razón. Me sentía el centro de algo, el eje alrededor del que giraba un universo precioso.

Escogida.

Abrazada.

Con la vida que quisiera al alcance.

La risa de Pascal me sorprendió y suspiré satisfecha. Le notaba sereno. Al ver a Nina, había sonreído con una malicia distinta; entre ellos ya no había flirteo, pero el hombre que llevaba meses dormido parecía haber despertado. Se sentó a mi lado y brindamos con los batidos.

—Has cambiado cervezas con mi padre por esto —señalé los pastelitos de nata y sonreímos—. La vida es sorprendente.

—Ahora, a veces, me las tomo al lado de Mathis, aunque con él no es lo mismo.

Pascal me miró de reojo, analizando mi reacción, y apreté los dientes. Inevitablemente, las palabras se me escaparon.

—¿Cómo le va?

Suspiró con fastidio.

—No lo vemos mucho. Apenas sale. A veces va al bar, se toma una cerveza en silencio e ignora que todos lo miramos. Joséphine no deja de decir que debería cortarse el pelo, lo tiene demasiado largo. Opina que es una mala señal.

Miré a la anciana y sonreí.

—¿Crees que…?

Pascal ladeó el rostro y sus ojos oscuros me traspasaron para leer en mi interior las preguntas que no me atrevía a pronunciar.

—¿Que si te echa de menos? No creo que tanto como ellos, pero sí. Mucho. Aunque está roto, Juliette. Los que lo estamos nos reconocemos.

«No sabes cuánto», quise decirle, pero me lo guardé para mí. Al fin y al cabo, esa historia solo le correspondía a Mathis.

Pese a la advertencia implícita en las palabras de Pascal, tragué saliva y recordé mis propias grietas. Yo también había estado hecha pedazos. Yo también había vivido a medias. Yo también había permanecido dentro de un agujero tanto tiempo que había llegado a creer que era lo único que existía.

Pero ya no.

Ya no.

Pascal regresó al lado de Hugo y lo ayudó a dibujar un barco en una servilleta. Joséphine e Ivo hablaban de técnicas de costura, unas de esas conversaciones extrañas que ambos compartían con genuino interés. Nina le daba la nata de su batido a *Milo* y Armand me miraba con dulzura. Sus mejillas de ardilla estaban sonrojadas por el calor del local y el azúcar.

—Gracias —susurré desde el otro lado de la mesa.

Él asintió. En sus ojos, un orgullo paternal que nunca antes había sentido en mi piel.

Ya estaba anocheciendo cuando llegamos al hotel. Armand acompañó a Joséphine, con la que compartía habitación, y me pidió que lo esperase en el bar de la planta baja. Acosté a Hugo, que estaba agotado, y le leí un cuento. Ya dormido, metí dos caramelos bajo su almohada deseando que lo sorprendieran cuando abriera los ojos. Le di las buenas noches a Pascal y cumplí mi promesa.

Pedí un vino y Armand no tardó en sentarse a mi lado y pedir otro. Brindamos con una sonrisa cómplice, recordando todas las tardes en las que lo habíamos hecho después de trabajar en el proyecto de la biblioteca.

—¿Sabes? Estos meses he aprendido que nunca hay pequeños logros. Siempre son enormes, Juliette. Por muy insignificantes que parezcan.

Di un trago y sentí que me ruborizaba, porque estaba hablando de mí.

—Lo estoy consiguiendo, ¿no? —le pregunté con una timidez desconocida entre nosotros.

—Lo estás haciendo muy bien.

Chocó su hombro con el mío y suspiré con alivio.

—Nunca habría creído que un día llegara a necesitar tanto esto. Parar. Observar mi vida y preguntarme si era lo que quería. Conocer a mi padre. Recomponerme. Perdonar.

Asintió y su rostro se ensombreció.

—No tienes que perdonarlo. Cualquiera entendería que no lo hicieras. Yo...

Noté que le temblaban las manos y agarré una entre mis dedos. Armand se giró y me encontré con la expresión más seria que le había visto hasta entonces.

—Yo lo apreciaba. Siempre creí que era un buen hombre. Lo envidiaba, no voy a engañarte. Tenía una presencia que abrumaba. Todo el mundo se sentía atraído por él, fuera por su éxito, por su atractivo o por ese aura de artista que lo colocaba en un nivel superior. Como hombre, ansiaba ser como él. Mujeres, dinero, fama, respeto...

Sacudió la cabeza y pareció avergonzado por aquella confesión. Sin embargo, su bochorno se convirtió rápidamente en otra cosa más oscura.

—Pero entonces te conocí. Y lo odié. Lo odié como nunca había odiado a nadie. Y odié a Dios, Juliette, por darle a quien no lo merece hijas como tú.

Tragué saliva y la emoción me nubló los ojos. Su mano se aferró a la mía y apoyé la cabeza en su hombro. Noté el corazón henchido por algo nuevo. Armand me dejó un beso en el pelo.

—Habrías sido un padre estupendo —le susurré—. Aún podrías serlo.

Su cuerpo se relajó como el que recibe un abrazo cuando más lo necesita.

—Me encantaría, Juliette.

Me mordí los labios, conteniendo un sollozo, y lo abracé. Y pensé en lo curioso que resultaba que mi padre muerto me hubiera regalado un padre de verdad.

A la mañana siguiente, los acompañé a la estación. Había sido una visita casi fugaz, pero se había convertido en el mejor cumpleaños que había tenido. Los abracé y les prometí que nos veríamos pronto. Cuando le llegó el turno a Joséphine, su voz temblorosa se coló en mi oído:

—Me equivoqué, cariño.

Fui a separarme, pero me lo impidió y me acercó más a su frágil cuerpo.

—Te dije que no te quedaras por alguien que no lo haría por ti, pero no es malo entregarse, Juliette. Lo malo es esconderse hasta desaparecer.

Me dejó un beso en la mejilla y dio una palmada al aire, apremiando a los demás a subir al tren. Lo vi arrancar y perderse en el horizonte. Sentí que aquel vagón se llevaba un trocito de mí. Y entendí lo que Joséphine quería decirme. Igual que había comprendido con su visita que la gente que te quiere siempre vuelve a buscarte. Siempre.

Cuando llegué a casa, Ivo me esperaba sentado en el portal. Levantó una bolsa al verme y distinguí en su interior una tableta de chocolate.

—¿Qué haces aquí?

—Nina me envía —dijo con el ceño fruncido—. Ella tenía que trabajar y no podía venir.

—¿Y para qué?

Lo invité a pasar, aunque noté una sensación incómoda.

—Dice que eres como una montaña rusa emocional. Ayer estabas exultante, pero hoy ya se han ido, así que…

Tragué saliva y conté los segundos en los que el ascensor llegaba a mi piso. A mi lado, un Ivo que odiaba enfrentarse solo a situaciones emotivas se mordía una uña con nerviosismo. Entramos en casa y le serví un café.

—Estoy bien, Ivo. Nina es una exagerada.

Él asintió y abrió el chocolate.

—Solo se preocupa por ti.

—Lo sé. Pero todo va bien. Mmm, ¿es de almendras? —Le quité la tableta y partí un trozo antes de llevármelo a la boca y gemir de placer—. Ha sido un cumpleaños perfecto. De verdad. No tendrías que haber venido, aunque me gusta que estés aquí.

Ivo asintió y me observó con cautela. Sus ojillos, siempre tiernos, normalmente me calmaban, pero aquel día transmitían una firmeza a la que no estaba acostumbrada. Mi mirada se perdió en el ventanal. Recordé a mis amigos gritándome desde abajo y sonreí, aunque un nudo se asentó en mi estómago.

—Y, entonces, ¿por qué estás tan triste?

Me giré hacia él e Ivo no apartó la vista. Su pregunta me había

descolocado, porque Nina y yo siempre bromeábamos con que no se enteraba de nada, pero no era cierto. Ivo miraba. Ivo veía. Y, por eso, Ivo se asustaba.

—Yo no…

—Juliette —me reprendió en un tono que no admitía réplica.

Cerré los ojos y, al instante, lo vi. Vi el vacío, el espacio en blanco que su ausencia había dejado. Vi su color, único y vibrante, aunque también difuminado bajo el peso de todo lo demás. Vi a Mathis y sentí la nostalgia del que aún espera que algún día lo vivido regrese. Lo vi ayudándome a salir de mi agujero y encarcelado en el suyo.

Me mordí el labio y confesé, aunque me sintiera tonta por sentir aquello por alguien que no lo merecía y que me había echado de su lado.

—Pienso en él. No quiero, pero lo hago continuamente.

—No puedes culparte por quererlo, Juliette. Se portó mal con aquella chica, nadie lo discute, pero pensé que habías aprendido algo de tu historia con Bastien.

Fruncí el ceño y me tensé.

—He aprendido que los demás importan, Ivo, eso es lo que he aprendido.

Chasqueé la lengua, repentinamente incómoda, pero él parecía más seguro que nunca.

—Pero sigues asustada. Quieres a Mathis y has aceptado que nunca somos los mismos. Que cometemos errores que siempre llevamos a cuestas, pero que también podemos ser otros. Eres buena, empática y crees que siempre podemos ser la mejor versión de nosotros mismos. —Contuve el aliento y me mordí una uña; sentía que el corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro—. Pero sigue dándote miedo que te dejen. Es eso, ¿verdad? Te han enseñado que el abandono es parte del amor y estás aterrada por que esta vez también suceda. —Se me llenaron los ojos de lágrimas que no disimulé; frente a mí, el Ivo más contundente que había visto nunca me sonreía con dulzura—. Quizá deberías empezar a no verte como la persona a la que siempre abandonan, sino como la que es tan valiente como para quedarse.

Me sequé las mejillas con la manga y suspiré sonoramente. Estaba cansada. Cansada de fingir que mi padre no me había hecho vulnerable al dolor. Cansada de callar lo que por dentro me gritaba que me moría por volver.

—No es solo que lo quiera, Ivo, sino que me preocupo por él. Porque…

—Mathis también es tu familia.

Asentí y lo comprendí con una nitidez desconocida hasta el momento. Aquello no iba solo de amor. Al menos, no del amor

romántico en el sentido tradicional de la palabra.

—Lo echo de menos tanto como a los demás. Y siento que… siento que París ya no es mi hogar. Aunque, por extraño que te parezca, aún desconozco cuál es.

—El hogar está donde estás tú, Juliette. Es fácil.

Parpadeé, confusa, y la pregunta se repitió en mi cabeza.

«¿Dónde estás, Juliette?»

Algo tan sencillo. Algo tan complejo. Observé mi piso, mis piernas dobladas bajo la manta, mis fotografías en las estanterías, el cuadro que Mathis me había regalado y que había colocado al lado del televisor, la ventana desde la que contemplaba la que para mí siempre sería la ciudad más bonita del mundo. Y, de repente, fui consciente de que mi cuerpo estaba allí, pero yo no. Hacía tiempo que mi mente y mi corazón pertenecían a otro lugar.

Recordé a Joséphine diciéndome que debía enamorarme de alguien que no lo mereciera para después comprender quién sí merecía la pena. Lo que había tardado en entender era que aquello no tenía por qué englobar solo personas ni tampoco amantes. Quizá podía pensar que el error había sido Mathis, pero no. El error había sido mi padre y me había servido para aprender que una puede enamorarse también de un lugar, de una familia, de la sensación perfecta y serena de contar con un pequeño universo hecho a medida.

No tuve que meditarlo. Yo ya me encontraba a cuatrocientos kilómetros de allí.

Carta número 29

Juliette:

La vida es extraña.

Cuando eres pequeño, sueñas con que será de una manera. Te imaginas a ti mismo llegando a la Luna, consiguiendo lo que pocos logran, demostrando que los dragones existen. Durante la adolescencia, las aspiraciones cambian; fama, dinero, amor, sexo. Mucho sexo. Reconocimiento, pocas responsabilidades, las mieles del éxito. Según pasan los años, los deseos se vuelven más cautos y reales. Un trabajo estable que no odies, una familia, salud, la comodidad de una vida tranquila.

Es natural y está bien, pero luego existimos unos pocos cuyos sueños siempre son los mismos.

Yo soñaba con música. A los seis años mis metas ya eran las mismas que a los cuarenta. Deseaba enamorarme, experimentar, sentirme querido…, aunque como algo puntual que vivir en un momento dado y siempre secundario a la música. Nunca ansié la seguridad que la mayoría busca.

Me sentía distinto. Y la diferencia no siempre es algo positivo. Normalmente, supone no ser aceptado. Quería a mis padres, pero no necesitaba verlos más que media docena de veces al año. Quería a algunos amigos, pero no sentía el impulso de compartir con ellos demasiado. Quería a Liane, pero mi espacio vital, mis metas y mi afán de realización personal siempre fueron sagrados.

Ahora, recién cumplidos los cuarenta y nueve, echo la vista atrás y soy consciente de que nunca he tenido una familia. Siempre he mantenido vínculos frágiles. Incluso cuando me enamoré resultó fácil cortar los hilos que me unieron a otro corazón.

Y eso, hoy, me ha puesto especialmente triste. Puede que porque Joséphine me ha invitado a brindar con licor de cereza por el cumpleaños de Margarite, el difunto amor de su vida. O porque Hugo, el niño que no habla, le ha hecho un collage *a su padre con ramas y pétalos del jardín. O quizá porque Armand, el tío raro que trabaja en el ayuntamiento, me ha dicho que él no podría vivir solo en una casa tan grande como la mía. Tal vez, simplemente, tú has venido a mi cabeza y he deseado tocar el piano para ti.*

Pero estoy solo y nadie me espera cuando cae la noche.

Sea por lo que sea, hoy me he imaginado formando parte de algo más que yo mismo y la idea me ha agradado.

Debe de ser bonito tener un lugar al que regresar siempre que lo necesites.

S.

55

Doblé la carta de Sébastien y la guardé con las demás. Aquella era la última que había escrito, unos días antes de morir. Me lo imaginé plasmando aquellas reflexiones, sintiéndose solo, sin conocer el significado de tener una familia, y sentí lástima por él.

Por primera vez, veía a Bastien en desventaja con respecto a mí y eso también era nuevo. Como en tantas ocasiones, sus letras me enseñaban algo, me hacían abrir los ojos y enfrentarme a mi realidad. Una en la que yo sí tenía un lugar al que regresar. Una en la que contaba con una familia esperándome.

Ignoré la punzada de dolor al darme cuenta de que solo quedaba una carta. La primera de todas. La que había dejado para el final.

Lo quisiera o no, aquello se acababa.

Me levanté y me asomé a la ventana. Sentí la tentación de llevarme un cigarrillo a los labios, un movimiento aprendido que me salía con tanta naturalidad como respirar, pero hacía semanas que ya no fumaba. Un chico, desde el edificio de enfrente, me miró antes de esconderse entre las cortinas de su casa. Me pregunté qué vería en mí. Chica perdida. Pelo revuelto. Pies descalzos. Tan parecida a la que observaba los gatos de su tejado meses atrás y tan distinta. Me dije que no importaba lo que ese chico pensara, sino lo que viese yo al mirarme en el espejo.

Cerré y estudié mi reflejo en el cristal. Tenía ojeras por el cansancio, la piel pálida y los labios resecos. Pero sonreía. Y eso, al final, lo significaba todo.

56

Es difícil tomar una decisión que ya has tomado antes y que incluso creíste que había sido un error. Es complicado repetir los mismos pasos cuando estos te llevaron al lugar de inicio. No es sencillo volver a colocarse en la casilla de salida.

Aunque es valiente. Y, si algo me sentía desde hacía un tiempo, era una persona valiente.

Acudí a mi cita de los viernes con Nina e Ivo sintiéndome distinta. A mi alrededor, París cantaba una melodía suave. Me había puesto tacones y mis pasos marcaban el ritmo según caminaba. Labios pintados de rojo. Vestido azul. Sonrisa inevitable.

Llevaba días sola. Sola con mis pensamientos, mis deseos, mis emociones. Sola con el recuerdo de un padre que ya no dolía. Sola con la nostalgia por los que echaba de menos. Sola con un París del que debía despedirme. Sola conmigo.

Había paseado, había llorado, había recordado, había reído. Y, ahora, tocaba el turno de afrontar las despedidas.

—Vaya.

Observaron mi aspecto con admiración e Ivo lanzó un silbido cuando me quité la chaqueta. Me había arreglado por mí. Porque me apetecía. Porque me gustaba pasear con calma por las calles y contemplarme en los escaparates. Porque nunca hacen falta razones ni justificaciones para querernos.

—¿Alguien ha vuelto a su rutina de citas fugaces? —preguntó Nina con su malicia de siempre.

Negué con la cabeza y les sonreí. Pedí un café especial y un bollo de canela. Cuando el camarero los dejó sobre la mesa, di un trago y gemí de gusto al percibir el toque avainillado de la leche. Me limpié la boca bajo sus miradas extrañadas y hablé; lo hice con firmeza, sin el temblor que había roto mi voz la primera vez que pronuncié esas palabras.

—Voy a marcharme.

—¿Has quedado? —preguntó Nina descolocada.

Por una vez, fue Ivo el primero en comprender lo que en verdad estaba contándoles. Tenía los ojos fijos en mí y los labios tensos, aunque se sintiera orgulloso. Ivo no quería que me fuera de París, pero también comprendía que debía hacerlo y que el amor sano siempre te deja ir.

—Vuelvo a casa de Bastien —le expliqué a Nina, que me miró confundida unos segundos antes de asentir.

El silencio nos envolvió. Y, pese a todo, no era triste, solo uno de resignación. Como el que ya ha asumido que algo no es para siempre.

Para mi sorpresa, ella lo rompió con una risa inesperada.

—¡He ganado!

Ivo refunfuñó y se sacó un billete del bolsillo. Yo los observé estupefacta.

—¿Hay algo que deba saber?

—Apostamos cuánto tardarías en regresar —confesó ella mientras se guardaba el dinero con aire triunfal; la miré cabreada, pero me hizo un gesto desenfadado y me sacó la lengua—. ¡Este no es tu sitio, Juliette! Tu hogar huele a castañas asadas y a lluvia sobre el asfalto. Nosotros ya lo sabíamos, eras tú la que debía aceptarlo.

Pese a mis ganas de zarandearlos para que dejaran de hacer apuestas sobre los vaivenes de mi crisis vital, sentí tanto amor por ellos que tuve que esforzarme por no llorar. Noté la mano de Ivo buscando la mía y me aferré a ella. Nina me guiñó un ojo y me robó la mitad del bollo.

—No sé si os lo digo lo suficiente, pero os quiero. Os quiero mucho.

La escena que vino a continuación fue más empalagosa que los dulces que nos habíamos comido.

La vida es extraña. Ya me lo dijo Bastien. Un día sientes que es gris y al siguiente los colores vibran a tu alrededor. El azul del cielo cuando anochece es más intenso que nunca y comprendes por qué para él era su favorito. El rosa se convierte en otra cosa cuando un chico lo inmortaliza para ti en un cuadro. El verde de unos ojos te estremece como la acidez de las limas en una tarde de verano. El blanco te hace pensar en tartas de merengue hechas con tus manos. El rojo de una fachada, en el arte contenido en un estudio a punto de explotar. El naranja brillante de las camisas de un hombre que no te dio la vida, pero que te ayudó a sobrellevarla en su peor momento como haría un buen padre. El amarillo de las caléndulas tristes —ya no tanto— de una mujer viuda enamorada de otra con nombre de flor. El negro de los ojos de un pirata que en un naufragio perdió la voz. El marrón del pelo de un perro ciego que ve lo que otros no podemos.

La luz está en todas partes.

Por la mañana llamé al primo de Nina y retiré la casa de la venta. Saqué las maletas de debajo de la cama. Cerré puertas y abrí ventanas. Compré un billete de tren. No era la primera vez que me veía en esa situación, pero yo sí era otra. Una que sonreía según metía las

prendas. Una que hacía cajas con libros que pretendía donar a la biblioteca. Una que se preguntaba qué opinaría Armand del pantalón de flores bordadas que me había comprado en una tienda de segunda mano. Una que se sentaba frente a las cartas de su padre y suspiraba con nostalgia.

El momento de despedirse de algo supone también decirle adiós a una parte de ti.

Cogí la última carta sin leer. La carta número 1. Con la que Bastien había comenzado a hablarme un día sin saber que yo acabaría escuchándolo. El inicio de un viaje que, finalmente, los dos habíamos compartido y que debía acabarse. Si iba a volver, debía hacerlo cerrando un ciclo que había empezado con aquellas misivas.

Tiré del lazo y la desdoblé con cuidado. Sonreí al acariciar las letras negras, su caligrafía elegante y torcida. Y, como siempre, me lo imaginé susurrando mi nombre y leyéndola en voz baja.

Sin embargo, la sonrisa se me borró del rostro. Porque, por primera vez, no era mi nombre el que había escrito. Era otro. Y aquella carta no estaba dirigida a mí.

Carta número 1

Liane:

Hoy me he despedido de ti y el dolor no me deja dormir.

Sé que te he decepcionado. Sé que no mereces esto. Sé que nuestro amor no ha sido como tú esperabas.

Pero también sé que estaréis mejor sin mí.

No soy padre y nunca lo seré. Soy otra cosa. Podría haber sido lo que tú quisieras, pero eso no.

Eso no.

Aun así, pienso en el bebé y deseo que sea muy feliz. Que tenga una vida plena y que se parezca a ti. Que nunca sepa que existo ni la mierda que soy. Que cumpla sus sueños y que le guste la música. Oh, sí, ojalá le guste la música y encuentre en ella consuelo.

Estoy a punto de subirme a un tren. Las manos aún me huelen a ti. La vida hoy es amarga.

Has sido lo más bonito que he vivido, Liane. Todas mis canciones de amor te pertenecen, pero espero que entiendas que, desde que me hablaste del bebé que esperas, las que vendrán serán siempre suyas.

Solo suyas.

S.

57

Suspiré y estrujé la carta entre mis manos, sobre mi pecho.

Me dolían el cuerpo y el corazón.

Pero no era dolor. Se trataba de algo distinto.

Era consuelo, y paz, y perdón.

Era un círculo cerrándose.

Era mi padre diciéndome «te quiero».

58

Regresé una tarde de finales de primavera. Hacía un calor suave, el sol brillaba entre nubes y olía a algo horneándose en alguna casa. Caminé despacio, empapándome de la dulzura de un pueblo que me recibía con sus colores brillando, y sonreí al parar frente a mi puerta y ver la placa de madera que Mathis me había regalado.

El buzón tenía folletos publicitarios, pero la entrada estaba limpia y me reí como una niña al descubrir un caramelo esperándome debajo del felpudo. Alguien se había molestado en mantener en condiciones la casa en mi ausencia. Alguien me había cuidado desde lejos como solo hace la familia que te quiere.

No tardaron en darse cuenta de que había luz en la vivienda del músico.

Antes de que se hiciera de noche, dos siluetas se colaron en el patio y se escondieron entre las jardineras. Una con un parche en el ojo tiró una piedrita a la ventana y salió corriendo. Me coloqué una manta encima y abrí la puerta. Lancé un bramido y me doblé hacia delante, fingiendo ser un monstruo. Armand gritó tan fuerte que rompí en carcajadas.

—¿Juliette? —preguntó atemorizado.

A su lado, los ojos de Hugo brillaban como dos luceros.

—He vuelto.

Sonreí y su abrazo me encontró antes de que lo hiciera yo.

Nos reunimos en casa de Joséphine. La anciana ya estaba en camisón a punto de acostarse, así que se quejó mientras nos servía té y escondía con sus gruñidos las emociones. Pascal llegó poco después tras una urgencia médica, razón por la que había dejado a Hugo al cuidado de Armand.

—Podía habernos avisado de que regresaba, ¡casi me mata del susto!

Todos nos reímos de nuevo, un poco por el dramatismo de Armand y otro por los nervios, y miré a Joséphine con dulzura. Parecía cansada, pero tranquila. Tranquila como lo está alguien que se va a dormir sabiendo que todo está bien.

Nos despedimos del resto y nos quedamos las dos a solas. Con el pelo bajo la rejilla que usaba por las noches, me parecía mucho más frágil. Se acercó a mí y me sujetó las mejillas con las dos manos. Acercó su rostro, observé sus surcos, sus ojos empequeñecidos sin las

gafas, su sonrisa arrugada; me envolvió su olor a algodón y talco; me besó en la frente y suspiré emocionada.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a casa.

«A casa.» Nunca esas dos palabras habían albergado tanto significado.

Se fue a su dormitorio y me quedé allí, sentada a su mesa y con su gato blanco sin nombre sobre las rodillas.

Cuando oí que su respiración se ralentizaba al otro lado del pasillo, me marché.

Recorrí la calle fijándome en todos esos detalles que había echado en falta. El silencio del pueblo dormido. El vaivén de las ramas de los árboles. El siseo de algunos insectos. Miré hacia su fachada sin poder evitarlo. El color rojo, el ventanuco inferior iluminado que me decía que se encontraba en el estudio, su olor a pintura, incluso desde lejos.

Lo eché de menos.

Deseé correr hasta su puerta y llamarlo. Decirle que había regresado. Preguntarle si le importaba. Mirarlo a los ojos y comprobar si su tristeza seguía siendo tan grande como lo que sentíamos cuando estábamos juntos. Contarle que ya no quedaban cartas y que Bastien también le había escrito una a mi madre. Hablarle de las canciones de amor.

Sin embargo, no hice nada. Solo lo eché de menos y entré en casa. La noche había refrescado, así que encendí la chimenea y me puse por encima una de las chaquetas de mi padre. Subí al desván y me senté frente al piano. Ojeé las partituras y elegí una. Ya la había tocado antes, pero por primera vez lo hacía sabiendo que hablaba de mí. Y era bonito. Toqué una canción tras otra. Pasé las hojas mientras mis dedos volaban, mi mente se llenaba de música y mi corazón sanaba. Y, cuando terminé, supe que había llegado el momento.

¿Cuál es tu historia, Juliette?

Bajé y rebusqué en mi maleta. Lo encontré bien protegido entre los calcetines. Saqué el cuaderno de canciones y lo sujeté entre mis manos. Desde que había leído la carta de Liane, había sentido tentaciones de abrirlo y enfrentarme a lo más íntimo que dejó mi padre. Pese a ello, había esperado a estar preparada y en aquella casa en la que habíamos compartido espacio, miedos y dudas. Bajo aquel techo lleno de música y secretos.

Fui a su dormitorio y me senté sobre la cama.

Pensé en Bastien y me lo imaginé conmigo. Me daba la mano. Sentía su piel cálida sobre la mía, al igual que mi madre, siempre fría. Su aroma a tabaco, café y lana. Su cariño, extraño y quizá equivocado, pero real.

Y no daba miedo.

Pasé la página y me enfrenté a la primera canción.

Y descubrí que era verdad que todos sus grandes éxitos llevaban mi nombre. Que Bastien me había dedicado cada uno de sus versos desde el instante en el que supo de mi existencia hasta que murió. Que el amor podía ser muchas cosas, incluso un cuaderno de canciones perdidas esperando que su destinataria, por fin, las encontrara.

El perdón llegó y nos unió a ambos en un abrazo invisible, como una balada pausada y dulce.

Cuaderno de canciones

Luz azul

A mi futuro hijo o hija, ojalá su luz nunca se apague

Hoy era un día más.
Pero ya no.
Hoy pensé que la felicidad era otra cosa distinta.
Hoy he aprendido que puede ser dura, y dar miedo, y romper el equilibrio.
Hoy he sabido de ti y he salido corriendo.

Espero que la música me salve de mí mismo.

Hoy era un día más.
Hasta que vi la luz azul.
Hasta que un punto diminuto se coló por las rendijas y lo tiñó todo del color del cielo.
La luz azul.
La luz azul.
Hasta que comprendí que un día serías real y yo un hombre con vacíos y miedos.
Y me he ido, buscando la sombra.

Hoy he entendido que solo puedes ser luz.
El día que brilles mi sentido en este mundo habrá terminado.
Hoy, un hombre acostumbrado a la oscuridad se ha enamorado de la luz.
La luz azul.
La luz azul.

Espero que la música me salve de mí mismo.
Espero que la luz lo cubra todo y me ciegue.
Espero un día irme sabiendo que lo negro que vive en mí mereció la pena para que tú brillases.

La luz azul.
La luz azul.

59

La primera vez que lo vi tras mi regreso me temblaron las rodillas. Volvía de la tienda de Michel y él caminaba mirando al suelo, con las manos en los bolsillos. Nos paramos uno frente al otro y nos observamos en silencio.

Da igual el tiempo que hace que no veas a alguien, no importa que sean días o años, cuando lo echas de menos eres capaz de hallar cambios en su rostro, detalles que antes te pasaron desapercibidos, como si buscaras excusas para lamentar el tiempo que habéis estado separados.

Me di cuenta de que me había esforzado por odiarlo porque era lo que se esperaba de mí y, sin embargo, ese sentimiento nunca había existido y cualquier resto de amargura se había diluido dando paso a una ternura tenue.

—Estás aquí.

—Sí.

—No vendiste la casa.

Resoplé y Mathis sonrió. «Qué guapo», pensé, como si todo se redujera a eso. Y yo qué tonta por pensar algo así cuando había tanto entre nosotros que importaba demasiado.

—Es que, en realidad, nunca he sido una persona muy sensata —le dije siguiendo nuestro juego.

Se lamió los labios y noté un tirón en el pecho, muy cerca del corazón.

—Triste y alocada... Si es que estaba condenado.

Nos reímos. El cielo estaba teñido de nubes anaranjadas.

—¿Cómo te va?

Mathis no respondió. Dio un paso hacia mí y me apartó el pelo de la cara.

—Estás...

Tampoco terminó la frase. Solo la dejó en el aire, y sentí que flotaba entre ambos con las palabras no dichas.

—No he vuelto por ti —le solté sin más—. Puede parecer que sí, pero no he vuelto por ti. O no solo por eso, aunque me moría por verte. Lo he hecho por ellos. Y por mí. Porque este es mi hogar, quieras o no compartirlo conmigo.

Su expresión cálida me conmovió y me observó con calma. Sus ojos se deslizaron de los míos a mis mejillas, después a mis labios; sentí su

aspereza dejando un rastro en mi piel, un camino dibujado.

—Y he leído todas las cartas —le confesé; tenía la necesidad de compartir aquello con él. Al fin y al cabo, Mathis había sido el primero que había entendido que debía convivir con un fantasma del que estaba a punto de despedirme.

—¿Sirvió de algo?

Pese a que notaba el peso de las primeras lágrimas, sonreí.

—Bastien me quería. Mi padre me quería. No bien. Pero me quería. Me dedicó todas sus canciones de amor. ¿No es increíble?

Asintió y me miró con dulzura. Movió la mano hacia mí, pero no llegó a tocarme y la cerró en un puño.

—¿Vas a quedarte?

—Sí. Ahora mismo no me imagino en ningún otro lugar. ¿Y tú?

Crucé los dedos en mi cabeza bien fuerte.

—Aún no lo sé. No sé nada, Juliette. Algunos estamos destinados a vivir en un agujero.

Curvó los labios con pesar y me contuve para no abrazarlo.

—Eso no es cierto. Pero si he aprendido algo durante estos meses es que está en nuestra mano cambiar, Mathis, aunque eso no significa que lo hagamos cuando les viene bien a otros, sino en el momento adecuado para cada uno. Solo debes encontrar el tuyo.

Le sonreí y él me miró como tantas veces. Con hambre. Con anhelo. Con la esperanza del que cree que la ha perdido y necesita agarrarse a la de otro.

—¿Por qué no me odias? —me preguntó.

Me reí suavemente y suspiré.

—He tenido mucho tiempo para pensar. No voy a decirte que lo que hiciste no importa, porque no es así. Tampoco que no me asuste que puedas hacerme el mismo daño a mí. Pero mi madre jamás me miró como el recordatorio de su desamor. —Pestañeó, aturdido, recordando una conversación que habíamos tenido hacía tiempo y sonreí—. Y eso me lo enseñaste tú. Aunque no lo había comprendido del todo hasta el instante en el que me di cuenta de que nunca te he visto como ese chico. El Mathis que yo conozco es otro. He visto cómo te comportas con Joséphine, con Hugo y con cada persona de este pueblo. Conmigo. Y me vale.

Tragó saliva y su expresión, una mezcla de sorpresa e ilusión, me enterneció.

—Además, alguien me ha dicho que debo dejar de verme como la persona a la que siempre abandonaban y hacerlo como la que es tan valiente como para quedarse. Y creo que lleva razón.

—Juliette… —susurró mi nombre como si le doliera.

—Y soy valiente, Mathis. Soy muy valiente.

Compartimos una mirada cargada de significado hasta que la suya

se llenó de miedo.

—No me esperes —suplicó.

Me encogí de hombros y le sonreí. Nunca había estado tan segura de algo.

—Tengo tiempo.

—No lo hagas, Juliette.

—Te quiero, Mathis.

Su expresión se rompió en mil pedazos. Diminutos y brillantes como un cristal hecho añicos sobre el suelo. Los recogí todos, uno a uno, y los protegí.

—No lo hagas, por favor. Te mereces más que esto. Te mereces algo más que alguien como yo.

—A lo mejor es así, pero yo no soy como él. Yo no voy a marcharme.

—Juliette...

Cerró los ojos y le rocé la mejilla. Le dolía. A Mathis le dolía y yo lo quería.

—Cúlpate. Enciérrate. Pinta todos los cuadros a medias que necesites. Pero, cuando estés listo, yo estaré al otro lado de la calle. Te estaré esperando, Mathis, y será perfecto.

Le dejé un beso en la comisura del labio y me marché.

Antes de cruzar, me llamó. Me giré y lo encontré allí parado, mirándome desde su mundo en blanco y negro.

—Era lógico.

—¿El qué?

—Que dieras sentido a todas sus canciones de amor.

Sonreímos. Escondido entre los ramajes de un árbol, un grillo rompió el silencio.

Pasaron diecisiete días antes de que llamara a mi puerta. Nunca me había considerado una persona paciente, pero aquellas semanas demostré una entereza que jamás habría creído.

Había tormenta y el cielo rugía.

Yo llevaba una camiseta de Bastien que me cubría los muslos y unos calcetines de lana. El pelo recogido con un bolígrafo. Los labios cubiertos de chocolate por la receta que estaba cocinando en ese momento.

Diecisiete días con sus noches en los que había disfrutado de los míos, de aquellas calles, del jardín repleto de flores, del piano, de mí.

Diecisiete días en los que nos habíamos cruzado tres, en los que habíamos vuelto a mirarnos desde lejos, a yo oír mi nombre en un susurro ronco cuando pasaba por mi lado, en los que él no había pintado en el patio, pero en los que sí había notado su presencia en cada rincón del pueblo.

Abrí y lo encontré al otro lado. La lluvia no arreciaba, aunque no lo invité a pasar. Tenía el pelo pegado al rostro y la camisa empapada. Los ojos vivos. Los labios húmedos. El corazón en las manos.

—Juliette…

Suspiré hondamente y entreabrí la boca. Mathis se agarró los mechones con fuerza y resopló mirando al cielo.

—Pensé que podía hacerlo, pero… ¡No lo soporto! No soy capaz de hacer nada sabiendo que estás al otro lado de la calle.

—¿No puedes pintar?

—¿Pintar? —Soltó una carcajada y me estremecí—. No se trata de eso, yo…

Dudó para, finalmente, estirar los dedos hacia mí y darle la vuelta a mi mundo.

—Ven.

Tres letras. Una palabra. Y mi cuerpo aceptando antes que mi mente que habría ido a donde él quisiera.

En ocasiones, es todo lo que hace falta.

Entré en el estudio tiritando. Me había puesto unas zapatillas y una chaqueta por encima, pero no había sido suficiente y tenía las piernas mojadas. Me quité la capucha y me aparté los mechones descontrolados de la cara. Mathis me esperaba en el centro de la sala. Me observaba sin pestañear, quizá sin creerse que estuviera de nuevo allí, y no pude evitar enredarme en sus ojos mientras recordaba momentos.

Carraspeé y aparté la mirada a sus cuadros. Algunos aún los reconocía, pero había muchos nuevos. Como siempre, una explosión de colores intensos que abrumaba. Su estilo punzante, vivo, emocional hasta el extremo, te sacudía lo quisieras o no. Me paseé entre los lienzos y no tardé en darme cuenta de que había algo distinto. Algo que no había esperado y que me cortó la respiración.

—Los has terminado.

Mathis asintió y lo noté a mi lado. Su aliento golpeaba mi hombro y me hacía pensar en azúcar y cómodas almohadas. En medio de aquella espiral de emociones y colores, me fijé en un cuadro. Me transmitía algo más intenso que los demás. Algo que me imantaba sin remedio. Di un paso y rocé los salientes de pintura seca con los dedos. La mezcla de tonalidades daba lugar a algo único.

—Ese fue el primero que pinté pensando en ti. El primero que conseguí terminar desde que llegué aquí. ¿Recuerdas nuestra *no cita*?

Me giré y vi en sus ojos el recuerdo de aquella noche en la que nos bebimos las botellas de Bastien, leímos juntos una de sus cartas y fingimos que no nos atraíamos.

—No hay color… —susurré, repitiendo aquella expresión que él

después había negado sin comprender a qué se refería.

—Pero sí lo había. Estaban por todas partes. Y, contigo, sentía que existían hasta los que parecían imposibles.

Tragué saliva y noté el rubor inevitable de mis mejillas. Pese a su bonita declaración, la mirada de Mathis era oscura. El fuego, la culpa y las emociones enredadas lo estaban consumiendo. Moví los dedos y rocé los suyos. Cerré los ojos un instante y noté que él contenía el aliento.

—Me gustó sentir que aún era capaz de hacer algo bueno, pero enseguida me di cuenta de que únicamente podía si pensaba en ti y no lo merecía, Juliette. Así que no me lo permitía. Solo lo hice una vez más, porque necesitaba regalarte algo a cambio de lo que tú me habías regalado sin saberlo.

—El cuadro rosa.

Sonrió y comencé a vislumbrar las formas de la obra abstracta que había sido Mathis hasta el momento. Sus aristas. Sus espacios en blanco. Su culpa, enraizada con tanta fuerza que ya formaba parte de él.

—Y entonces te fuiste —susurró.

Pestañeé y lo miré confusa.

—Y fui incapaz de controlarlo. —Sacudió la cabeza, avergonzado—. Pensaba en ti todo el tiempo. Cuando cogía un pincel, eran tus manos entre las mías las que pintaban, Juliette. Por primera vez desde hacía años, comencé a pintar guiado por otra cosa distinta. Me dejé llevar y fue… fue increíble.

—Lo es. Es increíble, Mathis.

Observé los cuadros que me rodeaban y él asintió. Porque lo era. Aquellas pinturas eran las mejores que le había visto. Expresaban una fuerza nueva, íntima y preciosa.

—Ahora, me lo permita o no, no puedo parar —confesó con una sonrisa dulce.

Sin ser conscientes, acabamos imantados y apoyó la barbilla en mi hombro. Su olor lo llenó todo. Su presencia. El peso de su herida, aún abierta ante mí.

—¿Y cuál es el problema? Es algo bueno, ¿no?

—Supongo. Pero, por primera vez, el arte no es suficiente.

Me aparté un poco. Su expresión era más serena. Recordé sus actos pasados, su forma de entender la vida, lo importante que era para él igual que lo había sido para mi padre, y lo que su confesión significaba.

—¿Por qué?

—Porque me faltas tú.

Cerré los ojos. Mathis apoyó la frente en la mía. Respiré su aliento y su voz áspera se coló en mi interior para nunca marcharse.

—Yo también te quiero, Juliette.

Me agarré a su cuello y gemí bajito. Sus labios acariciaron los míos. Sabían a lluvia y amor.

—Pero, sin arte, no sé quién soy. No sé quién soy.

Mathis se rompió y lo sostuve. Lo abracé como un día él me había abrazado a mí. Lo cuidé como tantas veces había hecho cuando era una desconocida. Lo besé como la primera vez. Y como él merecía. Pese a todo. Pese a sus versiones grises. Pese al dolor.

Nos despertamos de madrugada. Habíamos hablado hasta quedarnos dormidos sobre las viejas mantas que Mathis usaba para cubrir los lienzos. No nos habíamos besado más, pero no había hecho falta para entender que lo que había crecido entre nosotros seguía muy vivo.

Sin embargo, para Mathis sí existían muros. Los llevaba por dentro y lo hacían sufrir cada vez que sentía algo bueno.

Ya no llovía, aunque la temperatura había descendido allí abajo. Se incorporó y me tapó con mimo. Me coloqué entre sus piernas y me apoyé encima de su pecho.

Sus latidos me calmaban como el arrullo de un bebé.

Le cogí las manos y las entrelazamos. Las sujeté pegadas a mi corazón. Su nariz se perdió en mi cuello.

—Sé que las historias nunca son perfectas, pero quiero ayudarte, Mathis. Quiero que salgas de esto.

«De la tristeza. De tu propio agujero.»

Tragó saliva y se tensó antes de dejarme un beso en el pelo.

—Hay errores que son para siempre, Juliette. Y nadie se merece ser arrastrado por ellos.

Asentí levemente. Durante toda mi vida, yo había pensado como él. Y era verdad que jamás podría olvidar lo que había hecho. Pero Bastien me había demostrado que las cosas siempre podían dar un giro. Que era posible redimirse, aunque solo fuera para continuar viviendo sin odiarse para siempre.

—¿Qué harías, si pudieras?

—No puedo viajar al pasado para cambiar las cosas. Lucille jamás aceptaría mis disculpas y darlas solo me parece un acto egoísta para sobrellevar mejor la culpa. Así que… supongo que me gustaría devolverle lo que le quité. Me gustaría que tuviera la posibilidad de vivir lo que yo viví.

Reflexioné sobre aquello y lo entendí. Mathis sabía que no había nada que él pudiera hacer por Lucille como la persona que la había traicionado, pero aún deseaba que su talento fuera reconocido. De pronto, una idea sobrevoló mi mente y me levanté.

—¿Estás bien?

Me giré y lo miré con los ojos muy abiertos. El corazón me latía

desbocado.

—¿Y si te dijera que yo puedo ayudarte?

—¿Qué estás tramando, Juliette?

Sonreí y la esperanza tiñó sus ojos de un verde intenso.

—¿Te acuerdas de Annette Loiseau?

60

La noticia se publicó en verano.

Mathis llevaba encerrado en el estudio desde el día anterior. Sabía que Annette había quedado en enviarle el artículo justo antes de su publicación, por lo que había sido el primero en leerlo. Y tenía miedo. La culpa seguía ahí, susurrándole lo que había hecho por encima del hombro, muy viva, aunque su fuerza era un poco más tenue.

Nunca desaparece. Es algo que todos debemos aprender. Bastien siempre fue consciente de lo que me hizo y Mathis jamás dejará de arrepentirse de su traición a Lucille. Pero la vida sigue y está llena de cosas bonitas. Prohibírnoslas es una falta de respeto para los que ya no pueden hacerlo.

—¿Crees que saldrá algún día? —preguntó Pascal con el ceño más fruncido que nunca.

Me mordí una uña y dudé, pero confiaba en él.

—Lo hará.

A mi lado, Joséphine rumiaba algo ininteligible mientras movía las manos sin parar sobre su falda. Armand era el único que no se molestaba en ocultar su nerviosismo, caminando de un lado a otro de la calle.

En cuanto habíamos amanecido, Michel había dado la voz de alarma al recibir la prensa del día y ver el reportaje. Yo aún estaba en pijama cuando Armand había aporreado mi puerta con la publicación bajo el brazo. Nos habíamos reunido con los demás enseguida, a la espera de que Mathis mostrara alguna reacción antes de que Armand perdiera los nervios y echase su puerta abajo para comprobar que se encontraba bien. La noticia ocupaba cuatro planillas de la sección de cultura con fotografías a todo color. En la parte central, una imagen de Lucille acompañaba un titular de lo más implacable.

La visión artística de una voz silenciada.
Lucille Roux o cómo esconderse bajo el peso de la masculinidad en el arte.
Por Annette Lousieu.

¿Y si aquello había sido demasiado? ¿Y si no servía de nada y Mathis seguía consumido por sus errores? Me pregunté qué pasaría entre nosotros si esa decisión lo hundía más aún; luego me sentí egoísta por estar pensando en nuestra historia antes de en él.

Tragué saliva y me mordí otra uña.

Nos habíamos reunido con Annette en casa de Bastien semanas atrás. Ella no había disimulado su sorpresa ante mi llamada, aunque tampoco la decepción al confesarle que no quería verla por mi padre, sino por algo muy distinto. Se había mostrado reacia al principio, pero, según Mathis le relataba su historia, su expresión se había ido transformando en una de interés genuino.

—¿Vas a confesar? Ella podría llevarte ante los tribunales.

Mathis negó.

—No me importa que se intuya lo que hice, pero no quiero confesar abiertamente. Esto no va de mí, sino de ella, de su talento. Eso ensuciaría su carrera, aunque parezca lo contrario. Conozco a Lucille y odiaría no saber si su éxito se debe a sus capacidades o a la polémica.

—¿Entonces?

—Quiero que tenga la posibilidad que yo le negué. Ponerla en el punto de mira. Sé que lo que te estoy pidiendo quizá no sea de gran interés periodístico, pero ella lo merece y Juliette dice que puedo confiar en ti. —Mathis sonrió con tristeza y pronunció unas últimas palabras en un volumen tan bajo que apenas fueron un suspiro—. Lo menos que puedo hacer es intentarlo. Gracias por escucharme.

Annette me miró de reojo y comprendí sus dudas. Había algo que no le encajaba en todo aquello. Asintió a Mathis y se despidió de él prometiéndole una respuesta en cuanto regresara a París y estudiara la propuesta. Lo vi marchar cabizbajo y el nudo de mi garganta se apretó hasta hacerme daño.

Una vez solas, Annette me observó sin pestañear después de dar un largo trago a su café.

—¿Un reportaje de una artista que nadie conoce? ¿A quién puede interesarle eso? ¿Y qué gano yo? Sabes que no es fácil, Juliette.

Sonreí levemente y me levanté. Saqué el baúl escondido bajo el aparador y lo dejé sobre la mesa. Ambas lo miramos.

—¿Qué es esto?

—Es para ti.

Los ojos de Annette brillaron como dos focos. Lo cogió y lo abrió lo justo para ver qué contenía. Acarició las cartas, perfectamente anudadas y ordenadas, con dos dedos y lo cerró con delicadeza después de comprobar el remitente y la destinataria de una de ellas.

—¿Estás segura?

Suspiré y asentí. Pese a todo, noté un dolor agudo en la base del estómago. Algunas despedidas siempre dejan cicatriz. La miré con una sonrisa tensa y ella dudó. Solo por esa demostración de empatía me di cuenta de que Bastien tenía razón. Annette era la única periodista en la que podía confiar para hacer algo como aquello.

—¿Merece tanto la pena salvarlo? —preguntó, refiriéndose a Mathis. Al fin y al cabo, esas cartas eran el precio para conseguirlo.

—No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que merece la pena salvar lo que él y yo tenemos.

Annette frunció los labios. Parecía asombrada y me miraba con un respeto sincero.

—Lo haré lo mejor que sepa —afirmó; no hizo falta que me dijera que no estaba hablando de la petición de Mathis, sino del contenido del baúl.

—Lo sé.

—A Lucille Roux acaba de tocarle la lotería —bromeó, aceptando así el trato que le proponía.

Cuando la vi marchar a través de la ventana, pensé en Bastien y le dije adiós con lágrimas en los ojos.

Habían pasado dos meses desde entonces. Dos meses en los que Mathis y yo nos habíamos cruzado, saludado e incluso intercambiado algunas palabras, pero no había habido más que un deseo velado. Ni un roce. Ni un paso de más que pudiera imantarnos el uno junto al otro.

Él parecía vivir en pausa, a la espera de que sucediera algo, y yo lo había respetado.

Suspiré y me giré sobresaltada al oír una puerta al otro lado de la calle. Joséphine dio un brinco y Pascal apretó los dientes. Armand se quedó muy quieto y soltó un soplido.

Todos vimos a Mathis salir de casa y dirigirse hacia nosotros. Contuvimos el aliento. Deseé correr hacia él y abrazarlo, decirle que el reportaje era una basura, aunque fuese mentira, pedirle que lo olvidara. Recé para que Armand soltara alguna de esas bromas que rompían la tensión del momento o que Pascal lo cogiese del brazo y se lo llevara al bar a tomar una cerveza en silencio. Lo que fuera. Pero que alguien hiciera pedazos la angustia insoportable que caía sobre el pueblo entero.

Sin embargo, los pequeños detalles suelen ser los que consiguen los logros más grandes.

Hugo abrió la puerta de mi casa y salió con *Milo*. Le había pedido permiso a su padre para jugar en el jardín mientras los demás esperábamos. Se acercó al chico de ceño fruncido y lo cogió de la mano. Mathis aceptó y se dejó guiar de vuelta al patio. Los demás los seguimos en silencio, sintiendo los latidos en los oídos, con los nervios a flor de piel y el corazón asustado. Hugo frenó frente a una de las jardineras. Entonces se giró y llevó la mano de Mathis hacia la roca sin dejar de mirarlo a los ojos. El pintor, con dedos temblorosos, levantó la piedra. El plástico transparente de un caramelo brilló bajo el sol.

Lo cogió. Era de color rojo. Lo observó en la palma de su mano y no sé qué vería Mathis en él, pero fue suficiente para que un suspiro

saliera de entre sus labios. Una exhalación que lo liberaba de muchas más cosas, que soltaba nudos y hacía que el dolor se atenuase.

Mathis se arrodilló frente al niño y le revolvió el pelo. Abrió el caramelo y se lo metió en la boca. Cuando el sabor de la fresa explotó en su lengua, cerró los ojos un instante y su mundo se estabilizó.

—¿Has almorzado? —le preguntó a Hugo con una sonrisa preciosa.

El niño negó mientras todos los mirábamos estupefactos.

—Pues vamos a mi casa, me muero de hambre.

Echaron a andar de la mano hacia el arco y los demás los acompañamos. *Milo* se chocó con la pierna de Mathis y este le acarició el hocico. Pascal me guiñó un ojo y dejó que Joséphine se apoyara en su brazo. Armand me agarró por la cintura y tiró de mí.

—Está bien, Juliette —me susurró con complicidad—. Es un chico fuerte. Jamás lo habría dicho, si te soy sincero, pero tiene coraje. Hay que ser muy valiente para aceptar tu parte más oscura, contársela al mundo y seguir hacia delante. ¿Tendrá gofres? Tengo antojo, ¿sabes?, los nervios me dan hambre.

Cogí aire ante la verborrea de Armand y caminé, sintiendo que el mundo pesaba un poco menos y que la nube que siempre sobrevolaba a Mathis se había evaporado.

Y así, por primera vez desde que había llegado al pueblo, el pintor invitó a entrar en su casa a alguien más que a mí. Preparó café, sacó quesos y pastas, y puso de fondo uno de los discos de Bastien. Parecía tranquilo, sereno. Su hogar en blanco y negro ya no me transmitía la tortura de un hombre gris, sino la calma de quien, de pronto, respira mejor.

Me senté en el sofá y disfruté de ver una cara desconocida de Mathis.

Se reía entre dientes cuando Armand soltaba algún chascarrillo de los suyos, charlaba con Pascal con esa confianza que solo tienes cuando estás a gusto con alguien, lanzaba guiños a Hugo que lo hacían sonreír, se preocupaba de que *Milo* no se chocara con nada y estuviera cómodo, estaba pendiente en todo momento de Joséphine. Y me miraba. A mí me miraba. Nos encontrábamos en caídas de pestañas que me ponían más nerviosa que nunca, y no lo comprendía. Era el mismo de siempre y era otro. Era un hombre que se había desprendido de algo y lo que había quedado de él me resultaba arrebatador.

La vida era una mezcla única de colores imposibles.

En un momento dado, se marchó a la cocina a cortar más pan y el susurro de Joséphine me hizo estremecer.

—¿A qué estás esperando?

Parpadeé, confusa, mientras ella me señalaba el espacio por donde Mathis había desaparecido. Me mordí el labio y me levanté. La distancia que nos separaba me resultaba inabarcable. Quizá porque no

era solo lo que alejaba nuestros cuerpos, sino porque marcaba la distancia de un sueño.

Se giró al oírme entrar y se quedó muy quieto. Dejó el cuchillo sobre la mesa y me miró. El aire estaba cargado de algo dulce y espeso. Mathis dio un paso hacia mí y cerré los ojos. Y luego otro. Y otro. Cuando suspiró, su aliento me rozó con suavidad.

—Juliette… —susurró.

Sentí su sonrisa sin verla. Sobrevolaba mi rostro. Me acariciaba la piel sin tocarla.

Me sujetó por las mejillas y temblé.

—Mírame.

Lo hice. Abrí los ojos y me perdí en los suyos. Y ya no eran de ese verde ácido y eléctrico que tantas veces me había embelesado, sino que su tono había cambiado. Su oscuridad había desaparecido. Su viveza se había intensificado.

—¿Estás preparada? —me preguntó. Fruncí el ceño, aturdida, y me sonrió con picardía—. Para nuestro final de película.

Entonces lo comprendí y sentí que el corazón se me expandía, tranquilo y seguro, como el que llega por fin a casa tras un viaje muy largo. Porque Mathis estaba despertando. Quizá aún no estaba bien y tendríamos que trabajar con el equipaje que cargaría toda la vida, pero habíamos conseguido que aún hubiera espacio para ambos en el mismo camino.

Le sonreí, contenta, y rocé su nariz con la mía.

—Es posible que sea decepcionante.

Mathis se rio. Aquel sonido fue una caricia invisible.

—Y que descubramos defectos en el otro que ahora pasan desapercibidos.

—Te sacaré de quicio.

—Cometeré muchos errores, Juliette.

Suspiré y nos abrazamos. La cocina desapareció. La casa. Alsacia. El planeta. Solo quedaron en pie una chica y un chico prometiéndose que iban a intentarlo. De fondo, la canción *Luz azul* y el agujero, por primera vez, convirtiéndose en un refugio sano del que no querer salir.

—No va a ser perfecto —murmuré contra su boca.

—Pero es que eso no es lo que quiero. Solo quiero que sea nuestro.

Cerré los ojos y lo besé. Besé a Mathis y sentí el rojo, el azul, el lila, el amarillo y el negro. Sentí que los colores cobraban vida, nos rodeaban y salpicaban el mundo para nunca abandonarnos.

Un epílogo y un puñado de historias

61

Las calles huelen a flores. El aire es frío, pero el sol se cuela de vez en cuando entre las nubes y te roza con sus dedos cálidos.

Cuando llego al ayuntamiento, *Milo* levanta la cabecita y me saluda; le encanta tumbarse en la entrada y recibir a todos los visitantes. Le rasco entre las orejas y Armand me sonríe al otro lado del mostrador.

—Ya te están esperando.

Me quito el abrigo y me dirijo a la biblioteca. Allí, cinco niños me esperan disfrazados de piratas; el más pequeño acaba de cumplir los dos años; el mayor, Hugo, tiene once y un garfio en la mano con la que me saluda. Una de las cosas que hemos aprendido desde que organizamos el club de lectores es que la edad no importa cuando se trata de soñar.

Me siento sobre la alfombra y comienzo a narrarles una historia.

Habla de una niña que se encontró un tesoro en el mar. De piratas y sirenas. De barcos fantasmas y niños valientes. De amistad y amor.

Todos me escuchan embelesados. Al fondo de la sala, Armand me observa de brazos cruzados con una sonrisa inmensa. Poco a poco, los niños se van animando a colaborar en el relato. Inventamos finales alternativos. Lanzamos retos que deben cumplir y, cuando el cuento termina, les susurro una última prueba que aceptan emocionados:

—Ahora… ¡debéis buscar el tesoro de la pirata Joanne por todo el edificio!

Echan a correr y comienzan a revolver. Sus gritos rompen el silencio y Armand se ríe como un niño más y los ayuda en la búsqueda. Me levanto y entonces veo que no era el único que nos acompañaba. En una de las butacas bajo la ventana, una silueta me observa. Sus labios se curvan cuando me acerco y me siento en su regazo.

—Están enamorados de ti.

Me río y escondo el rostro en su cuello. Huele a pintura y jabón. También a nosotros.

—Soy irresistible.

—Sí que lo eres.

Me deja un beso en el pelo y el silencio nos envuelve. Es bonito, tranquilo, tan dulce como lo que respiramos en él.

—¿Cómo ha ido?

Mathis suspira y volvemos a la realidad. Alzo la mirada y la suya me encuentra. Tiene el ceño ligeramente fruncido.

—No es lo que busco, pero me voy acercando.
Asiento y lo beso con suavidad.

Cuando Annette publicó el artículo de Lucille, algo en Mathis cambió. Fue como si le hubiesen quitado un gran peso de encima que lo acercaba más al mundo. Su relación con los demás y consigo mismo mejoró. De un día para otro, aprendió a ser feliz y se permitió serlo.

Sin embargo, al mismo tiempo su relación con el arte se congeló. En los dos años siguientes apenas pintó. Se encerraba a menudo en el estudio y pasaba las horas frente al lienzo en blanco. Se deshizo de todas las obras que había terminado odiando, las que le recordaban a su pasado y las que estaban inacabadas. Solo guardó las que eran importantes para él por algún motivo que no me contaba o aquellas que reflejaban algo de nuestra historia. De hecho, había colocado en su salón el cuadro que habíamos pintado el día que todo se rompió, transformando poco a poco su mundo en blanco y negro en otro salpicado de color.

—¿No es triste? —le pregunté la primera vez que lo vi. Al fin y al cabo, representaba la parte más oscura de lo que habíamos compartido.

Pese a ello, Mathis me sonrió con dulzura y me sorprendió con una de esas reflexiones con las que me enamoraba un poquito más.

—Me gusta todo de nosotros. Hasta lo feo. ¿No es eso el amor?

Y lo era. Me lo demostraba cada día. Entre silencios y canciones. Entre trazos y aristas.

Le acaricio la frente para que se relaje y suspira contra mi boca. Ahora sí pinta. Lo hace a todas horas y, aunque aún no ha encontrado lo que desea contarle al mundo, él cree que se está acercando y ya es suficiente.

—¿Te acuerdas del día que volviste a empezar?

Sonríe y me abraza. Apoyo las manos sobre su pecho; noto sus latidos fuertes a través de su camisa blanca.

—¿Cómo olvidarlo?

Me muerdo el labio y me pierdo en los recuerdos.

Era una tarde de verano. Habíamos salido al patio y yo comía cerezas mientras Mathis leía una novela con la cabeza en mi regazo. Estaba nerviosa y tenía miedo. Quizá por eso dije lo que dije.

—Nunca te daría a elegir, Mathis.

Apartó el libro de su cara y me observó desde abajo. Le retiré el pelo de la frente y deseé que nada cambiara y, al mismo tiempo, que todo siguiera haciéndolo.

—¿Qué te pasa?

Tragué saliva y me perdí en el mar que escondían sus ojos.

—Nunca desearía que hicieras algo que no quieres.

Se incorporó un poco y me acarició la mejilla. Noté la emoción agazapada pidiendo paso.

—Me estás asustando.

—Estoy embarazada.

Creí que su expresión se rompería en mil pedazos, que se asemejaría a ver un impacto. Un meteorito sobre la Tierra. Pero, para mi sorpresa, lo que ocurrió fue justamente lo contrario. Los trozos de Mathis desperdigados volvieron a ocupar su lugar. Las grietas se soldaron. Lo perdido encontró su lugar y se asentó con la firmeza de una raíz irrompible.

Bajó la vista y la posó en mi vestido. Levantó la falda y acarició mi abdomen, aún liso. Colocó las manos encima y se tumbó en la misma postura en la que antes había estado leyendo.

—No voy a irme a ninguna parte —le susurró a mi piel—. ¿Me has oído? A ninguna parte.

Cerré los ojos y dejé que el sol me tocara mientras las lágrimas se abrían paso.

Y el amor. El amor me rozó y se enredó en mí para nunca marcharse.

Esa noche, Mathis se levantó de madrugada y se encerró en el estudio. La inspiración regresó y comenzó su reconciliación con el arte. Pero lo hizo a mi lado. Sin la necesidad de dedicarle a su hijo obras en la distancia, como mi padre había hecho con un montón de canciones.

El alboroto infantil termina con nuestro momento a solas y nos levantamos. Todos nos muestran el cofre de chocolatinas que han encontrado en los lavabos. Es el mismo que un día albergó un montón de cartas con mi nombre escrito. El que le entregué a Annette y que, unas semanas después de publicar el artículo de Lucille, alguien dejó en mi puerta como si nunca se hubiera marchado. Desconozco qué pasaría por la cabeza de Annette para no hacer pública la historia de Sébastien Gautier y su hija —quizá que la consideren la descubridora de la artista emergente más importante de los últimos años ya haya sido premio suficiente—, pero me alegra pensar que alguien más que nosotros la conozca y respete tanto como para mantenerla en secreto.

Un niño se lanza encima de Mathis y él lo coge en brazos. Sus manitas le tiran del pelo y le deja un beso de chocolate en la mejilla. Tiene el pelo castaño y los ojos muy azules. La mezcla perfecta de dos colores cuyos caminos un día se cruzaron.

—Hola, Bastien —lo saluda su padre.

El pequeño se ríe a carcajadas.
Y las piezas encajan. El mundo gira. La vida fluye.
Y el final, nuestro final, aún está lejos.

La historia de Joséphine

Joséphine Bonnet nació una noche de tormenta.

Fue la primera de su clase en el concurso de dictados en sexto curso, se rompió la tibia a los trece años en una caída en bicicleta y besó a una chica a los dieciocho en un baile al que sus padres nunca supieron que asistió.

En una ocasión rechazó un puesto de trabajo porque sabía que la segunda candidata era su mejor amiga.

Estuvo a punto de casarse con Marcel André, el hijo del socio de su padre, pero le confesó dos días antes que no lo quería y él, que mantenía un romance con una de sus compañeras de la oficina. La boda no se celebró, aunque tuvo consecuencias para ambos. Joséphine las vivió en forma de indiferencia y rechazo por parte de su progenitor.

El día que cumplió treinta y un años fue a una fiesta y una chica le pidió la barra de labios en los lavabos. Se llamaba Margarite, tenía los ojos verdes, la falda muy corta y el corazón enorme, aunque eso último lo iría descubriendo con el tiempo.

Charlaron, bailaron y se enamoraron en el transcurso de tres canciones.

Sus familias nunca lo aceptaron, y acabaron mudándose a un pequeño pueblo de Alsacia en el que poder vivir con libertad sin que nadie cuestionara la familia que habían formado.

Cuando Margarite murió, Joséphine creyó que su historia había terminado. Pero siempre quedan palabras por decir, pinceladas por trazar, emociones que sentir y personas por descubrir.

Y, un día, una chica de mirada triste apareció en la casa del músico.

¿Quién le iba a decir que se convertiría en abuela a los ochenta y tres años?

La historia de Armand

Érase una vez un niño al que le gustaban las cosas brillantes. Sentía fascinación por todo aquello que reflejara luz. Se pasaba el día mirando al suelo, buscando tesoros perdidos o tirados por otros. Tenía un pequeño cubilete de hojalata en el que guardaba los que encontraba. Cuentas de colores, tiras de papel de celofán, un diamante de plástico, restos de purpurina impregnados en cartulina.

A los ocho años alguien le dijo que eso era cosa de niñas.

A los once lo llamaban «mariquita».

A los trece su madre lo castigó por pintarse las uñas y escondió bajo llave su maquillaje.

A los catorce pensó que había algo malo en él, que estaba defectuoso; porque no era una niña y tampoco le gustaban los niños; a él solo le gustaba brillar.

A los dieciséis escondió el cubilete en el fondo de su armario.

A los diecinueve conoció a una chica, se enamoró y se prometió que solo se casaría si era con ella.

A los veinticinco lo hicieron. Se juraron amor eterno rodeados de sus seres queridos.

A los treinta decidieron hacer realidad un sueño. Lo intentaron. Lo intentaron. Lo intentaron. Pero los sueños no siguen normas ni tiempos, ni siquiera tienen por qué cumplirse.

A los treinta y cinco ella dejó de soñar.

A los treinta y ocho lo dejó a él.

Y el niño, que ya no lo era, cayó en una madriguera. Durante un tiempo, apenas vivió. Se conformó con respirar hecho un ovillo, un gusano retorciéndose sobre la tierra. Pero, un día, lo cegó un destello. Un diminuto grano iridiscente suspendido en el aire. Y recordó lo que le gustaba brillar.

Se levantó, respiró hondo y comenzó a escalar hasta que el sol lo deslumbró.

Aquella noche, sacó el cubilete de hojalata del fondo del armario y se reencontró con esa parte de sí mismo que había enterrado durante tantos años. Se compró una americana de lentejuelas, una laca de uñas y salió a la calle sintiéndose libre.

Desde ese momento, jamás dejó de abrazarse. Cada día. A cada minuto. Y se prometió que lo seguiría haciendo hasta su último aliento.

La historia de *Milo*

Milo nació en una cuadra. Olía a heno, a excrementos y a su mamá.

Le gustaba curiosear por allí, morder las alpacas, dormir sobre la manta envejecida junto a sus cinco hermanos y perseguir los rayos de luz que se colaban por las ventanas, lo único que podía distinguir con sus ojos inservibles.

Cuando cumplió dos meses lo adoptó un hombre de aliento a tabaco. Creció en una casa grande y cómoda, pero sin mucho amor. Le daba de comer, lo sacaba a hacer sus necesidades y lo bañaba de vez en cuando con la manguera del jardín, pero apenas lo acariciaba y *Milo* pasaba mucho tiempo solo.

Un día, le dijo que debía mudarse a otra ciudad y que no podía llevarlo con él.

Lo dejó en una perrera. Allí olía a otros perros, a orines secos y a desesperanza. Pese a estar con otros de su especie, *Milo* tenía miedo. Se chocaba con facilidad con la pared enrejada y solía mantenerse aislado en un rincón, lejos de sus compañeros de celda.

Algunos se marchaban.

Otros nuevos llegaban.

Y unos pocos como *Milo*, viejos, enfermos o no muy agraciados, se quedaban. Siempre se quedaban.

Pasaron tres años. Tres años de oscuridad y algún mordisco desafortunado.

Entonces, una mañana, un hombre entró en la perrera. Se paseó por el espacio, observando a los animales que le ladraban desde sus jaulas, acariciando el hocico de los más cariñosos que lo saludaban con la esperanza de que los eligiera. *Milo* estiró el rostro hacia el cielo y olisqueó. Después siguió durmiendo, porque hacía tiempo que sabía que sus esfuerzos en agradar a los visitantes siempre serían en vano.

Sin embargo, aquel día algo cambió.

La puerta de la jaula se abrió. Sus compañeros saludaron, algunos con ilusión y otros con desconfianza. *Milo* se hizo un ovillo y cerró los ojos.

De repente, sintió una mano acariciándole el lomo y se asustó. Se incorporó, tembloroso, y dio un paso atrás.

—Tranquilo, solo quiero conocerte. Me llamo Armand. Armand Bellamy. ¿Cómo estás? Tienes un pelo muy bonito. Yo me estoy quedando calvo. Te lo cuento porque me han dicho que eres ciego.

Quizá no debería haber dicho eso… Veamos, empecemos otra vez. Soy Armand, ¿cuál es tu nombre, muchacho?

Milo miró a aquel charlatán a través de sus ojos velados y olisqueó a su alrededor. Un aroma a regaliz y jabón de avena lo embargó. Al instante, se sintió en casa. Acercó con miedo el hocico a la rodilla de Armand y lo apoyó.

La felicidad los iluminó a ambos como un rayo de sol.

La historia de Pascal

Pascal solo creía en lo que veía. Era un hombre de ciencias. Había sido el primero de su promoción en la Facultad de Medicina en la Sorbona y había recibido una beca para un proyecto de investigación sobre enfermedades cardiovasculares.

Su mundo giraba en torno a lo empíricamente demostrable y se alejaba de todo lo que no tuviera explicación.

Hasta que la vio a ella.

Se llamaba Alexandra, tenía el pelo corto y de un color tan negro que le brillaba como la brea. Ojos grandes y oscuros. Piel pálida y labios gruesos. Cada tarde limpiaba el hospital donde él estaba realizando las prácticas finales. Él solía quedarse más tiempo del debido, siempre trabajando, siempre terminando tareas pendientes o adelantando otras, siempre con la cabeza metida en los libros.

—Un día vas a olvidarte de lo que hay afuera —le decía ella con un deje burlón.

Pascal sonreía y seguía leyendo, aunque de reojo observaba hipnótico el movimiento de las caderas femeninas, de un lado a otro, moviéndose al ritmo de la fregona, y mientras sus latidos se acompasaban con aquel baile privado.

Un día salieron juntos del hospital. Él la acompañó a la parada de metro. Ella se rio de uno de sus chistes malos. Él le rozó la mano sin querer, aunque con los años confesaría que lo hizo queriendo, cuando se despidieron. Ella deseó que el tiempo pasara más despacio y que la invitara a salir. Él tardó un mes más de paseos al caer la tarde en hacerlo. Ella lo besó primero. Él le dijo «te quiero» y ella le respondió entre risas: «Ya lo sé, tonto». Ella se casó con la promesa de que, saliera bien o mal, sería para siempre. Él supo que estaba embarazada antes de que ella se hiciera una prueba. Él y ella se convirtieron en tres una tarde de primavera.

Hugo pesó cuatro kilos, midió cincuenta centímetros y lloró sin parar durante su primera hora de existencia. Fue un parto normal, sin complicaciones, pero Pascal se dio cuenta de que, por mucho que pudiera resumir lo que sucedió aquel día en números y términos médicos, era imposible encerrar su grandeza en una hoja de papel.

Durante cinco años fueron felices.

Durante cinco años creyeron que con su pequeño triángulo la vida era suficiente.

Durante cinco años confiaron en que siempre sería así.

Pero ¿qué pasa con un triángulo al que le arrebatan un lado? Que, simplemente, deja de existir.

El niño dejó de hablar y el hombre dejó de sentir.

El niño se tragó las palabras y el hombre se quedó vacío.

Pero la vida no deja de sorprendernos. Y tuvo que llegar una chica igual de perdida para recordarles que esta es mucho más que las grietas que un día se abren en su superficie. Porque a través de ellas también crece la hierba.

La historia de Hugo

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Hugo abrió los ojos y los volvió a cerrar con fuerza al verla de nuevo.

No se marchaba. Llevaba tres noches acechándolo. Tres noches en las que había ocurrido lo mismo: en cuanto su padre apagaba la luz y cerraba la puerta de su habitación, ella aparecía. Una versión de su madre oscura, de ojos huecos y mirada vacía, tan grande que a Hugo le temblaban las rodillas. Su sombra lo absorbía todo en un dormitorio sin luz.

—Seis, siete, ocho, nueve, diez.

Intentaba llevar a cabo el truco que su padre le había enseñado para combatir a los fantasmas, pero no funcionaba. Ella seguía allí. Le habían explicado una y otra vez que su madre ya no estaba, que se había ido para siempre, pero Hugo aún la veía, observándolo como un monstruo, asomándose por la puerta del armario y no dejándolo dormir.

Quería gritar, pero no podía. Quería ser valiente, chillar hasta que sus pulmones le dolieran y echarla de su casa, pero solo era un niño y tenía miedo. Y ella una versión gris de su madre que no parecía dispuesta a marcharse.

Hugo se tapó con la sábana hasta el flequillo y siguió contando hasta cincuenta —a partir de ahí siempre se aturullaba— y entonces todo se quedó en silencio.

Solo oía su respiración, rápida y a trompicones, así que se aventuró y apartó la sábana de los ojos, con las manos temblorosas y el corazón a punto de salírsele del pecho.

No obstante, en aquella ocasión algo cambió, porque cuando Hugo asomó su cabeza, el fantasma no se había ido. Seguía allí, mirándolo y, por primera vez, le habló.

Su madre le habló y Hugo se quedó sin voz.

Cuando se despertó al día siguiente, la cama estaba mojada y era incapaz de pronunciar una sola palabra.

Tardó tres años en volver a hacerlo.

Tres años en los que, cada noche, su madre lo acompañaba convertida en otra cosa. Tres años en los que recogía flores para ella con la creencia de que aquel tributo sería suficiente para que se marchara. Tres años en los que, junto a la familia tan bonita que su

padre y él habían formado en un pueblo perdido de Alsacia, el niño creció y comprendió, por fin, que para despedirse de alguien se debe decir adiós y soltar las riendas.

Una mañana se coló en el jardín de Juliette y observó las flores. No sabía si escoger las blancas o las rosas que habían salido hacía dos semanas. Sin embargo, los dedos se quedaron en el aire. Y dudó. Por primera vez, Hugo no sintió la necesidad de arrancarlas. De matarlas para honrar a una persona que nunca más podría aspirar su aroma ni sentir el tacto suave de sus pétalos.

«Está muerta», pensó.

Y la herida se abrió con profundidad una última vez antes de cicatrizar.

—Adiós, mamá —susurró al viento del jardín.

La voz ronca y áspera del que debe aprender a usarla de nuevo.

Luego corrió y las noches nunca más fueron de los fantasmas, sino de las estrellas que siempre brillan con fuerza.

La historia de Mathis

La primera vez que Mathis cogió un pincel tenía tres años. Dibujó con él una jirafa de color azul. Hizo el cuello extremadamente largo, las manchas rosadas y los ojos le salían de la punta de la nariz. Cuando su profesor la vio, lo miró detenidamente y esa misma tarde llamó a sus padres. Mathis creía que había hecho algo mal, que quizá debía haber trazado los ojos en el lugar adecuado y no donde le pedían sus dedos, pero lo que sucedía era todo lo contrario.

—Este niño tiene un don.

Le repitieron tantas veces esas palabras que no tardaron en formar parte de él. Las interiorizó, las creyó y creció con ellas. Su talento y su ego también lo hicieron.

Y la vida siguió. Se tiñó de color. La suavidad de su piel se perdió bajo el tacto de la pintura. El arte lo llenó todo. Se convirtió en motor, aliento, refugio y paz.

Un caleidoscopio a través del cual observaba el mundo.

Estudió, se formó, aceptó consejos de los que sabían más que él y se recreó en la superioridad de saberse mejor que otros. Conoció a una chica, se enamoró por primera vez, rozó la felicidad y aprendió que esta no era eterna, sino que se desinflaba con la misma velocidad que aparecía. Porque también había espacio en su amor para lo feo; también tenía partes oscuras.

La admiración puede darse la vuelta con facilidad y convertirse en envidia.

Y Lucille brillaba. Ambos avanzaban de la mano, pero Mathis sentía que ella siempre iba un paso por delante. Sin ser consciente, convirtió lo suyo en una carrera por llegar a una meta imaginaria que tomó forma el día que Girard les ofreció participar en un concurso.

Mathis quería ganar. Necesitaba hacerlo. Ansiaba demostrarle a Lucille y al resto que estaba por encima de ellos. Que, como tantas veces le habían repetido en su vida, tenía un don. Pero, en el fondo, sabía que ella era mejor. Que su arte contaba con una luz especial que el suyo nunca alcanzaba.

Se nubló. La vida lo hizo. Dos siluetas que se unían y creaban el color verde lo perseguían de día y de noche. Trabajaba en su propia idea, trazaba líneas durante horas, bocetos decentes, aunque no brillantes, pero la de Lucille siempre acababa apareciendo en su cabeza y las manos volaban solas sobre el lienzo.

Dos cuerpos. Ellos dos cubiertos de pintura. El color surgiendo del deseo. La belleza de lo efímero conservada para siempre.

Mathis se odiaba, pero no podía parar.

Mathis la quería, estaba seguro de ello, aunque se amaba más a sí mismo, al éxito, a la posibilidad de ser inmortal a través del arte.

Mathis jamás se había creído capaz de hacer algo como eso, pero se vio llamando al despacho del profesor Girard y ofreciéndole aquella obra que no le pertenecía. Se vio, como un extraño caminando al lado de su cuerpo, aceptando los halagos, el premio, el reconocimiento. Se vio callado frente a Lucille, observando su mirada decepcionada, asqueada, herida a tantos niveles que la chica que tanto había querido ya había desaparecido bajo el peso del dolor. Se vio fingiendo disfrutar de su primera exposición, aunque por dentro se sintiera vacío. Se vio pintando, siempre pintando, como un modo de olvidar lo que había hecho y borrándolo bajo capas de color, pero sin conseguirlo. Se vio rodeado de cuadros inacabados. Cada vez que intentaba dar la pincelada final, los dedos se le agarrotaban y la culpa lo asfixiaba. Porque él no lo merecía. Porque toda la mierda que tenía dentro salía hacia fuera.

Se vio huyendo, haciendo las maletas y marchándose lejos, a un lugar pequeño donde nadie pudiera conocerlo. Se vio encerrándose, castigándose a una vida contraria a la fama que había logrado. Se vio convertido en un don nadie, en un pintor exiliado que se esforzaba por reconciliarse consigo mismo y con su arte.

Y se vio mirando a una chica. Una de mirada triste, ojos perdidos y pelo salvaje. Una tan herida como él, tan bonita como ninguna, que brillaba por encima de una vida oscura y anodina. Una chica que era puro color cuando Mathis ya había olvidado que existen muchos más que los que llenaban la paleta.

El amor se coló entre las grietas.

La tristeza comenzó a resultarle bonita.

Y Juliette le enseñó que, aunque se arrepintiera de quien había sido, aún tenía una posibilidad de darle otro final a su historia. Uno que no era como los de las películas, pero sí real, único y lleno de luz.

La historia de Juliette

(Carta número 30)

Sébastien:

Esta es la primera y la última carta que te escribo.

Es un día cualquiera. El cielo está nublado y huele a lluvia. Mathis ha llevado a Bastien al estudio; últimamente le encanta pintar con su padre. Tiene seis años y, aunque parezca imposible, cuando sonríe, me recuerda a ti.

Inevitablemente, me he preguntado cómo sería haberte tenido a esa edad; haberte pedido que me enseñaras a tocar el piano; compartir contigo algo más que un puñado de cartas y los recuerdos que me han regalado otros.

He subido al desván y, en vez de sentarme frente a las partituras como tantas otras veces que te me apareces, he cogido bolígrafo y papel.

Mentiría si digo que ha sido fácil escribir tu nombre, aunque también si niego que lo necesitaba.

Una vez me preguntaste en una de tus cartas cuál era mi historia y no supe responder. Hoy lo hago. Hoy te cuento que mi historia es la de una chica que se perdió durante un tiempo y que se encontró después en una casa de color calabaza y jardín compartido. Una chica que aprendió a salir de los escombros gracias a ti, que se enamoró de un niño huérfano sin voz que recogía flores y buscaba tesoros bajo las piedras, de una anciana con la que compartía té, postres y vida, de un hombre charlatán con un corazón lleno de libros y sueños, y de un chico áspero que pintaba cuadros inacabados y vivía en blanco y negro. Una chica que logró salir del agujero y descubrió un hogar en un pueblo de gente triste y sonrisas a manos llenas.

Ahora tengo una biblioteca, conozco el amor y duermo cada noche sin miedo a la oscuridad.

Pero mañana no sé si la historia será distinta.

De lo único de lo que tengo la certeza es de que lo hiciste mal, pero también de que me regalaste lo que soy hoy. Me negaste una familia y luego me ofreciste una. Una llena de risas, abrazos, cenas ruidosas en Navidad y en los cumpleaños; una en la que se aceptan las versiones grises de los otros y se respeta la tristeza cuando esta reclama su espacio.

Así que gracias.

Para aliviar tu curiosidad, te cuento que se me hace la boca agua con las tortitas con caramelo, no tengo ninguna alergia conocida y el arte y yo nunca nos hemos llevado bien, aunque aprendí a tocar el piano por ti. Quería que te sintieras orgulloso, que me aceptaras, que te arrepintieras y hacerte daño. Una mezcla de todas esas cosas. Lo único que conseguí fue una relación extraña con la música durante un tiempo. Hoy puedo decir que las caléndulas de Joséphine están más bonitas que nunca y que soy capaz de escuchar las canciones que me escribiste y sonreír.

No sé qué me deparará el futuro, no soy muy dada a escribir los finales antes de recorrer el camino, lo que sí sé es que estoy viva. Lo estoy haciendo, Bastien, estoy viviendo, respirando, aprendiendo, riéndome a carcajadas y llorando, porque la vida también es eso.

Pero estoy viva, sí, y es maravilloso recordárselo a una misma de vez en cuando.

Hasta siempre,

J.

Agradecimientos

Esta novela no habría sido posible sin esas personas que siempre están. Las que me acompañan cada día y saben lo que supone pelear con los tiempos, la maternidad, las noches sin dormir, el síndrome del impostor y todo lo demás que hace que la carga, de vez en cuando, parezca insostenible.

Pensé que no iba a lograrlo, soy sincera. Pero me repetisteis sin cesar que sí, que podía hacerlo. Y lo hice.

Sois muy sabias, así que gracias y, por favor, jamás desaparezcáis de mi vida.

Gracias a mi familia. Sin vosotros tampoco habría llegado hasta aquí. Tengo la mejor pareja de viaje y dos niñas preciosas que comprenden que mamá, a veces, debe desaparecer para poder terminar los proyectos o defenderlos en otras ciudades.

Os quiero tanto que es normal que escriba historias de amor.

Gracias al equipo de Crossbooks por apostar de nuevo por una de mis novelas.

Gracias a Pablo por luchar por mí como yo aún no he aprendido a hacer.

Y a ti, que me estás leyendo, gracias por darme alas y convertir este sueño en una realidad.

Juliette y las canciones perdidas

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28949-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Ese quizá llamado nosotros

Beneyto, Alejandra
9788408290599
480 Páginas

Un quizá también puede convertirse en un para siempre.

Descubre a Alejandra Beneyto, la nueva voz en la literatura romántica.

Teo tiene una casa llena de cosas, pero siente que está vacío. Oriana no tiene casa, pero siente tanto en su interior que le da miedo desbordarse.

Cuando se cruzan siendo solo dos niños, descubren en el otro lo que no sabîan que se les habîa perdido.
Aunque, a veces, alcanzar aquello en lo que piensas cuando cierras los ojos solo es posible en ese lugar entre lo real y los sueños.
Porque él aún es invisible. Nadie lo ve.
Porque ella no sabe quedarse. Solo quiere huir.
Teo y Oriana son una galaxia perdida, una realidad que cuando alcanzas ya no existe, un reloj de arena al que nadie le dio la vuelta...
Teo y Oriana solo existen en un quizá.

«Alejandra pone las emociones a flor de piel al mostrarnos las vidas de los protagonistas, sus encuentros y desencuentros, el amor que los une», **Abril Camino**



La vida de las marionetas

Klune, TJ
9788408291473
528 Páginas

Bienvenido a la Ciudad de los Sueños Eléctricos, en la que nadie tiene corazón.

Tres robots viven en una diminuta y peculiar casa entre las ramas de una arboleda: una máquina enfermera un poco sádica, una pequeña aspiradora desesperada por recibir amor y atención, y Giovanni Lawson, un androide inventor. Pero también vive con ellos un humano: Victor Lawson, hijo de Gio. Refugiados y a salvo en el

bosque, los cuatro forman una extraña familia.

Pero todo cambia el día en que Vic rescata y repara a un androide llamado Hap, que, al parece, comparte un oscuro secreto con Giovanni: un pasado dedicado a **cazar humanos**.

Sin ser consciente de ello, Hap alerta sobre su paradero a los robots de aquella vida anterior, y la familia deja de estar oculta y a salvo. Gio es capturado y, con tal de impedir que lo desmantelen, o incluso peor, que lo reprogramen, el resto emprenderá un viaje para rescatarlo a través de un mundo despiadado.

En medio de sentimientos encontrados de traición y afecto por Hap, Vic debe tomar una difícil decisión: ¿será capaz de **aceptar un amor con ataduras**?



Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana
9788408263142
384 Páginas

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.… Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos… A ella, su madre intentó ahogarla en un

arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!» **kay_entreletras**

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**



Tras el hielo

Archer, Stephanie
9788408290766
400 Páginas

El sports romance más esperado del año.

Él es el tío bueno y borde del que me colé en el instituto… Ahora yo soy su asistente. Y vivo con él.

Después de que mi exnovio hiciera añicos mi sueño de dedicarme a la **música**, me prometí que nadie, nunca, me rompería el corazón otra vez.

Trabajar de asistente para un jugador de **hockey** debería ser pan comido, pero nada resulta fácil con Jamie Streicher. No me soporta, es tan **intimidantemente guapo como gruñón**, y tiene un ego inmenso. Así que no debería resultarme difícil ser profesional con él, incluso si vivimos bajo el mismo techo.

Pero… tras su antipatía, Jamie es sorprendentemente **dulce y protector**. Gracias a él, he recuperado la chispa creativa, vuelvo a escribir **canciones** y tengo ganas de subirme de nuevo al escenario. Y sí, llevo su camiseta en los partidos y en las fiestas con el equipo… y me estoy **enamorando** de él.

James Streicher podría romperme el corazón, pero quizá estoy dispuesta a correr el riesgo.



Cuando no queden más estrellas que contar

Martínez, María
9788408247241
472 Páginas

¿Cómo se ignora lo que late en tu interior?

¿Cómo se recupera el rumbo de una vida trazada por una mentira?

Desde muy pequeña, Maya se ha sacrificado en cuerpo y alma por el ballet. Trabaja como solista en la Compañía Nacional de Danza y los ballets más prestigiosos han puesto sus ojos en ella. Sin embargo, un grave accidente acaba con su futuro prometedor.

El único mundo que Maya conoce se ha derrumbado.

Su abuela, que ha guiado cada uno de sus pasos, la culpa por lo sucedido.

La ausencia de su madre pesa más que nunca.

Y un hallazgo fortuito abrirá una profunda herida.

Un viaje inesperado, una chica incompleta y una verdad escondida en una caja de música.

A veces, dejar que suceda es todo lo que necesitas.


ANDREA LONGARELA
JULIETTE
Y LAS
CANCIONES
PERDIDAS
CROSS
BOOKS